

DELVA PLAIN



VERDADES OCULTAS



Lectulandia

A los ojos del mundo, los Ferguson parecen la pareja perfecta, con dos hijos apuestos, una casa espectacular en una zona exclusiva de Connecticut. Sin embargo Lynn, madre y esposa devota, no ha logrado nunca desentrañar el pasado de su marido. Los amigos más íntimos murmuran. Pero Lynn no se atreve a admitir en público lo que realmente sucede dentro de su casa, las mentiras que ha fabricado, el dolor que ve en los ojos de sus hijos y la maraña de verdades ocultas que han de estallar, por fin, en un clímax estremecedor.

Belva Plain

Verdades ocultas

ePub r1.0

Titivillus 02.09.2021

Título original: *Whispers*

Belva Plain, 1993

Traducción: Constanza Fantín de Bellocq

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Verdades ocultas

PRIMERA PARTE

Capítulo 01

SEGUNDA PARTE

Capítulo 02

TERCERA PARTE

Capítulo 03

Capítulo 04

CUARTA PARTE

Capítulo 05

Capítulo 06

Capítulo 07

QUINTA PARTE

Capítulo 08

Sobre el autor

PRIMERA PARTE

Primavera de 1985

Capítulo 01

Al esquivar la mano de Robert, la mano furiosa dirigida hacia cara, cayó y se golpeó contra el borde de la puerta abierta del armario. Ahora, en el suelo, aturrida por una oleada de dolor, se apoyó contra la pared, se tocó la mejilla y, como maravillada, contempló la sangre entre los dedos.

Los ojos y la boca de Robert se habían convertido en tres agujeros redondos y oscuros en el rostro.

—¡Ay, Dios mío! —Se arrodilló junto a ella. —Déjame ver. No, Lynn, ¡déjame ver! Gracias a Dios no es nada. Apenas un raspón. Un accidente... buscaré una toalla y hielo. Ven, te ayudaré a levantarte.

—¡No me toques, maldito! —Alejó la mano de él de un empujón y se incorporó, sentándose después sobre la cama, entre las valijas. La cara le ardía; tocó con los dedos la hinchazón en el pómulo. Otra hinchazón, de furia y lágrimas, le cerró la garganta.

Robert iba de un lado a otro entre el dormitorio y el baño.

—Caray, ¿dónde está la hielera? En un hotel de primera clase como este, se supone que... ah, aquí está. Recuéstate. Te acomodaré las almohadas. Sostén esto contra tu cara. ¿Te duele mucho?

Sus frases preocupadas le daban náuseas. Cerró los ojos. Si hubiera podido cerrar los oídos, lo hubiera hecho. La voz de él, tan profunda, tan bien modulada, trataba de calmarla.

—Tropezaste. Sé que te levanté la mano, pero tropezaste. Lo siento, pero estabas tan enojada que creí que te pondrías histérica, Lynn, tenía que detenerte de alguna forma.

Ella abrió los ojos.

—¿Yo? ¿Yo estaba enojada? ¿Yo estaba al borde de la histeria? Piensa de nuevo y di la verdad, si puedes.

—Bueno, sí, me salí un poco de las casillas, lo admito. ¿Pero puedes culparme? Sabías que contaba contigo para que hicieras la valija, sabías lo importante que era esta convención; era una posibilidad de ascenso a la casa matriz de Nueva York, la oportunidad de mi vida, y aquí estoy, sin traje de etiqueta.

—No lo hice a propósito. Por tercera vez, te repito lo que me dijo Kitty Lombard: los hombres no irán de esmoquin. Se lo pregunté especialmente.

—¡Kitty Lombard! Te mintió adrede y eres tan tonta que no te das cuenta. ¿Cuántas veces te dije que a las personas como ella nada les gusta más que hacer quedar mal a alguien? Sobre todo en el mundo empresario. Todos quieren serrucharte el piso. ¿Cuándo vas a dejar de confiar en cualquier Fulano que se te cruza? Nunca, supongo. —Atravesando la habitación a zancadas, indignado, Robert parecía medir tres metros. —¿Y ya que estamos, puedo recordarte que no se dice esmoquin sino «traje de etiqueta»?

—Está bien, está bien. Soy una ignorante de pueblo, ¿recuerdas? Mi padre tenía una ferretería. Nunca vi un traje de etiqueta, salvo en películas, hasta que te conocí. Pero tampoco vi a un hombre levantándole la mano a una mujer.

—¡Ay, basta, Lynn! No tiene sentido seguir con esto toda la noche. Son casi las seis, y la cena es a las siete. Se te está derritiendo el hielo. Déjame ver.

—Yo me las arreglaré, gracias. Déjame en paz.

En el baño, cerró la puerta. El espejo de cuerpo entero reflejaba la imagen de una mujer baja, pecosa, con aire aniñado, a pesar de los treinta y seis años, flequillo y una melenita curva de pelo lacio, rubio, peinado como en la escuela secundaria. La cara, agradable, sin ningún rasgo extraordinario salvo un par de bonitos ojos claros, ahora estaba desfigurada por el magullón, mucho más grande de lo que ella había imaginado y espantosamente azulado y verdoso. Se horrorizó.

Robert abrió la puerta.

—¡Caray! ¿Cómo vas a bajar con ese aspecto? A menos que... —Frunció el entrecejo, pensativo.

—¿A menos que qué, a ver?

—Bueno, no sé. Podría decir que la aerolínea perdió mi valija y que tienes un virus estomacal, uno de esos ataques de veinticuatro horas. Ponte cómoda, date un baño caliente, déjate el hielo en la cara, métete en la cama y lee. Llama al servicio de habitaciones y pídete una buena cena. Te hará bien descansar y relajarte. Una cena tranquila, sin chicos.

Lynn lo miró.

—El rey de la eficiencia. Tienes todo resuelto, como siempre.

Todo estaba arruinado: el fin de semana esperado con tantas expectativas, el vestido nuevo de seda verde con botones de cristal, el perfume nuevo, las manos embellecidas por una manicura, toda la alegría. Se había arruinado sórdidamente. Y él parado allí, seguro de sí, buen mozo, tranquilo, lista para lidiar con todo y seguir avanzando.

—Te odio.

—Ay, Lynn, termínala. No voy a seguir con esto hasta el infinito, te lo repito. Serénate. Yo tengo que hacerlo por los dos, tengo que bajar y aprovechar al máximo esta oportunidad. Estarán todos los jerarcas y no puedo darme el lujo de estar alterado. Tengo que poder pensar con claridad. Ahora me voy a vestir. Por suerte tengo el otro traje planchado.

—Claro. Te lo planché yo.

—Bueno, al menos hiciste algo bien.

—Paso todos los días de mi vida tratando de arreglar tus cosas.

—¿Quieres bajar la voz? Se te puede oír desde el corredor. ¿Quieres hacernos quedar mal a ambos?

De pronto, como agua que se va por el desagüe, la fuerza la abandonó. Los brazos, las piernas y hasta la voz dejaron de funcionarle; se dejó caer boca abajo sobre la cama, entre las valijas abiertas. Sus labios se movían en silencio:

—Paz, paz —decían.

Robert iba de un lado a otro; se oyó un tintineo de llaves mientras se vestía. Cuando estuvo listo, se acercó a la cama.

—¿Y, Lynn? ¿Te vas a quedar así, con toda la ropa arrugada?

Los labios de ella se movieron, pero en silencio, otra vez.

—Vete. Vete de una vez —dijeron.

La puerta se cerró. En ese instante, la tensión estalló.

La furia ante la injusticia, y la humillación de la derrota fluyeron en un torrente de lágrimas, lágrimas que ella no hubiera podido derramar delante de otra persona.

«*Siempre fuiste una cosita con mucho amor propio y energía*», solía decir su padre. ¡Ay, sí, *amor propio y energía!* pensó, sucumbiendo a demoledores sollozos.

Tiempo después, en forma tan abrupta como comenzó, el torrente se detuvo. Estaba vacía, serena, aliviada. Fría y tesa por haber estado tanto tiempo destapada, se levantó y a falta de otra cosa que hacer, fue a la ventana. Cuarenta pisos más abajo se movían luces por las calles; las luces delineaban las siluetas de las torres de Chicago. El crepúsculo perlado iluminaba el Lago Michigan. Nubes pequeñas, oscuras, fragmentadas, corrían por entre la luz plateada y se disolvían en ella. Todo estaba en movimiento; el viento invisible hacía vibrar el vidrio de la ventana.

A sus espaldas, la habitación estaba en silencio. Los cuartos de hotel, cuando se estaba solo, eran deprimentes como una casa que ha sido vaciada

después de una muerte. Y Lynn, estremeciéndose, corrió hacia su bolso, sacó la foto de sus hijas y la puso sobre la cómoda, diciendo en voz alta:

—¡Listo! —Habían creado una presencia en un instante.

Se quedó contemplando la foto, extrañando desesperadamente a esas dos chicas a las que había dejado en casa, en St. Louis, solamente esa mañana, contenta, como cualquier madre, de alejarse de ellas por un tiempo. Ahora, si pudiera, haría la valija de nuevo y volaría de regreso hacia ellas. Su preciosa Emily, el retrato de Robert, estaría en la fiesta de primer año esa noche. Annie estaría volviendo a casa de tía Helen después del cumpleaños de un compañero de tercer grado. La inteligente Annie, graciosa, misteriosa, sensible, difícil. Sí, volaría a casa en ese mismo momento si pudiera. Pero Robert tenía los pasajes y el dinero. Ella nunca tenía un centavo, salvo el dinero semanal para los gastos de la casa. Y además, pensó, recordando, ¿cómo podría aparecerme en casa con esta cara y sin su padre?

El silencio comenzó a zumbarle en los oídos. La inundó una sensación de temor, como ante una aterradora e inexplicable amenaza. Las paredes se le vinieron encima.

—Tengo que salir de aquí —dijo en voz alta.

Se puso el abrigo, le subió el cuello y se envolvió la cabeza en un pañuelo, levantándoselo alrededor de las mejillas como la *babushka* de una campesina. Pero no alcanzaba a ocultar el golpe. Por suerte, había solamente dos personas más en el ascensor durante el largo descenso: una pareja muy joven vestida de gala y tan tiernamente concentrados el uno en el otro que ni siquiera le dirigieron una mirada. En el vestíbulo de mármoles, la gente iba desde el salón de cócteles al comedor o se detenía ante las vitrinas con sus exhibiciones de refulgente esplendor, joyas, cueros, sedas y pieles.

Afuera, el aire frío de primavera le hizo arder el magullón. En una farmacia, se detuvo para comprarse algo, gasa, un ungüento, cualquier cosa.

—Choqué contra una puerta. ¿Qué tonta, no? —comentó. Luego, horrorizada ante el espectáculo de sus ojos hinchados en el espejo detrás de la cabeza del hombre, añadió con torpeza: —Y encima tengo esta espantosa alergia. Los ojos...

Los ojos del hombre, cuando le entregó un paquetito de pastillas para la alergia y un ungüento calmante, reflejaba su incredulidad y compasión. Avergonzada por su propia ingenuidad, Lynn se perdió en el anonimato de la calle.

Luego, caminando en dirección al lago, recordó, de una visita anterior, que allí había un espacio verde con bancos y paseos. Hacía demasiado frío

para quedarse sentada inmóvil, pero lo hizo de todos modos, se ajustó el abrigo alrededor del cuerpo y contempló la línea donde el agua se encontraba con el cielo. Había parejas paseando con perros y hablando pacíficamente. Le dolía tanto verlas que se hubiera puesto a llorar, si no hubiera agotado, ya, sus lágrimas.

El día había empezado tan bien. El vuelo había sido corto, así que habían tenido tiempo de pasear por la Avenida Michigan antes de ir a la habitación a cambiarse. A Robert le encantaba mirar vidrieras. Disfrutaba al ver la madera oscura y añeja de las librerías, grabados ingleses del siglo XVIII que mostraban campos y granjas, esculturas clásicas, alfombras antiguas: todas cosas apacibles, dignas, costosas. De tanto en tanto, se detenía también a admirar un hermoso vestido, como el que habían visto esa tarde, un vestido de baile de seda color durazno, con incrustaciones de perlas.

—Te quedaría fantástico —había comentado él.

—¿Quieres que me lo ponga para ir al cine los sábados por la noche? —bromeó ella.

—Cuando esté entre los ejecutivos más altos, habrá ocasiones para un vestido así —respondió él, añadiendo luego—: Va contigo. Es liviano, delicado y suave, como tú.

Había empezado tan bien... Su vida juntos había empezado tan bien...

—¿Por qué te dicen «Nani»? —le había preguntado. Hasta ese día, nunca se había fijado en ella. Pero claro, él era jefe de departamento, mientras que ella ocupaba el escritorio de una dactilógrafa. —En la lista dice que te llamas Lynn Riemer.

—Siempre me dijeron así. Hasta en casa. Es diminutivo de «enana». Supongo que fue porque mi hermana era alta.

—No eres enana en absoluto. —La miró de arriba abajo con toda seriedad. —Un metro cincuenta y cinco, diría.

Fueron sus ojos lo que la impresionaron, el color azul brillante, que se oscurecía o aclaraba según su estado de ánimo; esos ojos que llamaban la atención de todas las mujeres de la oficina y, posiblemente, de un modo distinto, también de los hombres. Los hombres tenían que respetar la autoridad: la autoridad podía elogiar y ascender; la autoridad también podía despedir a un hombre y hacerlo volver derrotado a su casa. Pero el temor que Robert Ferguson inspiraba a las mujeres estaba mitigado por un trémulo y osado fervor sexual. Ese fervor debía guardarse en secreto. Todas se hubieran

avergonzado de contárselo a las compañeras, por miedo a hacer el ridículo: sabían perfectamente que Robert Ferguson estaba fuera de su alcance, a un mundo de distancia de los hombres con los que se habían criado y con los que salían.

No se trataba solamente de que con esos ojos vivaces y los huesos largos y patricios fuera extraordinariamente buen mozo. Lo rodeaba una aureola. Tenía absoluta confianza en sí mismo. Tenía dicción perfecta, ropa perfecta y exigía perfección de todos los que trabajaban con él. La impuntualidad no se toleraba. Los papeles que se dejaban sobre su escritorio para firmar no podían tener ningún error. Sus iniciales tenían que estar bien: V. W. Robert Victor William Ferguson. Su auto debía guardarse en un lugar accesible de la playa de estacionamiento. Sin embargo, a pesar de todo eso, era considerado y amable. Cuando algo le agradaba, era generoso con los cumplidos. Se acordaba de los cumpleaños y los festejaba en la oficina. Si alguien se enfermaba, se interesaba con sinceridad. Se sabía que trabajaba como voluntario en el ala masculina del hospital.

—Es un enigma —había comentado Lynn una vez, cuando hablaban de Robert, cosa que sucedía con frecuencia.

—A partir de hoy, voy a llamarte Lynn —dijo ese día— y daré indicaciones para que todos aquí hagan lo mismo.

Ella no tenía idea de por qué le había prestado atención suficiente como para preocuparse por su nombre. Era una tontería. Sin embargo, se sintió tan halagada por el suceso que le informó a su hermana Helen que ya no contestaría cuando le dijeran «Nani».

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Tengo un lindo nombre y no soy enana. Hasta mi jefe dice que es ridículo.

Helen le había dirigido una mirada divertida que recordó durante mucho tiempo después. Después de su casamiento y el posterior nacimiento de dos hijos, Helen había asumido un aire superior de protección maternal.

—¿Tu jefe? Me parece que hablas mucho de él.

—Para nada.

—Te digo que sí. Tal vez no te des cuenta, pero es así. «Mi jefe tiene un equipo de música en la oficina. Mi jefe nos invitó a todos con una *pizza*. A mi jefe le dieron un aumento desde la oficina central».

Era cierto que cada vez formaba más parte de los pensamientos de Lynn; que ella, disimuladamente, esperaba sus llegadas y partidas. Había comenzado a tener apasionadas fantasías. Quizá Helen tuviera razón...

Y entonces, un día, Robert la invitó a salir.

—Pareces flotar sobre el aire —observó Helen.

—Es que floto. Todavía sigo pensando; ¿por qué a mí?

—¿Y por qué no? Tienes más vida y más energía que seis personas juntas. ¿Por qué crees que todos los muchachos...?

—No entiendes. Este hombre es distinto. Es distinguido. Su cara se parece a las que ves en las estatuas o en esas viejas monedas de la colección de papá.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintisiete.

—Y tú veinte. Veinte, como si fueran catorce. Llena de sueños.

Lynn todavía tenía el vestido que había usado aquella noche. Sentimental casi por demás, se aferraba a todo, desde su vestido de novia y los de bautismo de sus hijas hasta las flores del ramo que Robert le había enviado después de esa primera cena, rosas blancas atadas con cinta rosada.

—Cuéntame sobre ti —le había dicho en cuanto se sentaron, con una vela encendida entre ambos.

Ella respondió con ligereza:

—No hay mucho que contar.

—Siempre hay, en cualquier vida. Comienza desde el principio. ¿Naciste aquí, en la ciudad?

—No, en Iowa. En una ciudad agropecuaria, al sur de Des Moines. Mi madre murió y mi padre sigue viviendo allí. Mi hermana se mudó aquí cuando se casó, así que creo que por eso me vine yo también, al terminar la secundaria. No había empleos en mi pueblo, de todos modos. Este es mi primer empleo; espero estar cumpliendo bien.

—Seguro que sí.

—Quería conocer la ciudad, ver cosas y lo he pasado muy bien. Vivir en un departamento, ir a conciertos...

El asintió.

—Una orquesta de categoría mundial. Tan buena como cualquiera de Nueva York.

—No conozco Nueva York.

—Cuando estudiaba en Wharton, iba seguido al teatro. El viaje desde Filadelfia es muy corto.

A Lynn se le estaba soltando la lengua. Tal vez el vino ayudaba.

—Me gustaría conocer el este. Y Europa, Inglaterra, Francia, Roma.

Los ojos, de él brillaban y le sonreían.

—¿Los lugares sobre los que leíste la semana pasada en *Retrato de una dama*?

Ella se asombró.

—¿Cómo lo sabes?

—Es sencillo: vi el libro sobre tu escritorio. ¿Acaso no me llaman «Ojo de lince» en la oficina?

Lynn rio y se sonrojó.

—¿Cómo te enteraste? Nadie lo dice...

—Tengo buen oído, también.

—¿Por eso me invitaste a cenar? —preguntó ella con audacia—. ¿Por qué leo a Henry James?

—Eso tuvo algo que ver, sí. Sentía curiosidad. Debes admitir que el resto del personal no va mucho más allá de las revistas de la farándula, ¿no?

—Son mis amigos. Ese tipo de cosas no me importan —respondió ella, leal—. No son cosas que cuentan.

—No pienses que soy esnob. No juzgo a la gente por sus conocimientos de lo que hay en los libros. Pero tienes que admitir que es un placer estar con personas a las que les gustan las mismas cosas que a ti. Además, eres hermosa. Eso debe de haber tenido algo que ver, también, ¿no crees?

—Gracias.

—¿No crees que eres hermosa, verdad? Tus ojos me dicen que dudas. Te lo diré: eres una muñeca de porcelana. Tienes la piel blanca como la leche.

—¿Y es lindo parecerse a una muñeca de porcelana? —contraatacó ella.

—Para mí, sí. Lo dije como un cumplido.

El diálogo era ciertamente distinto de cualquiera que hubiera tenido antes, con Bill o cualquier otra persona. Y no sabía bien qué le correspondía decir.

—Bueno, sigue con la historia de tu vida. Acabas de comenzar.

—No hay mucho más. Papá no podía pagarme la universidad, de modo que fui a una excelente academia de secretariado que tenía cursos de literatura inglesa. Siempre me encantó leer, y es allí donde aprendí a elegir bien los libros. Así que leo y cocino. Ese es mi segundo pasatiempo. Tal vez parezca presumida, pero la verdad es que soy muy buena cocinera. Eso es todo, creo. Ahora te toca a ti.

—De acuerdo. Nací y me crié en Pittsburgh. Era hijo único, lo que me hacía algo solitario. Pero lo pasaba bien, de todos modos. Mis padres eran sumamente cariñosos. Creo que me malcriaban bastante. A su manera, eran gente fuera de lo común. Mi madre tocaba el piano y me enseñó a hacerlo. No soy demasiado bueno, pero toco porque me hace recordarla. Mi padre era un

hombre culto, muy callado y amable, con una dignidad algo anticuada. Su trabajo lo hacía viajar por el mundo. Todos los veranos iban a Salzburgo para asistir al festival de música. —Hizo una pausa. —Se mataron en un accidente automovilístico el verano en que terminé la universidad.

Ella sintió una punzada de espanto.

—¡Qué horrible para ti! Ya bastante feo es cuando alguien muere de un infarto, como mi madre. Pero un accidente automovilístico es tan... tan innecesario, ¡tan absurdo!

—Sí. Bueno, la vida continúa. —Su rostro se hundió en la tristeza; la boca y los ojos habían perdido vitalidad.

En un extremo de la habitación, el pianista cantaba: «Una historia contada por un desconocido, por un nuevo amor, una noche azul del mes rosado de mayo».

Las emotivas palabras de los años 40, tan viejas, en ese momento de revelación de Robert, le llenaron el pecho de unas ansias casi dolorosas, una confusión de tristeza y gozo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

El las vio y le tocó la mano.

—Qué dulce eres... Pero basta con esto. Vamos, llegaremos tarde al cine.

Lynn volvió a su casa y se quedó despierta la mitad de la noche. Quiero vivir con él el resto de mi vida, pensó. Es *el* hombre. Pero soy una idiota. Salimos una vez, nada más. No puede desearme en serio. No estoy a su altura. No me va a querer.

Pero él la deseaba, sin ninguna duda. En la oficina disimulaban la intensa emoción; al pasar uno junto al otro, apartaban la mirada. Llena de gozo, Lynn guardaba el secreto. Ella sola conocía la otra faceta de ese hombre al que otros consideraban imperioso, tenía acceso a la parte de él que tenía tanta ternura. Solo ella estaba enterada de la tragedia de la muerte de sus padres y de sus otras penas.

Él le confesó:

—Estuve casado.

Lynn se sintió invadida por una repentina decepción y por una punzada de celos.

—Nos conocimos en la universidad y nos casamos la semana que entregaron los diplomas. Al recordar, me pregunto cómo pudo suceder. Ella era hermosa y muy rica, pero malcriada e irresponsable, también, así que no teníamos ninguna afinidad. Querida —la llamaban así porque la madre era española— era «artística». Pintaba acuarelas. No quiero desmerecerla, pero no tenía demasiado talento. Aceptó un empleo en una pequeña galería de arte

y en su día libre trabajaba de voluntaria en el museo. Cualquier cosa, con tal de salir de la casa. Detestaba la casa. Y como ama de casa era un desastre: todo era un asco, no había nada que comer, la mitad de las veces ni siquiera mandaba la ropa a lavar, estaba todo sin hacer. Nunca podía traer a nadie de la oficina a casa, para solidificar los contactos que se necesitan en el mundo de los negocios. —Se encogió de hombros. —¿Qué puedo decir salvo que su modo de vida era totalmente distinto al que yo estaba acostumbrado? Nos irritábamos los nervios mutuamente y, en consecuencia, discutíamos casi a diario. A ella no le gustaban mis amigos y yo no sentía demasiado afecto por los suyos, te lo aseguro. —Sonrió con pesar. —Nos hubiéramos separado mucho antes de no haber sido por el niño. Jeremy. Tiene seis años.

—¿Qué pasó con él?

—No lo he visto desde que tenía un año. Pero lo mantengo, aunque no pasaría necesidades, si no lo hiciera. Querida volvió a vivir con sus padres, así que él se está criando en una mansión. Ella no quiso compartir la custodia, dijo que no le haría bien al niño y yo no tuve ganas de ponerme a pelear.

—¡Pero qué terrible para ti no verlo! Y para él no conocerte.

Robert suspiró.

—Sí. Sí, lo es. Pero él no me recuerda, así que para él debe de ser como si hubiera muerto. Pero espero que quiera verme cuando tenga la edad suficiente para comprender. —Volvió a suspirar.

—Seguro que será así —respondió Lynn, apenada.

—Bueno, sabrá cómo encontrarme. Deposito el dinero para él en el Banco, todos los meses. Y así termina mi historia.

—Es una historia triste.

—Sí, pero podría ser peor, Lynn. Es como si hubiera sucedido hace muchísimos años —declaró con vehemencia—. Nunca hablé con nadie de esto. Es demasiado íntimo. Y soy una persona que da mucha importancia a lo íntimo y a lo privado, como te habrás dado cuenta.

Como era inevitable, el romance entre Robert y Lynn había tomado estado público. A los dos meses de comenzada la relación, ella lo llevó a casa de Helen. Darwin, el marido de Helen, era un hombre de buen carácter y facciones redondas, con doble mentón. A su lado, Robert resplandecía con su camisa blanca impecable asomando por encima del saco azul oscuro. Darwin parecía desaliñado, como si hubiera estado dormitando vestido. Complacida —¿o no tanto?— Lynn se sintió orgullosa de que Helen viera el contraste entre ambos, pero un dejo de vergüenza empañó su orgullo.

Al día siguiente, Helen dijo:

—Por supuesto, querrás saber lo que me pareció tu hombre; te lo diré con toda sinceridad: no me cayó demasiado bien.

—¿Qué? —gritó Lynn por el teléfono.

—Siempre soy franca contigo, Lynn. Sé que a veces soy demasiado abrupta... pero no es tu tipo. Se pone sarcástico, veo, y me da la impresión de que es esnob. Se cree mejor que otra gente.

Lynn se puso furiosa.

—¿Tienes alguna otra cosa agradable que decir de un hombre al que no conoces? ¿Alguna otra intuición?

—Tiene lengua muy crítica y mordaz.

—Yo no me di cuenta.

—Me pareció de mal gusto, hasta cruel, que hablara de esa chica de la oficina que tiene las uñas tan largas. «Uñas largas y sucias. ¿Se imaginan las bacterias que anidarán debajo?». No tenía por qué nombrarla ni desmerecerla así. A Darwin le pareció lo mismo.

—¡Ay, ay, ay! —Lamento que tú y Darwin no lo aprueben. Realmente lo lamento.

—No te enojés, Lynn. ¿Quién puede desearte más felicidad que yo? Bueno, que papá y yo. Es solo que no quiero que te equivoques. Veo que estás encandilada. Se te nota en la cara.

—No estoy encandilada.

—Algo muy dentro de mí me dice que no es el hombre indicado para ti.

—¿Y no se te ocurre muy dentro de ti que quizá yo no sea la mujer indicada para él? Robert es brillante. Es Jefe de Marketing de computadoras de toda la región. Oigo hablar a los vendedores... —La indignación le hacía perder el aliento.

—Una compañía internacional.

—¿Eso es lo que te tiene tan impactada? Escucha, Lynn. Con las grandes corporaciones nunca se sabe. Un día estás arriba y al día siguiente te echan. Es mejor ser independiente, aun con una empresita, en lugar de estar a merced de otra gente.

El marido de Helen tenía una pequeña empresa de plomería con cinco empleados.

—¿Me estás acusando de ambiciosa? ¿A mí? ¿Crees que eso es lo que veo en Robert?

—No, no, no quise decir eso. Eres una de las personas menos materialistas que conozco. No me expresé bien. Quiero decir que quizá sientes...

admiración, que lo ves como a un héroe, nada más que porque le va tan bien y... bueno, que no lo tomes tan en serio tan pronto.

—¿Sabes qué pienso? Que eres una idiota —dijo Lynn y cortó.

Pero no era propio de su personalidad guardar rencor durante mucho tiempo. Helen era transparente. No era consciente de ello y lo negaría con vehemencia, pero lo que sentía era envidia, aunque vivía muy feliz con Darwin. Lisa y llana envidia. Y Lynn se lo perdonaba.

Pasaron casi tres meses hasta que se acostaron juntos; Lynn tuvo que esperar a que sus compañeras de departamento se fueran de viaje.

Cuando eso por fin sucedió, un fin de semana, las dos mujeres no tuvieron tiempo de llegar al aeropuerto que Lynn ya tenía lista una cena opípara. El llegó con flores, discos y *champagne*. En el primer momento, se quedaron mirándose, como si esa súbita y maravillosa libertad los hubiera paralizado; un instante después, todo se movió. Las flores envueltas en celofán verde fueron a parar a la mesa, el abrigo de él a una silla de la cocina y Lynn, a los brazos de Robert.

Rápidamente, con pericia, en la penumbra del día invernal, él le quitó la ropa: el suéter, la blusa blanca con cuello de encaje, la pollera a cuadros y la ropa interior. El corazón de Lynn latía a toda velocidad. Hasta podía oírlo.

—Yo nunca... es la primera vez, Robert.

—Iremos muy despacio —murmuró él.

Y así fue. El se mostró persistente, gentil, tierno; susurraba palabras suaves y cariñosas mientras la abrazaba.

—Dulce, dulce... tan hermosa... te amo tanto.

Cualquier temor que Lynn hubiera podido tener, se disolvió, y ella se entregó con apasionada confianza.

Mucho más tarde, cuando se soltaron, Lynn se echó a reír.

—Estaba pensando que por suerte no había prendido el horno cuando llegaste. Hubiéramos tenido que comer cenizas.

Mientras disfrutaban de la deliciosa *ratatouille* y la tarta normanda, hablaron sobre sí mismos.

—Hoy en día ya no se encuentran muchas vírgenes de veinte años —comentó Robert.

—Me alegro de haber esperado. —No se atrevía a decir: «Me hace pertenecerte mucho más». Porque... ¿si no duraba? Ella tenía confianza, pero no había garantías. No habían hablado de eso. Pero si me deja, me muero, pensaba Lynn.

Volvieron a la cama. Esta vez no fue necesario ser suave. Ella vibraba ante la fuerza de Robert. Para ser un hombre tan delgado, era sumamente fuerte. Y se sorprendió al descubrirse reaccionando con una fuerza y un deseo iguales a los de él. Durmieron hasta que, mucho antes del amanecer, ella lo sintió volver y lo recibió con brazos dispuestos. Se durmieron otra vez, hasta después de la madrugada y despertaron para ver que una pesada nevada oscurecía el mundo.

—Quedémonos adentro todo el día —susurró Robert—. Adentro, en la cama.

Durante todo el sábado y el domingo no se tomaron descanso.

—Estoy obsesionado contigo —declaró Robert—. Eres la mujer más erótica que... no he conocido a nadie como tú. Y pareces tan inocente con tus suéteres y polleras. Nadie lo adivinaría.

Al atardecer del domingo, Lynn miró el reloj.

—Robert, el avión de las chicas llega a las diez. Por desgracia, vas a tener que huir.

Él lanzó un quejido.

—¿Cuándo podremos repetir esto?

—No lo sé —se lamentó Lynn.

—¡Esto no es vida! —exclamó él, casi gritando—. Detesto las relaciones a escondidas, los hoteluchos junto a la ruta. Y tampoco quiero que vivamos juntos. Lo nuestro tiene que ser permanente. Lynn, vas a casarte conmigo.

Fijaron la boda para junio, aprovechando las vacaciones de Robert para pasar la luna de miel en México.

—Vas a tener que dejar tu trabajo, por supuesto —le dijo él—. No podemos estar en la misma oficina.

—Me buscaré otro enseguida.

—No, todavía no. Necesitarás tiempo para amoblar un departamento. Hay que hacerlo con esmero. Comprar cosas de calidad, que duren.

Helen ofreció generosamente su casa para la recepción.

—No puedes hacerla en lo de papá, puesto que ahora solamente tiene tres ambientes —dijo—. Con suerte, y si el tiempo ayuda, podremos hacer todo en el jardín. Darwin tiene planeado hacer un cantero de flores perennes y ya sabes lo bueno que es para todo lo relacionado con plantas. Va a quedar hermoso.

Helen no dijo una palabra de censura desde el momento en que se anunció el compromiso. Besó a Lynn, admiró el anillo, que era importante, y deseó a la pareja toda la felicidad del mundo.

—Toda la felicidad del mundo —dijo Lynn ahora, mientras el viento frío soplaba desde el Lago Michigan. La pareja que paseaba los perros, que había dado la vuelta, se volvió a mirarla. Una mujer excéntrica, acurrucada allí, hablando sola; eso era ella. Algo para mirar. Y bueno, no se podían detener los recuerdos una vez que empezaban a fluir...

Robert se ganó el cariño de todos durante aquella primavera encantada que precedió a la boda. Los hijos de Helen lo adoraban; les compró bates de béisbol, les enseñó a lanzar la pelota, los llevó a partidos y les hizo demostraciones de lucha. Mientras duró el hielo, fueron todos a patinar y, cuando los días se hicieron más templados, salieron al campo a almorzar y pasar la tarde.

En la cocina de Helen, Lynn preparaba cenas deliciosas, tartas, cazuelas y soufflés sacados del nuevo libro de recetas de Julia Child.

—Me haces quedar mal —decía Helen.

Después de cenar, Robert se sentaba frente al viejo piano y tocaba cualquier cosa que le pidieran: *jazz*, melodías de películas u obras teatrales, un vals de Chopin.

Por sugerencia de él, las dos parejas fueron a escuchar la sinfónica de St. Louis. Darwin nunca había ido antes y se sorprendió al descubrir que le gustaba.

—Una vez que le tomes el gusto, no podrás estar sin música —le dijo Robert—. Para mí, es como otra clase de alimento. Tenemos que sacar abonos de temporada para el año que viene Lynn.

Con ingenuidad y bondad, Darwin elogiaba a Robert.

—No puedo creer, Lynn, todo lo que sabe. Yo apenas si puedo terminar de leer el diario del día. Y también sabe cómo pasarlo bien y amoldarse a las personas.

El padre de Lynn también dio su aprobación.

—Me gusta —dijo, después de la visita de fin de semana de Lynn y Robert. —Será lindo tener un hijo. Y a él le hará bien una familia. Es duro para un joven haber perdido así a sus padres. ¿Qué clase de gente eran? ¿Sabes algo sobre ellos?

—¿Qué tengo que saber? Están muertos —respondió Lynn con impaciencia.

—¿No tiene más familiares que esa vieja tía en Pittsburgh?

—Y un tío en Vancouver.

—Está prácticamente solo en el mundo —se compadeció su padre.

En la ferretería, cuando lo presentaban a los clientes que iban llegando, casi todos desde las granjas, Robert sabía adaptarse a su jovial simplicidad. Ella veía que le demostraban aprobación, como había hecho su padre.

—Me gusta, Nani —decía su padre una y otra vez—. Te has conseguido un hombre, no como esos muchachos que siempre tenías detrás. Sin ofender a nadie. Eran buenos chicos, pero todavía andaban con pañales. Este es un hombre. Lo que me gusta es que no se le han subido los humos de su educación ni de su empleo a la cabeza. Me hará feliz bailar en tu casamiento.

Una mujer recuerda cada detalle del día de su casamiento. Ella recordaba el viaje en coche, los sonidos del órgano, las caras vueltas hacia ella cuando avanzaba hacia el altar.

La mano le temblaba sobre el brazo de su padre. *Tranquila*, había dicho él, al sentir el temblor. *Allí está Robert, esperándote. No hay nada que temer.* Y luego Robert le tomó la mano, y juntos escucharon las suaves y solemnes recomendaciones: *Sean pacientes y amorosos el uno con el otro.*

El resto del día fue alegría, música, baile, besos, bromas y risas amistosas. Vinieron todos los de la oficina, por supuesto y amigos del pueblo natal. Estaban todos los amigos de Helen y Darwin y Robert había invitado a los amigos que se había hecho en St. Louis; había estado ausente de Pittsburgh durante tanto tiempo que no pretendía que vinieran a su casamiento personas a las que ya casi no conocía.

Vino una de sus parientas, la tía Jean de Pittsburgh. El tío de Vancouver no estaba bien como para soportar el viaje. Era curioso, reflexionó Lynn ahora, que una mujercita tan agradable y tímida, con rizos canosos y un sencillo vestido estampado, hubiera sido la causa de una de las dos notas discordantes de la boda.

No había sido culpa de la anciana, sino de Robert. Estaban sentados a la mesa, toda la familia, después de la ceremonia, cuando la tía Jean comentó:

—Uno de estos días tendré que atacar la montaña de fotografías, etiquetarlas y traerlas cuando venga a visitarlos. Hay algunas de Robert que tienes que guardarlas tú, Lynn. No vas a creerlo, pero tenía el pelo...

—Tía Jean, por una vez —interrumpió Robert— ¿puedes guardarte la descripción de los rizos rubios que tenía cuando cumplí un año? A nadie le importa.

La anciana no dijo nada más y Lynn, con una mirada de suave reproche en dirección a Robert, comentó alegremente:

—A mí sí me importa, tía Jean. Quiero escuchar todo lo que puedas contarme sobre Robert y su familia, sus padres, abuelos, primos...

—Es una familia chica —respondió Jean—. No tenemos primos, de ninguno de los dos lados.

Entonces el padre de Lynn, que había oído solamente el último comentario, exclamó:

—¿No tienen primos? Caray, con gusto les prestaríamos algunos. De mi lado, solamente, hay una docena, en Iowa, en Missouri y hasta dos en California. —Y con su modo amistoso, preguntó si Jean estaba emparentada con la madre o con el padre de Robert.

—Su madre era mi hermana.

—Heredó de ella el gusto por la música, ¿no? —preguntó Lynn—. Y su padre debe de haber sido un hombre notable, por lo que Robert me dice.

—Así es.

—Qué tragedia, la forma en que murieron.

—Sí. Sí, lo fue.

—Debe de haber sido una infancia solitaria para Robert. La Navidad solamente con sus padres y usted.

—Bueno, pusimos lo mejor de nuestra parte —respondió Jean— y creció y aquí está. —Sonrió con cariño a Robert.

—Sí, aquí estamos todos y ¿qué les parece si miramos hacia adelante? Las reminiscencias son cosa de viejos —dijo Robert y palmeó la mano de su tía.

Estaba tratando de compensar su anterior dureza con ella. Pero la amable anciana lo irritaba. Y no parecía haber motivos para ello.

En un día como este, en un momento de soledad y desesperación, recuerdas estas notas discordantes, pensó Lynn ahora.

Habían bailado sobre la tarima construida por el propio Darwin. En el jardín, el cantero resplandecía con tonos de rosado y rojo: peonías y phlox, amapolas orientales y campanitas encendían el azul del crepúsculo. Robert estaba contra la baranda, contemplándolas.

—¿No es maravilloso lo que ha hecho Darwin con la casa? —comentó Lynn.

Él sonrió —recordaba muy bien la sonrisa— y respondió:

—Supongo que sí, pero la verdad es que no deja de ser una covacha. Yo te daré algo mucho mejor. Ya verás.

Lo dijo con buena intención, pero del mismo modo en que a ella le había dolido oírlo tratar mal a su tía, le dolió oírlo burlarse del jardín de Darwin, de la casa de Helen. Detalles pequeños, para haberlos recordado durante tanto tiempo...

Todas las noches, durante el viaje por México, cuando la puerta de la habitación se cerraba, Robert volvía a decir:

—¿No es maravilloso? No tener que andar buscando un lugar donde encontrarnos. Aquí estamos, por siempre y para siempre.

Sí, era maravilloso, todo era maravilloso. Los días soleados cuando, en zapatillas y anchos sombreros, recorrían ruinas mayas en el Yucatán, tomaban tequilas en la playa o caminaban por rocosos pueblos de montaña o cenaban elegantemente en Ciudad de México.

Y hubo catorce noches de pasión y amor.

—¿Te sientes feliz? —preguntaba Robert por las mañanas.

—¡Ay, mi amor! ¿Cómo se te ocurre preguntar?

—Sabes —le comentó él un día—, tu padre es una buena persona. ¿Adivina qué me dijo cuando salíamos para el aeropuerto? «Sé bueno con mi chiquita», me dijo.

Lynn rio.

—Qué comentario tan dulce y anticuado, ¿no?

—Pero tiene razón. Sé a qué se refería. Y seré bueno contigo.

—Seremos bueno el uno con el otro. Estamos sobre la cima del mundo, tú y yo.

El último día, fueron a hacer compras en Acapulco. Robert vio algo en la vidriera de una tienda de hombres y al mismo tiempo, Lynn vio otra cosa en una tienda a media cuadra.

—Ve a hacer tu compra; yo haré la mía y nos encontraremos allí —dijo él.

Y se separaron. Como terminó enseguida, Lynn caminó unos metros para encontrarse con él. Pasaron unos minutos y Robert no aparecía, de modo que fue a la tienda de hombres y allí se enteró de que él había salido hacía unos minutos. Desconcertada, caminó de vuelta. Para ese entonces, una horda de turistas recién salidos de un crucero inundaba las aceras y alborotaba el tránsito. Era imposible ver algo por entre el mar de cabezas. Lynn sintió una punzada de alarma. Pero era absurdo; luchó contra su reacción y razonó: tiene

que estar aquí. Quizá del otro lado de la calle. O por ese callejón, más allá de la multitud. En este mismo instante, me debe de estar buscando. O quizás, al no encontrar lo que buscaba, caminó hasta la otra cuadra.

El temor volvió. Al cabo de una hora, decidió que su búsqueda no tenía sentido. Lo más lógico era volver al hotel; seguramente él había hecho lo mismo y estaría esperándola allí.

Cuando el taxi se detuvo en la entrada, Robert estaba allí. Lynn rio, aliviada.

—Qué desencuentro tan tonto, ¿no? Te busqué por todas partes.

—¿Tonto? —replicó él con frialdad—. No lo llamaría así. Ven arriba. Quiero hablarte.

El inesperado enojo de él la inquietó. Queriendo calmarlo, dijo con ligereza:

—Seguro que estuvimos andando en círculos, buscándonos mutuamente. ¡Qué par de tontos!

—No me incluyas. —El cerró la puerta de la habitación. —Cuando llegaste, estaba por ir a la recepción y pedir que llamaran a la policía.

—¿Policía? ¿Por qué? Me alegro de que no lo hayas hecho.

—Te dije que me esperaras delante de esa tienda y no lo hiciste.

Fastidiada por el tono de voz de él, Lynn respondió:

—Caminé para encontrarme contigo. ¿Qué tiene de malo?

—Creo que el resultado te dice lo que tiene de malo. Hábitos desordenados; aquí tienes el resultado. Dices una cosa y linces otra.

—No me sermonees, Robert —exclamó Lynn, enojada—. No hagas un escándalo por esta pavada.

El la miraba fijamente. En ese momento, Lynn se dio cuenta de que estaba furioso. No enojado, furioso.

—¡No lo puedo creer! —exclamó, cuando él la sujetó. Sus manos se hundieron en la carne de sus brazos y la apretaron contra los huesos. Temblando de furia, la sacudió.

—¡Suéltame! —gritó ella—. ¡Me duele! ¡Suéltame los brazos!

Las manos de él le apretaron los brazos con más fuerza; el dolor era horroroso. Luego la arrojó contra la cama, donde ella quedó tendida, sollozando.

—Me lastimaste... me lastimaste.

Con la misma velocidad con que se había encendido, la furia de Robert se apagó.

—Perdóname. Ay, perdóname, por favor. No quise hacerlo. Pero estaba aterrado, Lynn. Podrían haberte secuestrado... sí, en pleno día, te podrían haber arrastrado por un callejón, metido en un auto y violado, qué sé yo. Este país está lleno de malvivientes. —Le besó las lágrimas. —Estaba enloquecido de angustia. ¿No lo entiendes?

Le besó una y otra vez las mejillas, la frente, las manos y cuando, por fin, ella se volvió hacia él, los labios.

—Si te pasara algo, no querría seguir viviendo. Tenía mucho miedo. Te amo tanto...

Lynn lo abrazó.

—Está bien. Está bien, tesoro. Robert, olvídalo, ya pasó. Fue un malentendido. No es nada. Nada.

Y todo volvió a ser como antes, una gloria, salvo por las feas marcas azules en sus brazos.

Dos días más tarde, estaban de regreso, visitando al padre de Lynn. Hacía calor; Lynn se olvidó de los magullones y se puso un solero.

—¿Qué diablos son esas marcas? —preguntó su padre de inmediato. Estaban solos en la casa.

—¿Ah, estas? No sé. No me acuerdo cómo me las hice.

Su padre se sacó los anteojos y se acercó.

—Idénticas, simétricas, en ambos brazos. Alguien te las hizo con manos fuertes y furiosas, Lynn. ¿Quién fue?

Ella no contestó.

—¿Fue Robert? Cuéntame, Lynn o se lo preguntaré yo mismo.

—No. No. ¡Ay, por favor! No es nada. Fue sin querer, lo que pasa es que estaba tan asustado... —La historia salió a borbotones. —Fue mi culpa, de verdad. Estaba aterrado de que pudiera pasarme algo. Me dijo que lo esperara en la calle y yo di la vuelta a la esquina y me perdí. Mi sentido de ubicación...

—No tiene nada que ver con estas marcas. ¿Acaso crees que yo nunca me enojé con tu madre? No se puede estar casado sin enojarse de tanto en tanto. Pero nunca le puse una mano encima. No es civilizado. Caray, no es civilizado. Voy a hablar unas palabras con Robert... nada feo, solamente una charla sensata.

—No, papá. No puedes. No me hagas esto. Robert es mi marido y lo quiero. Nos queremos. No hagas escándalo por esto.

—Para mí es importante.

—No, no lo es, y no puedes interponerte entre nosotros. No debes hacerlo. Su padre suspiró.

—Era más fácil cuando uno se casaba con gente de la misma ciudad. Uno sabía bien con quién se metía.

—Papá, no podemos volver al pasado.

El volvió a suspirar.

—Yo... ya no pienso igual... bueno, respecto de las cosas en general.

—Quieres decir que ya no piensas igual con respecto a Robert.

Esta vez fue él el que no contestó. Y eso molestó a Lynn. Estaban yendo demasiado lejos con un episodio sin importancia. Vio avecinarse una crisis, una crisis que podría cambiar o matizar todo su futuro. Así que se obligó a hablar con paciencia y serenidad.

—Papá, es una tontería. No te preocupes por mí. Estás dándole demasiada importancia a algo que sucedió una sola vez. De acuerdo, no tendría que haber pasado, pero pasó. Quiero que te lo saques de la cabeza, porque yo ya lo hice. ¿De acuerdo? —Le puso una mano sobre el hombro. —¿De acuerdo? ¿Me lo prometes?

El se volvió y esbozó su sonrisa de siempre, una sonrisa que inspiraba confianza.

—Bueno, si es lo que quieres, te lo prometo. Lo dejaremos así. Porque es lo que quieres, Nani.

Nunca volvieron a hablar del tema. Pero ni Helen ni su padre habían tenido motivo alguno para cuestionar el matrimonio de Robert y Lynn. Eran, a ojos de cualquiera que los mirase, una pareja hermosa y bien constituida.

Emily nació a los once meses de matrimonio. Casi no habían terminado de equipar el departamento, cuando Robert compró una casa, una casa de estilo campestre no lejos de lo de Helen, pero el doble en tamaño.

—Tendremos más hijos, así que lo mismo da hacerlo ahora que más adelante —dijo.

Juntos, la amoblaron. Robert compraba cualquier cosa que le gustara y Lynn no tenía más que admirar una silla o una lámpara y antes de que hubiera tenido tiempo de mirar el precio, él ya la había comprado. Al principio, ella cuidaba los gastos, pero vio que a Robert le daban bonificaciones a medida que los negocios se expandían. Y además, él le decía que no pensara en eso. Las finanzas eran asunto de él. Lynn nunca tenía efectivo. Compraba a crédito, y él pagaba las facturas sin protestar.

—A mí eso no me gustaría —comentó Helen una vez.

—¿Qué importancia puede tener? —respondió Lynn, echando una mirada a la bonita habitación infantil donde su preciosa hija se estaba despertando de una siesta—. Tengo todo. Sobre todo, esto. —Y levantó a su hijita, la hija que ya tenía las facciones de Robert, el mismo pelo negro sedoso y sus ojos azules.

Puesto que Robert era tan quisquilloso con los nombres, había elegido el de la beba con sutil cuidado.

—Los nombres tienen colores —le dijo—. Emily es azul. Cuando lo digo con los ojos cerrados veo un cielo de octubre sin una nube.

Caroline llegó dieciocho meses después. «Caroline» era de un dorado tan pálido que casi era plateado.

Y los recuerdos, como un rollo de película al revés, seguían rodando...

—¡Qué casa fabulosa! —exclamó Lynn.

La casa pertenecía a los padres de sus vecinos, que celebraban el cumpleaños de la nieta de cinco años. La terraza se abría al jardín, este se perdía en una pradera distante que bajaba hacia un laguito, apenas visible al pie de la barranca.

—¡Qué lindo día para una fiesta! —volvió a exclamar.

Era, verdaderamente, un precioso día de verano, fresco, con todo florecido y una brisa susurrante entre los robles. Debajo de los robles estaban preparadas las mesas para el almuerzo; la de los niños, decorada con papel crepé y un globo atado a cada silla. Parecía, pensó Lynn, una escena de una de esas películas inglesas en las que las mujeres, vestidas de seda o hilo blanco, se movían contra un trasfondo de paredes cubiertas por enredaderas. Ella, cuyo atuendo diario eran los pantalones cortos y los *jeans*, estaba vestida de seda amarilla y sus chicas tenían vestidos rosados idénticos y zapatitos blancos.

—Casi parecen mellizas —comentó una de las mujeres—. Caroline es alta para su edad, ¿no es cierto?

—A veces nos parece que está por cumplir diez en vez de cuatro —rio Lynn.

No había nada que produjera más satisfacción a una madre que saber que sus hijas eran dignas de admiración. Ningún libro ni sinfonía ni obra de arte, estaba segura, podía rivalizar con la alegría, el orgullo y la gratitud que le producían estas creaciones, estas dos niñitas inteligentes, dulces, sanas.

Su gratitud aumentaba cuando pensaba en sus dos amigas que no podían tener hijos. Y durante todo el almuerzo, salpicado de chismes y comentarios, tuvo conciencia de un profundo agradecimiento dentro de su ser. La vida era linda.

Después del almuerzo llegó un payaso para entretener a los niños, que estaban sentados en ronda sobre el césped. Durante unos minutos las madres lo observaron, pero al ver que los chicos estaban absortos y fascinados, pudieron volver a sus mesas a la sombra.

—Y después dicen que los chicos no tienen poder de concentración —comentó una madre—. Hace más de media hora que los tiene hipnotizados.

La fiesta estaba por terminar. Emily vino trotando hasta donde estaba Lynn con una bolsita de cotillón y un globo.

—¿Dónde está Caroline? —preguntó Lynn.

—No lo sé —respondió la niña.

—Pero estaban sentadas juntas.

—Sí —dijo Emily.

—Bueno, ¿dónde puede estar? —dijo Lynn, sintiendo una leve inquietud. La reprimió de inmediato, porque no había motivos para sentir temor en ese lugar.

—Debe de haber ido al baño.

Buscaron en el baño y por toda la casa; buscaron entre los arbustos donde podía haberse escondido para hacer una broma. La inquietud se convirtió en pánico. ¿Secuestradores? ¿Pero cómo iba a haber entrado alguien sin que lo vieran? Buscaron por todo el jardín y por la pradera, entre los pastos altos. Y después pensaron, aunque nadie quiso decirlo en voz alta, que tal vez, como era una niña aventurera, Caroline había ido hasta el estanque.

Y allí estaba, boca abajo, con su vestidito con volados. Muy cerca de la orilla, yacía en agua tan poco profunda que podría haberse parado y caminado hasta el borde.

Una de las mujeres era salvavidas de la Cruz Roja. Tendió a Caroline en el pasto y se puso a trabajar con ella mientras Lynn, arrodillada, miraba fijamente a su hijita, sin poder creer que... ¡no, no era posible!

Los adultos alejaban a los niños de la escena. Alguien había llamado una ambulancia; otra persona había llamado al vecino, que era médico. Había alboroto y movimientos y sin embargo, silencio. Casi se podía oírlo y oír el suspiro colectivo que siguió.

Llegaron hombres, dos jóvenes, vestidos de blanco. Lynn se puso de pie tambaleándose, aferró a uno de la manga y suplicó:

—¡Díganmelo! ¡Díganmelo!

Como respuesta, él le pasó un brazo por encima de los hombros. Y ella comprendió. Al oír llorar a las mujeres, comprendió. No obstante, insistió:

—¡No! No es posible... No. No lo puedo creer. No.

Contempló la ronda de caras; todas reflejaban espanto y compasión. Y entonces gritó, gritó al cielo claro, al pasto ondeante, al mundo estival. Gritó y gritó. Y después, la llevaron a su casa.

Estaba loca de desesperación; todo su ser lo negaba. Lo *sabía*, pero no se permitía asimilarlo. Tuvieron que sujetarla y sedarla.

Cuando despertó, estaba en la sala. La casa estaba llena de gente. Parecía que cien voces hablaban al mismo tiempo; las puertas se abrían y se cerraban; el teléfono no dejaba de sonar; atendían y luego volvía a sonar.

Helen decía:

—Déjala en paz, Robert. Ni siquiera se despertó.

Robert decía:

—¿Cómo pudo haber sido tan estúpida, tan descuidada? Jamás se lo perdonará.

Lynn no podía decidir si quería despertar o no. Por un lado, soñar era intolerable, así que quizá fuera mejor abrir los ojos y librarse del sueño; pero por otro lado, tal vez no fuera un sueño, en cuyo caso sería mejor dormir y no enterarse de nada.

Pero seguía oyendo los sollozos de Robert y su voz, que repetía sin cesar:

—No se lo va a perdonar nunca.

Entonces oyó otra voz, perteneciente a alguien que le sostenía la muñeca:

—Silencio, por favor. Le estoy tomando el pulso —dijo con severidad—.

Reconoció a Bill White, el médico de la familia.

—Será mejor que termines con eso de que no se lo perdonará —dijo Bill White—. En primer lugar, son pavadas. Habría podido suceder aunque tú hubieses estado allí, Robert. Además, no vuelvas a decirlo, a menos que quieras tener una esposa enferma por el resto de su vida. ¿No crees que ya va a torturarse bastante ella sola?

Y así había sido, y seguía siendo, aquí, en este banco junto al lago Michigan. Las imágenes estaban grabadas en su mente. Caroline riendo con el payaso... Caroline —cuántos minutos después— muerta en el agua. La carita de Emily fruncida de terror y llanto. Ella misma rodeada por brazos amables y palabras suaves en el funeral desgarrador.

—No sé por qué tuvo que venir mi tía —se quejó Robert—. ¿Quién la mandó llamar, en primer lugar?

—Helen buscó su número en mi libreta. Es tu única parienta, y su lugar está aquí, junto a nosotros.

Era extraño que él nunca quisiera ver a Jean. Lo irritaba, decía. Bueno, tal vez. Quizá su bondad lo irritara. A veces los hombres eran así. Pero Jean había ayudado tanto en aquellos espantosos primeros días, consolando a Emily en sus brazos tiernos y vaciando el cuarto de Caroline, donde ni Lynn ni Robert hubieran soportado entrar.

Y, de algún modo, habían sobrevivido.

—Si un matrimonio aguanta esto —decía la gente— aguanta cualquier cosa. ¡Imagínate los sentimientos de culpa!

Sí, imagínenselos si pueden, pensó Lynn. Pero Robert se había tomado en serio las palabras de Bill White. Durante muchas noches crueles, la había abrazado con fuerza contra él. Y durante mucho tiempo, habían andado sin hacer ruido por la casa, hablando en susurros; ella había caminado en puntas de pie hasta que Robert le llamó suavemente la atención. La había salvado de la locura. Debía recordar eso cuando las cosas no anduvieran bien...

Sin embargo ¿cómo podía un hombre tan comprensivo, tan cariñoso con su familia, ser presa de iras tan terribles? ¿Cómo la de esta noche, como los otros arrebatos esporádicos en los que había caído a través de los años? Vivir con Robert era disfrutar del sol durante meses y meses; de pronto, una tormenta salvaje sumía todo en la oscuridad. Y con la misma velocidad con que había estallado, la tormenta pasaba, dejando un recuerdo que se borroneaba en la distancia, y la esperanza de que esa hubiera sido la última.

Las chicas no lo sabían, ni lo sabrían nunca. Porque... ¿cómo podía explicarles algo que ni ella misma comprendía?

Annie, sobre todo, nunca debía saberlo. Annie, tan joven y vulnerable. Había sido distinta y difícil desde el comienzo. Una beba rubicunda, morena, chillona, furiosa. En algunos aspectos, seguía siendo así, una criatura de estados de ánimo variables, que podía ser dulce e infantil o curiosamente adulta. En esas ocasiones, uno sentía que ella se daba cuenta de la menor evasión o excusa. Sin embargo, en el colegio no se destacaba. Era regordeta y torpe en deportes, a pesar de que Robert, que hacía todo tan bien, trataba de enseñarle. El se sentía secretamente desilusionado con la niña, Lynn lo sabía. ¡Que una hija suya, aunque solo tuviera ocho años, diera muestras de no hacer nada bien en absoluto!

La fuerza del amor de Robert recaía sobre Emily, tan parecida a él, tenaz, segura, competente en todo, desde matemáticas hasta tenis. Además de todo

eso, a los quince años ya tenía éxito con los varones. La vida sería fácil para Emily.

Mis hijas... Ay, Dios, si no fuera por ellas, lloró Lynn en silencio, no volvería a casa. Me tomaría un avión e iría a... a cualquier parte, a Australia, o más lejos todavía. Pero era una tontería pensar así. Pensar en lo imposible. Además, si hubiera metido el traje en la valija, nada de eso hubiera sucedido. La culpa era suya...

Estaba haciendo frío. Un viento cortante soplaba desde el lago, trayendo el aroma penetrante de la primavera septentrional. Lynn hundió las manos en los bolsillos y se cerró bien el abrigo. La mejilla le latía.

Era una estupidez quedarse allí, temblando, esperando a que la asaltaran. Pero no tenía ánimos para moverse ni preocuparse. ¡Si solamente tuviera cerca a otra mujer para contarle sus penas! A Helen, o a Josie; Josie, tan sabía y buena, la mejor amiga que ella y Helen habían tenido en la vida. Se habían puesto el apodo de Las Tres Mosqueteras.

—Hemos transferido a un hombre, que ahora será mi asistente de *marketing* —había anunciado Robert, un día, hacía más de siete años—. Bruce Lehman, de Milwaukee. Judío y muy agradable, pero no me entusiasma demasiado. Me da la impresión de que le falta fuerza. Es difícil describirlo, pero cuando lo veo en un hombre, me doy cuenta. A ti te gustará, de todos modos. Es culto y colecciona antigüedades. Su mujer es asistente social. No tienen hijos. Tendrás que llamarlos e invitarlos. Es lo que corresponde.

Y así comenzó la amistad. Si pudiera hablar con ella ahora, pensó Lynn. Aunque, llegado el momento, seguro que no le contaría la verdad. Josie analizaría y yo me marchitaría bajo su análisis clínico.

Y en cuanto a confiarle esto a Helen, es imposible. Me previno contra Robert una vez hace mucho mucho tiempo y no voy a ir a lloriquear sobre su hombro ni sobre el de ninguna otra persona. Manejaré esto yo misma, aunque no sé cómo.

Se puso rígida. El corazón le dio un vuelco. De entre las sombras violetas, más allá del farol, una mujer desaliñada, ebria o drogada, se acercó tambaleándose a Lynn y se detuvo.

—¿Sentada sola en la oscuridad? Y tienes un ojo negro —dijo, acercándose para escudriñarle la cara. Cuando tocó el brazo de Lynn, ella dio un respingo y miró el rostro ajado, triste, brutal.

—Supongo que te habrás dado contra una puerta. Una puerta con puños. —La mujer rio y se sentó en el banco. —Tendrás que inventar algo mejor que

eso, querida.

Lynn se puso de pie y corrió a la avenida, donde el tránsito todavía era fluido.

La mujer la había asustado tanto que, a pesar del frío, estaba transpirando. La única opción era volver al hotel. Cuando el ascensor se detuvo en el piso de su habitación, tuvo un impulso de dar media vuelta y volver a bajar. Pero no podía dormir en la calle. Y quizá Robert, furioso como estaba, no hubiera vuelto a la habitación. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Robert, completamente vestido, estaba sentado sobre la cama con la cara entre las manos. Al verla, se levantó de un salto y Lynn se dio cuenta de que estaba desesperado.

—Te busqué por todas partes. ¡Son las doce de la noche! —exclamó. Por el amor de Dios, ¿dónde estabas? Te busqué por todo el hotel, por las calles, por todas partes. Pensé... no sé qué pensé. —Estaba demacrado y le temblaba la voz.

—¿Qué importa dónde estaba?

—No sabía qué podías haber hecho. Estaba aterrado.

—No hay necesidad de estarlo. Estoy bien. —Bueno, enteraa, al menos, pensó.

Cuando se quitó la pañoleta y quedó bajo la luz de la lámpara, Robert desvió la mirada. Se levantó y fue a la ventana; se quedó mirando la oscuridad. Ella observó sus hombros encorvados y sintió vergüenza por él, por ella misma y por el matrimonio del señor Robert Ferguson y señora, ciudadanos y padres respetables y respetados.

Tiempo después, todavía de espaldas a Lynn, él dijo:

—Soy muy irascible. A veces reacciono en forma desmedida. Pero nunca te lastimé de verdad, ¿no es cierto? Fueron solamente algunas bofetadas, ¿no? ¿Y cuántas veces lo he hecho?

Demasiadas. Aunque no habían sido tantas. Pero el ardor de la humillación duraba mucho más que el momentáneo dolor físico. El magullón de humillación duraba mucho más que los moretones sobre los antebrazos, provocados por apretones y sacudidas. Un suspiro profundo brotó de su corazón.

—¿Cuándo fue la última vez que pasó? —siguió preguntando él, como suplicando. Creo que ni siquiera debes recordarlo, fue hace tanto tiempo.

—Sí. Sí que lo recuerdo. Fue la semana de Acción de Gracias, del año pasado, cuando Emily llegó a casa a las dos de la mañana y estabas furioso. Y

pensé, después que lo hablamos y te arrepentiste tanto, que sería realmente la última vez y que habíamos terminado con eso.

—Quería que fuera así. Te lo aseguro —respondió, con el mismo tono suplicante—. Pero no vivimos en un mundo perfecto. Suceden cosas que no deberían suceder.

—¿Pero por qué, Robert? ¿Por qué?

—No sé. Me odio a mí mismo, después, cada vez que sucede.

—¿No quieres ir a hablar con alguien, conseguir ayuda? Para descubrir por qué.

—No lo necesito. Saldré de esto por mis propios medios. —Al ver que ella se quedaba callada ante la conocida respuesta, continuó. —Dime la verdad, Lynn. Sabes que soy un marido amante y bueno contigo todo el resto del tiempo y que también soy buen padre. Te consta. —Se volvió hacia ella, implorando. —¿No es cierto?

Lynn no dijo nada.

—Estuve mal esta noche, aunque en parte fue un accidente. Pero te dije lo importante que era. Lo único en que pensaba era en lo que podía significar para nosotros. Nueva York con un aumento de sueldo del cincuenta por ciento, quizá. Y después de eso, ¿quién sabe? —Sus manos aferraban la barra de madera del respaldo de la silla, como si quisieran romperla. La súplica continuaba. —Es duro, Lynn, cada día es una lucha. Y no siempre te lo cuento, pues no quiero amargarte, pero es un mundo cruel, donde todos se pisan la cabeza. Por eso esa mujer te engañó acerca del traje. La gente hace cosas así. Tú no puedes imaginarlo porque eres tan honesta, tan buena, pero créeme, es la verdad. Tienes que estar alerta en todo momento. No pasa un instante en el que no esté pensando en nosotros, en ti, en mí y en las chicas. Somos uno, una unidad estrecha en un mundo indiferente. En última instancia, somos los únicos que nos preocupamos los unos por los otros.

Lynn, ante la insistencia de él, iba cayendo poco a poco de nuevo en la realidad. Los hijos, la familia, el hogar. Y el hombre, parado allí, con el que todos esos lazos la conectaban. Los pensamientos impulsivos de aviones volando a los confines del mundo, de volar libre y renovada, no eran la realidad... El hogar, los hijos, los amigos, el trabajo, la escuela, el hogar, los hijos...

Un pensamiento repentino interrumpió esa letanía.

—¿Qué le dijiste a Bruce?

—Lo que le dije a todo el mundo, que se había perdido la valija con mi traje de etiqueta.

Lynn pudo oírlo haciendo una broma al respecto. *Mi traje debe de estar en un avión a las islas Fiji, o quizás esté todavía en St. Louis.* Reía, haciendo que todos rieran con él.

—No me refería a eso. ¿Qué le dijiste de mí?

—Que no te sentías bien. No di demasiadas explicaciones.

—No, me imagino que no —respondió ella con amargura.

—Lynn, Lynn, ¿no podemos hacer borrón y cuenta nueva? Te prometo, te prometo que me cuidaré y que nunca, nunca, por Dios... —Se le quebró la voz.

Agotada, se sentó sobre la cama. Rogó para que la noche pasara rápido. Que llegue la mañana, para que podamos salir de esta espantosa habitación.

Robert se sentó junto a ella.

—Paré en una farmacia y te compré unas cosas —dijo. Tenía un frasco en la mano.

—No quiero.

—Déjame ponértelo, por favor.

Lynn estaba, demasiado cansada para discutir. Él había tomado un curso de primeros auxilios y sabía cómo tocarle la mejilla con cuidado. Suavemente, muy suavemente, sus dedos le bañaron las sienes con algo fresco.

—¿No te sientes mejor?

Sin querer darle la satisfacción de asentir, Lynn respondió.

—Estoy bien.

Apoyada contra las almohadas, vio por entre ojos semicerrados que él le había abierto la valija y, meticuloso como siempre, le había colgado la bata y el camisón en el armario.

—Tu pobre carita linda. ¿Por qué no me pegas? Cierra la mano y dame un buen puñetazo.

—¿De qué serviría?

—Tal vez te haría sentirte mejor.

—No necesito desquitarme. Yo no soy así, Robert.

—Ya lo sé. Ya lo sé. —Cerró el frasco. —Bien, ya está. No ir va a quedar ninguna marca. Aunque esa maldita puerta tenía un borde muy filoso. Habría que decírselo a la gerencia. Es tan fácil resbalarse allí.

Era cierto. Se había resbalado. ¿Pero habría sucedido si él no hubiera levantado la mano? Era difícil ser precisa al describir un accidente. Sucede en segundos y los recuerdos son confusos.

Lynn suspiró y se quejó:

—Estoy tan cansada... Creo que nunca me sentí así.

—Date vuelta y deja que te desabroche el vestido. Te masajearé la espalda.

El resentimiento seguía hirviendo en su interior, un rencor triste, humillado. Pero al mismo tiempo, un alivio sutil, físico, comenzaba a aplacarlo. Las manos persistentes de Robert, despacio, muy despacio y con firmeza, le aflojaban la tensión del cuello y los omóplatos. Cerró los ojos y se dejó flotar, como hipnotizada.

¡Con qué intimidad conocía su cuerpo! Era como si lo conociera tan bien como ella misma, como si lo conociera tanto como al suyo, como si fueran un solo cuerpo. Uno...

Transcurrieron unos minutos, o quizá media hora, no podía saberlo. Pero cuando él finalmente la hizo girar, Lynn no se resistió. Adormilada, entre sueños, sus brazos dispuestos aceptaron.

Cuando despertó, Robert ya estaba vestido.

—Hace una hora que me levanté. Es un día precioso. He estado mirando los barcos en el lago. ¿Te gustaría dar una caminata por allí? Podríamos volver a casa en un vuelo que salga más tarde.

Comprendió que él estaba tanteando su estado de ánimo.

—Como quieras. Me da lo mismo.

No era importante. Ella misma tanteaba su estado de ánimo y eso sí era importante. Anoche, la oscuridad había sido espantosa, allí, a orillas del lago. Pero ahora esos pensamientos eran morbosos e inútiles. Le vino a la mente algo que había leído hacía poco tiempo: la mayoría de los norteamericanos, aun en estos días, no ve nada grave en el golpe ocasional de un marido a su mujer. Qué curioso recordar eso ahora. Tal vez fuera una lección para ella. ¿Qué quieres de la vida, Lynn? Bien podía preguntárselo. ¿Que sea perfecta? No seas chiquilina, se dijo. Sé realista. Mira hacia adelante, no hacia atrás.

Además, lo amas...

Robert se sentó sobre la cama. Le alisó el pelo.

—Sé que debes de estar pensando que tienes un aspecto horrible. Pero no es así, te lo aseguro.

Con cuidado, Lynn se tocó el pómulos. Parecía que la hinchazón hubiera disminuido.

—Ve a ponerte un poco de maquillaje. Pediré que nos traigan el desayuno. Has de estar famélica.

—Comí un sándwich ayer al mediodía.

—Un buen desayuno, entonces. Tocino, huevos, todo.

Cuando salió del baño, él estaba corriendo la mesa sobre la cual estaba dispuesto el desayuno.

—Estos camareros nunca hacen las cosas bien. Cualquiera diría que tendrían la suficiente viveza de poner la mesa donde se puede disfrutar de la vista. Eso, ahí está mejor. En cuanto hayamos terminado, quiero que salgas conmigo. Tenemos que hacer una diligencia en la avenida.

—¿Qué es?

—Una sorpresa. Ya verás.

En el ascensor, se encontraron con Bruce Lehman.

—Pensé que ya te habrías vuelto —dijo Robert.

—No, antes tengo que comprar una cosa. ¿Te acuerdas? ¿Cómo te sientes, Lynn? Te extrañamos, anoche. —Se cuidaba de no mirarla a los ojos.

Robert respondió.

—Se cayó y le daba vergüenza bajar a cenar con la cara hinchada.

—Eres tan bonita que ni siquiera un magullón te arruinaría —dijo Bruce, mirándola ahora de lleno a los ojos.

A Josie le gustaba decir que se había casado con él porque sus ojos tenían un brillo amistoso y además, le gustaban los gatos. Ese brillo era visible aun detrás de los lentes. A Lynn le hacía pensar en una fotografía de una publicidad sobre vida campestre, en la que se veía un hombre fornido, enfundado en un rompevientos, caminando por el campo y acompañado por un par de chiquillos o perros lanudos.

—¿Te importa si te acompañamos? —preguntó Robert—. Anoche me diste una muy buena idea.

—Claro que no. Vengan. Le compré una pulsera a Josie, ayer —explicó Bruce a Lynn—. Quería que le grabaran sus iniciales e iba a estar lista esta mañana.

—Iba a darle una sorpresa a Lynn —lo reprendió Robert con ligereza—. Bueno, no importa. Llegaremos en unos minutos, de todas formas.

Lynn se sintió molesta. Había un tiempo para regalos, un estado de ánimo especial para recibirlos.

—Robert, no necesito nada —dijo—. De veras.

—Nadie nunca necesita *alhajas*. Pero si Bruce puede darse el gusto, ¿por qué yo no?

En la tienda, que era en sí una joyita de madera oscura, alfombra aterciopelada y arañas de cristal, Bruce mostró la angosta pulsera de oro que había comprado.

—¿Te gusta, Lynn? ¿Crees que a Josie le parecerá bonita?

—Es preciosa. Josie estará feliz.

—Bueno, sabe Dios que no le hará olvidar la mastectomía, pero pensé que... con un regalito, bueno, pensé... —La voz le tembló y se interrumpió.

Robert había ido al otro extremo de la tienda. Desde allí llamó a Lynn.

—Ven, quiero que veas esto.

Engarzada en una telaraña de hilos de oro, había una hilera de piedras convexas, lustradas pero no facetadas: rubíes, zafiros y esmeraldas en sucesión.

—Esto —declaró Robert— es lo que yo llamo una pulsera.

—Es bizantina —acotó el vendedor—. Hecha a mano. Los originales están en museos.

—Pruébatela, Lynn.

El precio en la etiqueta estaba escrito con cifras tan pequeñas que resultaba ilegible, pero Lynn no necesitaba verlo.

—Es demasiado cara —objetó.

—Déjame ser yo quien juzgue eso —dijo Robert—. Si compro algo, no compro basura. Tiene que ser lo mejor o nada. Pruébatela.

Obediente, ella fue hasta el espejo. Se sentía incómoda; no estaba acostumbrada a tanta magnificencia; su aspecto era el de una jovencita.

Cuando Bruce se acercó, Robert dijo:

—Muéstrale lo que te llevas.

—Es idea de Robert. Realmente no... —comenzó a decir Lynn.

Bruce le apoyó una mano sobre el brazo y curiosamente, pensó Lynn, la corrigió:

—Es hermosa. Llévatela. Te la mereces. —Se volvió hacia Robert y añadió. —Tenemos buenas esposas. Se merecen lo mejor de nosotros.

Y la compra se concretó.

—Guárdala en tu cartera —le aconsejó Robert—. Todavía no está asegurada y la valija podría perderse.

—Como la tuya —dijo Bruce.

—No querías la pulsera —dijo Robert en el avión— porque creías que estaba tratando de compensarte por lo que hice ayer. Pero te equivocas. Y no es nada comparado con lo que te daré algún día. —Rio por lo bajo. —Además, comparada con lo que ese cero a la izquierda le compró a Josie...

—¿Por qué lo llamas cero a la izquierda? Es una de las personas más inteligentes que conocemos.

—Tienes razón y me expresé mal. Lo que quise decir es que nunca le prenderá fuego al mundo. Eso te lo puedo asegurar.

—Tal vez no tenga deseos de hacerlo —replicó Lynn, con un dejo de indignación.

—Hace bien su trabajo y causa buena impresión, pero, para mí, le falta brillo, no es de la clase de hombres que vuelven tarde y pasan por la oficina el sábado, cuando todos los demás están descansando.

—Tuvo que estar mucho con Josie cuando ella estuvo tan enferma, no te olvides. Ahora que está bien, será diferente.

—Bueno, de todas formas, son una pareja extraña. Ella es efervescente como una botella de fizz y él tiene la personalidad de una almeja.

—No es cierto. Sencillamente, no es conversador. Se dedica a escuchar. —En voz baja, dijo: —¿Bruce y Josie nunca te agradaron, verdad?

—Vamos, eso no es verdad, tampoco. —Robert le tomó la mano que descansaba sobre el apoyabrazos. —Bah, al diablo con todo el mundo menos nosotros. Lynn, tengo el presentimiento de que para nosotros, hay un gran cambio en el aire. Anoche me dijeron cosas y se dijeron cosas de mí que me hacen pensar que es casi seguro que me den el puesto en Nueva York. ¿Qué me dices?

—Que no me sorprende. Si alguien se lo merece, eres tú.

—Estaré a cargo de todas las ventas desde el Misisipi hasta el Atlántico.

Lynn estaba pensando con melancolía: Voy a extrañar a Helen y a Josie.

—Quizás envíen a uno o dos más de aquí, debajo de mí, por supuesto. Están haciendo grandes cambios en todo el mapa.

—Espero que vaya Bruce.

—Por Josie, naturalmente. Te apoyas demasiado en ella, Lynn.

—En absoluto. No sé cómo puedes decir eso.

—Lo digo porque lo veo. —Unos minutos después, musitó: —Nueva York. Y después... ¿quién sabe? La división internacional. El extranjero. Londres. París. Arriba hasta la cima. Presidente de la compañía a los cincuenta. Es posible, Lynn. Ten confianza en mí.

Era un hombre excepcional, al que nada podía detener. Todos lo sabían, y ella, su mujer, lo sabía mejor que nadie. Él volvió a tomarle la mano y sonrió con su sonrisa brillante, contagiosa.

—¿Me quieres? ¿Con todos mis defectos?

Quererlo. Estaba unida a él, a pesar de cualquier cosa. Desde el primer día. A pesar de todo. ¿Cómo explicarlo? Era lo mismo que tratar de explicar la fuerza de la marea creciente.

—¿Me amas? —insistió él.

—Sí —respondió Lynn—. Sí, sí.

SEGUNDA PARTE

Primavera de 1988

Capítulo 02

La casa se asentaba cómodamente sobre un círculo de jardín y extendía sus alas contra las colinas oscuras, hacia atrás. El arquitecto, que la había construido para sí, había traído vigas de viejos graneros de Nueva Inglaterra y pisos de madera de casas antiguas para recrear el siglo XVIII a una hora de tren de Manhattan. Las ventanas tenían doce paneles, y el vidrio en forma de abanico sobre la puerta era auténtico.

Robert había visto la propiedad en su primer viaje a Nueva York. Volvió a casa lleno de nervioso entusiasmo. ¡Connecticut era el lugar! Tenía encanto, tenía clase. Las escuelas eran buenas. Los vecindarios, seguros. Había muchos espacios abiertos. ¡Y una hectárea de terreno arbolado sobre una calle tranquila, estrecha, sin nadie a la vista, salvo la casa de enfrente, que también era un tesoro sacado de la revista Architectural Digest!

Por supuesto, era cara. Pero con su sueldo y las posibilidades de la hipoteca no habría problema. Lynn no tenía más que leer los artículos sobre su ascenso en el Wall Street Journal y en la revista Forbes para saber adónde se dirigía él. Además, una casa así sería una inversión, un buen lugar para recibir, y un hogar feliz para ellos. Una vez que Lynn la hubiera visto, y si le gustaba, tendría que poner manos a la obra de inmediato y amoblarla como correspondía. Nada de ir de a poco; un decorador de primera tendría que hacerse cargo.

Estaba seguro de que ella se enamoraría de la casa; ya la imaginaba trabajando en los canteros con los guantes de jardín y el gran sombrero de paja.

De manera que sacaron una botella de *champagne* y, sentados a la mesa de la cocina, brindaron por ellos dos, por sus hijas, por la empresa General American Appliance y por el futuro.

Ahora, a fines de la primavera, el aire de la tardecita soplaba su fragancia por las ventanas abiertas del comedor. Y las lilas, fuentes de esa fragancia, agitaban sus cabezas moradas y el follaje saludable por encima del alféizar.

—¡Escucha, un ruiseñor! No sé en qué momento duerme —dijo Lynn—. Es lo último que oigo cuando me acuesto y a la mañana, cuando me despierto, sigue cantando.

Los ojos negros de Josie, demasiado prominentes en su carita delgada, de pájaro, le sonrieron.

—¿Te encanta este lugar, no es cierto?

—Ay, sí. Al principio, la casa me parecía demasiado grande, pero Robert tenía razón, nos desparramamos muy cómodamente. Y en cuanto al precio, todavía tengo dudas, pero eso se lo dejo todo a él.

—Mi mujer es frugal —observó Robert.

—A muchos hombres les gustaría poder quejarse de eso —comentó Josie. Hablaba rápido, como era su costumbre. Y, otra vez, le pareció a Lynn que los comentarios que le hacía a Robert, a pesar de ser neutrales, muchas veces tenían una sutil aspereza.

Y de nuevo le pareció que cada vez que Bruce seguía a Josie en su modo tan diferente y deliberado, era con intención de alisar esa aspereza.

—Han hecho maravillas con la casa. —Su mirada pasó por encima de la cabeza de Robert y se posó en el amplio vestíbulo donde ríos, árboles y montañas se repetían sobre el papel panorámico de las paredes y más allá, en la sala, donde, en los sillones, las alfombras y las ventanas, en una mezcla de tonos marfil, verde musgo y rosado pastel evocaban los jardines de Monet.

Lynn siguió su mirada. La casa realmente había sido decorada con refinada perfección. A veces, no obstante, cuando estaba sola y contemplaba esas habitaciones, tenía la sensación de que estaban congeladas en su perfección, como conservadas en ámbar.

—Y nosotros... —Estaba diciendo Bruce— ¿pueden creer que después de dos años todavía tenemos cajas de libros sin abrir en el sótano? Nos fuimos de St. Louis tan rápido, que hicimos todo a los apurones. Nunca nos imaginamos que nos iban a transferir, fue todo tan inesperado... —Rio. —La verdad es que tanto Josie como yo somos bastante desorganizados.

Josie lo corrigió.

—Cuando tienes trabajo que hacer para la empresa, eres una de las personas más eficientes que he visto.

Robert sacudió la cabeza.

—Nosotros, al cabo de una semana, ya estábamos completamente instalados. Yo, personalmente, no puedo vivir con desorden a mí alrededor. Tengo una compulsión interna hacia el orden. Es algo que tengo adentro. Si veo un letrero que dice NO PISAR EL CÉSPED, tengo que obedecer, mientras que hay otras personas que tienen que desafiar el letrero y caminar por el césped. —Suspiró. —Los seres humanos somos todos locos.

—Eso te lo puedo confirmar —dijo Josie—. Las cosas que veo y oigo todos los días en mi trabajo... —No terminó.

—Me gustaría que me contaras algunas, tía Josie. Te lo digo todo el tiempo.

Todos se volvieron hacia Emily. Hubo un silencio de una fracción de segundo, no más largo que una inspiración colectiva, como si los cuatro adultos hubieran quedado súbitamente impactados por la belleza de la muchacha. Tenía puesto un vestido amarillo; el pelo negro y sedoso brillaba bajo una vincha color cereza y el sol del atardecer le iluminaba la cara entusiasmada.

—Lo haré, cuando quieras. Pero muchas cosas son trágicas, sórdidas y trágicas. —Con suave curiosidad, Josie preguntó: —¿Por qué tienes tanto interés?

—Voy a estudiar medicina, sabes, y los médicos tienen que comprender a la gente.

A Lynn se le hizo un nudo en la garganta. ¡Qué bonita era! ¡Cómo las quería, a sus dos hijas! Y se sentía tan agradecida por lo bien que estaban; la mudanza no les había traído problemas y se habían adaptado fácilmente en la nueva comunidad.

—A Emily le fue fantásticamente bien en sus exámenes —dijo Robert—. Ay, ya sé que no te gusta que hable de ti, tesoro, pero a veces no me puedo contener. Así que perdóname. ¡Es que estoy tan orgulloso de ti!

La carita redonda de Annie, bajo la aureola de pelo pálido y rizado, se volvió hacia su padre. Lynn se apresuró a decir:

—Las dos chicas trabajan mucho. Annie vuelve de la escuela y va directamente al piano a practicar; enseguida después hace la tarea. Nunca tengo que recordártelo, ¿verdad, Annie?

La niña se volvió hacia su madre.

—¿Puedo comerme el resto del *soufflé* antes de que se desmorone? Mira, se le está saliendo todo el aire.

Por cierto, la porción que quedaba del suflé de chocolate se estaba hundiendo lentamente para depositarse en un húmedo montículo en el fondo de la fuente.

—No, no puedes —respondió Robert, mientras Annie le pasaba el plato a su madre—. Ya estás bastante gorda. No deberías haber comido ni siquiera una porción.

La boca de Annie se puso cuadrada, en señal de tragedia y un sollozo horrorizado le brotó de la garganta. Se levantó de un salto, haciendo caer la silla hacia atrás y huyó del comedor.

—Vuelve aquí de inmediato y levanta la silla —ordenó Robert.

En respuesta, se oyó el golpe de la puerta trasera. Todos se cuidaron de no mirarse entre sí hasta que Emily habló en tono de suave reproche.

—La ofendiste, papá.

—¿A qué te refieres? No estamos con desconocidos. Tía Josie y tío Bruce la conocen desde antes de que naciera.

—Pero sabes bien que detesta que le digan que está gorda.

—Tiene que enfrentar la realidad. Está gorda.

—Pobre chiquilla —murmuró Lynn. Una chiquilla que no estaba conforme consigo misma ni con su gordura ni con el pelo rizado que había heredado de algún antepasado desconocido. ¿Quién podía saber cómo sufría? —Ve a buscarla, Robert. Seguramente está en su escondite habitual, detrás del galpón de herramientas.

Robert se puso de pie, dejó la servilleta sobre la mesa y asintió con la cabeza, mirando a los Lehman.

—Discúlpennme. Annie está imposible... —dijo, dejando un sordo silencio detrás de él.

Lynn sirvió café. Robert había comprado el pesado juego de plata en Tiffany como «regalo para nosotros». En ese momento, la formalidad del juego, en la presencia de Bruce y Josie la hacía sentirse incómoda; hubiera sido natural traer la cafetera desde la cocina como siempre habían hecho. Pero Robert quería que usara todas las elegantes cosas nuevas. «¿Si no, para qué tenerlas?» decía siempre, cosa que, había que admitir, tenía sentido. Le temblaron las manos al levantar la taza y derramó unas gotas. El silencio la ponía nerviosa.

Fue Emily la que lo rompió. A los diecisiete años, ya tenía desenvoltura social.

—¿Esta noche van a ir todos al remate especial a beneficio del hospital?

—Me he estado devanando los sesos —se quejó Josie— y lo mejor que se me ocurrió es ofrecer tres noches de cuidado de niños.

—Bueno, si necesitas referencias —dijo Emily alegremente— diles que me llamen. Tú y tío Bruce se han quedado un montón de veces con nosotras.

Lynn se había recuperado.

—Yo ofreceré «una cena para ocho en su casa».

—Papá va a ofrecer tres lecciones de tenis. Juega mejor que el profesor que teníamos el año pasado en la escuela.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó Robert. Entró con el brazo alrededor de los hombros de Annie y sin esperar respuesta, anunció alegremente: —Con Annie hemos resuelto el problema. Un postre enorme, delicioso, cuantas

porciones quiera, una vez por semana y nada de dulces entre medio. De hecho, es una buena regla para todos nosotros, sin que importe lo que pesemos. ¿No te parece, Lynn?

—Me parece una excelente idea —respondió, agradecida. Con la misma rapidez con la que cometía un error, Robert sabía salir de él.

El siguió hablando.

—Annie, tesoro, si terminas tus tareas de matemática hoy, mañana te la revisaré y luego pasaremos al siguiente trabajo para que estés adelantada con respecto al resto de la clase. Sorprenderás a la maestra. ¿Qué te parece? —La niña asintió.

—Ay, vamos, Annie, sonríe un poco. —Una sonrisita se dibujó en el rostro todavía enrojecido por el llanto. —Así está mejor. ¿Te quedarás con Annie esta noche, Emily?

—Hoy voy al cine, papá. Es viernes.

—¿No me vas a decir que sales otra vez con ese tal Harris?

—Sí, salgo otra vez con ese tal Harris.

Robert no respondió. Emily debe de ser la única persona en el mundo que puede descolocarlo, pensó Lynn.

—Eudora se quedará con Annie esta noche —dijo—. Emily, querida, me pareció oír el auto de Harris.

—Se oye desde un kilómetro de distancia. Necesita un nuevo silenciador —ironizó Robert.

Instantes después, Emily hacía pasar a Harris. Era un joven alto, ágil, con un corte de pelo prolijo, camisa bien planchada y una sonrisa amistosa, ancha. Sujetaba del collar un lanudo perro color tostado.

—Hola, señor, Ferguson, señora Ferguson, señor y señora Lehman. Creo que Juliet tiene algo en la oreja. Se revolcaba por el césped, tratando de frotarla contra el piso. Si alguien la sujeta, trataré de echar un vistazo.

—Sobre la alfombra de la sala, no, por favor —dijo Robert.

—No, señor. ¿Le parece bien aquí en la entrada?

—Sí, recuéstenla.

No era fácil forcejear con Juliet. Emily le sujetó las patas y Robert presionó contra su lomo. Harris revisó las orejas peludas.

—Ten cuidado. Puede querer morder —dijo Lynn.

Harris sacudió la cabeza.

—No, Juliet no. Sabe que estoy tratando de ayudarla. Si está dentro de la oreja... no, no veo nada, a menos que se trate de algo interno, pero no me parece... en ese caso, tendrá que verla un veterinario... ay, Juliet, perdóname, ¿te estoy haciendo doler? Epa, me parece que toqué... sí, aquí está... ¡Lo tengo, es un abrojo, enredado en el pelo! Ay, te dolió, Juliet... espera, vieja. Voy a necesitar una tijera, señora Ferguson. Tengo que cortarle un poco de pelo.

—No le vendrá mal —respondió Lynn, mientras le alcanzaba la tijera—. En mi vida he visto un perro tan peludo.

—Serías bueno como veterinario —comentó Bruce—. O como médico, también.

Harris, todavía de rodillas, levantó la cabeza y sonrió.

—Es lo que pienso hacer. Emily y yo somos parte de los Futuros Médicos de Norteamérica.

—La verdad es que tienes mano con los animales. Juliet hasta parece estar agradeciéndote —dijo Bruce con amabilidad.

—Siempre tuvimos perros en casa, así que estoy acostumbrado a ellos —explicó Harris, acariciándole la cabeza a Juliet—. Justamente la semana pasada se nos murió uno. Tenía dieciséis años, casi como yo y lo extraño mucho.

Bruce asintió.

—Te entiendo. ¿De qué raza era?

—Raza Perro, nada más. El auténtico perro norteamericano.

—Juliet es de raza Bergamasco —dijo Robert—. Me costó muchísimo trabajo conseguirla, te lo aseguro.

—Nunca había oído hablar de esa raza hasta que Emily me la nombró.

—Son pocos los que la conocen. Es una raza muy poco común en este país. Es italiana.

Emily rio.

—Me parece que no le importa un rábano ser fuera de lo común, ¿no es así, Juliet?

La perra bostezó y se acomodó bajo la mano acariciante de Harris.

—¿Te sientes mucho mejor, ahora sin ese abrojo, verdad? —le dijo él.

—¡Ay, Juliet, te queremos, muchacha loca y desprolija! Exclamó Emily. —Aunque yo siempre quise un setter irlandés.

—Todo el mundo tiene un setter irlandés —dijo Robert. Miró el reloj. — Bueno, ¿nos vamos? Deja tu auto aquí, Bruce. Lo puedes buscar a la vuelta. Y Emily, no vuelvas tarde.

—Qué muchacho agradable —comentó Bruce, como de costumbre, cuando estuvieron en el auto.

—Sí, es responsable y atento —coincidió Lynn—. Nunca me preocupo por Emily cuando él maneja. Algunos de los otros...

—¿Qué otros? —interrumpió Robert—. Tengo la impresión de que está siempre con él. Y no me gusta. No me gusta para nada.

—Le das demasiada importancia —dijo Lynn, con suavidad—. No son más que chicos de secundaria.

—Emily no es cualquiera. Es una chica excepcional, talentosa y no quiero verla perder el tiempo. Sí, el chico es agradable y su familia debe de ser respetable. El padre es policía...

—¿Y eso te molesta? —preguntó Josie con franqueza—. ¿Que el padre sea policía?

Lynn se mordió los labios. A pesar de lo íntimas amigas que eran ella y Josie, el secreto de la antipatía mutua que se inspiraban Robert y Josie era un tema que no se tocaba. Ninguna de las dos mujeres quería abrir esa caja de Pandora.

Bruce reprochó con delicadeza a su esposa.

—Por supuesto que no quiso decir eso.

A Lynn le pareció que Bruce y ella eran los que siempre suavizaban las asperezas. Y dijo con impaciencia:

—¡Tantas palabras malgastadas por un par de chiquilines de diecisiete años!

—Bueno, no sé —dijo Bruce, inesperadamente—. Josie y yo nos enamoramos cuando estábamos en la secundaria.

—Eso era diferente —gruñó Robert—. Emily es distinta. Tiene mucho futuro y no puede permitirse ponerlo en peligro.

—Pensé que eras uno de esos hombres que creen que la mujer está mejor en la casa —le dijo Josie.

Lynn volvió a temblar por dentro. Fue un alivio ver que, antes que Robert pudiera contestar, se detenían delante de la entrada del club.

Los socios habían decidido respaldar al hospital, recaudando fondos. De hecho, había sido Robert el que había hecho la conexión entre el club y los directivos del hospital. Resultaba notable que después de solamente dos años en esa comunidad, ya hubiera por lo menos diez personas saludándolo antes de que hubiera atravesado el vestíbulo.

En la amplia habitación que daba a la cancha de golf estaba por comenzar la subasta. Junto al podio había dos mesas con sencillas donaciones:

candelabros de cristal, muebles de juguete y un cuadro no demasiado bueno que mostraba patos flotando en un estanque. A un costado, colgaba un sacón de visón nuevo, donado por una de las mejores tiendas de la zona.

Robert se detuvo a mirarlo.

—¿Qué te parece? —susurró.

Lynn negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Conoces mi opinión sobre las pieles.

—Bueno, no voy a obligarte. Pensándolo bien, si tu opinión fuera diferente, tampoco te lo compraría. Tiene aspecto de barato. —Siguió caminando. —¿Y los muebles de juguete para Annie?

—No tiene casa de muñecas.

—Bueno, cómprale una para el cumpleaños. Y que la arregle ella misma. Annie necesita ocupar su mente. ¿Qué es esto? Menorah, le dicen, creo, a estos candelabros de siete brazos.

—En efecto —dijo Bruce desde detrás de él—. Heredé tres de diversos parientes y como no necesitamos tres, se me ocurrió contribuir con uno. Es una pieza checoslovaca, de unos cien años de antigüedad y debería de venderse muy bien.

—Lo dudo. En este club no hay judíos.

—Pero en el vecindario sí, y siempre colaboran generosamente —respondió Bruce, con desacostumbrada firmeza.

—Sí, todos lo saben —acotó Lynn, temerosa de que el comentario de Robert pudiera haber sonado demasiado cortante.

Robert siguió avanzando.

—Epa, mira esto. Dos obras de Dickens de 1890. Bleak House y Great Expectations. Esto sí que es bueno, Lynn. —Bajó la voz. —Tenemos que comprar algo. No quedaría bien que no lleváramos nada. De todos modos, quiero esos libros.

Cuando apareció el rematador, la gente dejó de conversar y moverse. Una por una, con bromas y aprobación, se hicieron y se aceptaron las ofertas: las horas de cuidado de niños de Josie, las clases de tenis de Robert, la cena de Lynn y muchas más. Todas se pagaron generosamente. Una encantada señora de pelo azulado se llevó el sacón de piel, los muebles de juguete fueron para los Ferguson, al igual que los volúmenes de Dickens. Y el candelabro judío de Bruce fue vendido en tres mil dólares a un anticuario.

—Me vendría bien una taza de café —dijo Robert, mientras la muchedumbre se dispersaba hacia el comedor, donde se serviría el postre.

Lynn y él les guardaron lugar a los Lehman.

—Qué situación incómoda —susurró Robert mientras se sentaban—. Deberíamos de estar mezclándonos con gente de aquí, pero también tengo que estar con Bruce.

—Parece que se las arregla muy bien —observó Lynn. Bruce y Josie estaban en medio de un grupo animado. —Se hacen de amigos con facilidad —agregó.

—Sí, cuando él hace el esfuerzo. Debería hacerlo más seguido, por su propio bien. Bueno, no voy a perder tiempo aquí esperándolos. Tengo que ver a una docena de personas y, además, quiero ver el resultado total de la subasta. Deberíamos haber sacado más de veinte mil dólares. También quiero ponerme en contacto con un editor local y asegurarme de que mi nombre figure en la publicación, junto con el de General American Appliance.

Robert tamborileaba los dedos sobre la mesa.

—No, eso me conviene hacerlo mañana por la mañana. Unas palabras en privado por teléfono, lejos de esta multitud, surtirán más efecto.

Josie, Bruce y otro hombre se habían separado del grupo y ahora se acercaban a la mesa. Bruce hizo las presentaciones.

—Él es Tom Lawrence, el que compró tu cena, Lynn. Me pareció que debía presentarlos.

—Únase a nosotros, señor Lawrence, con su señora, por supuesto —dijo Robert con cordialidad.

—Bueno, gracias. Pero con mi esposa no cuenten. No tengo. Es decir, ya no. —La sonrisa del hombre tenía un toque de picardía, como si lo divirtiera su situación. —¿Supuso que tenía esposa, de otro modo por qué querría comprarme una cena? No lo culpo, pero la verdad es que, aunque vivo solo, me gusta recibir. —Se volvió hacia Lynn. —Bruce me dijo que usted es una cocinera fantástica y que debía ofertar por su cena. Así que lo hice.

—Pero ofertó más de lo que vale —dijo Lynn—. Espero que no se desilusione.

—Seguro que no. —Lawrence se volvió hacia Robert. —Veo que usted es el que compró mis volúmenes de Dickens. Hicimos un buen intercambio.

—No creo. Son libros valiosos. Me extraña que se haya desprendido de ellos.

—Por la misma razón que Bruce se desprendió de su candelabro... menorah, quiero decir. Mis dos abuelos coleccionaban libros y puesto que yo no colecciono nada, no me parecía sensato tenerlos repetidos. Además —dijo con cierto descuido—, uno de mis abuelos ayudó a fundar este club y también el hospital, de modo que la causa tiene significado especial para mí.

—Ah, sí Lawrence. La placa en el vestíbulo del hospital St. Wilfred.

Lynn, observándolos, se dio cuenta de que Robert estaba evaluando al hombre. No dejaría de notar su seguridad y vivacidad. Ahora Robert le estaba preguntando de dónde conocía a Bruce.

—Ambos salimos a correr y nos conocimos en la pista de la escuela secundaria —respondió Lawrence—. Tenemos horarios bastante parecidos.

—Debe de vivir cerca de la escuela, entonces.

—Ahora sí. Dejé una casa más grande después del divorcio. Antes vivía en Halsey Road —dijo con la misma displicencia.

—¡Ahí es donde vivimos nosotros! —exclamó Lynn—. Compramos la casa de Albright.

—¿De veras? Es un hermoso lugar. Fui a muchas fiestas magníficas allí.

—Debería verla ahora. Le hemos hecho tantas cosas que le costaría reconocerla —dijo Robert—. Necesitaba muchas refacciones.

—¿En serio? —replicó Lawrence—. Nunca me di cuenta.

Robert no le agrada, pensó Lynn. No, qué tontería. ¿Por qué no iba a agradarle? Siempre estoy imaginándome cosas.

De pronto, Josie rio.

—¿Quieren saber algo gracioso? Miren a Lynn y a Tom. ¿Alguien ve lo que veo yo?

—No. ¿Qué? —quiso saber Robert.

—Mira de nuevo. Podrían ser hermanos. El mismo pelo lacio y rubio, la nariz corta, el mentón con hoyuelo... Es increíble.

—Si es así, es un honor para mí. —Lawrence hizo una pequeña inclinación hacia Lynn.

—No lo veo para nada —dijo Robert.

Hubo un instante de silencio incómodo, como si se hubiera cometido una torpeza social. Sin embargo, el comentario de Josie había sido inocente.

—Tiene que decirme cuándo quiere la cena para ocho personas, señor Lawrence —dijo Lynn con serenidad.

—Me llamo Tom. Cuando prepare la lista, la llamaré. ¿Le parece bien dentro de dos semanas?

—No olvides que vamos a llevar a Emily a conocer Yale —dijo Robert.

—No, no lo olvidaré. Esa semana estará muy bien.

Después de un tiempo, el salón comenzó a vaciarse. Todos empezaron a mirar los relojes y poner las excusas habituales para irse. La velada había terminado.

—¿Quién es este tal Lawrence? —preguntó Robert en el viaje de vuelta.

—Es un tipo inteligente, socio de un estudio importante de abogados de Nueva York —explicó Bruce.

—Eso no me dice demasiado. Hay muchos tipos inteligentes en empresas importantes de Nueva York.

—No sé mucho más, salvo que se divorció un par de veces; anda cerca de los cincuenta años, aunque parece mucho menor. Y sé que proviene de lo que tú llamarías una familia importante —añadió Bruce, con lo que a Lynn le pareció que era un toque de humor.

—No me gusta este asunto de que Lynn vaya a la casa de un desconocido.

—Ay, vamos —dijo Lynn—. No seas tonto. ¿Acaso tiene aspecto de violador?

—No lo sé. ¿Qué aspecto tienen los violadores? —Robert dejó escapar un suspiro fuerte, deliberado. —Mi mujer sigue siendo una ingenua.

—Es una cena para ocho personas. Y pienso llevar a Eudora para que me ayude. Así que ya puedes sentirte mejor. Qué tontería, Robert.

—Está bien, está bien, me sentiré mejor, si tú lo dices.

—Escuché que estaban diciendo cosas buenas de ti, Robert —dijo Bruce—. Sobre el hospital, por supuesto y sobre el auspicio importante que conseguiste que GAA diera a la campaña de la Juventud No Vidente.

—Sí, sí. A ustedes les parecía que no tenía nada que ver con la venta de aparatos electrónicos, pero espero que vean ahora que no es así. Cualquier cosa que conecte el nombre de GAA con una buena causa cuenta. Y los contactos que se hacen en los clubes te relacionan con esas causas y sus mesas directivas. Tendrías que hacerte socio de un club, Bruce.

—Ya sabes que de este no puedo.

—Es enfermante —exclamó Lynn—. Me dan ganas de armar un escándalo.

—Puede ser, pero no te conviene. Como te digo siempre —le recordó Robert— hay que hacer frente a la realidad. Bruce es suficientemente inteligente para aceptarlo. Hazte socio de un club judío, Bruce. Hay un par de clubes justo después de la línea de Westchester. La compañía te lo pagará con gusto.

Lynn miró hacia atrás y vio que Bruce se encogía de hombros.

—Josie y yo nunca fuimos fanáticos de la vida de club, judío o no judío.

—Pues es hora de que empieces —declaró Robert con vehemencia—. Tienes que meterte en alguna junta, ir a las cenas y asegurarte de que tu mujer vaya a los almuerzos. Se lo debes a la empresa y a ti mismo.

—Hago lo que puedo —respondió Bruce.

—Bueno, piénsalo. Y tú también, Josie.

—Josie trabaja —objetó Lynn—. Además, no la imagino intercambiando chismes con las esposas de la empresa. Hay que tener cuidado con todo lo que se dice. Juzgan todo, tus opiniones, la ropa que usas, todo. Esas tardes te dejan agotada.

—Es el precio que pagas por ser quien eres y estar donde estás. Te parecerá poco, además, si te lleva a un empleo de primer nivel en Europa —dijo Robert.

Un temor frío oprimió el pecho de Lynn. Conocía bien el patrón de ascensos: dos o tres años en cada uno de varios países europeos, después, posiblemente, la casa matriz en Nueva York otra vez. O un tiempo en el Lejano Oriente, antes de volver. Sin permanencia ni raíces ni un lugar donde plantar un arce y verlo crecer. Había cientos de personas que renunciarían a un millar de arces por oportunidades de esa clase, y eso estaba muy bien, pero Lynn no era una de ellas.

Pero Robert sí. Y merecería de lleno sus recompensas cuando llegaran. Nunca, pensó Lynn, nunca, con hechos ni palabras, debía ella interponerse en su carrera.

Como si le estuviera leyendo la mente, en ese mismo momento, Bruce comentó:

—Cuando haya otra buena oportunidad en Europa, y con todo lo que está sucediendo allí tiene que ser pronto, serás el que elijan para el puesto, Robert. Todo el mundo lo sabe.

Más tarde, cuando estaban leyendo en la cama, Robert preguntó:

—¿Qué vas a hacer mañana?

—Salgo con Josie y unas amigas a almorzar, ¿recuerdas? Es su cumpleaños.

—¿Vas a perderte el torneo femenino de tenis?

—No tengo opción. Josie trabaja toda la semana, así que el sábado es el único día que podemos salir.

Después de unos instantes, Robert dejó de lado el libro y dijo con vehemencia:

—Josie siempre quiere tener razón: Siempre lo dije. No entiendo cómo él no está harto de ella. Pero claro, es demasiado flojo, demasiado complaciente para hacer algo al respecto.

—¡Cómo va a estar harto de ella! Por favor, no es ningún flojo, ¡la adora! Y eso de querer tener siempre la razón, no es así. Es franca, nada más. Dice lo que piensa.

—Bueno, si tú lo dices. Supongo que soy machista, pero me ponen incómodo las mujeres tan sinceras.

Lynn rio.

—Emily no es ninguna mosquita muerta para decir las cosas, tampoco.

—Ah, eso es distinto. —Robert rio, también. —Es mi hija. Puede hacer lo que quiera.

—¿Menos elegir a sus amigos?

—Lynn, solo quiero lo mejor para ella. ¿Acaso no daría mi vida por ella? ¿Por todas ustedes?

—Robert, querido, sé que lo harías.

Él tomó su libro y Lynn volvió al de ella. Instantes después, él volvió a dejarlo.

—Ahora que me acuerdo, ¿hiciste arreglar el raspón que habías hecho en el paragolpes?

—Sí, esta mañana.

—¿Lo dejaron bien?

—Jamás te darías cuenta de que hubo una marca.

—Bien. No tiene sentido andar en un auto abollado. —Enseguida se le ocurrió otra cosa; era como si tuviera una agenda en su cabeza, le decía Lynn siempre.

—¿Le enviaste un regalo a mi tía?

—Claro que sí. Una lindísima cartera de verano.

—Está bien, si consideramos todos esos suéteres que les teje a las chicas.

Lynn no pudo pasar por alto el desdén de su comentario.

—Robert, pienso que la tratas muy mal.

—Tonterías. Estuve hecho un duque con ella el año pasado en Navidad.

—Estuviste cortés, nada más. Y no fue el año pasado, sino el otro. El año pasado no vino porque le pareció que no la querías aquí. Tú, no yo. A mí me agrada mucho. Es amable y cariñosa.

—Puede ser amable y cariñosa, pero es una vieja charlatana y me saca de quicio.

—¡Charlatana! Casi no abre la boca cuando tú estás cerca. El no respondió. Lynn insistió.

—Y Emily la quiere mucho. Lo pasó muy bien tomando el té con ella cuando Jean vino de visita a Nueva York el mes pasado.

—Está bien. No me hables más de la tía Jean, ¿quieres? No tiene importancia.

Se volvió y, al tirar de la frazada, hizo caer el libro al suelo.

—Perdón. ¡Caray! Estoy nervioso.

Lynn le apoyó una mano sobre el brazo.

—Cuéntame qué es lo que te tiene así.

—Bueno, te parecerá una tontería, sin duda, pero ya te lo dije: no me gusta la idea de que vayas a preparar una cena a la casa de un hombre solo. Ojalá se te hubiera ocurrido otra cosa para contribuir con la subasta.

—Pero si lo que hago mejor es cocinar. Será divertido. ¿No viste las ofertas? Pagó mil dólares por mis servicios, para que sepas.

—Bruce fue el que le llenó la cabeza. Esa es la verdad.

—No vas enojarte ahora con Bruce, Robert. ¿Qué tonterías son estas?

—El tipo no me gusta. Divorciado dos veces y...

Tratando de sacarlo de su mal humor Lynn dijo:

—Aparentemente, se parece a mí, así que no...

—Sí, puede ser, tiene algo tuyo y tú...

Se volvió otra vez, ahora hacia Lynn, para mirarla a los ojos. Ella vio los iris azul oscuro, las pestañas negras, los párpados blancos y su propia imagen en las pupilas de Robert.

—Te pones más linda con cada año que pasa. Algunas mujeres son así.

Lynn se sintió complacida.

—Creo que de verdad estás celoso.

—Por supuesto que sí. ¿No es natural? Sobre todo porque yo jamás en toda nuestra vida juntos —lo juro— jamás te he sido infiel.

Los párpados blancos, como mitades de caracolas, se cerraron sobre el azul. Y con un movimiento violento, él hundió la cara contra el hombro de Lynn.

—Ay, Lynn, no sabes. No sabes...

Que todavía pudiera desearla con esos repentinos e intensos espasmos de pasión y que ella pudiera responder como lo había hecho las primeras veces, era una maravilla que nunca dejaba de impresionarla. Como ahora...

El viento agitaba las cortinas; el reloj de la mesa de luz dio la hora. Se oyó el ruido leve de una puerta de automóvil al cerrarse. Robert se despertó.

—¿Emily?

—Ya volvió. Me quedé despierta para estar segura.

—Vuelve demasiado tarde.

—Shh. Vete a dormir. Está todo bien.

Ahora que estaban todos a salvo, Emily y Annie en sus camas, ahora ella también podía irse a dormir. Sus pensamientos vacilaban en el umbral de la conciencia, sentía a su lado el calor de ese cuerpo junto al cual había estado durmiendo durante miles de noches. Miles.

Ahí estaba el ruiseñor otra vez. Trinando, trinando, sin preocupación alguna, pensó y luego... ya no pensó nada.

—¿Estás segura de que no te molesto?

Sentado en un taburete alto, en su reluciente cocina, decorada en blanco y negro, observaba las preparaciones de Lynn.

—No, en absoluto.

—Esta es una experiencia nueva para mí. Por lo general, cuando tengo invitados, hago un asado afuera. Bifes, y helado de postre. Rápido y fácil.

Puesto que esa era una experiencia nueva para Lynn también, tuvo que buscar algo que decir, aunque fuera trivial, para evitar un silencio incómodo.

—Es una lástima no usar más seguido estas cosas tan lindas —comentó, mientras llenaba un centro de mesa con uvas verdes.

—Qué buena idea, poner fruta ahí dentro. Olvidé que tenía esa pieza. Sabes, cuando nos separamos y me mudé, mi esposa accedió a que dividiéramos todo lo que teníamos, cosas de su familia y de la mía, más lo que habíamos comprado juntos. Yo no presté atención, dejé que ella hiciera todo. Fue un lío. La mudanza. Todo. —Abruptamente, se deslizó del banco. —Dame, te lo llevaré. ¿Adónde hay que ponerlo?

—En el centro de la mesa. Con cuidado, los brazos se desprenden.

La mesa de comedor estaba en un extremo de una gran sala con un hogar en cada extremo. Se veía que la casa constaba solamente de la espléndida cocina y lo que debían de ser dos dormitorios que daban a esta amplia sala. Un rápido vistazo abarcó cuadros, bibliotecas, un gran ventanal desde el que se veía una terraza y un frondoso follaje verde.

—¡Qué casita tan elegante! —exclamó Lynn.

—¿Te parece? Sí, después de casi tres años puedo decir que realmente me siento en casa aquí. Cuando me mudé, me parecía que los muebles no eran los míos. No los reconocía.

—Te entiendo. Cuando llega el camión y deposita tus cosas en un lugar desconocido, tienen aspecto de desamparo, ¿no? Como si se dieran cuenta de dónde están y extrañaran su hogar. Y cuando el camión se va... es como si algo terminara, y uno se queda un poco triste. —Por un instante estaba de

nuevo en la casita de St. Louis —«casita» comparada con la de ahora— con los vecinos amistosos sobre la calle alegre, acogedora. —Pero claro, uno se repone enseguida.

La respuesta de él fue totalmente inesperada.

—Supongo que tú te repones muy rápido de las cosas. Te obligas a hacer lo que corresponde.

Sorprendida, levantó la mirada y se topó con la de él. Vio que, salvo por algunos rasgos superficiales, este hombre no se le parecía en absoluto: era agudo y experimentado, cosa que ella distaba mucho de ser. Podía ver el interior de una persona, si se lo proponía.

—¿Por qué lo dices? —preguntó con curiosidad.

El sonrió y se encogió de hombros.

—No sé. A veces tengo como un presentimiento. Nada importante. Además, seguro que me equivoco.

—Tal vez intuyes que estoy algo nerviosa por lo de esta noche. Espero no haberme metido en camisa de once varas.

El la siguió de nuevo a la cocina.

—Por favor, no te inquietes. Son todos viejos amigos que vendrán de Nueva York y no son nada estirados. Se asombrarán al ver esta mesa. Estoy seguro de que están esperando los tradicionales platos de papel de Tom Lawrence.

Sobre la mesada, había recipientes y platos de comida que Lynn había traído preparados de su casa: carne de cerdo con salsa de *champagne*; hongos rellenos, aceitunas negras y alcauciles saltados con arvejas y zanahorias, duraznos rosados aromatizados con canela. Lynn fue de la alacena al refrigerador. De allí al horno, en el que puso una fuente de bolas de papa crocantes y a la batidora, para preparar la crema que iría sobre una tarta de almendras.

Cuando se sintió satisfecha de que todo estaba listo, le volvió la confianza.

—Esta cocina es fantástica —dijo a Tom, que seguía sentado allí, observándola en silencio—. El horno como para restaurante, el freezer... todo. Me da envidia.

—Pues, por lo experta que eres, mereces una cocina perfecta. ¿Alguna vez pensaste en hacerlo como trabajo?

—Sí, debo admitir que lo he pensado. Hasta se me ocurrió un nombre: «Platos Deliciosos». Pero con el trabajo voluntario, la Asociación de Padres y Maestros y el manejo de esa casa tan grande, no sé cómo... —Se interrumpió

y concluyó: —Robert es muy meticuloso con la casa. —Hizo otra pausa y añadió. —De todos modos, no tengo apuro. —Se dio cuenta de que parecía estar a la defensiva. —Necesito dar un último vistazo a la mesa —dijo abruptamente.

—Discúlpame. —Tom titubeó. —Pero los cubiertos... bueno, ¿no están al revés, boca abajo?

Lynn rio.

—Cuando la platería está grabada en el dorso, se supone que debe verse.

—¿De veras? Bueno, siempre se aprende algo nuevo. —Los ojos de él le sonrieron.

Se parecen a los ojos de Bruce, pensó. No se asemeja en nada a Bruce, salvo en eso. Sus manos se movían alisando el elegante mantel blanco, acomodando los candelabros. No hay muchas personas con ojos que puedan sonreír de ese modo.

—Te has puesto pensativa, Lynn. ¿Puedo llamarte por tu nombre?

—Claro que sí. ¿Pensativa? Es que estaba recordando —comentó— cuando Robert compró el libro de etiqueta para que aprendiera a dar cenas formales cuando nos mudáramos aquí. Me pareció una tontería, pero después de todo, me vino bien.

Sonó el timbre.

—Ah, debe de ser Eudora. Es la mujer que limpia y nos cuida las chicas. Le pedí que viniera a ayudar. La haré pasar.

Cuando Lynn volvió, Tom dijo:

—Me gustaría que pusieras otro lugar en la mesa, para ti, ahora que tienes ayuda en la cocina.

—Vine a trabajar, no como invitada —le recordó ella—. Pero gracias, de todos modos.

—¿Por qué no ibas a ser invitada? El único hombre solo, esta noche, seré yo. Y tendría que tener una acompañante, ¿no te parece?

—Ese no fue el arreglo.

La sonrisa de él se esfumó y de nuevo la miró con atención. —Comprendo. Quieres decir que si te quedaras como invitada, tu marido también tendría que estar aquí.

Ella asintió.

—Además, no puedo dejar sola a Eudora en la cocina. Ella podrá servir la mesa y ayudarme a limpiar después.

Volvió enseguida a la cocina. ¿Por qué se sentía turbada? El hombre no había dicho nada del otro mundo. Se volvió hacia Eudora, que aguardaba

instrucciones.

—Llegarán dentro de unos minutos. Encienda el horno y póngalo en mínimo, para calentar los bocadillos. Les daremos media hora para el copetín. Mientras, prepararé la ensalada. Va sobre los platos azules... no, esos no, los otros.

—Lo están pasando muy bien —comentó Eudora mucho más tarde. La puerta vaivén se abría y cerraba dejando oír el sonido de risas alegres cuando Eudora entraba o salía. —En mi vida he visto a gente limpiar los platos de este modo.

—Qué suerte. Ahora lleve la torta para que la vean y después tráigala de vuelta, así la corto.

—Qué buena cocinera es, señora Ferguson. Tengo edad para ser su madre y nunca había oído nombrar las cosas que prepara.

—Bueno, yo tampoco había visto sus deliciosos platos jamaiquinos hasta que la conocí.

A pesar de que había estado en pie todo el día, Lynn recibió una repentina carga de energía. Lo que había comenzado como una aventura, una travesura, se había convertido en una prueba y la había pasado. Le habían pagado por su habilidad y se sentía feliz. Así que, cuando se abrió la puerta y Tom vino a decirle que los invitados querían conocer a la cocinera, aceptó de buen grado ir a la sala con él.

—Déjame arreglarme un poco. Estoy toda colorada por el calor de la cocina.

—Sí, es terrible parecer una rosa —replicó él, llevándola a la rastra.

Un instante después, estuvo frente al grupo; eran neoyorquinos sofisticados, inteligentes, exitosos, la clase de gente que usa alhajas con vaqueros cuando le da la gana. Se casan y se divorcian con la misma facilidad cuando les da la gana. Bonachones y tranquilos, no se escandalizan ante nada. A Robert le desagradarían. Todo eso le pasó por la cabeza en un instante.

Se mostraron muy amables y la llenaron de elogios. «Qué talento... Podrías trabajar para Le Cirque o La Grenouille... Esta noche arruiné mi dieta... Absolutamente delicioso».

La velada estaba muy animada. Entibiados por la comida y el vino, el grupo se levantó de la mesa de muy buen humor. Tom encendió el tocadiscos, los hombres corrieron las alfombras y comenzó el baile.

Él extendió las manos hacia Lynn.

—Ven, únete a la fiesta.

—Es *rock and roll*. Soy un desastre bailándolo —protestó ella.

—Entonces es hora de que aprendas —respondió él y la llevó a la improvisada pista de baile.

Al principio se sintió tonta. Si Emily, que bailaba como un derviche, pudiera verla, se moriría de risa. Lo mejor que podía hacer era observar los movimientos de los demás y tratar de imitarlos.

Después de un rato, el ritmo regular, primitivo, sonoro, comenzó a hablarle. En forma inesperada, lo captó con sus movimientos.

—¡Eso es! —exclamó Tom—. ¡Ya lo tienes!

Los revoloteos, que deberían haberla extenuado, le resultaron energéticos. Cuando Lynn tomó conciencia de que Eudora estaba en la puerta, lista para irse, se sorprendió al ver que eran casi las once. Hubiera dicho que apenas habían pasado las nueve. Metió unos billetes en la mano de Eudora y susurró:

—¿Me dejó la cristalería?

—Ay, no me gusta dejarle trabajo, señora Ferguson, pero no quiero tener la responsabilidad de lavarla.

—No hay problema, Eudora. La lavaré enseguida y me iré a casa.

En la cocina, otra vez con el delantal, Lynn estaba enjuagando las copas cuando Tom vino en su busca, con los ojos brillantes, de muy buen humor.

—¡Epa! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Eudora no se atrevía a tocar tu Baccarat. Sabe el valor que tiene.

—Ay, déjalo. Vamos a ir a bailar afuera. Es una noche estupenda.

—No puedo. De verdad. No puedo.

—Sí que puedes. Insisto. Diez minutos, ven.

La luz de los faroles parecía provenir de la luna. Iluminaban tenuemente la terraza bordeada por arbustos. Había llovido durante el día y el aroma de pasto mojado era punzante.

Uno de los hombres se quejó.

—Estoy viejo, Tom; no doy más. ¿Qué te parecen unos viejos temas lentos?

—Ningún problema. Tengo todos los discos con los que bailaban tus padres. Ah, esto sí que es bueno —dijo, atrayendo a Lynn hacia él—. A la hora de la verdad, las costumbres antiguas son las mejores.

A diferencia de Robert, no era mucho más alto que ella, de modo que sus caras casi se tocaban. Sus pies se movían al unísono, siguiendo el ritmo de la música sentimental.

—Tienes una boca dulce —dijo Tom de pronto—. Y ojos muy dulces, también.

Un repentino temor hizo que Lynn se pusiera tiesa y él lo sintió.

—¿No te gustó que dijera eso, verdad?

—No me lo esperaba.

—¿Por qué? Si un cumplido es sincero, hay que decirlo y aceptarlo de buen grado.

—Bueno, entonces, gracias.

—Todavía estás incómoda. Piensas que soy un charlatán. Pero de verdad, eres diferente, tengo que decírtelo. Refrescante, especial, diferente.

Ella sentía su aliento sobre el cuello. La mano en la curva de su espalda la sostenía con firmeza contra él. Lynn podía sentir los latidos del corazón de Tom. El soñoliento encanto de la noche se convirtió en inquietud y turbación.

—¡Conque aquí estabas!

La voz áspera se oyó desde una esquina de la casa. Robert salió a la luz. Justo en ese momento, la música cesó, dejando a los bailarines congelados en sus poses, mirando hacia la voz.

—Llamé por teléfono, nadie contestó. Vine, toqué el timbre y tampoco hubo respuesta.

—Este es mi marido —dijo Lynn—. Tom Lawrence... ¡pero qué tonta! Si ya se conocen. Estoy muy distraída. —Se humedeció los labios, sintiendo un sabor extraño, salado, como de sangre. Como si la sangre le hubiera subido desde el corazón.

—Lo siento muchísimo. Estábamos aquí afuera y la música no me dejó oír nada. Únase a nosotros —dijo Tom cordialmente—. Su esposa preparó una cena estupenda. Tiene que probar el postre. ¿Habrá quedado algo, Lynn?

—Gracias, pero lo que menos necesito es torta. Van a ser las doce y, por lo general, no salgo a estas horas a recoger a mi mujer en una fiesta.

Por la mente de Lynn pasaban pensamientos alocados: tiene aspecto siniestro y oscuro, una figura enmascarada de un viejo melodrama. ¿Por qué no sonrío? Me moriré de vergüenza delante de esta gente. Con tono estridente y forzosamente alegre, dijo:

—Qué tonta soy, no traje reloj y perdí la noción del tiempo, bailando aquí con toda esta gente tan amable. Iré a buscar mis cosas y...

—Sí, hazlo —respondió Robert—. Hazlo. Te esperaré adelante. —Dio media vuelta y desapareció por entre los arbustos.

Tom y el resto del grupo, mujeres y hombres, fueron a la cocina con Lynn. Conversando de cosas sin importancia, ella dejó que la ayudaran a recoger sus pertenencias y a llevarlas al coche. Robert permanecía, muy tieso, al volante de su auto. Lynn sintió el calor espantoso de la vergüenza subiéndole por la espalda.

—Sígueme a casa —dijo Robert.

El coche de él salió como un disparo por las calles desiertas, junto a casas dormidas, a la sombra de las hojas nuevas de los árboles. Comprendió que Robert iba a esa velocidad porque estaba furioso. Su propio fastidio aumentó. ¿Qué derecho tenía de comportarse así? ¿Quién se creía que era?

—¡Caray! —masculló. ¡Que una velada tan agradable tuviera que terminar de esa forma, con las atenciones no deseadas de Tom Lawrence y la furia de Robert!

El ya había guardado el coche en el garaje y la estaba esperando en la entrada. Quiero tener la primera palabra, pensó Lynn, y la voy a tener. No obstante, habló con controlada tranquilidad.

—Estuviste muy grosero, Robert. Casi no te reconocí.

—¿Grosero, dices? ¿Grosero? Fui a buscar a mi mujer, como haría cualquier marido.

—Me hiciste pasar vergüenza, bien lo sabes.

—Estaba preocupado. Era cerca de medianoche y no tenía noticias tuyas.

—Si estabas tan preocupado, hubieras podido llamar.

—Llamé, te dije. ¿Qué te pasa? ¿No me oíste? Y después fui a buscarte y no estabas en la cocina, preparando esta cena ridícula, sino bailando. ¡Bailando!

—Hacía unos minutos que estaba bailando y ya me estaba por ir.

—Bailaste mucho más que unos minutos. Y no lo niegues, porque estaba allí.

Atrapada en su mentirita blanca, inocente, inocente como todo ese asunto, Lynn exclamó:

—¿Estabas escondido allí, entre los árboles, espiando? Qué bajeza. Debería darte vergüenza, Robert. Apareciste hecho un loco y asustaste a todo el mundo. ¿Crees que no se dieron cuenta de que estabas espiando? Estuviste muy mal. No hubieras hecho ese escándalo si alguno de ellos te hubiera podido servir en tu trabajo. Cuando no es así, no te importa nada lo que dices a la gente.

—No es cierto. Pero sí es cierto que no doy dos centavos por una manga de farsantes pseudosofisticados. Me basta con un vistazo para reconocerlos. No confío en ninguno de ellos, incluyendo a Lawrence.

—Siempre criticas a todo el mundo. Nadie te viene bien.

Los faros del automóvil de Lynn, que ella había olvidado apagar, iluminaban a Robert, que parado allí, parecía fuerte como los pinos a sus espaldas.

—Apaga esos faros —dijo con aspereza—. O te quedarás sin batería. — Dio media vuelta y subió los escalones que llevaban a la terraza, en la parte posterior de la casa.

Lynn apagó los faros. El cansancio le impedía poner un pie delante de otro; tampoco tenía fuerzas para llevar adelante esa guerra de palabras que estaba muy lejos de haber terminado. Dejó escapar un largo suspiro y lo siguió a la terraza.

—Farsantes pseudosofisticados —repitió él.

—¿Qué pasa, Robert? —dijo ella—. Dime qué es lo que te hace despreciar a gente que ni siquiera conoces. ¿Qué te pone tan furioso? ¿No te quieres a ti mismo? —Al decirlo, sintió el ardor de lágrimas.

—Por favor, no me vengas con tu psicología barata, señora Freud. — Buscó las llaves y abrió la puerta de la casa. Juliet vino corriendo, ladrando con ferocidad, pero al ver de quién se trataba, movió la cola y saltó hacia Robert. El la empujó hacia un lado.

—No, Juliet, no estoy de humor. Basta. —Volviéndose hacia Lynn en forma abrupta, declaró: —Exijo una disculpa. Ninguno de los dos podrá dormir hasta que me pidas perdón.

¡Cómo puede afearse un rostro tan apuesto!, pensó Lynn. En la penumbra, las mejillas de Robert parecían azuladas y los ojos, hundidos en sus cuencas.

—Quiero que me pidas perdón, Lynn.

—¿Por qué? ¿Por retrasarme una hora? ¿Por divertirme un poco? Podrías haberte unido a la fiesta. Tom te invitó.

—Ah, claro, si Tom me lo pide...

—¿A qué viene ese tono sarcástico, se puede saber?

—A que no me gusta la forma en que te miraba, a eso viene.

—La forma en que me miraba —se burló ella—. No sé cómo me miraba, porque yo no lo estaba mirando, te lo aseguro. Pero si él o cualquier otra persona —exclamó, indignada— decidieran admirarme un poco, no tendrías derecho a objetar. Justamente tú. A ti te encanta cuando las mujeres se te tiran a los pies. Y no me digas que no es así porque lo he visto miles de veces.

—Escúchame bien y no cambies de tema. Bueno, no, ahora que sacaste el tema, te diré esto: nunca le di calce a ninguna mujer. Nunca. Ni hice nada que no pudiera hacer delante de ti. Puedo jurártelo sobre la Biblia.

—¡La Biblia! De repente, la Biblia. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a la iglesia?

—Eso no importa. Soy creyente y tengo mis normas morales. Un error, un mal paso, un desliz por el barranco y no puedes...

—¿Qué es esto? ¿Quién dio un mal paso? ¿De qué estás hablando, por el amor de Dios? No te entiendo.

—¡Diablos, si dejas de interrumpirme, te lo explico!

Desde el techo se oyó el canto del ruiseñor, que creció en un trino fervoroso y luego se fue apagando. La dulzura de ese sonido atravesó el corazón de Lynn.

—Basta —dijo, temblando—. Terminemos con esto. No tiene sentido seguir. Me voy adentro.

El sujetó de la manga:

—No. Antes me vas a escuchar.

Lynn tiró y al oír descoserse la manga, la manga delicada de un vestido al que le tenía mucho cariño, se enfureció.

—¡Robert, suéltame ahora mismo!

—No.

Lynn dio un tirón y la manga se desgarró en el hombro.

Un sonido ahogado brotó de la garganta de él. Levantó una mano amenazadora. Con el otro brazo quiso sujetarla del hombro y ella giró en redondo, huyó y cayó de la terraza, de cabeza al cerco de arbustos espinosos. Oyó su propio grito, terrible, oyó los ladridos enloquecidos de la perra, la exclamación de Robert y pensó: ¡La cara! Trató entonces, no de amortiguar la caída con las manos, sino de protegerse los ojos.

—Dios Santo —dijo Robert.

Cuando la levantó, Lynn gritó. Estaba golpeada, arañada, tenía raspones en el dorso de las manos, en las piernas, en la cara... Volvió a gritar.

—Tengo que levantarte —dijo él, como hablando entre dientes apretados—. Si no lo soportas, tendré que llamar una ambulancia.

—No. No. Lo intentaremos... Trata de desengancharme de a uno por vez. Aguantaré.

Annie estaba durmiendo en casa de una amiga. Y Emily no debía de haber vuelto todavía, o hubiera oído el alboroto y bajado corriendo. Agradeció al cielo que no estuvieran para ver esto, un hecho que debía parecer atroz y absurdo a la vez; la perra saltaba y aullaba como si también ella estuviera lastimada, destrozando el silencio de la noche.

Llorando y gimiendo, quedó tendida allí y cuando Robert trajo una linterna del automóvil y se puso a trabajar sobre sus brazos y piernas raspadas y despellejadas, trató de no gritar. Una por una, le quitó las espinas de la carne. Lynn gimió en voz alta solo un par de veces.

Cuando por fin él la levantó y ella quedó de pie sobre el césped, tambaleándose, ambos estaban transpirados y manchados con gotas de sangre. Mudos, se miraron. Luego, Lynn subió como pudo los escalones, llorando en voz baja.

—Me torcí el tobillo. Casi no puedo caminar.

—Te llevo.

La levantó en brazos con facilidad, como si fuera una niña. La llevó hasta el dormitorio y la depositó sobre la cama. Luego la desvistió.

—Primero, agua y jabón —dijo—. No temas, tendré mucho cuidado. Después, pomada con antibiótico. Con eso bastará hasta mañana, cuando veas al médico.

—No voy a ir a ver a ningún médico. No se necesita un médico para un tobillo doblado y unas espinas.

—Tenías dieciocho, las conté.

—Igual, no voy a ir —insistió débilmente. Se daba cuenta de que eso era masoquismo, de que así pretendía hacerle sentir culpa; culpa por las manos lastimadas apretadas contra el pecho desnudo, arañado, culpa por el vestido amarillo arruinado, que estaba tirado en el piso como ropa sucia, culpa por todo el horror de esa noche.

—Bueno, como quieras —dijo él—. Si cambias de idea y no quieres ir manejando el auto, llama un taxi. Yo no puedo llevarte. Tengo el escritorio lleno de papeles y tengo que sacármelos de encima, aunque sea sábado.

Cuando Lynn se metió debajo de la frazada, él seguía allí, mirándola.

—¿Qué quieres? —susurró ella—. ¿Hay algo que quieres decir?

Robert bajó la mirada y respiró hondo.

—Sí. Estaba furioso, pero no te tiré encima del cerco.

—Me empujaste. Ibas a pegarme, tenías la mano a unos centímetros de mi cara.

—No.

—Sí, Robert.

—¿Qué tienes, la bola de cristal, que puedes adivinar lo que otro va a hacer?

—Me sujetaste del hombro y me empujaste. Y te vi la cara. Estabas fuera de ti, de furia.

—En primer lugar, estaba demasiado oscuro para que pudieras ver si estaba fuera de mí o no. Basta de pavadas, Lynn.

Lo único que ella quería era quedarse acostada a oscuras y descansar.

—¿Por qué no me dejas en paz? —exclamó—. ¿No tienes compasión? Por lo menos déjame tratar de dormir.

—No voy a molestarte, Lynn. —Se alejó hacia la puerta. —Espero que puedas dormir. Yo no creo poder hacerlo. Fue una noche lamentable. ¡Estos malentendidos del demonio! Vete abajo, Juliet. Deja de molestar.

—Déjala aquí. Quiero que se quede.

El dormitorio quedó a oscuras. Los sonidos de la noche eran suaves, un susurro en el roble junto a la ventana, el tintineo de las placas de Juliet. La perra se acercó a la cama, levantó la cabeza y lamió la mano lastimada de Lynn, como para consolarla; y como siempre, el consuelo hizo brotar lágrimas de gratitud. Lynn se quedó allí, dejándolas correr, sintiéndolas frescas y resbalosas sobre las mejillas. Después de unos minutos, la perra se tendió junto a la cama, las lágrimas cesaron y ella cerró los ojos.

Pero el sueño no venía. Emily todavía no había vuelto. Debía de ser muy tarde, pensó Lynn. Pero estaba demasiado dolorida para volverse en la cama y mirar el reloj. Desde abajo subía el aroma penetrante de tabaco de pipa: Robert estaría sentado en el sofá, mirando televisión o leyendo o quizá sin hacer nada. No importaba. No quería pensar en él todavía.

Después de un tiempo, oyó el golpe de la puerta de un automóvil que se cerraba, seguido por los pasos de Emily por el corredor que llevaba a su cuarto. ¿Adónde habría estado hasta esa hora? Pero al menos ahora estaba en casa, a salvo.

Por fin le pareció que se dormiría. Seguía despierta cuando Robert entró y se acostó, pero fingió estar dormida.

A la mañana, fingiendo todavía, esperó a que él se hubiera vestido y bajado. Luego se levantó y rengueó, dolorida, hasta el espejo, que confirmó lo que había esperado ver; una cara hinchada con ojos enrojecidos, hundidos en mejillas distendidas. Había gotitas de sangre seca sobre el raspón más largo. El solo hecho de tener ese aspecto era otro castigo innecesario.

Seguía parada allí, aplicándose maquillaje inútil y tratando de decidir si le convenía usar anteojos de sol o no ponerse nada y restarle importancia a la cosa, cuando Robert entró en el dormitorio.

—Espero que estés mejor —dijo, nervioso.

—Estoy espléndida. Sencillamente espléndida. ¿No ves?

—Veo nada más que estás mal. Y eso me duele a mí también, aunque ahora puedas pensar que no es así. ¡Pero lo lamento tanto, Lynn! Lamento tanto lo que sucedió. No sé cómo decírtelo.

—No fue nada más que «sucedió». Eso ya no voy a aceptarlo. Alguien lo hizo suceder y yo no fui.

—Entiendo cómo te sientes. —Robert se mostraba paciente y arrepentido. —Entiendo lo que debes pensar. Estaba furioso —de eso podemos hablar en otro momento—, te asusté con mi ira, cosa que lamento, así que corriste y te...

—No quiero seguir escuchándote.

—Bueno. Baja a tomar el desayuno. Mantengamos la tranquilidad delante de las chicas. Annie acaba de llegar. Les conté de tu accidente, así que están preparadas.

—Mi accidente. Ah, cierto —se burló Lynn, mientras se quitaba el maquillaje para ojos, que la hacía parecer una lechuza enferma. Dejaría que las chicas vieran que había estado llorando. De todos modos, verían las lastimaduras.

Emily había puesto la mesa en el comedor diario. El café burbujeaba dentro de la jarra de vidrio y había pan en la tostadora. Hasta había lilas recién cortadas en el jarrón verde. Emily sabía cómo hacerse cargo de las cosas.

—Te levantaste temprano, después de la traspasada de ayer —comentó Lynn, con tono amable.

—Vamos a ir en grupo al lago —respondió Emily, evitando con cuidado mirarle la cara—, adonde los padres de Amy tienen el barco. ¿Qué te pasó en el pie? ¿Te lo lastimaste, también?

—Nada grave. Pero no me puedo poner el zapato así que hoy me voy a quedar en casa.

Annie miraba a su madre.

—Estás espantosa —dijo—. Y estuviste llorando, también.

Emily la reprendió.

—No te metas en lo que no te incumbe, Annie.

Robert habló.

—Tu madre se lastimó. ¿Tú no lloras cuando te lastimas?

Nadie respondió. El silencio era lúgubre, tenso, porque sabían que había que romperlo y temían romperlo mal.

—Anoche eran las doce y veinte cuando volviste —dijo Robert a Emily—. ¿Te diste cuenta? —añadió, volviéndose hacia Lynn, que asintió.

—Me olvidé de la hora. Estábamos estudiando en lo de Sally —explicó Emily.

—Esto no va. En el mejor de los casos, te estás arruinando la reputación, al volver a esa hora.

—Lo hablaremos esta mañana, Emily —dijo Lynn.

—No. —Robert miró el reloj. Tengo que irme. Emily, esta noche no sales. Yo quiero hablarte. Vamos a tener una linda charla, una que no olvidarás por un buen tiempo. Cuando termine, sabrás lo que se espera de ti.

El acento en el «yo» iba dirigido a Lynn; ella lo entendía con claridad. Robert le había dicho muchas veces que no era lo suficientemente firme, que no consideraba las apariencias y que las chicas nunca aprenderían nada de ella.

—Ufa, qué humor espantoso —dijo Emily, cuando Robert se fue.

—Le prometí a papá que iba a practicar piano y puesto que está de mal humor, será mejor que lo haga —comentó Annie con tono resignado y se puso de pie.

—No es esa la razón por la que deberías hacerlo —objetó Lynn con suavidad—. Deberías hacerlo porque... bueno, porque deberías hacerlo —terminó, sonriendo.

Una vez que Annie estuvo en la sala, martillando un minué, Lynn dijo a Emily:

—Siéntate mientras me tomo otra taza. No deberías volver tan tarde. Lo sabes, sin que tenga que decírtelo. ¿De verdad estuviste en lo de Sally hasta esa hora?

—De verdad. Créase o no, estuvimos estudiando para los finales, mamá. —Los ojos azules de Robert la miraban con candidez desde la cara de Emily.

—Te creo. —Y pensativamente, como si hubiera evaluado la conveniencia de hacer o no la pregunta, añadió: —¿Harris también estaba?

—Sí. El me trajo.

—Después de las doce, dijo tu padre.

—Estaba sentado en la oscuridad cuando entré. Salió al vestíbulo y se quedó allí, fulminándome con la mirada. No dijo una palabra y yo tampoco.

—Estuviste mal.

—Lo lamento, mamá. Pero no tenía por qué poner esa expresión de ferocidad. Sé que tendría que haber llamado, pero no me di cuenta de la hora que era. ¿No es un delito, no?

—¿Y la madre de Sally no estaba, como de costumbre?

—Es divorciada y sale bastante. —De nuevo, los ojos claros la miraron de lleno. —No, no estaba.

—Mal, Todo mal —se quejó Lynn—. Y Harris... es un buen chico, lo sé, y no es que no confiemos en ti, pero...

—¿Pero qué, ma?

—Tu padre está muy muy enojado. Tienes que tratar de hacer lo que corresponde, o te castigará y te quedarás sin salir. De verdad lo va a hacer, Emily, y no voy a poder ayudarte.

Se hizo un silencio, interrumpido solamente por la cadencia equilibrada del minué de Annie.

Emily extendió el brazo por encima de la mesa y tocó la mano de Lynn.

—¿Mamá? —Ahora los límpidos ojos azules estaban preocupados. — ¿Qué le pasa a papá? Ojalá fuera como los padres de otros chicos. Se pone tan furioso. Es extraño.

En guardia, ahora, Lynn respondió como restándole importancia a la queja.

—¿Por qué? ¿Porque te va a dar un reto que tienes merecido?

—No. No tiene nada que ver con eso.

—¿Con qué, entonces?

—Bueno, con cosas. Simplemente cosas. A veces se enfurece tanto...

—Todo el mundo se sale de las casillas de tanto en tanto, trabaja mucho. A veces está muy cansado y como dices tú, es solamente de tanto en tanto.

Emily sacudió la cabeza.

—No me refiero a eso.

Lynn tenía miedo, aunque no quería pensar qué le causaba temor. De modo que habló con impaciencia.

—Tendrás que darme un ejemplo, porque no tengo idea de lo que estás hablando.

Emily vaciló, dirigiéndole una mirada cautelosa y dubitativa. Por fin dijo:

—¿Te acuerdas cuando me encontré con la tía Jean en la ciudad y me llevó a tomar el té? Pasó algo que no te conté.

—¿Qué?

—No te asustes, no es nada grave. Lo que pasó es esto: estábamos hablando; has visto cómo le gusta contar anécdotas sobre los viejos tiempos, cuando se incendió la casa del vecino y qué criatura preciosa era papá; de pronto, se le escapó algo acerca del primer matrimonio de papá. Mamá, ¿cómo puede ser que no hayamos sabido que papá estuvo casado antes?

Así que era eso. Nada, o mejor dicho, casi nada.

Con cuidado, Lynn explicó:

—No entiendo del todo por qué tenía que ser un secreto tan celosamente guardado, pero se trata de la vida de tu padre y él lo quiere así. Debe de haber sido una época terrible para él y sencillamente no quiere recordarla. Las personas muchas veces entierran sus malos recuerdos.

—No bien lo dijo, la tía Jean puso cara de pánico; estaba tan asustada que me dio lástima. No hacía más que repetir cuánto lo sentía y me suplicó que no dijera nada, que olvidara lo que había oído. Se lo prometí, desde luego. —Emily miró hacia otro lado por un momento y, después, volviéndose de nuevo hacia Lynn, admitió, avergonzada, que no había cumplido la promesa. —Aguanté todo lo que pude, pero la semana pasada se lo dije a papá.

—Ay, eso estuvo muy mal, Emily.

—Ya sé y siento mucha culpa. Pero me pediste un ejemplo de la ira de papá y...

—¿Y? —insistió Lynn.

—Se puso lívido. Nunca lo vi así. ¡Hecho un loco, mamá! Yo no lo podía creer. Echaba fuego por los ojos. «Eso no es asunto tuyo,» me dijo, «y no quiero que se vuelva a tocar el tema nunca. ¿Está claro?». Me dejó helada.

—Espero que no se descargue con la pobre tía Jean.

—Le hice prometer que no le diría que yo se lo había contado. Así que supongo que no habrá problemas. Espero que no, al menos.

Lynn se preguntó si Jean habría dicho algo más, algo acerca del hijo de Robert, por ejemplo. A él, esa pérdida debía de haberle causado más dolor del que jamás había admitido; era natural, entonces, que quisiera olvidar la existencia del chico. Preocupada, preguntó:

—¿Fue lo único que te dijo Jean?

—Dos o tres palabras y se tapó la boca con la mano, te lo dije. —Emily frunció el entrecejo, pensando y sacudió la cabeza, extrañada: —¿No te parece raro? Si estuviera en tu lugar... bueno, podrían cruzarse por la calle y no saberlo.

—Muy poco probable. El país es grande. Además, ¿por qué tendríamos que conocernos? Es mucho mejor que no suceda. La mayoría de las veces un divorcio es un capítulo cerrado... lo que resulta comprensible.

—¿Pero no sientes curiosidad? Yo sé que a mí me pasaría.

—No puedes saberlo. Uno no sabe cómo actuaría en una situación o qué sentiría, hasta que sucede.

No, nunca hubiera querido relacionarme de ningún modo con la glamorosa muchacha de Robert, pensó Lynn, como siempre, con un dejo de amargura, esta vez más intenso. Recordó cuando había conocido a Robert...

qué chiquilina ingenua, sin experiencia. Inocente, insegura; se había estremecido ante la idea de Robert haciendo el amor con su predecesora, rica, bella y descuidada, hasta el punto de alejar de ella a un hombre como él.

Era extraño estar pensando eso, sentada a la mesa de la cocina esa mañana, justamente esa mañana.

Emily jugueteaba nerviosamente con una cuchara.

—Bueno, igual —dijo—. Papá a veces es muy raro.

—No lo es, Emily. No quiero que lo digas ni que lo pienses.

De pronto, la muchacha se echó a llorar.

—Ay, mami, ¿por qué tengo miedo de decir lo que realmente quiero decir?

El miedo, caliente como el fuego, volvió a clavarse en el corazón de Lynn.

—¿Emily, tesoro, qué pasa?

—Anoche te pasó algo.

—Sí, sí, claro que me pasó algo. Tropecé en la oscuridad y caí arriba del cerco. —Rio. —Qué torpeza la mía. Qué torpeza.

—No —dijo Emily—. La palabra pareció atragantársele en la garganta. —No. Fue papá. Lo sé.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? —Lynn se apretó las manos con tanta fuerza que los anillos se le clavaron en la carne. —Eso es absurdo. ¿De dónde sacaste esa idea? Emily, es absurdo —repitió en voz aguda, poco natural.

—Una vez, antes de mudarnos aquí, cuando ustedes volvieron de Chicago, recuerdo que oí que la tía Helen le decía al tío Darwin que tenías un aspecto terrible. Dijo que creía que quizá...

—Emily, me sorprende. Realmente, me sorprende. Estoy segura de que oíste mal. Pero aunque no fuera así, no puedo evitar lo que pueda haber imaginado la tía Helen.

—Anoche no hubieras llorado así si hubiera sido solamente por el dolor. Tiene que haber algo más.

—¡Solamente por el dolor! ¿Todas esas espinas? Bueno, tal vez sea cobarde y llorona. Tal vez lo sea, lamentablemente.

Emily no tiene que perder la fe en su padre. Eso produce un daño irreparable. Una mujer recuerda a su padre durante toda la vida. Mis propios recuerdos más tiernos son de papá. Me enseñó a valerme por mí misma, a defender mis derechos y a perdonar; cuando tenía que retar, lo hacía con suavidad...

Lynn se obligó a dejar las manos quietas, apoyándolas sobre la mesa y habló con firmeza a Emily.

—Créeme, Emily. ¿Te he mentado alguna vez?

Pero la incredulidad se dibujaba en los labios temblorosos de la muchacha. Había dos líneas en su frente lisa.

—Esta mañana estaba tan feroz.

—Tesoro, deja de usar esa palabra horrible. Estaba apurado para irse a la oficina, te dije. Estaba angustiado. —Habló con rapidez. —¡Tu padre es un hombre tan bueno! ¿Es necesario que te lo diga, por amor de Dios? Y tú te le pareces tanto, eres trabajadora, decidida a alcanzar tus objetivos y siempre lo haces. Por eso siempre han tenido una relación tan estrecha, los dos. Han tenido una relación especial. Me duele pensar que podrían perderla.

—¿No crees que a mí también me duele? Pero tienes que admitir que, a veces, papá es muy raro.

—¿Raro? ¿Después de todo el cariño y la abnegada atención que te ha dado toda la vida?

—No me convences, mami.

—Ojalá pudiera hacerlo.

—Tengo algo metido en la cabeza. Es como que intuyo algo. Pero entiendo por qué me hablas de este modo.

La pava silbaba y Emily se levantó a apagar el fuego. Se movía con elegancia, aun en vaqueros y zapatillas; la cintura estrecha, redondeándose en la curva de las caderas, era de mujer, mientras que su piel era lisa y tersa como la de un bebé. De pronto, a Lynn le pareció que la estaban tratando con condescendencia, como si la muchacha, con su sabiduría superior, estuviera consolando con aires indulgentes a la mujer adulta. La mera postura de Emily, cuando se volvió para meter la vajilla en el lavaplatos, el movimiento mismo de su cola de caballo, despertó su resentimiento.

—Espero que te guardes esos pensamientos tan poco agradables —dijo con aspereza—. Sobre todo, que no los ventiles ante Annie. Es una orden, Emily.

Emily giró con violencia.

—¿Realmente crees que haría sufrir a Annie más de lo que ya sufre? Annie está hecha un trapo. Creo que no te das cuenta.

Esa obstinada persistencia era demasiado parecida a la de Robert. Lynn estaba siendo sometida a un ataque. Volaban flechas. Era demasiado. No obstante, respondió con serena dignidad.

—Exageras. Soy consciente de que Annie está pasando por una etapa difícil. Pero es algo pasajero y se sobrepondrá muy bien.

—No creo, sobre todo si papá sigue torturándola con que está gorda —dijo Emily y un instante después agregó—: Ojalá las cosas fueran tan sencillas como solían parecerlo.

Su sonrisa forzada era triste y afectó a Lynn. El rencor se disolvió en compasión.

—Estás creciendo —dijo con melancolía.

—Ya crecí, mamá.

Del otro lado del vestíbulo, Annie seguía martillando el minué. De pronto, como si dos manos hubieran caído sobre el piano con furiosa violencia, la melodía se cortó y se convirtió en una cacofonía de acordes estridentes. Parecía que el piano protestara con energía.

Las dos mujeres fruncieron el entrecejo. Emily comentó.

—Detesta el piano. Lo toca nada más que porque él la obliga.

—Lo hace por su bien. Algún día se alegrará de haber aprendido.

Se miraron fijamente hasta que Emily cortó la tensión.

—Lamento lo que dije hace un rato. Tal vez no esté del mejor humor. —Desde afuera se oyó una bocina. —Vino Harris. Me voy. —La muchacha se inclinó y besó la mejilla de su madre. —No te preocupes por mí. No causaré más problemas. Olvida lo que dije. Quizá sean todas pavadas. Pero cuídate, mamá. Cuídate.

La cocina quedó en silencio después de que Emily se fue. Se oyó el golpe de la puerta de alambre tejido que daba al porche. La perra se paró, se sacudió y siguió a Annie hacia afuera. Papá, a veces, es muy raro. Cuídate, mamá. Como en trance, Lynn se sentó con los dedos alrededor de la taza de café, que se había enfriado hacía rato.

Trató de concentrarse en los mandados que tenía que hacer: ordenar la casa, llevar la ropa a la tintorería, todas las pequeñas formas que tiene la vida de continuar aun cuando han sucedido las peores calamidades, pues si los caños se rompen el día del funeral, hay que llamar al plomero. Sin embargo, no se levantó para hacer ninguna de esas cosas.

El sonido del timbre la sacó de su letargo. Esperaba la llegada de unos paquetes, así que volvió a ponerse los anteojos de sol. No eran muy oscuros y ocultaban poco, pero lo más seguro era que el hombre de las encomiendas ni la mirara y si lo hacía, no le importaría. Descalza, en camisón y salto de cama, abrió la puerta a la reveladora luz del día y se encontró cara a cara con Tom Lawrence.

—Te olvidaste esto —dijo, alcanzándole la cartera— así que decidí venir a... —Sus ojos se posaron sobre ella y se desviaron.

—Ay, qué tonta. Es muy amable de tu parte. —Palabras absurdas le salían de la boca. —Estoy hecha un monstruo. Me caí, me torcí el tobillo y no me puedo poner el zapato.

Él contemplaba los geranios en macetas que adornaban el escalón más alto. Qué considerado. La había visto y se sentía incómodo por ella.

—Ah. Qué mal final para una noche maravillosa. Los tobillos se tuercen con demasiada facilidad. Bueno, pero en unos días se vuelve a la normalidad. Espero que te sientas mejor pronto.

Lynn cerró la puerta. Mortificada, pensó: Ojalá pudiera hacer un agujero y meterme adentro. ¡Qué estará pensando! No quiero volver a verlo. Nunca más.

Después de un tiempo, con gran esfuerzo, se recuperó. Como estaba sola en la casa, se dio un reto en voz alta.

—¿Qué estás haciendo, en camión a las once de la mañana? Muévete, Lynn.

Despacio, sintiendo dolor, rengueó por la casa haciendo tareas sin importancia; levantó algunas persianas y bajó otras, escribió un cheque en el escritorio y tiró las flores secas, dejando que estas acciones cotidianas le aliviaran el espíritu en la medida de lo posible.

Más tarde, fue a la cocina. Para ella siempre había sido el corazón de la casa, su lugar especial. Aquí podría concentrar la mente preocupada en una difícil receta nueva, sentir el reconfortante peso de las ollas con fondo de cobre en las manos, disfrutar de la quietud.

Cuando, al caer la tarde, oyó el ruido del automóvil de Robert en la entrada, un guiso de cordero burbujeaba dentro de la olla, llenando la habitación de aroma a romero y una tarta de manzana se había enfriado sobre la mesada.

La boca de Robert era tan expresiva como sus ojos; siempre se podía adivinar lo que vendría con solo mirarla. Lynn vio con alivio que tenía los labios curvados en una semisonrisa.

—¿Están todas en casa?

—Las chicas llegarán dentro de unos minutos. Emily fue al lago y Annie está en lo de una amiga.

—¿Cómo estás? Sigues rengueando. ¿No sería mejor que te lo vendaras con fuerza?

—Así está bien.

—Bueno, si te parece... —Vaciló. —Si esa es Emily —dijo, al oír el chirrido de ruedas en la entrada— quiero hablarle. A Annie también. En el escritorio.

—¿No puedes esperar hasta después de la cena? Ya tengo todo listo.

—Preferiría no esperar —dijo, y se alejó.

Lynn pensó. Desahogará la culpa que siente por lo que me hizo enojándose con las chicas.

—Su padre quiere verlas en el escritorio —les dijo a las chicas cuando llegaron. Al ver que ambas hacían muecas, añadió: —No hagan muecas y escuchen lo que tiene para decirles.

Que nunca intuyan diferencias entre los padres respecto de la disciplina. Es una regla de oro para su propio bien. La regla número uno.

Otra vez, el corazón le latía tan rápido que solo sentía la necesidad de huir. No obstante, las siguió al escritorio. Robert estaba de pie detrás de la mesa.

Comenzó enseguida.

—Se necesita más orden en esta casa. Hay demasiada tolerancia. Todo el mundo entra y sale a su antojo, sin siquiera tener la gentileza de avisar adonde va o a qué hora vuelve. No hay sentido del tiempo. Se vuelve a casa a cualquier hora. Ni que esto fuera una pensión.

Pobres chicas. ¿Qué habían hecho de malo? Eso era absurdo. Y pensó nuevamente: le remuerde la conciencia. Tiene que dar vuelta la situación para ponerse del lado correcto.

—Cuando vas a otras casas, Annie, quiero saber adónde vas; quiero saber con quién te ves.

La niña se quedó mirándolo.

—Los otros papas no son como tú. Te crees que esto es un ejército y tú eres el general.

Era una observación curiosamente aguda para salir de la boca de una niña de once años.

—Annie, no voy a tolerar tu impertinencia.

Robert nunca levantaba la voz cuando se enojaba. No obstante, había más autoridad en su furia controlada que en los gritos de otros hombres; Lynn recordó de pronto la oficina en St. Louis y el temido llamado de Ferguson a «recibir un lavado de cabeza». A ella nunca le había pasado, pero muchos de sus compañeros no lo habían olvidado nunca.

—Es hora de que empieces a cuidarte, Annie. Ya no eres una nena y debes ser más respetuosa. Tus notas no son nada buenas y estás gorda. Te lo

dije cientos de veces, tendrías que avergonzarte de tu aspecto.

Lynn sintió que se le ponía la piel de gallina y se apretó los brazos contra el cuerpo. Era intolerable estar allí, debilitada como estaba, pero hizo un esfuerzo y se quedó, pues sentía que su presencia era como una protección para sus hijas, aunque por cierto, no las estaba protegiendo de esas palabras hirientes y no había necesidad de protegerlas de otra cosa. Nunca, ni una sola vez, les había levantado Robert la mano a sus hijas, ni lo haría en su vida.

Su mente volvió al presente. El había estado diciendo algo obre Harris, llamándolo «ese personaje». A ese chico encantador. No pudo oír el murmullo de respuesta de Emily, pero oyó claramente lo que Robert dijo después.

—Y no quiero encontrármelo cada vez que entro en mi casa. Estoy harto de verlo. Si quisiera un hijo varón, adoptaría uno.

Annie, que se había puesto roja como una remolacha, corrió llorando a la puerta y la abrió con tanta violencia que golpeó contra la pared.

—¡Los odio a todos! ¡Te odio, papá! —gritó—. ¡Ojalá te mueras!

Con la cabeza alta, lágrimas en las mejillas y la vista fija delante de ella, Emily salió de la habitación.

Lynn vio en la cara de Robert el reflejo de su propio horror. Pero él fue el primero en bajar la mirada.

—Lo necesitaban —dijo—. No sufrirán.

—¿No?

—Ya se les pasará. Llámalas a que cenén como se debe en el comedor.

—No, Robert. —Les voy a llevar la cena arriba y las voy a dejar en paz. Pero tú sí puedes cenar en el comedor.

—Cena tú, si puedes. Yo no tengo apetito.

Subió al primer piso con bandejas para Emily y Annie. Ambas las rechazaron. Con el alma en los pies, volvió a la cocina y guardó la cena. Hasta el tintineo de los platos le pareció hostil. Cuando oscureció, fue afuera y se sentó sobre los escalones con Juliet, que era la única criatura despreocupada de la casa. Entrada ya la noche, seguía allí, cerca del afectuoso animal, como queriendo extraer consuelo de su mansedumbre. Estoy perdida, pensó. Le vino a la mente la imagen de alguien caído de un barco, solo, en una balsa en medio del mar vacío.

Y así terminó el sábado.

El domingo, la casa seguía de luto. Las chicas estaban haciendo la tarea en sus dormitorios, o al menos, eso dijeron cuando Lynn golpeó a la puerta. Tal vez, pobrecitas, estuvieran sentadas allí, tristes, sin hacer nada. En el escritorio, Robert estaba enfrascado en papeles, con el maletín abierto en el suelo, junto a él. Nadie hablaba. La separación era completa. Lynn sentía una necesidad desesperada de hablar, de que la consolaran. Pensó en las personas que la querían y que la habían querido: sus padres, muertos ambos ya, que hubieran dado sus vidas por ella del mismo modo que ella la daría por Emily y Annie; en Helen (aquí tuvo que sonreír a su pesar), que le ofrecería un sermoncito junto con el consuelo; y por último en Josie. Pero con ninguna de ellas podía hablar. Su padre hubiera montado en cólera contra Robert. Y Helen pensaría, aunque tal vez no lo diría: «A mí nunca me cayó bien, ¿recuerdas, Lynn?». Y Josie analizaría. Sus ojos hurgarían e investigarían.

No. Con ninguna de ellas. Y como siempre, pensó: «El matrimonio es un círculo mágico donde no debe entrar nadie de afuera, o jamás volverá a cerrarse. Sea lo que fuere que no funcione bien, debe arreglarse adentro del círculo».

Recorrió la casa y el jardín haciendo tareas inútiles, como el día anterior. En la sala, contempló la fotografía de Robert, pero hoy el rostro más bien austero no le decía nada, salvo que era apuesto e inteligente. En el jardín, contra la cerca, estaban los dos bancos que él había comprado por catálogo. Robert siempre encontraba formas de alegrar la casa, de hacer más agradable la vida. Había colgado casitas para pájaros con techo de paja en lugares reclusos y una de ellas ya estaba ocupada por una familia de reyezuelos. Y había comprado un libro de aves de Norteamérica y lo estaba estudiando con Annie o tratando de hacerlo, al menos, pues la atención de la chiquilla se dispersaba. Pero él lo intentaba. Entonces por qué, por qué era... cómo, cómo podía...

Sonó el teléfono en la cocina y ella corrió a atender.

—Ayer Bruce fue a pescar —le contó Josie— y trajo pescado como para un regimiento. Lo quiere asar afuera. ¿Por qué mi se vienen todos a almorzar?

Lynn mintió enseguida.

—Las chicas están estudiando para los exámenes y Robert está trabajando en el escritorio. No me animo a interrumpirlo.

—Bueno, pero van a tener que comer. Que vengan, almuercen y se vayan —dijo Josie con sensatez.

Siempre se mostraba sensata, Josie. Y en ese momento, su pragmatismo hizo efecto en Lynn, que respondió casi sin pensar:

—Pero iré yo, si no te molesta.

—Claro que no —dijo Josie.

Mientras conducía por Halsey Road, luego por el pueblo, con las tiendas de ropa deportiva, el cine de ladrillos de estilo colonial y la talabartería, vacíos por el descanso dominical, comenzó a lamentar su apresurada decisión. Como no pensaba contarle todo a Josie, tendría que conversar de trivialidades o al menos de trivialidades en versión de Josie, que incluían la primera página del The New York Times. Sin embargo, no volvió, sino que atravesó el poblado y siguió hacia donde las grandes propiedades habían sido divididas y había casas nuevas con jardín frente a las casas pseudoisabelinas construidas en la década del 20.

Los Lehman habían comprado una de estas, una casita con vigas imitación roble y ventanas de vidrio emplomado. Era una casa donde no sobraba el espacio.

—Él puede permitirse algo mejor —Robert comentó con desdén.

Y Lynn respondió inocentemente:

—Josie me contó que no podían comprarse algo más grande debido a sus gastos médicos.

Robert exclamó:

—¿Qué? Pero qué falta de dignidad, andar por el barrio contándole a todo el mundo sus asuntos personales.

—No va por todo el barrio. Somos amigas.

—Amigas o no, esa mujer habla demasiado. Espero que no te contagie sus malos hábitos. —Y luego añadió: —Bruce es amarrete. No piensa a lo grande. Me di cuenta desde el principio.

Pero Bruce no era amarrete. La enfermedad de Josie les había costado una fortuna y, como había dicho la propia Josie, ¿quién podía saber lo que quedaba todavía por delante? Era ella la que no lo había dejado gastar más. Si por él fuera, le habría dado la Luna y las estrellas.

Cuando Lynn llegó, él estaba en el jardín de atrás, lijando una cómoda, muy concentrado, con los anteojos levantados sobre el pelo castaño ondulado.

La llamó enseguida:

—Ven a ver lo que encontré. ¡Qué trabajo! La compré en un granero de antigüedades, pasando Litchfield, la semana pasada. Debe de tener veinte capas de pintura. Pero algo me dice que debajo hay madera de arce; bueno, ya veremos.

Su entusiasmo le resultaba atrayente. Los labios gruesos de Bruce siempre estaban curvados levemente hacia arriba, hasta en reposo; Lynn tenía la

impresión de que en ocasiones casi no podía contener una felicidad interna, secreta. El hoyuelo en el mentón le daba dulzura a una cara que con los pómulos salientes y la nariz afilada, bien podía describirse como «áspera». Se podía decir que era demasiado masculino; pero así gustan a las mujeres, pensó.

—Cómo te has estado divirtiendo con tus antigüedades desde que te viniste al este —comentó.

Cuando Lynn pasó de la sombra al sol, él le vio la cara. Sus ojos se agrandaron por un instante y luego, volvió a inclinarse sobre su trabajo.

—Es que no hay mejor lugar que Nueva Inglaterra, por supuesto. No se puede comparar con Missouri en cuanto a antigüedades —respondió, como si no hubiera visto nada—. Creía que ya no quedaba nada en los viejos pueblos de esta zona, pero te sorprenderías al ver lo que se encuentra. Hasta di con una silla Windsor de respaldo combado. Necesita restauración, pero tengo tiempo los fines de semana y, a veces, me queda una hora de luz cuando vuelvo de la oficina. ¿Y Robert? ¿Trabajando, me dijo Josie?

—Sí, como siempre, está en el escritorio con una pila de papeles —respondió ella con tono casual.

—Admiro la energía que tiene. Ni qué decir de sus ideas. A Robert no lo para nadie. —Sonriendo, Bruce se volvió hacia la lijadora. —En cuanto a mí, estoy volviendo loca a mi mujer con estas cosas. Está harta de las antigüedades.

—Pero te quiere a ti y eso es lo que importa —dijo Lynn y entró en la casa, consciente de haber dejado escapar un comentario demasiado serio para el momento y el lugar.

Josie estaba en la terraza con el periódico y una taza de té. Está flaca, pensó Lynn, ha adelgazado desde que la vi la semana pasada. No obstante, su expresión alegre de bienvenida y la voz sonora eran las mismas de siempre. El cuerpo había traicionado al espíritu. Y esa idea, que se añadió a la agitación interna de Lynn, casi la hizo llorar.

—¿Pero qué te pasó? —exclamó Josie, dejando caer el periódico al suelo—. ¡Cómo tienes la cara! ¡Y las piernas!

—No fue nada del otro mundo. Me resbalé y me caí. Qué torpe.

—¿Por eso estuviste llorando?

—Por eso y por una depresión momentánea. Olvidémoslo.

—Sería una tontería olvidarlo. Viniste por algún motivo.

Lynn se acomodó la pollera larga alrededor de las piernas enrojecidas.

—En la oscuridad, me caí dentro del cerco de arbustos espinosos.

—Y te duele, sin duda. ¿Pero, y la depresión?

—Bueno, fue un mal día. La casa está patas para arriba, tal vez por lo que me pasó a mí. Y a veces no sabemos bien cómo manejar a las chicas. Todo se arreglará, sin duda. Cuando llamaste, sentí que necesitaba un hombro sobre el cual llorar, pero ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que no tendría que haber venido.

Josie la miró de arriba abajo.

—Sí que tendrías que haber venido. Te traeré una taza de té y podrás contarme lo que te tiene preocupada. O no, como prefieras. —Fue hasta la puerta y se volvió. —Espero que me lo cuentes.

—Es que no damos en el clavo con las chicas —repitió Lynn—. Pero ya conoces nuestros problemas. No es necesario que te diga que a Robert no le cae bien el noviecito de Emily. Y Annie no trata de adelgazar, come hasta hartarse, y Robert no lo tolera.

Se interrumpió y otra vez pensó: No tendría que haber venido aquí a contarle todo esto. Tiene cara de cansada, yo estoy agotada y nada saldrá de estas tontas verdades a medias, de todos modos.

—Todo eso lo sé —dijo Josie—. Pero me parece que no me estás contando todo —añadió con cierta severidad.

Igual que mi hermana, pensó Lynn, es severa y suave al mismo tiempo, lo que es curioso. Yo nunca pude ser así.

—Son buenas chicas...

—Eso también lo sé.

—Tal vez esté agrandando las cosas. Son tiempos difíciles para criar hijos. Estoy segura de que muchas familias tienen problemas peores que los nuestros. Sí, me ahogo en un vaso de agua —terminó, en tono de disculpa.

—No me parece.

Se hizo un silencio en el que Lynn se debatió primero con palabras que no querían salir y luego con palabras que no querían quedarse adentro.

—Anoche Robert se puso furioso porque Emily llegó a casa tarde.

—¿A ti también te pareció demasiado tarde?

—Sí, aunque no me hubiera enojado tanto por eso. Y resulta que Annie quiere alisarse el pelo y Robert dice que es ridículo; siempre pasa algo entre Robert y Annie, aunque él se esfuerza por ser paciente con ella. Ayer ella le gritó. Se puso histérica, dijo que odiaba a todo el mundo y a él. —Lynn le dirigió una mirada suplicante.

—Dime, ¿es solamente Robert el que tiene estos problemas con las chicas? ¿Solamente él?

—Bueno, sí. Es difícil para un hombre volver a casa después de un día de mucho trabajo y tener que lidiar con los hijos, cuando lo que más necesita es descanso. Sobre todo alguien con las responsabilidades de Robert.

—Responsabilidades tenemos todos —comentó Josie con ironía.

Por un momento, ninguna de las dos habló. Era como si hubieran llegado a una barrera. Lynn se movió en la silla, incómoda. Cuando Josie volvió a hablar, cuidó de no mirar a Lynn. Se miró las uñas, mientras decía, con suavidad poco habitual:

—¿Y no hay nada más?

Lynn se echó hacia atrás, alarmada.

—No, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría haber?

—Preguntaba, nada más —respondió Josie.

Y de pronto, Lynn comenzó a llorar. Por entre el llanto, surgieron frases entrecortadas.

—Es que... esta vez no fueron... solamente las chicas. Fue por culpa mía... en la casa de Tom Lawrence... se hizo muy tarde... y llegó Robert... y yo estaba bailando... Robert se puso furioso... no sabes... por supuesto, yo no debería haber estado bailando, pero...

—Espera, espera, déjame ver si entiendo. Estabas bailando con Tom, y Robert...

—Se enfureció. —Sollozó Lynn, secándose los ojos.

—¿Qué tiene de mal estar, bailando? No te estabas acostando con él, por Dios. ¿Qué es eso de que no deberías haberlo hecho? Jamás oí algo más absurdo —declaró Josie con vehemencia. Hizo una pausa, frunció el entrecejo, como para considerar la situación y después habló con más calma. —Así que volvieron a casa y discutieron cerca del cerco y...

Lynn levantó las manos, como para detener el tránsito.

—No, no, no fue... —comenzó a decir. Una luz roja se le había encendido en la cabeza. Robert es el jefe de Bruce. No puedo estar desmereciéndolo en su trabajo, por mucho que quiera a Josie y a Bruce. Ya hablé demasiado. Qué tonta. Qué tonta.

En ese instante, apareció Bruce.

—Me tomo un descanso. ¿No le importa, jefa? —bromeó y se detuvo en forma abrupta—. ¿Interrumpo algo? ¡Están tan serias!

Lynn parpadeó las lágrimas que se le habían juntado de nuevo en los ojos.

—Le estaba contando unos problemitas a Josie, nada más.

Josie la corrigió.

—No son problemitas, Lynn.

—Bueno, mejor las dejo —se apresuró a decir Bruce.

Pero Lynn no quería que se fuera. Hubiera sido poco adecuado de su parte decirle: Tu presencia me ayuda. ¡Eres tan auténtico! De modo que solamente le pidió:

—No, quédate.

—Me lo has contado a mí y puesto que yo se lo contaría a Bruce en cuanto te fueras, es mejor que se lo diga ahora. —Y mientras Lynn se quedaba sentada como una paciente que escucha con tristeza cómo un par de médicos hablan de su caso, Josie narró la historia breve y desconectada.

Bruce se había sentado en un sillón. Sus piernas descansaban sobre una otomana y tenía los brazos cruzados detrás de la cabeza. Esa postura informal y su forma de hablar, lenta y reflexiva, resultaban reconfortantes.

—Así que discutieron a causa de las chicas. ¿Ocurre con frecuencia?

—No, no, para nada. Annie y Robert...

Bruce levantó una mano.

—Me parece que no deberías hablarme sobre Robert —dijo con gentileza.

Lynn comprendió el reproche. Debería de haber recordado el sentido de ética de Bruce. Se puso de pie y dijo:

—Tengo que volver a casa a ocuparme del almuerzo. Hablaremos en otra oportunidad.

—Espera —dijo Bruce—. ¿Josie, estás de acuerdo conmigo en que Lynn necesita consultar con alguien? No digo contigo, porque eres demasiado amiga de ella, ¿pero no crees que sea lo que necesita?

—Decididamente.

—¿Cómo se llama ese médico que conocías que se dedica a consultas familiares, Josie? Tenías muy buena opinión de él y se mudó a Connecticut, creo.

—Ira Miller —respondió Josie de inmediato—. Te gustará, Lynn. Voy a buscar la dirección en el boletín de ex alumnos. Subo y bajo en un minuto.

—No sé si es lo que quiero hacer —dijo Lynn a Bruce cuando estuvieron solos.

—Tienes dos hijas preciosas —respondió él en voz baja—. Tu pequeña Annie es una personita muy especial para mí, lo sabes. Y si te causan problemas o te dan trabajo, hay que averiguar por qué, ¿no crees?

Trató de no mirarle la cara ni las piernas cuando repitió la pregunta.

—¿No crees?

—Supongo que sí.

—Vamos, Lynn, sabes que es así.

—Sí. —Tenían razón. Tenía que hablar con alguien. El volcán dentro de su cabeza amenazaba con estallar de horror y angustia. Era necesario buscar alivio. Absolutamente necesario. Y era cierto que a un desconocido podría decirle lo que no podía contarles a estos viejos amigos: «Esto me lo hizo mi marido».

—Ya lo llamé —informó Josie—. Me tomé el atrevimiento de reservarte un turno para mañana a la tarde. No podía haber estado más amable. Aquí tienes la dirección.

Mientras acompañaban a Lynn al coche, Bruce dijo:

—Me enteré de que tu cena fue un éxito.

—¿Pero quién te lo dijo?

—Tom Lawrence. Me lo encontré ayer cuando salí a correr.

—Ay, qué horror. Supongo que te habrá contado el aspecto terrible que tenía cuando vino a traerme la cartera. Estaba todavía en batón y...

—Lo único que me dijo es que deberías hacer algo con tu talento y estoy de acuerdo con él.

—Te llevará una media hora, el viaje de mañana —dijo Josie—. Y con tiempo suficiente por si te pierdes. —Sonrió con expresión alentadora.

—Buena suerte —le deseó Bruce, cuando ella se alejó.

Robert, al encontrar la nota recordatoria sobre el escritorio de Lynn, preguntó:

—Doctor Miller, a las tres. ¿Qué médico es este?

Eran las primeras palabras que le había dirigido ese domingo y ella respondió con aspereza.

—¿Qué haces en mi escritorio?

—Estaba buscando en tu libreta el número de un dentista para alguien que me lo pidió.

—Yo no te reviso tu escritorio.

—Nunca te pedí que no lo hicieras. No tengo secretos. —Caminó hasta el gran escritorio en el otro extremo de la habitación. —Vamos. Revisa. Abre cualquier cajón que quieras.

—No quiero abrir ningún cajón, Robert. Muy bien, te lo diré. El doctor Miller es un terapeuta. A eso hemos llegado.

—No es necesario hacer eso, Lynn. —Habló en voz baja. —No necesitas un terapeuta.

—Sí, lo necesito. Y tú también. ¿Vas a ir?

—De ninguna manera. Tuvimos una discusión. ¿Qué tiene de tan raro? Todo el mundo tiene altercados y se reconcilia. Seguro que fue otra de las buenas ideas de Josie.

—No —respondió Lynn, diciendo la verdad.

—De Bruce, entonces.

Calló, para no mentir.

—No voy a gastar dinero en estas tonterías, Lynn. Me cuesta demasiado trabajo ganarlo. Lo único que faltaba. Pagarle a un desconocido para que escuche tus problemas. —Su voz se elevó, no enojada, sino quejumbrosa: —Nunca te impedí comprarte algo que desearas, ¿no? Basta con darle una mirada a esta casa. —Hizo un ademán con el brazo que abarcaba los sillones de cuero, la alfombra clara, la luz dorada del jardín del otro lado de las ventanas.

—Los muebles no son todo, tampoco los anillos —respondió Lynn, retorciendo el de diamantes que llevaba en el dedo.

—No sé cómo no te da vergüenza ventilar tus asuntos personales. Reaccionas en forma exagerada, eres demasiado emotiva. Tenemos una pelea de marido y mujer y te comportas como si fuera el fin del mundo. No, no quiero que vayas. Escúchame, Lynn...

Pero ella se había ido.

A media tarde, la ruta era una senda casi desierta a través de un paisaje en tonos pastel: flores rosadas de cerezos, blancas de manzanos y follaje verde. La camioneta rural avanzaba con tanta facilidad, que Lynn, al bajar por la salida correspondiente, se encontró con que faltaba casi una hora para su turno con el médico.

Detuvo el automóvil delante de una casa cuadrada sobre una calle tranquila, de casas iguales, a excepción de esa, que tenía un ala con entrada separada. Una bicicleta para todo terreno, apoyada contra la pared del garaje y un atisbo de juegos de jardín en la parte posterior le resultaron alentadores: el hombre tendría experiencia, no la aburriría con palabrerío de libros.

Como le parecía absurdo quedarse sentada en el coche una hora, tocó el timbre. Una mujer con vestido estampado en violeta le abrió la puerta. Podía ser la esposa del médico, o quizá su madre. No, el doctor todavía no había llegado, pero Lynn podía pasar a esperar.

La espera le pareció larga, muy larga. Ahora que había dado ese importantísimo paso, ahora que estaba realmente allí, se sintió presa de

ansiedad. Terminemos con esto de una vez, decía una voz en su interior. Con el correr de los minutos, un leve temor comenzó a subirle despacio, muy despacio, desde la boca del estómago, acelerándole el corazón y cerrándole la garganta. Trató de ahogarlo pensando: es como esperar el turno en el dentista, nada más.

Pero el consultorio era demasiado pequeño. No había ningún otro paciente con quien conversar o a quien observar.

El corazón le latía al galope. Atravesó el cuartito, tomó un par de revistas y no pudo leerlas. Nada tenía sentido, ni las tendencias de la moda estival ni el desarrollo económico de Europa Oriental. Nada. Se levantó para observar las fotografías en la pared, logrados retratos y fotografías de lugares donde habían estado los retratados. O en playas, o en ropa de esquí, o sonriendo bajo los arcos de la Torre Eiffel. Una vez que los había mirado a todos, volvió a sentarse, sin haber aplacado el galope de su corazón.

¿Qué iba a decirle a ese desconocido? ¿Cómo iba a empezar? Tal vez le preguntara por qué había venido. ¿Cómo se lo explicaría? Frases introductorias se formaron y reformaron silenciosamente en sus labios. Bueno, el sábado por la noche hubo una escena terrible. Se dijeron palabras crueles, amargas, palabras que nunca soñé que se dirían en nuestra casa, donde todos nos amábamos... nos amamos. Pero, por otra parte, ¿acaso no todos los chicos dicen a veces que odian a sus padres? ¿Entonces no significa nada, realmente? ¿De veras? Pero Emily dijo que Robert... que Robert...

Un hombre robusto, de mediana edad, apareció en la puerta interna. Combinaba con la mujer del vestido estampado, así que debía tratarse de la esposa, pensó Lynn sin lógica alguna. En ese mismo momento, tomó conciencia de que no pensaba con claridad.

—¿Quiere pasar, por favor, señora Ferguson?

Cuando se puso de pie, las paredes se le vinieron encima y tuvo que aferrarse al respaldo de la silla.

—De pronto, no me siento bien, doctor. —Las palabras brotaron entrecortadas. —Ha de ser una gripe, o algo. No lo sé. Me siento mareada. Si me disculpa, vendré en otra oportunidad. Le pagaré la consulta. Lo siento —balbuceó.

Los ojos del hombre, agrandados por los gruesos lentes, la miraban con seriedad. Lynn recordó súbitamente los magullones y las lastimaduras sobre las que todavía no se había formado costra.

—Tuve... como verá, tuve un pequeño accidente. Me caí. Tenemos un cerco de arbustos espinosos, precioso, pero con espinas como agujas...

—¿De veras? ¿Un accidente? —Hizo una pausa. —Bueno, no le conviene conducir si está mareada. Pase, por favor, y descanse sobre un sillón cómodo hasta que se sienta mejor.

Sintiéndose obligada a obedecer, tomó asiento en un gran sillón de cuero, apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. Oyó el crujir de papeles sobre el escritorio, el ruido de un cajón al abrirse y cerrarse, el zumbido de la sangre en los oídos.

Después de un rato, una voz agradable le hizo abrir los ojos.

—No es necesario que hable si no quiere hacerlo.

—Es bastante ridículo quedarme aquí sin decir nada. Realmente, creo que debería irme —repitió, como pidiendo permiso.

—Como usted quiera. Pero no me parece que esté engripada.

—Ya no me siento mareada, es cierto.

—Me gustaría saber cuáles fueron sus motivos para venir aquí. ¿Me los puede decir?

—Qué curioso. Imaginé que me preguntaría eso.

—¿E imaginó cuál sería su respuesta?

—Josie... Josie Lehman me recomendó consultarlo. —Se secó las palmas transpiradas con un pañuelo. —Bueno, a veces... es decir, mi marido y yo, a veces no sabemos cómo manejar a nuestras hijas... quiero decir, no siempre estamos de acuerdo. Tenemos una hija adolescente y una chiquilla de once... es muy sensible, está gorda y mi marido quiere que adelgace y por supuesto, tiene razón... y bueno, resulta que este fin de semana hubo... hubo malentendidos, una pelea, entiende, y Annie, la menor, le dijo a Robert que lo odiaba y yo no sabía qué hacer.

Y Emily dijo: Papá le hizo eso.

No puedo, no puedo decirlo.

Los ojos se le humedecieron. Con un movimiento violento, se secó las lágrimas humillantes. Se había jurado no llorar.

—Lo siento —murmuró.

—No hay problema. ¿Qué tiene de malo llorar, si lo necesita?

—Bueno, así fue, entonces. Tal vez esté exagerando. Ahora que me oigo, es probable que sea sí. Es uno de mis defectos. Suelo ponerme demasiado emotiva.

Hubo unos momentos de silencio hasta que la voz agradable volvió a dirigirse a ella.

—No me ha dicho nada sobre su esposo.

—Robert. Bueno, Robert es un hombre fuera de lo común. No se encuentran hombres como él muy seguido. Un hombre del Renacimiento, podría decirse; la gente lo dice. Tiene muchísimos talentos, todos lo admiran, es sumamente capaz y enérgico, hace mucho bien a la comunidad y se toma tiempo para las chicas, para su educación, se dedica...

Te odio. Te odio...

Papá te lo hizo.

—¿Sí? —la alentó la voz.

—No sé qué más decir. Yo...

—Me ha hablado de cómo es su marido con sus hijas y con la comunidad, pero no cómo es con usted.

—Bueno, es muy generoso, muy atento y... —Se interrumpió. Era imposible; no podía decirlo. No debía haber venido.

—¿Es todo? Cuénteme, por ejemplo, si se enojan seguido entre ustedes.

—Bueno, Robert se enoja, por supuesto. Es decir, todo el mundo se enoja, ¿no? Y muchas veces es mi culpa...

Sintió náuseas y un frío helado. En una tórrida tarde de verano, se le puso la piel de gallina. Presa de pánico, se puso de pie, queriendo huir.

—No, hoy no puedo hablar más. No, no, no estoy mareada, de veras. Puedo manejar. Me duele la cabeza, nada más, debo de tener fiebre. Sin duda estoy incubando algo. Sí, sí, es eso. Pero volveré —dijo—. Sí, volveré, seguro. Es lo que necesito.

Sin decir una palabra, el médico se puso de pie y le abrió la puerta.

—Le daré un turno, señora Ferguson. Me voy de viaje por tres semanas. Cuando vuelva, con gusto hablaré con usted, si quiere venir. Y mientras tanto, sería una buena idea llevar un registro diario de todo lo que hacen juntos. Anote todo, las horas felices y las que no lo son tanto. Entonces hablaremos. Si lo desea —repitió—. ¿Lo hará?

—Sí, sí, lo haré. Y gracias, muchas gracias —respondió Lynn.

Una vez que estuvo sola en el automóvil, a salvo de los ojos penetrantes detrás de los gruesos lentes, lo primero que sintió fue un profundo alivio. Pero, poco a poco, a medida que aumentaba la distancia entre ella y esos ojos, comenzó a sentir el calor de una vergüenza cobarde, como si la hubieran pescado haciendo algo deshonesto, mintiendo, robando o vagando, demente, por las calles en ropa interior. ¿Por qué, por qué no había dicho toda la verdad? El hombre había intuido que había más. Se había dado cuenta de todo.

El tránsito de la hora de vuelta estaba pesado, así que había pasado la hora de la cena cuando llegó a casa. El coche de Robert ya estaba en el garaje. Preparándose para una confrontación, tomó aire y entró en la casa. Bueno, lo hice, diría. Lo admitiría de frente. Sí, le diría, volveré a ir y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Estaban todavía sentados a la mesa. Robert se puso de pie y le corrió la silla a Lynn. Annie sonrió y Emily dijo:

—Puse la cazuela de pollo en el horno de microondas y preparé una ensalada, mamá. Espero que no la hayas estado guardando para ninguna ocasión especial. No sabía.

—La estaba guardando para ustedes, querida. Gracias, Emily. Eres mi mano derecha.

—Annie puso la mesa —dijo Emily con intención.

—Si tuviera dos manos derechas, tú serías la otra, Annie.

La atmósfera estaba tranquila. Siempre se podía sentir algo tan palpable como el viento o la temperatura en una habitación donde las emociones fuertes, saludables o de las otras, habían agitado el aire. Aquí, ahora, una brisa agitaba las cortinas blancas de seda, Juliet dormitaba bajo la mesa y tres rostros serenos miraban a Lynn. ¿Es que pueden haber olvidado todo?, se preguntó ella con incredulidad. Era cierto que los humores negros de Robert podían volverse dorados en un abrir y cerrar de ojos. También era cierto que cuando estaba de buen humor, sabía cómo cautivar a alguien a quien acababa de herir o enfurecer. Además, las chicas tenían la maravillosa y olvidadiza elasticidad de la juventud. Eso, al menos, tenía que agradecer. No obstante, era asombroso verlos a los tres sentados allí tan campantes.

—¿Por qué llegaste tan tarde, mami? —preguntó Annie.

—Bueno, tenía que hacer varias cosas y no miré el reloj.

En forma inconsciente, Lynn miró a Robert, cuya mirada se encontró con la de ella por encima del borde de la taza. El bajó la taza y Lynn miró hacia otro lado.

—¿No vas a decírselo a mamá? —dijo Emily, dirigiéndose a Robert.

Asustada, Lynn ahogó una exclamación:

—¿Decirme qué? ¿Pasó algo?

—Algo muy lindo, en mi opinión —respondió Emily.

Robert buscó dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre largo. Con aire satisfecho, se lo entregó a Lynn.

—Boletos de avión —dijo.

—Kennedy a San Juan y trasbordo a St... —leyó Lynn—. ¿Robert, qué es esto?

—Diez días en el Caribe. Salimos el sábado a la mañana. Eso te dará unos días para prepararte y sentirte mejor. —Esbozó una sonrisa orgullosa. —¿Y? ¿Qué me dices?

Lo que te quiero decir, pensó ella, es esto: «¿Cómo se te ocurre hacer una cosa así? ¿Qué crees que soy?». Pero como estaban las chicas, respondió:

—Las chicas no pueden faltar al colegio, Robert. No sé qué se te metió en la cabeza.

—No van a faltar al colegio. El viaje es para nosotros dos.

Era una vil —aunque costosa— extorsión. Lynn sintió el calor trepándole por las mejillas. Pero por el bien de las chicas, mantuvo la voz serena:

—No tiene pies ni cabeza. ¿Quién quedará a cargo aquí? No voy a irme así nomás y dejar todo patas para arriba.

—Claro que no. Ya está todo arreglado. Me pasé el día organizando todo. Eudora se quedará a dormir mientras no estemos. Las chicas usarán el transporte escolar y, si tienen que ir a alguna parte, Eudora las llevará en su auto o lo harán Bruce y Josie, los fines de semana. Hablé con Bruce. Con gusto llevarán a las chicas a la piscina y Bruce se ocupará de que Annie vaya a la clase de tenis. No quiero que falte y a él no le molesta llevarla.

Annie, que devolvía con creces el cariño que Bruce le tenía, interpuso una súplica:

—Ay, mami, sabes cómo me gusta estar con el tío Bruce. Di que sí, mami, por favor.

—Como ves, está todo arreglado. No hay ningún problema. No tienes más que empacar un poco de ropa —dijo Robert con entusiasmo.

Sintiéndose atrapada, Lynn corrió la silla y se limitó a decir:

—Hablares después. No me gusta que me digan las cosas tan de golpe. Chicas, tienen tarea. Dejen la cocina como está; yo limpiaré todo.

Cuando subió, Robert la siguió. Una vez que estuvieron en el dormitorio, Lynn se volvió hacia él:

—¿Crees que puedes sobornarme, no? No hay palabras para lo que has hecho.

—Por favor. No hay intención de soborno, solo de buscar la forma de curarnos de lo que nos aqueja.

—Pues llevará más de diez días en el paraíso —respondió Lynn con sarcasmo—. Mucho mucho más.

Se paró contra la ventana, de espaldas a él. La vista de árboles y colinas, que siempre era un bálsamo para su alma, hoy le resultó melancólica; el sol se ocultaba tras las colinas y el jardín estaba en sombras.

—Las chicas quieren que vayamos. Las oíste.

Claro que quieren, pensó Lynn. Será una aventura para ellas, quedar al mando de la casa sin sus padres. ¿Por qué no? Y Emily, pensó, con un dejo de inquietud, va a salir hasta cualquier hora con Harris.

Robert insistía.

—No me preocupan las chicas, sabes. Para ellas, Bruce y Josie son casi como nosotros.

Sí, pensó Lynn, cuando resultan útiles, los usas, aunque no sientes afecto por ellos. Pero no dijo nada; solo, inconscientemente, giró las palmas hacia arriba; pequeñas costras como lunares, habían comenzado a formarse.

—No quiero ir —dijo de pronto.

—Viste a ese hombre, hoy —respondió Robert.

—Sí —replicó Lynn—. ¿Y qué?

—No creí que lo harías. Estoy verdaderamente horrorizado. Pensé que no tenías verdaderas intenciones de ir.

—Las tenía, Robert.

—¿Y qué te...?

—¡Ah, no! —exclamó ella—. No me vas a hacer esa pregunta. Si quieres saberlo, ven conmigo.

—Si es lo que quieres —dijo él—. No creo que necesitemos nada, salvo escaparnos juntos, pero si es lo que quieres, haré cualquier cosa —terminó con humildad.

Ella se quedó allí, mirándose las manos.

—Estamos cansados, los dos. —Él, que siempre hablaba en forma tan medida y pausada, ahora se apuraba y balbuceaba.

—Este último par de años ha sido caótico, no hemos tenido descanso, tú y yo no hemos podido estar una hora juntos a solas. La casa nueva para ti, la oficina y el trabajo para mí. Caras nuevas, escuelas nuevas, amigos, cuesta adaptarse a todo...

Al verlo angustiado, se sintió triunfante, pero algo en su interior sintió compasión ante esa angustia.

—Mira, sé que tengo mal carácter, pero no me salgo de las casillas muy seguido, tienes que admitirlo. Y después me arrepiento muchísimo. Aunque eso no sirve de nada, lo sé. Pero no soy un mal tipo, Lynn, y te amo.

Desde abajo se oían los acordes del minué martillado de Annie. Emily subió corriendo para atender el teléfono de su cuarto. Como si hubiera podido leer la mente de Lynn —cosa que sucedía a menudo— Robert dijo con suavidad:

—Nos necesitan, Lynn, Nuestras hijas nos necesitan a los dos. No podemos castigarlas. Dejemos atrás esta locura. Por favor.

—Ay —murmuró ella con un suspiro pesado.

Robert caminaba de un lado a otro de la habitación, hablando otra vez precipitadamente:

—Estaba celoso, esa noche me enfurecí. Al verte bailando con ese hombre, después de que yo me había preocupado tanto, me puse frenético. Se los veía tan íntimos. Me doy cuenta ahora de que fue una tontería de mi parte. Eres una mujer inocente, nunca... —Y se interrumpió; los ojos le brillaban, húmedos. —Y entonces dijiste que me pasaba algo.

—Estaba muy muy enojada, Robert, y todavía lo estoy.

—Está bien. Enojada o no, ¿vas a ir? Por el bien de la familia, ¿irás? —Dejó el grueso sobre encima de la cómoda. —Tuve suerte de conseguir estos boletos. En esta época del año está todo reservado para los recién casados, pero hubo una cancelación. Así que ya ves, tenía que ser. Ay, Lynn, perdóname.

Seguía parado allí, con lágrimas brillantes en las pestañas, cuando, sin responder, ella le dio la espalda.

El avión tomó velocidad por la larga pista junto a los pantanos y se elevó majestuosamente en el aire brillante para virar enseguida hacia el sur.

—Bueno, aquí estamos —dijo Robert.

Lynn no respondió. No había nada que decir. En su interior, todavía ardía de rencor, era como la acidez de la comida mal digerida. Pero como deseaba terminar con una furia enferma y ocultarles a sus hijas lo que pudiera ser ocultado, se había dejado engañar, había permitido que con trampas la llevaran a ocupar ese asiento.

—Te alegrarás de haber venido —dijo él en tono tranquilizador.

Lynn concentró en él toda la fuerza de su desdén:

—Alegrarme. ¡Ja! Esa sí que es buena.

Robert, con una mirada de súplica, frunció los labios para indicarle cautela. Estaban sentados de a tres. Un anciano obeso ocupaba el asiento de la

ventanilla y desparramaba su inmensidad sobre el espacio de Robert. Lynn iba del lado del pasillo.

—Qué espantoso apretujamiento —murmuró Robert. No había lugar en primera clase, por desgracia.

Sin prestarle atención, Lynn sacó un libro del bolso y se acomodó en el asiento. Siempre había tenido la costumbre de poner al mal tiempo buena cara y, aunque le costara admitirlo, hasta en esas circunstancias, experimentaba una cierta placentera anticipación ante la idea de palmeras y aguas azules. Después de haber pasado la mayoría de su vida en el Medio Oeste, estas todavía le resultaba una maravillosa novedad; solamente en dos oportunidades había estado en las bellas y perezosas islas del Caribe. No tiene sentido que me martirice, pensó. Voy a nadar, leer los libros que traje y por suerte, he perdido tanto peso que hasta voy a poder comer; espero que la comida sea buena. Y no tengo que hablarle a Robert, si no quiero.

El volvió a mascullar:

—Voy a tratar de conseguir lugar en primera para la vuelta. No aguanto esto. Es peor que el subterráneo.

Al no recibir respuesta, no volvió a intentar conversar y el resto del viaje transcurrió casi en silencio.

Desde el balcón, la primera mañana, Lynn vio agua y cielo. No había nadie a la vista, salvo los muchachos de la playa que estaban poniendo una hilera de sombrillas; afuera se veía un barquito con vela rayada. Si uno apuntara directamente al este desde aquí, pensó Lynn, aparecería en alguna parte del norte de África.

—Te levantaste temprano —dijo Robert alegremente—. Me ganaste, esta mañana. Maravilloso, ¿no crees?

—Sí. Voy a caminar por la playa.

—Si me esperas un minuto, te acompaño.

—Gracias, pero quiero ir sola.

—Bueno —asintió él con amabilidad.

No hacía mucho que había amanecido y el aire todavía estaba fresco. Lynn caminaba con facilidad sobre la arena firme de la orilla; dejó atrás el territorio del hotel y siguió por lo que parecía ser una interminable extensión de playa bordeada por pinos y una vegetación que le resultaba desconocida. De tanto en tanto, pasaba junto a lo que debían ser las residencias invernales de millonarios norteamericanos o ingleses, casas bajas, elegantes, a la sombra de árboles extravagantes.

Tomó una curva abrupta y se encontró ante una colina verde que le bloqueaba el camino, empinada como una escalera, con agua por los tres lados. Sería cansadora la subida, pero la comenzó con entusiasmo. Una vez que estuvo arriba, agitada y sin aliento, se sentó a contemplar alrededor y la inundó una sensación de asombro de esas que llenan el alma en alguna catedral antigua, alta.

No, no era así. El esplendor aquí era mucho mayor. ¡Ese azul! Casi verde en la orilla donde se reflejaba la colina verde, el agua iba adquiriendo un tono turquesa puro; luego, a tres cuartos de camino hacia el horizonte, había una ancha faja de color cobalto tan pareja, que parecía haber sido trazada con regla. En el extremo más lejano, el horizonte era una línea delgada, sobre la que se extendía otro azul, el azul calmo, eterno de un cielo sin nubes.

Soplaba viento, y la marea, con ritmo soporífico, golpeaba las rocas debajo de Lynn. Ante ella se extendía un inmenso resplandor, el poder misterioso de la luz brillante; así había sido durante miles de años y lo sería durante otros miles, pensó, hasta que el Sol se extinguiera y la Tierra se congelara. El pensamiento no era muy original, pero eso no lo volvía menos impresionante.

Lynn se recostó sobre la hierba áspera y contempló el cielo reluciente. Todas las cosas pasajeras, la injusticia, el dolor, la pena... ¿qué eran en última instancia para que desperdiciáramos nuestras vidas en ellas? ¡Dios, qué corta era la vida!

Apareció una bandada de aves marinas, en carrera desde ninguna parte; giraban, se lanzaban en picada, volvían a elevarse. Se las veía tan jubilosas... ¿podían las aves sentir júbilo? Río de sus pensamientos y de placer, al observarlas. Y luego le volvieron los recuerdos tristes y se repitió: ¡Qué corta es la vida! Y caminamos con anteojeras puestas.

Durante media hora, o quizá más, se quedó tendida sobre la colina; la brisa le refrescaba el ardor del sol sobre la piel. Se desperezó y sintió que su cuerpo seguía joven y saludable. Hasta el dolor del pie se había calmado y el calor parecía un bálsamo sobre sus heridas. La inundó una oleada de fuerza, como si hubiera absorbido el poder de la luz, como si tuviera el poder de hacer cualquier cosa, de soportar todo, de resolver todo.

Se sermonó en voz alta. Al fin y al cabo, Lynn, él no quiso lastimarte, no trató de hacerlo. Está enloquecido de remordimientos y de culpa. Esta furia tuya puede seguir para siempre, si permites que sea así. Pero te carcomerá. Piensa: él podría haberse enloquecido de furia contigo cuando sucedió la tragedia de Caroline...

Además, reflexionó, no debería haberme quedado hasta tan tarde en esa maldita cena. Eso fue lo que desencadenó todo. No debería haber permitido que me tentaran para quedarme. ¿Y si hubiera estado en casa esperando a Robert y luego lo hubiera descubierto divirtiéndose con una bella mujer?

Recordó la mejilla de Tom Lawrence tan cerca de la suya, casi rozándola, sus ojos picaros, inteligentes, brillantes como el pelo y la piel fresca, su temperamento contagiosamente alegre. Tus ojos y tu boca son muy dulces, Lynn. Cumplidos, puros cumplidos, tal vez con la intención de que pudieran llegar a algo, posiblemente no. ¿Cómo iba ella a saber? Sé tan poco, pensó. Me casé a los veinte años y viví recluida desde entonces. ¿Cómo y dónde hubiera podido aprender las costumbres mundanas?

No, se dijo, incorporándose de pronto. Esta clase de ingenuidad no tiene excusa. Debí haberme dado cuenta. Por lo menos, tendría que haber previsto las consecuencias. Mi marido es irascible, eso no es ninguna novedad.

Nuestras hijas nos necesitan, había dicho él. Es cierto, pensó Lynn ahora; Robert nunca está demasiado cansado u ocupado para hacer algo por ellas. Esperando el cambio de aviones en Washington, toma un taxi a la Galería Nacional de Arte. Les podemos mostrar un montón de cuadros excelentes en noventa minutos, dice, contagiándonos a todos su energía. Se baja de la hamaca de red donde ha estado descansando y corre a la casa a buscar la enciclopedia porque quiere asegurarse de haber dado la mejor respuesta a la pregunta de su hija. Se queda levantado toda la noche con Annie cuando la operan de las amígdalas.

En ocasiones, fue duro con ellas y demasiado exigente. Sí, sí, lo sé. Pero ellas estuvieron bien los dos últimos días antes de que viniéramos aquí. A pesar de todo, lo quieren. Cualquiera dice cosas sin intención, de tanto en tanto.

Nuestras hijas nos necesitan. A los dos.

No hay nada que no pueda resolverse aplicando un poco de simple sentido común.

En la habitación, encontró una nota sobre la mesa, junto a un libro. La nota decía: Fui a desayunar. Búscame en el comedor o en la playa. El libro estaba abierto en un poema, un poema que Lynn no necesitaba leer porque lo sabía casi de memoria. No obstante, lo volvió a leer:

Oh, valiente y tímida, Tu mirada penetrante y veraz.
Encendió el corazón golpeado, que fue como madera seca...
El fuego de tu serena belleza, a través de la que

Brillaba, tierna, la elevada fortaleza del espíritu.
Y el mundo era joven. Oh...

Dejó el libro a un lado y se estremeció. Robert le había regalado esos poemas al poco tiempo de casados y con frecuencia los habían leído juntos; en ocasiones, él se los leía en su voz grave y expresiva; ¡qué enamorados habían estado!

Brillaba, tierna, la elevada fortaleza del espíritu.
Y el mundo era joven...

—Ay, Robert —suspiró.

Lo encontró leyendo en la playa. Al verla acercarse, él levantó una mirada interrogante.

—Vine a hacer las paces —le dijo Lynn, tímidamente.

Dos lágrimas humedecieron los ojos de él. Le tomó la mano. A Lynn le pareció que una corriente de sangre común pasaba por sus manos unidas. Sintió el orgullo y el alivio del perdón.

—¿Leíste el poema? —Al ver que asentía, exclamó: —Lynn, Lynn, eres todo para mí. Sin ti no soy nada. ¿Lo sabes, no es cierto? ¿Estamos juntos otra vez? ¿Sí?

—No hablemos más de eso. Ya pasó.

—Tenemos nuestros malos momentos, pero por lo menos, no duran. ¿No es así, tesoro? —Se levantó de un salto. —Bueno, como dices tú, lo pasado, pisado. ¿Qué hacemos, salimos a correr o nadamos?

—Caminemos. Te quiero mostrar el lugar donde estuve.

De manera que retomaron el camino por la orilla, pasando junto a los árboles y las elegantes casas. Robert especulaba sobre el precio de cada una.

—¿Eh, dónde queda este lugar que me quieres mostrar? ¿No estás cansada? Es la segunda vez que vas.

—No. Me gusta caminar, y el lugar bien vale diez viajes. Ya verás.

—Sigues tan joven como siempre.

Era cierto. Su cuerpo, dentro del traje de baño rojo, estaba firme y ágil como a los veinte años. Disfrutando de esa sensación de juventud, de la mañana fresca y de la digna paz que había hecho, Lynn subió la colina, sin prestar atención a su leve renga.

En la cima, se quedaron muy quietos.

—Ahora te entiendo —susurró Robert.

Esta vez, sin embargo, había una señal de vida a la vista: un yate blanco avanzaba lentamente, en línea con el horizonte.

—Mira eso —dijo Robert—. ¿No te encantaría que fuera tuyo? Podríamos zarpar hacia los mares del Sur, dar la vuelta al mundo.

—No —respondió Lynn, seria—. Aun si pudiéramos permitirnoslo, cosa que es poco probable, no lo querría.

Robert sacudió la cabeza como si las palabras de ella estuvieran más allá de su comprensión.

—¿Qué te gustaría tener? ¿Nunca deseas nada?

Con la misma seriedad, ella respondió:

—Solamente paz y amor, nada más. Paz y amor.

—Los tienes. Los tendrás. —Se dejó caer sobre la hierba. —Siéntate aquí. Quedémonos un minuto. —Una vez que ella estuvo sentada, él también habló con seriedad. —Sé que no siempre es fácil vivir conmigo. No estoy mucho en casa. Soy adicto al trabajo. Y tú tienes una paciencia infinita. En la oficina y en el tren, oigo cuentos que te ponen los pelos de punta, sobre mujeres que tienen crisis nerviosas, que beben durante el día, cuando están solas o tienen romances con el peluquero. —Rio. —¡No te imagino en un oscuro romance! Creo que te morirías de miedo si un hombre te pusiera una mano encima. Y cuando oigo todo eso, no creas que no valoro lo que eres, el tiempo y el esfuerzo que dedicas a las chicas, tu buena salud, tu alegría, todo. Tendría que hacer más. Tendría que quitarte responsabilidades de encima.

—Haces muchísimo. Más que muchos padres. Mucho más —respondió Lynn, con sinceridad.

—No, me tendría que dedicar más. No sabes tocar el piano, así que no puedes ayudarla a Annie a practicar. Estaba pensando que debería cambiar a música popular. Le ayudará en su parte social, cuando tenga unos años más. —Suspiró. —Y me preocupan Emily y ese chico. Sé que no te gusta oírme, pero...

—Ahora no, Robert. Esto es demasiado hermoso para pensar en preocupaciones, aunque no estoy de acuerdo en que Harris lo sea. ¿Volvemos?

Caminando y resbalando, descendieron la colina y avanzaron por la arena de la orilla, mojándose los pies en el agua.

Ninguno de los dos habló durante unos minutos, pero luego, Robert dijo:

—Quiero decir una sola cosa más; tienes razón en que este no es el lugar y el momento para problemas, pero ¿el comportamiento de Emily es el normal de una adolescente que se va distanciando, como corresponde, o hay algo

más? Últimamente, cuando estamos juntos, me da la impresión de que está enojada conmigo. —Al ver que Lynn no respondía, añadió con un dejo de melancolía: —Dime la verdad, si sabes que hay algo.

Lynn vaciló.

—Piensa que no fuiste siempre sincero con ella y que la dejaste afuera.

—¿Afuera? ¿De qué?

—Bueno, de ciertas cosas. Por ejemplo, dijo que cuando mencionó a Querida, hace un tiempo, te pusiste furioso. Le gritaste. No quisiste contarle nada.

—Claro que no quise contarle nada —protestó él—. ¿Para qué quiere saberlo? ¡Esa brillante tía mía! No sé cómo hizo para que no se le escapara también lo del muchacho. Ahí sí que me haría cientos de preguntas, ¿no? Bueno, tengo la conciencia tranquila. He cumplido con él, pero no forma parte de mi vida. El Banco me informa que vive en Europa. Ni siquiera sé en qué país. Ya no lo mantengo. Es adulto; la separación es total. No hay nada raro en eso en estos tiempos, con familias dispersas por todo el mundo. —Detuvo su agitada marcha y se quedó quieto, mirando el agua. —¿Por qué estamos hablando de estas tonterías?

—Preguntaste por Emily.

—Sí. Es cierto, lo hice. —Bueno —dijo, mirándola con expresión preocupada—, ¿hay algo más?

Si hice veinte, se dijo Lynn, bien puedo hacer veintiuno. Fijando su mirada en Robert, habló en voz baja:

—Piensa que lo de la otra noche me lo hiciste tú.

Robert respiró hondo; ella vio el impacto que le habían causado sus palabras.

—¿Y qué dijiste? ¿Le... le explicaste? Le...

Ella respondió sin vacilar ni bajar la mirada.

—Le dije que eran tonterías. Que me asombraba que pudiera habersele ocurrido algo así.

Robert bajó la cabeza. Eran dos personas sufrientes. Qué extraño, pensó Lynn, estar aquí bajo este sol fulgurante, con tanta animación a nuestro alrededor, niños con colchonetas en el agua, gente nadando, gritando y riendo, mientras nosotros mantenemos un diálogo tan trágico, tan profundo. Nadie, al verlos, lo adivinaría. Sintió compasión por el hombre que estaba allí, con la cabeza gacha, y le tocó el brazo.

—Basta, Robert. No tomé desayuno y estoy famélica. ¿Hay algún lugar en la terraza donde se puede tomar un café con unas masas?

El respondió con una sonrisa agradecida, humilde.

—Por supuesto. Estuve explorando todos los alrededores. Hay un rincón oculto con mesas y sombrillas a la sombra, cerca de la piscina. Vamos. Y después, nadaremos. Y más tarde —prosiguió, recuperándose—, hay una excursión de pesca a una isla cercana, hasta el atardecer. O si no, podemos anotarnos para una expedición de todo el día mañana, con buceo y pícnic en una isla más lejos. ¿O prefieres una lección de esquí acuático? Esta mañana estuve mirando el programa.

Lynn tuvo que sonreír. Era tan característico de Robert organizar cada minuto.

—Primero nadaremos y después veremos. Recuerda que vinimos a descansar, dijiste.

—Es cierto. Tienes razón.

A la tarde, salieron del agua riendo de sí mismos luego de la primera lección de esquí acuático y fueron a sentarse a la sombra, cerca de la piscina. Grupitos de parejas jóvenes conversaban en mesas cercanas.

—Recién casados, casi todos —observó Robert—. Podrías ser una recién casada tú también. No tienes nada de diferente.

—Las mujeres ya no se casan tan jóvenes, hoy en día.

—Te estás bronceando —comentó él.

—¿A pesar de la pantalla solar y el sombrero? Volveré a casa hecha un camarón. Ah, bueno, si es así, volveré gorda también, de paso. Voy a tomarme un helado.

Mientras lo hacía, se dio cuenta de que él la miraba, como disfrutando al verla disfrutar. Terminó el helado con sensación de satisfacción y pensó: ¡Cómo prevalece lo físico en nosotros! Con las papilas gustativas satisfechas, el estómago lleno, el cuerpo al aire fresco, no demasiado frío ni demasiado caliente, todos nuestros problemas se esfuman... por un rato, al menos.

Un lagarto, verde como una gema, se deslizaba por una pared. Los pajaritos revoloteaban alrededor de las mesas, recogiendo migas caídas. Uno de ellos, una avecilla color amarillo, se posó sobre la mesa con sus patitas frágiles y saltó al plato del helado, donde quedaba un charquito derretido. Completamente inmóvil, Lynn se quedó mirando el piquito que se hundía una y otra vez en el helado; con la otra parte de su visión, tenía conciencia de que Robert la contemplaba con la misma afectuosa concentración que ella le dedicaba al pájaro.

—Es adorable —comentó—. Ese cerebritito no puede ser más grande que una arveja.

—Tú eres adorable —dijo él.

Una pareja mayor, en una mesa contigua, lo oyó; el hombre captó la mirada de Robert y sonrió, asintiendo.

—Estuvimos observándolos cuando esquiaban —dijo con pesado acento alemán.

—Ay, fue un horror —respondió Robert—. Era la primera vez que lo hacíamos.

—Entonces estuvieron muy valientes. Mi mujer y yo... —Alzó las cejas grises en una expresión burlona de pesar—... ya somos demasiado viejos para aprender cosas nuevas.

Y así comenzó la conversación. Se hicieron las presentaciones y unos breves trazos biográficos. Los Hummel eran de Stuttgart; él era banquero, estaba retirado a medias, solo a medias; viajaban mucho, últimamente casi siempre por Europa Oriental, donde se estaban produciendo tantos cambios asombrosos. Este viaje, el primero al Caribe, era puramente de placer, para festejar los cincuenta años de casados. Más tarde, en casa, habría una fiesta con familiares y amigos, pero primero habían querido pasar un tiempo solos.

—¿Y hoy es el día? —preguntó Robert.

—Hoy es el día —respondió *Herr* Hummel; su esposa, una mujer corpulenta, con hermoso pelo blanco peinado hacia arriba y sin artimañas que disimularan su edad, sonrió y asintió.

—Esto es tan hermoso —dijo—. Por lo general, vamos a la Riviera francesa en busca de sol, pero no se compara con esto. Estas flores exóticas, maravillosas... —Hizo un ademán en dirección a unos arbustos que ostentaban ramilletes de lo que parecían ser cuentas rojas, cada una del tamaño de la cabeza de un alfiler. —¿Cómo se llaman?

—Ixora —respondió Robert.

—Ah, usted sabe de plantas —dijo la señora Hummel.

—En realidad, no —rio Robert—. Sucede que esta mañana, cuando iba a desayunar, pasé junto a unas flores de estas y vi un indicador con el nombre.

—Nunca olvida nada —dijo Lynn.

—Así que tiene —comentó el señor Hummel— una memoria como... ¿qué palabra usan? Como una cámara, entiende.

—Memoria fotográfica —dijo Lynn—. Sí, así es.

—Tal vez —aventuró el señor Hummel—, me dirán si me excedo, si les quito tiempo, pero ¿querrían beber una copa de *champagne* con nosotros esta noche? Nos vamos mañana. ¿Querrían cenar con nosotros, una mesa para cuatro?

—Será un placer —respondió Robert, cordialmente.

Cuando estuvieron solos, Lynn preguntó, curiosa:

—¿Por qué aceptaste cenar con ellos?

—Bueno, es banquero y tiene contactos en las nuevas repúblicas. Nunca viene mal recabar información y hacer relaciones públicas. Además, son gente agradable y te das cuenta de que se sienten un poco solos.

Lynn sonrió, divertida. Hasta cuando estaba de vacaciones, Robert tenía la mente puesta en General American Appliance.

—Hay cena de gala, esta noche —dijo él—. Lo leí en el boletín del vestíbulo. Baile y entretenimientos.

—Limbo y calipso, seguro. Es curioso, pero cuanto más oigo el calipso, más me gusta.

—Ese vestido te queda perfecto; bien vale lo que costó.

La seda blanca relucía más blanca todavía contra la piel bronceada, al igual que las perlas. Lynn se sintió complacida.

—¿Y la pulsera? —preguntó Robert.

—¿Cuál? —contestó Lynn. Sabía a cuál se refería porque siempre preguntaba por la misma.

—La de piedras. La buena.

—Es demasiado valiosa para llevarla en un viaje —dijo Lynn.

Era realmente una pieza llamativa, que despertaba comentarios cada vez que se la ponía; no obstante, Lynn la usaba solamente cuando Robert le recordaba que lo hiciera. La hacía pensar en el pozo de desesperación que había amenazado tragársela aquella fría y ventosa noche en el banco que daba al Lago Michigan. No era bueno revivir una noche como esa.

Los Hummel habían reservado una mesa cerca del balcón del comedor, con vista al mar. Había *champagne* en un balde. Los ancianos estaban sonrientes; él se había puesto saco de etiqueta blanco y ella un vestido de chifón celeste, un poco demasiado rebuscado. Un par de sólidos burgueses, pensó Lynn, y sintió simpatía hacia ellos. ¡Cincuenta años de casados!

—Es tan lindo compartir nuestro festejo con gente joven —comentó la señora Hummel—. Cuéntenos más sobre ustedes. ¿Tienen bebés?

—Ya no son bebés —respondió Lynn—. Han dejado de serlo hace rato. Una hija de diecisiete y otra de once.

—Cielos, nuestros nietos son mayores. Un muchacho de veintisiete. Trabaja en el Banco de Franz —añadió, orgullosa.

La conversación se dividió: la señora Hummel describió a Lynn todos los miembros de su gran familia mientras que los hombres, guiados por Robert, tomaron otro rumbo. Lynn, que no sentía demasiado interés por los nietos de los Hummel, escuchaba a medias lo que conversaban ellos.

—Estoy por empezar a aprender húngaro —decía Robert—. No sé de dónde voy a sacar tiempo, pero lo voy a hacer.

—Un hombre como usted siempre encuentra el tiempo. Conozco a los de su clase.

—Gracias, pero es un idioma difícil. Una lengua úgrica, emparentada con el finlandés, tengo entendido. Decidí empezar con húngaro porque comparativamente, Hungría disfruta ya de cierta prosperidad. La empresa para la que trabajo fabrica artefactos electrodomésticos, como sabrá, y a medida que el país se enriquezca, crecerá la demanda.

—¿Ha estado en Hungría alguna vez?

—No, quiero preparar un equipo para Rusia, Polonia y toda la zona antes de hablar con los jerarcas... con el Presidente, en realidad. Pero tengo que tener un mejor manejo de los idiomas. Causa buena impresión si los contactos ven que al menos hacemos el esfuerzo de aprender su idioma.

—Tiene razón. Es verdad que no todo el mundo habla inglés. Aunque la gente piensa que es así.

—... A veces, es más fácil criar varones —estaba diciendo la señora Hummel—. Seguro que a su marido le encantaría tener un varón.

—Supongo que sí, pero dos ya son bastante y adora a las chicas.

—En realidad, estoy encargado de ventas, pero uno tiene que ampliar su panorama. Tengo que saber qué están haciendo en desarrollo de productos para hacer un buen trabajo en ventas, ¿no?

—Ya, Ya. La tecnología cambia minuto a minuto. Deme su tarjeta, yo le daré la mía y si puedo serle útil, quién sabe, quizás hagamos buenos negocios juntos.

—Será un placer. Bueno, creo que estamos olvidando el gran festejo. Voy a pedir otra botella y brindaremos por los próximos cincuenta años.

—Su marido es un joven muy ambicioso e inteligente, señora Ferguson —dijo el señor Hummel a Lynn.

—Es conmovedor —acotó la señora Hummel— ver a una pareja joven que sigue tan linda y tan unida. Hay tantas parejas desconformes, tantas; no puedo entenderlo. Franz y yo tenemos setenta y tres años. Yo le llevo siete meses, pero nunca se lo decimos a nadie. —Los cuatro rieron y Lynn comentó con gentileza:

—Ninguno de los dos representa la edad.

—¿De veras? —La señora Hummel estaba complacida. —Si es así, es porque hemos sido muy felices. Mi madre siempre me decía... hay un sprichwort... un dicho, acerca de no acostarse enojados.

—Nunca dejes que el Sol se ponga sobre tu ira —dijo Lynn—. Mi madre también me lo decía.

—Ah, sí. Y sirve, realmente, sirve.

—¿Interesantes, no? —preguntó Robert, cuando se levantaron para bailar.

—Algo pasado de moda en estos días.

—Pues, si es así, tanto peor para el mundo de estos días.

Estaban en la terraza. Cuando la música cesaba, se podía oír el susurro de las olas, acalladas por la marea baja. La música seguía sonando en la noche perfumada. Hay Humo en Tus Ojos y Por Siempre y Para siempre.

Tal vez sea cursi, se dijo Lynn, pero esta música sigue siendo tan hermosa como el día que fue compuesta, antes de que yo naciera. Y sigue despertando ansias que no mueren, a pesar de los estilos de las diversas generaciones y aunque la gente lo admita o no.

—¿Bailo tan bien como Tom Lawrence? —susurró Robert.

Ella se separó y dijo en tono de reproche:

—Por ser alguien que tiene tanto tino cuando se lo propone, me sorprendes.

—Lo lamento. Quise hacer una broma y no fue nada graciosa. Lo siento. —Le besó la oreja y la atrajo hacia sí. —Perdóname.

Al pasar junto a los Hummel, que bailaban muy tiosos y separados, las dos parejas se sonrieron.

—No dejes que el Sol se ponga sobre tu ira —murmuró Robert—. Lo recordaremos.

Sí. Sí. Borrón y cuenta nueva. El *champagne* se me está subiendo a la cabeza. Qué sensación placentera. Y por encima del hombro de Robert, el cielo se iluminó de pronto con titilantes estrellas.

—¿Hay más estrellas aquí? ¿Es posible, Robert, o estoy medio borracha?

—Puede que estés borracha, pero realmente parece que hay más porque el aire no está contaminado y el cielo está despejado. Además, las constelaciones son diferentes aquí. Estamos cerca del Ecuador.

—Es tanto lo que sabes —susurró ella.

Echó una mirada a los hombres que se movían al ritmo de la música, en círculos lentos. Ninguno se comparaba con Robert; ninguno era tan

distinguido, ni despertaba admiración; ninguno sabía tanto ni tenía ojos tan maravillosos que la miraban de esa forma.

No puedo evitar enamorarme de ti. Sus cuerpos se movían al ritmo de la nostalgia y el deseo; guiados por él, se acercaban cada vez más, hasta ser uno solo. Apenas se movían: oscilaban juntos en el mismo lugar.

—No puedo evitar enamorarme de ti —le cantó Robert al oído. Y yo estaba tan furiosa que deseé verlo muerto, pensó Lynn. Ay, Dios, ay, Dios. En un acceso de llanto repentino, levantó la cara hacia la boca de él y allí, en la pista de baile, lo besó una y otra vez.

—Ay, mi amor, mi amor.

—Salgamos de aquí —susurró él—. Despidete de esa gente y huyamos. Rápido, no puedo más.

En la habitación, cerró la puerta con llave y exclamó:

—¡Rápido, rápido!

—Ya voy. No me rompas el vestido.

—Te compraré otro.

La tomó en brazos y la llevó a la cama ancha, fresca. Las palmeras se agitaban junto a la ventana y el viento del mar sopló durante la primera vez, la segunda y luego, toda la noche, mucho después de que se hubieran dormido.

Nadaron, bucearon, pescaron, jugaron al tenis, corrieron por la playa y descansaron a la sombra. Los demás iban a las tiendas de puerto libre y volvían con la habitual bolsa con bebidas alcohólicas y perfumes, pero Lynn y Robert no fueron más lejos de lo que los llevó un velero. Después de que se fueron los Hummel, estuvieron todo el tiempo juntos, solos.

Por la mañana, cuando los primeros pájaros comenzaban a cantar, hacían el amor otra vez.

—Ni trabajo, ni mandados, ni teléfono, ni chicos —susurraba Robert.

Las horas transcurrían lentas, deliciosas, sosegadas. Era como nacer de nuevo, como ser recién casados otra vez. Robert había tenido razón. Lo que necesitaban era eso.

TERCERA PARTE

Verano de 1988
Primavera de 1989

Capítulo 03

Cuando llegaron, no había nadie en casa salvo Juliet, que los recibió con abundantes lamidas y luego se echó patas para arriba para que le rascaran la panza.

—¿Dónde están todos? —se preguntó Lynn.

—Tal vez haya una nota en la cocina.

Lynn abrió la puerta, se paró en seco, absolutamente anonadada y luego exclamó.

—¡Ay, mi Dios! ¿Qué hiciste?

Robert entró, sonriendo.

—¿Te gusta? ¿Te gusta?

—¿Cómo hiciste esto, por amor de Dios?

—Muy fácil. Pagué una fortuna para que me garantizaran que lo terminarían en diez días.

En la reluciente habitación, habían instalado una cocina industrial, un refrigerador con freezer de doble tamaño, un compactador de residuos y una isla céntrica sobre la cual colgaban los mejores utensilios europeos. Los armarios habían sido reorganizados y consolidados por un experto; en los estantes había una colección de libros de cocina y violetas africanas adornaban los alféizares nuevos de las ventanas.

—Creo que me voy a desmayar —dijo Lynn.

—Pues no lo hagas. Lo que tienes que hacer aquí es cocinar manjares, no desmayarte.

—Es fabulosa. Es sensacional. Eres un mago, eres Papá Noel, eres un ángel.

—Una trabajadora talentosa necesita un buen lugar de trabajo. Estuve pensando y comprendo realmente lo que significa para ti, así que si quieres preparar comidas para vender o postres o cosas así, si te hace feliz hacerlo, ahora tienes el lugar que te mereces. Y si no, bueno, tienes una hermosa cocina, nada más.

—No podrías, te juro que no podrías haberme regalado algo más maravilloso.

Lo abrazó y, en ese momento, se abrió la puerta y al grito de «¡Bienvenidos!» entraron las chicas, con Josie, Bruce y Harris, cargados de paquetes.

—Comida china para llevar —explicó Emily—. No pretendíamos que te pusieras a cocinar en este palacio no bien entraras en casa.

—Vine todos los días a ver cómo tomaba forma el milagro —dijo Josie.

—Chicas, espero que no le hayan dado trabajo a tío Bruce y tía Josie —interpuso Robert.

—Lo pasamos muy bien —le aseguró Bruce—. Comimos afuera, otras veces en casa y el domingo pasado, Harris nos llevo al bosque y preparó comida de la nada. Hasta encendió el fuego sin fósforos.

—Sin fósforos —repitió Lynn, volviéndose hacia Harris que se había sonrojado.

—Es que estuve en los Niños Exploradores. Enseñan a sobrevivir en la selva.

—¿En la selva de Connecticut? —dijo Robert.

Josie lo corrigió.

—Es lo mismo aquí que en la selva de Timbuktú.

—Timbuktú no es una selva, Josie —rio Bruce.

—Harris, cuéntales lo que ya sabes —dijo Emily—. Lo de la escuela.

—No, son tus padres, cuéntaselo tú —respondió Harris con serenidad.

—Los dos obtuvimos un diez en los finales de química avanzada. Fuimos los únicos de la clase.

Harris la corrigió.

—Tú te sacaste diez, yo me saqué diez menos.

Robert pasó el brazo sobre los hombros de su hija.

—Estoy muy orgulloso de ti, Emily.

Bruce le habla a Harris, que estaba un poco apartado del grupo.

—Debes de estar decidiendo ya adónde continuarás tus estudios. ¿Ya pensaste en algún lugar en especial?

—Dondequiera que pueda conseguir la mejor beca —respondió el muchacho, muy serio—. Escasean bastante, hoy en día.

—Bueno, ya casi han llegado las vacaciones de verano, así que dedícate a descansar y deja todas esas preocupaciones para septiembre —dijo Lynn alegremente—. ¿Saben qué vamos a hacer? El domingo próximo inauguraré esta cocina. Voy a preparar una cena de lujo. Vengan todos. Annie, trae a una amiga o dos y si tú primo llegó para entonces, Bruce, invítalo. Comeremos en la terraza.

—Estuvo lloviendo toda la semana —se quejó Annie.

—Mejor. Eso significa que nos toca una larga temporada de sol —dijo Lynn.

Una larga temporada, una temporada duradera de sol en muchos sentidos, se dijo a sí misma.

Fue, como había predicho, el proverbial día de junio, fresco y azul. Durante toda la tarde del viernes y esa mañana había estado trabajando y canturreando en la cocina nueva y el resultado era un banquete estival «para los dioses», como decía Robert.

Sobre la gran mesa redonda junto a la ventana saliente de la cocina había un guiso de langosta y vegetales fragante de hierbas, crocantes ajíes verdes rellenos con tomate y queso de cabra, pan francés tibio, una ensalada de verduras crudas sobre un colchón helado de lechuga, una tarta de peras cubierta con dulce de damascos y una torta de chocolate decorada con frambuesas frescas y crême anglaise. En un par de antiguos jarrones de cristal, comprados por Robert, había vino tinto y blanco, mientras que, para Annie y su amiga, Lynn había preparado un bol de ponche de gaseosa donde flotaban unas bolas de helado de vainilla.

—Si quiere que le cocine un par de hamburguesas para las chicas en el asador de afuera, con gusto lo haré, señora Ferguson —propuso Harris.

Lynn lo miró y rio.

—Eres demasiado educado para decirme que a ninguna de las dos les gustará el guiso de langosta y tienes razón. Tendría que haberseme ocurrido.

Harris rio, también. Qué buen muchacho, pensó Lynn, entregándole un plato con hamburguesas crudas.

Bruce había traído a su primo, que había venido de visita desde el Medio Oeste. Era un hombre callado, muy del estilo de Bruce, que enseñaba física en una escuela secundaria de Kansas City. Harris y Emily de inmediato se pusieron a hablar con él sobre física y el ingreso a la carrera de Medicina. Annie y su amiga reían por lo bajo por alguna broma privada. Lynn se alegró de ver a Annie con una amiga íntima.

El primo de Bruce quedó admirado con el panorama.

—Qué hermoso lugar tienen aquí —dijo a Robert, que estaba sentado frente a él.

—Todavía queda mucho por hacer. Estoy pensando en poner una cerca de madera para demarcar los límites. Y por supuesto, habría que hacer una piscina. Quiero algo naturalista, no una de esas piscinas comunes, rectangulares. Una de forma libre, con entorno boscoso. Será un trabajo importante.

—Estoy más que conforme con la piscina del club —le recordó Lynn.

—Mi mujer se conforma con poco —observó Robert.

—Siempre dices lo mismo —le rebatió Josie.

—Bueno, es que es cierto —arguyó Robert.

—La piscina del club alcanza y sobra —insistió Lynn, por consideración hacia los sentimientos del profesor de física, cuyos ingresos, sin duda, no alcanzaban ni para una piscina ni para una cuota de socio de algún club—, sobre todo cuando el club lo paga la compañía. De otro modo, ni siquiera me haría falta eso.

—¿Qué les parece si entre todos llevamos las cosas a la cocina? —sugirió Bruce—. Luego de semejante banquete, nos vendrá bien el ejercicio.

—Y después, un partido de badminton o cróquet, podría ser. Acabo de armar la cancha al costado de la casa, así que elijan.

Cuando terminaron de llevar los platos, Lynn se sentó a descansar.

—¿Sabes qué es lo mejor de las vacaciones, Josie? Que se quedan contigo. Aquí estoy, contenta de estar en casa y, sin embargo, una parte de mí está todavía en la isla. Puedo sentir el aire cálido, húmedo.

—Me alegro —respondió Josie.

—No sé cómo agradecerles a ti y a Bruce haber cuidado a las chicas.

—No seas tonta. Las queremos y se portaron maravillosamente bien.

Juliet, que había sido alimentada ilícitamente con trocitos de hamburguesa, se acercó a Josie y olisqueó esperanzadamente.

—Sí, sí, linda, linda —dijo ella, casi distraídamente, enredando la mano en el cuello peludo de la perra. —Linda, linda —repitió y súbitamente, levantó la mano para enfrente a Lynn con lo que su amiga sabía que había estado queriendo decir desde el principio—. Bueno. Entonces tienes una cita con mi amigo, creo.

—No voy a ir. Tengo que llamarlo.

—Pienso que deberías ir —dijo Josie.

—Las cosas cambian, Josie. Al estar lejos, juntos y solos, ves las cosas desde otra perspectiva. Robert tiene razón. Cuando nos mudamos, todos tuvimos que adaptarnos a diferentes cosas. Para las chicas fue particularmente duro, las desestabilizó, las puso nerviosas, aunque superficialmente parecían tomarlo bien. Es una tontería tomar las peleas con tanta seriedad, como si hubiera llegado el final. En esta última semana, desde que volvimos, mira... no puedo decirte lo bien que estuvo todo. Robert se esforzó hasta en ser amable con Harris. Lo convencí de que no tenía que preocuparse, que son solamente chicos enamorados por primera vez y terminó por darme la razón

en que Harris es una persona excelente. Y Robert logró que las chicas se interesaran por la campaña de recaudación de fondos del hospital, así que están vendiendo boletos a todos los que conocen. En cualquier momento te llamarán, seguro.

—Me alegro de oír todo eso, pero sigo pensando que deberías ir, Lynn.

—No sabría qué decirle. Me sentiría como una tonta —respondió Lynn con firmeza—. No. Voy a cancelar la cita. A decir verdad, me había olvidado por completo; de lo contrario, ya lo hubiera hecho.

Y así cerró el tema. Se arrepentía de haber corrido a contarle a Josie aquel día lo que había sucedido. Era una mujer grande, por Dios, y arreglaría sola sus problemas. Es más, ya los había arreglado.

Junio fue un mes con muchos acontecimientos y rituales. Annie tuvo su fiesta de cumpleaños con papel crepé rosado, torta con baño rosado y un vestido rosado nuevo. Hubo bodas de amigos e inauguraciones de casas. Eran días de emotivas ceremonias, siempre enmarcadas por flores. Y por esos días festivos, Lynn se movía con una nueva sensación de bienestar.

Un sábado caluroso, el último del mes, Robert fue a la ciudad por la mañana, a trabajar. Lynn, sabiendo que no cambiaría sus costumbres, accedió a encontrarse con él por la tarde en la piscina del club. Llegó temprano, buscó una reposera a la sombra y disfrutando del rato de soledad que le habían brindado las ocupaciones de Annie y Emily, se sentó a leer hasta que llegara Robert. Sintió un cierto fastidio, por lo tanto, cuando vio que un hombre se acercaba con una silla plegable, y la irritación aumentó cuando resultó ser Tom Lawrence.

Estaba vestido para jugar al golf; llevaba un sombrero de paja, que se quitó para saludarla, se lo volvió a poner y luego se lo sacó otra vez, dando la impresión de que estaba tan incómodo como ella.

—Con este calor hay que estar loco para salir al campo de golf —se quejó—. Necesito enfriarme a la sombra. ¿Te molesta que me siente aquí?

—No, en absoluto.

Se sentó, y Lynn volvió a su libro con una determinación que pretendía desalentar cualquier intento de conversación. El esperó unos instantes, sin decir nada y luego habló.

—En realidad, me estaba yendo y te vi. Quería hablarte, pedirte disculpas.

Lynn levanto la vista y lo miró. Le vino el reconfortante pensamiento de que esta vez, a diferencia de la última, podía enfrentarlo con confianza; tenía puesto el traje de baño rojo que había tenido tanto éxito en el Caribe; su cuerpo no tenía lastimaduras; ni rastros de lágrimas, su rostro.

—¿Por qué? —preguntó.

—Yo tuve la culpa de que te quedaras hasta tarde aquella noche y de que tu marido se enfureciera.

—No se enfureció —objetó Lynn, fastidiada por su intromisión.

—Ay, vamos. —El tono era amable. —Estaba furioso. Todo el mundo se dio cuenta.

—No puedo evitar lo que crean los demás —replicó Lynn con frialdad—. En todo caso, no es asunto de ellos. —Ante su desesperación, sintió que comenzaban a formársele lágrimas de furia, como sucedía cada vez que algo removía sus sentimientos, fueran de angustia o de felicidad. Al diablo con ellas. Parpadeó para contenerlas, pero no antes de que él las viera.

Tom sacudió la cabeza.

—Es una lástima que no seas feliz.

Lynn lo miró de lleno.

—¿Cómo puedes hablarme de ese modo? ¿Qué sabes de mí? No me siento infeliz. Para nada.

—Estabas mal cuando te vi, a la mañana siguiente. Y sé algo sobre ti. Sé que tu marido te trata con mano dura y no precisamente en el sentido figurado.

Lynn se horrorizó. Quedó totalmente anonadada. Tuvo el mojigato y anticuado impulso de decir algo como: «¿Cómo te atreves?» y marcharse con la cabeza alta. Pero, por supuesto, hubiera sido una ridiculez. Había gente por toda la piscina y se darían cuenta. Todo eso le pasó por la mente y lo única que dijo fue:

—En mi vida he oído decir semejantes cosas. Te estás comportando como un tonto. No sabes lo que dices.

—Sucedé que lo sé muy bien. Solía trabajar con divorcios y he visto demasiados casos como para equivocarme.

El corazón le latía a toda prisa. Lynn adoptó un aire digno y dijo, con altivez, pronunciando cada palabra con exageración:

—Mi marido, casualmente, es un ciudadano útil y respetado, con buena reputación. Es ejecutivo de una de las más grandes corporaciones del mundo. General American Appliance. ¿Has oído hablar de ella? —preguntó con sarcasmo.

—Sí. Soy accionista desde hace años. Es más, el presidente, Pete Monacco, es amigo mío. Está casado con una prima tercera mía.

—Bien, me alegro. Con conexiones de ese tipo, no sé por qué te pones a calumniar a un hombre que es un pilar de esta comunidad. El hospital, el sida,

la nueva biblioteca... ¡Deberías avergonzarte! —farfulló.

Lawrence no se inmutó.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Se puede ser un ciudadano distinguido y, al mismo tiempo, maltratar a la mujer.

Su cara y su voz irradiaban bondad. Sentado allí, a sus anchas, jugueteando con el sombrero de paja, podría haber estado hablando de algo tan trivial como el calor. Pero sus palabras golpeaban con la fuerza de un martillo.

—No sabes lo bueno que es Robert, cómo se dedica a su familia. No entiendes.

Tom se limitó a sacudir la cabeza. Esta obstinada negación a retractarse la hizo enfurecerse de nuevo.

—¿Qué me pasa? ¿Qué clase de imbécil soy? ¿Por qué me pongo a hablar así con un desconocido y le permito decirme semejantes cosas? Es denigrante para los dos. Te diré algo: si sigues por aquí, te invitaremos a nuestras bodas de oro, a ver si te atreves a venir. Te desafío.

El se puso de pie.

—Te admiro por defenderte así, Lynn. Conozco a las mujeres como tú. Tienes una visión romántica de la vida. «Hasta que la muerte nos separe», pase lo que pase. Lo que está mal es ese «pase lo que pase». De no ser por eso, estoy totalmente a favor de las bodas de oro, te lo aseguro.

Lynn se levantó y fue hacia la piscina. La única forma de hacer callar a ese hombre era zambullirse.

—Visiones románticas de amor eterno. Vives aferrada a eso.

—Sí —respondió por encima del hombro—. Sí, creo en eso. Vivo de eso.

—Pues ten cuidado de que eso no te mate, Lynn.

Fueron las últimas palabras que oyó antes de que el agua la cubriera.

—Pareces alterada por algo —comentó Robert cuando se reunió con ella, no mucho después.

Este calor espantoso altera a cualquiera.

Más tarde, él dijo:

—Vi a Ton Lawrence saliendo del club cuando llegué.

—Sí, estuvo aquí.

—¿Hablaste con él?

—Unas palabras. No mucho más que hola y adiós.

Durante la cena, él comentó.

—El presidente de la compañía vendrá el lunes a dar una charla. Es un tipo impresionante. Poderoso. Es fácil ver cómo llegó a dónde está. Aunque

es curioso cómo cambian las cosas —observó—. Hace una generación, nadie con apellido italiano hubiera dirigido una compañía como la nuestra.

—¿Qué tiene de malo un apellido italiano?

—No sucedía, nada más. Hoy en día pasa todo el tiempo.

Lynn no hubiera podido explicar qué le hizo decir lo que dijo después:

—Tom Lawrence está emparentado con él.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo hoy.

—Han de haber conversado bastante, entonces —masculló Robert, después de un instante.

—No, en absoluto. Ya te dije que intercambiamos unas palabras. Y casualmente, mencionó al señor Monacco.

Robert parecía divertido.

—No me molesta que hayas hablado con él, Lynn, si es lo que estás pensando. ¿Así que te contó que está emparentado con Monacco? Qué raro. Tenía la impresión de que Lawrence provenía de una familia norteamericana tradicional.

—Una prima de él está casada con Monacco.

—Ah. —Robert tenía aire pensativo. —Ojalá yo tuviera un parentesco así, aunque fuera distante. En las empresas, lo que cuentan son los contactos, los canales. Tengo la cabeza llena de ideas, pero ¿cómo las hago llegar a los oídos correctos? Un departamento se sobrepone a otro... —Frunció el entrecejo y se interrumpió. —Qué lástima. Me hubiera comportado de otro modo, si hubiera sabido lo de Lawrence. Pero no dejaré las cosas así. Sin duda volveremos a encontrárnoslo en el club.

Lynn estaba horrorizada.

—¿No irás a pedirle que te presente al señor Monacco, verdad?

—No, no, no. Las cosas no se hacen así. Conoces a alguien, lo invitas a cenar, comienzas a conversar y después de un tiempo... después de un tiempo ¿quién sabe lo que puede pasar?

Lo que puede pasar, se dijo Lynn, es demasiado espantoso para pensarlo.

De todos modos, no podía dejar de pensar en ello. ¡La desfachatez de ese hombre! ¿Quién se creía que era para ponerse a jugar al detective psicólogo y para inmiscuirse en lo más recóndito de la vida de una desconocida? Temblaba ante la idea de volver a tener que ver a Tom Lawrence.

Estuvo tan alterada durante una semana o más, que se despertaba en plena noche y revivía la escena junto a la piscina. Se sentía físicamente enferma. El estómago le daba vueltas. Y de pronto, una mañana, mientras la cocina se entibiaba con los aromas punzantes del café y el tocino, tuvo que salir corriendo al baño.

—No soporto el olor a comida —se quejó cuando volvió—. Con solo verla me siento mal.

—Qué raro. —Robert la miró con aire pensativo. —¿No estarás...?

—Lynn se quedó mirándolo.

—Ay, no. ¿Qué estás diciendo?

—Bueno, en la isla tuvimos buenos momentos, hay que admitir.

Ella apenas si podía absorber la posibilidad. ¡Pero si Emily ya tenía diecisiete años!

—¿Te resultaría espantoso que estuviera embarazada? ¿Te molestaría mucho?

—¿Tengo cara de que me molestaría? —rio Robert.

—Sí, quizá tenga algo de atraso —admitió Lynn—. Pero como me ha pasado muchas veces, nunca se me ocurrió que podía ser un embarazo.

—No pongas esa cara de pánico. Desde el principio quisimos tres y los habríamos tenido, si no hubiésemos perdido a Caroline. —Robert le dio un beso en la mejilla. —Quizá no sea nada, pero ve a ver a un médico mañana, por cualquier cosa. O esta misma tarde, si puedes.

Lynn fue a ver al médico, recibió una respuesta afirmativa y volvió a casa en estado de *shock*, a pesar de lo que Robert había dicho. En su cabeza se amontonaban las posibilidades problemáticas. ¿Cómo tomaría Annie las noticias? Y había oído que, a la edad de Emily, el embarazo de la madre podía ser algo vergonzoso.

Pero Robert la abrazó con fuerza.

—Mi amor, mi amor, estoy encantado. —Caminó pavoneándose por la habitación y rio.

—Tal vez sea un varón. No es que no me dé lo mismo uno u otro, pero sería lindo tener un varón para cambiar un poco. Lynn, son noticias estupendas. Tendrás que postergar por un tiempo tu actividad comercial, pero creo que el motivo lo vale. Y no te preocupes por las chicas. Annie tendrá un juguete vivo y Emily ya es una mujer. Te será de gran ayuda, ya verás. Bajemos a contárselo.

—Ay, Robert, deja pasar un poco de tiempo. Es demasiado repentino.

—¿Para qué vamos a esperar? Ven —insistió él.

Su alegría desbordaba y resultaba contagiosa.

—Bueno, Annie, querías que Juliet tuviera cachorros, así que ¿qué te parece esto a cambio? —Levantó a la regordeta niña del piso y la abrazó. — Hay lugar para uno más, ¿no, chicas? Siempre hay lugar para uno más y amor de sobra.

—Uy, cuando lo cuente en el colegio —dijo Annie—. Seguro que soy la única de mis amigas que va a tener un hermanito.

—Todavía no, mi amor —la previno Lynn—. Es para fines de febrero. Te diré cuando lo puedas contar. Y, Emily, ¿seguro que no te sientes «rara»?

Se conmovió cuando, sin saberlo, Emily repitió lo que había dicho Robert de Caroline, la hermanita a la que apenas recordaba.

—Seríamos tres, si Caroline no hubiera muerto.

El pequeño ataúd, el aroma sofocante de rosas blancas, asfixiante, las palabras de consuelo susurradas, los brazos que la sostenían.

Ahora, otra vez, era como si todos, su marido y sus hijas se reunieran a su alrededor para darle apoyo. Sintió un fuerte lazo de unión entre ellos y una oleada de emoción, una vibración física, la atravesó. En las caras de ellos, le parecía ver una expresión de curiosidad, de respeto y de ternura. Y se le ocurrió la idea de que, quizá, de ese modo indirecto podía estar compensando a Robert, en parte, por la criatura que habían perdido por culpa de ella.

—Vayamos a contarles a Josie y Bruce —dijo, de pronto.

—No, no, esos son temas privados de mujeres. Ve tú; me doy cuenta de que no ves la hora de decírselo. Pero no te quedes mucho.

Bruce estaba en el jardín, dando los toques finales a la cómoda.

—Es preciosa —dijo Lynn.

—Sí, yo tenía razón. Es madera de arce. —Se empujó los anteojos hacia el pelo y la miró con aire intrigado.

—Josie no te esperaba, ¿no? Tenía una reunión en la oficina.

—No, pasaba cerca de aquí y recordé algo. No es importante. Qué lindo mueble —repitió—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Ni idea. —Tal vez lo guarde y se lo dé a Emily algún día, cuando se case. Le gustan las cosas antiguas. Toca la madera. —Guió la mano de Lynn por la superficie de la cómoda. —Hace dos meses que estoy trabajando en esto. Parece seda, ¿no?

Lynn sonrió.

—Sí, parece seda.

Se lo veía tan sereno, tan relajado, trabajando allí cerca del cobertizo en el aire fresco de la tarde. Se preguntó cómo sería vivir con un hombre que se

movía y hablaba sin prisa. Nunca parecía estar yendo a ninguna parte, sino ya haber llegado y estar contento de estar allí. Imaginó que debía de ser un amante considerado.

—Tienes aire pensativo —comentó él, mientras su mano subía y bajaba, encerando el mueble.

—Sí, es verdad.

—Nada malo, espero.

—No, en absoluto. —Una sonrisa involuntaria se le dibujó en la cara y se borró de inmediato cuando pensó: Es muy egoísta de mi parte venir a contarles esto con tanta alegría cuando sé que han querido tanto tener hijos, bueno, Bruce al menos lo ha querido.

Él había visto la sonrisa.

—¿Qué pasa? Cuéntame.

—Voy a tener... estoy embarazada.

Bruce abrió la boca y la volvió a cerrar. Dejó el paño de encerar. Ante su expresión, totalmente neutra e inescrutable, Lynn se sintió desconcertada y algo dolida.

—¿No vas a decirme nada? ¿Te parece tan sorprendente como para quedarte mudo?

—Bueno, es sorprendente, sí.

Naturalmente, estaría recordando el día en que ella había venido con ojos hinchados y un cuento patético sobre problemas en su casa. Pero eso había quedado atrás. Este bebé era testimonio de un nuevo entendimiento, de una nueva era. Lynn dijo con ligereza, casi con frivolidad:

—¿Por qué? No soy tan vieja.

—No es por eso.

—¡Ah, ya sé! Pero son cosas del pasado. Eso ya pasó, Bruce, está completamente curado.

—Josie y yo solo queremos que seas feliz, Lynn.

—Y soy feliz.

—Entonces permíteme felicitarte. —Le dio un abrazo. —Se lo contaré a Josie en cuanto ponga un pie en la casa.

Cuando Lynn subió al auto, Bruce seguía observándola con esa primera mirada inexpresiva. Al comenzar a alejarse, lo oyó decirle:

—Que Dios te bendiga, Lynn.

Llegó el tiempo de florecimiento. Las náuseas desaparecieron tan abruptamente como habían venido. Se sentía fuerte y capaz, animada por la buena salud. Debido a que había sido tan inesperado y a que ella era mayor, ese nuevo embarazo le resultaba más maravilloso que los demás. Cuando, después de la amniocentesis, el médico le preguntó si quería saber el sexo del bebé, Lynn dijo que no. Deseaba disfrutar de todo, del suspenso y de la sorpresa.

En una oportunidad, Robert le dijo que se la veía «radiante». La había sorprendido en un momento de sosiego, escuchando música y Lynn rio, tomando a la ligera la profundidad de sus propios sentimientos.

—Son los cambios hormonales —bromeó.

En el jardín, mientras trabajaba, un soñoliento mediodía, o en la cocina nueva, con frecuencia se ponía a cantar. De tanto en tanto, recordaba esa experiencia casi mística, cuando sobre la cima del acantilado, se había quedado contemplando el silencio del mar y el cielo.

Para el aniversario de Josie y Bruce, Robert propuso llevarlos a la cena y baile del club. Esta sugerencia sorprendió a Lynn, porque siempre era ella la que organizaba las salidas con los Lehman y se lo comentó a Robert.

—Bueno —respondió él—. Se portaron tan bien con las chicas cuando estuvimos de viaje, que nos corresponde devolverles la atención. No me gusta quedar en deuda. Ponte otra vez ese vestido blanco —dijo—. Creo que fue el vestido lo que me puso en camino de Robert hijo en una de aquellas noches.

—¿Realmente quieres que sea un varón, no?

—O Roberta, o Susie o Mary; será igual de maravilloso y ponte también la pulsera, ¿quieres?

—Sí, claro. —Por primera vez, Lynn cerró la traba de la pulsera sin un recuerdo amargo. Al fin y al cabo, era tonto, casi supersticioso, dejar que persistieran esos recuerdos. Chicago había quedado muy en el pasado. Su corazón —o lo que fuera que hacía distinta a cada persona de los demás seres humanos de la tierra— se sentía dichoso. Y le pertenecía a Robert.

Pero nunca lograba entrar en el club sin sentir un leve temor de encontrarse con Tom Lawrence. La mera idea le hacía arder la cara. Y por algún motivo inexplicable, tenía la sensación de que esa noche estaría allí.

Y así fue. Acababan de sentarse cuando lo vio en la puerta del comedor. Estaba solo y vacilaba, como si buscara a alguien. Solo le quedaba esperar que Robert no lo viera, pero por supuesto, Robert nunca se perdía nada.

—Estaba allí parado, esperando encontrarme con alguien conocido —dijo Tom cuando Robert lo llamó—. Mi invitada tuvo que irse de viaje en forma súbita, por problemas de salud de la familia, y a último momento decidí venir solo, de todos modos. ¿Cómo están ustedes?

Sus ojos claros y escépticos recorrieron la mesa, pasaron sobre Lynn, que se esforzaba por mostrarse indiferente y su detuvieron sobre Bruce, que contestó:

—Por mi parte y la de Josie, muy bien. Es nuestro aniversario y estamos contentísimos.

—¡Felicitaciones! ¿Cuánto llevan?

—Veinte años.

—Qué maravilla. Es lindo oír eso en estos tiempos.

«Uy», pensó Lynn. «¿Se estará acordando de que lo invité a nuestras bodas de oro?».

—¿Quieres sentarte con nosotros? —preguntó Robert—. Sé que tú y Bruce son viejos amigos, o por lo menos, viejos compañeros de carreras matinales.

—Sí, acércate una silla —añadió Bruce.

La velada quedó arruinada por completo. A no ser que no levantara nunca la vista del plato, Lynn miraría directamente a Tom, que ahora estaba frente a ella. Y hervía de ira por la forma en que se les había adosado; seguramente sabía lo mal que la ponía eso.

Cuando los hombres se hicieron cargo de la conversación, Lynn y Josie adoptaron el papel de oyentes. Primero llegaron las habituales generalidades sobre la economía; luego, de forma casi imperceptible, la conversación viró hacia lo personal, bajo el hábil timón de Robert.

—Tengo entendido que estás emparentado con el jefe mío y de Bruce.

—Sí, somos amigos —admitió Lawrence—. No lo veo seguido, a menos que me encuentre de visita en San Francisco o que me inviten a su casa de Maine en el otoño, cosa que por lo general sucede. Les gusta ir allí en la época en que cambian de color las hojas de los árboles. Es un espectáculo que no se puede disfrutar mucho en California, como sabrán —terminó amablemente.

—Admiro a los hombres como Monacco —dijo Robert—, que han empezado de abajo y llegado a la cima. Estos héroes modernos me asombran: crean puestos de trabajo, fortalecen el país y hacen que la gente viva mejor. Son héroes —repitió.

Nadie lo contradijo y Robert continuó:

—Lo oí hablar en Nueva York, no hace mucho, y me impresionó mucho. Habló de lo que nos preocupa a todos, el futuro de la Comunidad Europea, sobre todo las nuevas repúblicas orientales. Yo también estuve explorando muchas ideas. La rapidez de cambio es asombrosa. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Lawrence dijo que nadie, sin duda.

—Establecer una empresa, una marca, no va a ser tan fácil como piensan algunos. Estamos hablando de una extensión inmensa, atrasada, con medios de transporte malos y, además, muy fragmentada. Checoslovaquia es diferente de Hungría y ninguna de las dos tiene nada que ver con Rumanía. Son otros mundos. —Robert hizo un amplio gesto. —Pero lo encuentro fascinante; un libro de historia al revés, el futuro que se abre delante de nuestros ojos. Fascinante.

Lawrence concordó con él.

Lynn no podía menos que preguntarse qué pensaba Tom mientras escuchaba, con la cabeza inclinada cortésmente hacía Robert. Y Robert, sin tener idea de la opinión del otro hombre sobre él, continuaba hablando fluidamente.

—Me estoy divirtiendo con algunas ideas que se me han ocurrido. Una de las cosas que estoy haciendo es estudiar húngaro y la verdad es que no es el idioma más fácil del mundo.

—¿De dónde sacas tiempo? —preguntó Lawrence.

—No es fácil. Lo hago cuando puedo, casi siempre los sábados por la mañana.

—Ahí es cuando salgo a correr con tu colega. —Lawrence hizo un gesto en dirección a Bruce. —Nosotros tratamos de poner en condiciones nuestra grasa mientras tú estás en la ciudad acondicionando la mente. —Rio.

Bruce salió en defensa de Robert.

—Pero vigila la grasa, también, como verás. Está en todo. En la empresa ya lo conocen por eso.

—Tú también tienes buena reputación, Bruce —dijo Tom—. Monacco lo sabe. Le conté que eras mi compañero de ejercicios y conocía tu nombre, tu buen nombre.

—Gracias —respondió Bruce—. Me gusta el trabajo, pero también me gusta olvidarme de los negocios durante el fin de semana, quedarme en casa o salir a recorrer los pueblos, en busca de muebles viejos. Así puedo pasarme el domingo restaurándolos. Estoy aprendiendo a trabajar con caña. Tal vez

debiera haberme dedicado a hacer muebles. Quién sabe, quizá lo haga cuando me jubile.

—No hablas en serio —dijo Robert.

Josie habló por primera vez.

—Podría hacerlo perfectamente. Supongo que todavía no lo conoces tan bien.

«Otra vez», pensó Lynn. «¿Qué les pasa a estos dos?». Se movió en la silla, impaciente, tratando de esquivar la mirada de Lawrence.

—Bueno, quizá no lo conozca, no. —Robert se dirigió a Bruce. —¿Quieres decir que dejarías una de las empresas más importantes del mundo para dedicarte a hacer muebles?

—No creo —respondió Bruce, sereno—. Era solamente una idea. Pero hay algo de reconfortante en trabajar con las manos. Me encanta la textura de la madera antigua. Es como si cobrara vida bajo tus dedos. —Paseó la mirada alrededor de la mesa y esbozó su sonrisa ancha, lenta.

Y Lynn pensó, como siempre: Qué alegre es, nunca está apurado y sin embargo, hace todo lo que tiene que hacer.

—Nunca fui especialmente ambicioso —comentó Bruce, como si pensara en voz alta—. Voy adelantando paso a paso.

—Para alguien que no es especialmente ambicioso, diría que has llegado bastante lejos —respondió Josie, con la mezcla de afecto y suave ironía que era tan característica de ella.

Bruce le tomó la mano y se quedaron callados, unidos, contentos el uno en la compañía del otro. «Se siente agradecido de que ella esté aquí», pensó Lynn. Ha tenido cuatro años buenos. Dicen que si llegas a cinco, te vuelves a tu casa, libre.

Cuando la orquesta comenzó a tocar, Bruce se puso de pie.

—Discúlpennos. No es el vals del aniversario, pero igual nos viene bien.

Los ojos de Tom los siguieron.

—Me agradan —comentó con sencillez.

Robert asintió.

—Sí. Son la sal de la tierra.

—Vayan a bailar. No se preocupen por mí. —Por primera vez, Tom se dirigió a Lynn. —Siempre parece faltarme una pareja, ¿verdad?

Sintiéndose obligada a responder algo, Lynn sonrió apenas. Entonces Robert dijo:

—¿Por qué no bailas tú con Lynn? Quiero hacer unas averiguaciones sobre la torta que encargué para los Lehman y ver si tienen listo el

champagne.

—¿No te molesta? —preguntó Tom.

¡Le pregunta a Robert si le molesta, como si yo fuera un objeto que puede prestarse o alquilarse! Lynn sintió el calor de la indignación que le subía por el cuerpo.

—No, no. Vayan —dijo Robert. Y unos instantes después, Lynn estaba en la pista de baile, con el brazo de Tom Lawrence alrededor de la cintura.

—¿Por qué estás haciendo esto? —La última palabra salió en un siseo. — Lo que estás haciendo es vergonzoso.

—¿Por qué? Quiero disculparme, nada más.

—¿Qué? ¿Otra vez?

—Sí. He estado cometiendo demasiados errores contigo. Cuando te dejé en la piscina aquel día, no tardé en darme cuenta de que había dicho cosas horribles; es más, fue antes de llegar a casa. Esperaba encontrarte para poder decirte que lo siento. Te herí. Me metí en lo que no me incumbe.

—Así es.

—Lo siento muchísimo.

Se apartó lo suficiente para poder mirarla a la cara y Lynn vio su expresión de genuino arrepentimiento. Cuántas veces me han pedido perdón en estos meses, pensó con ironía. Primero Robert, ahora él. Y se preguntó, también, si sería el contacto de los cuerpos al bailar que hacía más fácil que las personas hicieran esas revelaciones íntimas. ¿Quién iba a decir que estas dos personas, que apenas se conocían, se estaban diciendo cosas tan serias, mientras bailaban al compás de la orquesta de un club?

—Por mi trabajo, he adquirido una especie de intuición. Es como un relámpago y casi siempre es certera. Pero igual, eso no me da el derecho de usarla. Tengo que aprender a callarme la boca, aun cuando estoy seguro de que tengo razón.

—Pero esa vez te equivocaste. Tu intuición te falló. Mírame —le ordenó, irguiendo orgullosamente el mentón. —¿Cómo te parece que estoy?

—Muy muy linda, Lynn.

—Robert me trata muy bien, Tom.

—¿De veras?

—Voy a tener un bebé.

Los ojos escépticos se clavaron en los de ella mientras dos pares de pies se movían con pericia, sin equivocarse el paso. La música cesó y Tom la soltó.

—Que Dios te bendiga, Lynn —dijo Tom.

La bendición la sacudió. Era la misma que le había dado Bruce cuando ella fue a contarle las noticias y, en boca de él, había parecido adecuada. Pero en la de Tom Lawrence, sonaba irónica.

No obstante, la velada resultó agradable, después de todo.

Bruce y Josie recibieron la torta y el brindis con *champagne*. A pedido de Robert, la banda tocó El Vals del Aniversario, Bruce besó a Josie, todos aplaudieron y después emprendieron la vuelta a sus casas.

—Muy correcto, ese Lawrence —comentó Robert en el camino de vuelta.

—¿Eso quiere decir que no te agrada?

—No me puedo decidir.

—Qué raro. Por lo general, sabes si la gente te cae bien o no a los pocos minutos de estar con ellos.

—Tal vez sea un defecto. Quizá no debiera estar tan seguro de mis juicios. Es vivo como un zorro. Amable, todo un caballero, pero no sé por qué, no puedo estar seguro de lo que piensa de mí. Casi me parece que no le agrado. Pero es absurdo. ¿Por qué no iba a caerle bien? ¡Ay, pero ese Bruce! Queda como un imbécil con sus comentarios sobre muebles cuando, si fuera más astuto, se hubiera dado cuenta de que yo estaba llevando la conversación en una determinada dirección. Hice averiguaciones sobre el estudio jurídico de Lawrence. Tienen oficinas en Bruselas, Londres y Ginebra. Nunca se sabe qué puede salir de eso. Además, la conexión con Pete Monacco no viene nada mal. ¡Por Dios, hay que mantener los ojos abiertos! Ese es el gran defecto de Bruce. Lo vi el primer día que vino a la oficina de St. Louis. ¿Recuerdas que volví a casa y te lo dije? Un peso liviano, dije. Un buen tipo que nunca llegará demasiado lejos. Bueno, hasta ahora le fue bien, pero está clavado en donde está. Clavado.

—Eso no es lo que dijo Lawrence, ¿recuerdas? Dijo que Bruce tiene muy buena reputación en la firma.

—Sí. Pero el que está allí soy yo y creo que soy mejor juez que Lawrence.

«Celos. Siente celos de Tom porque yo me porté como una tonta aquella noche y de Bruce porque es buen mozo. Seguro que quiere ser él el único hombre buen mozo. ¡Qué chiquilines son los hombres, por Dios!».

—De todos modos —dijo Lynn, divertida—, si tuviera un hermano, me gustaría que fuera como Bruce.

—Mientras no quieras que tu marido sea como Bruce. Ni como nadie, incluyendo a Tom Lawrence. ¿Qué opinas, señora Ferguson?

—Me parece muy bien.

Josie llamó para agradecer el festejo del aniversario.

—Estuvo lindísimo; hasta tocaron nuestras canciones preferidas.
—Fue cosa de Robert. Sabes que nunca olvida nada.
Intercambiaron novedades y luego Josie dijo:
—Tom Lawrence te admira mucho.
—¿Cómo lo sabes?
—Se lo dijo a Bruce.
—Bueno, admira mis habilidades culinarias.
—No, a ti.
—Qué amable.
—Sí, es una persona generosa.
—No sabía que lo conocieras tanto.
—No lo conozco tanto. Viene a tomar algo después de correr con Bruce.
Me resulta interesante. Difícil de inmovilizar, como el mercurio. Pero muy recto y honorable.
—¿Cómo puedes saberlo, si no lo conoces tanto? —preguntó Lynn, que, por algún motivo, quería poner en tela de juicio ese punto.
—Lo sé, nada más. De todos modos, no tiene importancia. Solo quería hacerte llegar el cumplido.
Cuando la conversación terminó y Lynn colgó, se quedó mirándose en el espejo de la pared que tenía enfrente. Una sonrisita extraña le temblaba en los labios.

Unas semanas más tarde, Robert llamó de la oficina al mediodía. Nunca llamaba del trabajo y Lynn se sobresaltó.

—¿Pasa algo malo?
—¿Malo? No exactamente. —Había júbilo en su voz. —No adivinarías ni en un millón de años. Recibí un llamado de California, del gran jefe en persona. Casi me caigo de la silla.
—¿Monacco? ¿Te llamó a ti?
—En persona. No sé qué le habrá dicho Tom de mí. Parece haberme descripto como una especie de genio, una serte de fenómeno. Así que Monacco dice que quiere conocerme y hablar. Nos ha invitado a su casa de Maine para el fin de semana. Su esposa te va a llamar.

Robert reía por lo bajo; Lynn sabía que estaría sonriendo y que los ojos le brillarían de entusiasmo.

—No se lo he dicho a nadie de aquí. Es de mal gusto darse corte. Lo mejor es tomarlo con naturalidad.

—¿Me estás diciendo que no le cuente nada a Josie?

—Bueno, ya se van a enterar. Tendremos que pedirles que cuiden a las chicas otra vez, ¿no? Pero, bueno, no le des demasiada importancia, como si no fuera algo del otro mundo. Sería feo refregárselo a Bruce en la nariz, puesto que a él no lo invitaron. Estoy empezando a ponerme nervioso. Sé que tengo algunas buenas ideas, pero espero que el tipo no espere tanto de mí que me haga caer de cabeza. Bueno, al menos, estarás allí para ayudar a conquistarlo. Creo que debes de haber conquistado a Lawrence.

—Qué tontería.

Robert rio. Estaba absolutamente eufórico.

—En el buen sentido, lo decía.

—No lo conquisté en ningún sentido. Bailé con él una vez, a pedido tuyo, si lo recuerdas, y apenas hablamos.

—Bueno, bueno. No uses mucho el teléfono por si llama la señora Monacco.

Cuando cortó, Lynn experimento sentimientos encontrados. Desde luego, eso era algo maravilloso para Robert: una invitación a la casa del gran hombre. No era de extrañarse que estuviera en éxtasis. Se alegraba por él, de veras. Pero al mismo tiempo, algo la irritaba y la preocupaba.

Inventó excusas para no ir al club, aunque sabía que a Robert le gustaba cenar allí. Pero aparentemente, a Tom Lawrence también...

Robert insistía.

—Como somos nuevos en la comunidad, es importante que nos vean. Si no, la gente se olvida de que estás vivo.

—Tu nombre está por toda la comunidad, en casi todas las comisiones que hay. No podrían olvidarse de ti ni si quisieran —respondió Lynn.

—Hablando de acordarse, realmente deberíamos mostrarle nuestro agradecimiento a Tom Lawrence. Invitémoslo a cenar alguna noche. ¿Dónde se ha visto que alguien haga un favor tan extraordinario a un hombre que apenas conoce? Por supuesto, lo llamé a su casa para agradecerle y mencioné que nos gustaría que viniera pronto a cenar.

—Está bien, pero primero quiero sacarme de encima algunas cosas. Me ha estado molestando ese tratamiento de conducto, lo que significa que tendré que ir varias veces al dentista. Y antes quiero terminar la habitación del bebé, también. Si no, me pondré tan pesada que no podré ir a la ciudad Pero lo invitaré —prometió.

La turbaba la idea de volver a ver a Tom; y la turbaba la idea de sentirse así. Era una persona literal, que necesitaba una explicación clara para todo,

hasta para el comportamiento de su mente. Así que fue con algo de inquietud que una tarde, no mucho después, se topó con él en una calle de Nueva York. Había terminado sus mandados y se dirigía a la estación de ferrocarril Grand Central. Se había detenido delante de una pequeña galería de cuadros, atraída por una pintura que mostraba ovejas sobre una colina y por el nombre encima de la puerta. Querida. Un nombre poco común. El nombre de la primera mujer de Robert. Sintió un leve estremecimiento desagradable. Y luego, al volverse, vio a Tom Lawrence.

—¿Qué haces en la ciudad? —preguntó él, como si fueran viejos amigos que se cuentan sus andanzas.

Lynn respondió con descuido.

—Mi dentista queda por aquí. Y tenía que comprar los muebles para el cuarto del bebé.

—Eso debe ser lindo, aunque no tengo por qué saberlo, ¿verdad?

Nuevamente, Lynn sintió que la observaba con atención, y no le desagradó.

—Se te ve muy bien. Dicen que hay mujeres a las que les sienta el embarazo. ¿Vas a comprar cuadros?

—No, solamente estaba mirando. —Y para desviar esos ojos penetrantes, comentó. —Me encanta ese cuadro de las ovejas.

—Sí, esta mujer tiene cosas bonitas. Pregunté algunos precios y no son excesivos, pero ella tiene muy mal genio. ¿Ya estás volviendo? Yo también. Iremos juntos. ¿Vas a tomar un taxi o caminar?

—Siempre camino todo lo que puedo cuando vengo a la ciudad.

—Sí, esta época del año es maravillosa. Todo parece cobrar vida. ¡Y las tiendas! Entiendo por qué las mujeres se vuelven locas en las tiendas.

Lanas y sedas, plata, caoba y cuero adornaban las vidrieras de la avenida Madison. El cielo azul brillante, profundo como el cobalto, colgaba encima de los rascacielos y donde la distancia disimulaba la suciedad, las torres parecían blancas.

—¿Voy demasiado rápido? —preguntó Tom.

—No, estoy bien.

Caminaban uno al lado del otro. Cuando iba con Robert, siempre tenía que apurarse para seguir sus pasos largos, pero claro, pensó, Robert era media cabeza más alto que este hombre.

—Nunca tomo el tren de vuelta tan temprano —explicó Tom—. Pero hoy me tomé tiempo para hacer algunas compras. Mis días son muy largos —

continuó—. Tomo el tren de las siete y media todas las mañanas, así que creo que me merezco unas horas de tanto en tanto.

—Robert toma el de las seis y media.

—Es muy trabajador.

De pronto, Lynn cortó las trivialidades y dijo directamente:

—Tengo que agradecerte por esa increíble invitación a Maine. Sé que Robert te habrá dicho lo mucho que significa para él.

—Ah, eso. Fue idea de Pete. Dijo que nunca tiene demasiado tiempo cuando va a Nueva York, con todas las reuniones y eso, así que Maine sería un lugar mejor para hablar.

—No me refería a Maine, específicamente. Me refería a todo en general.

—Miró a Tom y preguntó sin vacilar: —¿Por qué hiciste una cosa así por Robert? ¿Él te lo pidió? —añadió, sin parpadear.

—No, por favor. ¿No sabes que no haría una cosa así? Pero yo sabía que quería algo, de todos modos.

Preocupada, Lynn siguió:

—¿Te resultó tan evidente?

—Creo que no, en realidad. Debe de haber sido esa famosa intuición de la que te hablé —respondió Tom, con aire travieso.

—No, en serio. Quiero saber. Porque Robert no te cae bien, me consta.

—Robert es muy capaz, muy competente, muy diligente. Sé que no me equivoco recomendándolo.

—Pero a Bruce no lo invitaron.

—No mencioné a Bruce.

—¿Por qué? Te cae muy bien. Lo dijiste, te oí.

—¡Ay, mujer, no preguntes tantas cosas!

Avergonzada, Lynn murmuró:

—Fue muy gentil de tu parte.

En el tren. Tom leyó el diario, Lynn, su libro, hasta que pasaron los edificios marrones del sector norte de la ciudad, luego los pueblos alegres con sus centros comerciales y parques y cruzaron el límite de Connecticut. Entonces Tom dejó el diario de lado y habló.

—Lynn, tengo que pedirte disculpas otra vez.

—¡Ah, no! ¡Otra disculpa! ¿Y ahora, por qué?

—Por aquella primera noche en mi casa. Si tu marido hubiera podido leerme los pensamientos, cosa que por suerte no sucedió, hubiera tenido derecho de enfurecerse. —Tom hizo una pausa. —La verdad es que esperaba

que tú y yo pudiéramos empezar algo. No, esa noche no —dijo de inmediato—, claro que no. Pero quizá la vez siguiente.

Lynn se volvió hacia la ventana para ocultar el molesto hecho de que se había ruborizado. Desde luego, era halagador recibir una propuesta después de tantos años, saber que podía tentar a alguien que no fuera Robert. Supuso, también, que debería sentir enojo; ¿qué le había hecho creer a este hombre que estaría abierta a sus propuestas? Experimentó una sensación de culpa por no sentir ira.

Con tranquilidad, dijo:

—Pero sabías que lo tenía a Robert.

—Me equivoqué. Te interpreté mal, cosa que no suelo hacer. Tal vez haya sido el vino o la noche primaveral o algo. Además, una atracción sexual no tiene por qué interferir en la otra vida de un hombre o una mujer. ¿Te escandalizo? —Lynn se había vuelto hacia él y vio su sonrisa torcida. —Sí, claro que te escandalizo. Te carcomerías de culpa y remordimientos si alguna vez lo «engañaras», como sin duda dirías. Bueno, lo respeto. Quizás algún día pienses de otra forma.

—Nunca. —Lynn sacudió la cabeza con decisión. —Lo mío con Robert es permanente. —Se miró el abdomen levemente hinchado y repitió: —Permanente.

Tom siguió su mirada.

—Lo comprendo. Y me he disculpado por mis pensamientos e intenciones de aquella noche. Quería limpiarme la mente. Así que... —Ella recordó que él tenía ese modo gracioso de decir «así que» cuando cambiaba de tema. —Así que. Lo pasarás bien en Maine. Pete y Lizzie son agradables, nada formales. Gente sencilla, como yo. Y en esta época del año, el paisaje es hermoso. Cerca de la línea de New Hampshire, las montañas se vuelven rojas y doradas. Lamentaré no estar allí.

Lynn se sorprendió:

—¿No irás?

—No. Tengo mucho que hacer en la oficina.

Ella no supo si se alegraba o lo lamentaba.

Robert trazo planes cuidadosos para el fin de semana.

—Tendremos que llevar un regalo, sabes.

—¿Vino? —propuso Lynn—. ¿O quieres que busque algo para la casa, un florero rústico o un recipiente para frutas o algo así?

—No, de ninguna manera. Eso es banal. Además, deben de tener su propio vino y sin duda una docena de floreros o recipientes o lo que fuera.

—¿Bueno, qué, entonces?

—Ya sé. Una caja enorme de tus mejores masitas. Esas con almendras y los cuadraditos de limón y también brownies. A todo el mundo le encantan. Será justo el gesto adecuado: amistoso, sencillo y elegante. En cuanto a ropa: suéteres, naturalmente y zapatos pesados. Es probable que nos lleven a caminar por el bosque. Impermeables y no olvides un paraguas. Algo de seda para las dos noches que estaremos allí, por si se cambian para cenar.

—No se van a cambiar para cenar en una casa en el bosque; además, no tengo nada que me entre. Nunca tuve tanta panza al principio, pero esta vez me ha salido enseguida.

El la miró con aire pensativo.

—Pareces una mujer que necesita perder unos kilitos en la cintura, nada más.

—Exactamente. Mi ropa no me cierra en la cintura y es demasiado pronto para la ropa de embarazo.

—Bueno, cómprate algo. Para mí, sacos de *tweed*, que no sean nuevos. Con aspecto relajado, usado. —Robert desplegaba sus planes sistemáticamente. —Nos iremos la tarde anterior y pasaremos la noche por el camino. Así llegaremos descansados y frescos antes del mediodía. Y llevaremos la camioneta familiar. El Jaguar podría... no estoy seguro, pero podría parecer demasiado. Si el jefe tiene uno, quedará muy mal. Sí, la camioneta familiar.

Llegaron a media mañana, siguiendo los planes exactos. Una alargada casa de troncos se elevaba sobre un montículo sobre un lago. A los costados había dos canchas de tenis. Sobre una galería ancha que daba al muelle había una hilera de sillas de lona. La entrada era una calle poceada de tierra con un gastado círculo de hierba para estacionar; había media docena de autos allí, camionetas, sencillos automóviles nacionales y ningún importado a la vista.

Lynn miró a Robert y no pudo menos que reír.

—¿Te equivocas alguna vez, acaso? —preguntó.

—Ah, bienvenidos, bienvenidos —exclamó Pete Monacco, bajando los escalones—. ¿Cómo estuvo el viaje? Tenía voz fuerte y un fuerte apretón de manos; la sonrisa mostraba dientes cuadrados que parecían tan duros como el resto de su cuerpo fornido. —Aquí, en el Este, sí que hay lindos paisajes. No me pierdo esto por nada en el mundo. Vivimos en California y nos encanta, pero si uno busca colores hay que venir a Nueva Inglaterra. ¡Miren allí! Mi

mujer es Lizzie y yo soy Pete; todos nos llamamos por el nombre de pila cuando estamos aquí. Lizzie llevó a todos a navegar, pero volverán para la hora del almuerzo. Los ayudaré con el equipaje.

En el dormitorio, Robert sonrió de oreja a oreja.

—No sé qué le habrá dicho ese Tom de mí. ¡Lllamarlo Pete! Nadie diría que es el mismo hombre que llega con un entorno como el del Presidente, da charlas que en parte son estimulantes y en parte son retos, deja sus órdenes, te estrecha la mano en la hilera de recepción y sale de nuevo a cruzar el Misisipi. Bueno, acá estamos. ¿Puedes creerlo?

Eché una mirada a la habitación de aspecto despojado. Una alfombra peluda cubría el piso, las paredes eran de pino, la cama tenía mantas indígenas y un gigantesco acolchado a los pies. El único adorno era la vista enmarcada por la única ventana.

—Ahí llega un velero —dijo Lynn.

Robert miró por encima del hombro de ella.

—¿Lindo, no? Sí, lo único que se necesita es dinero. Bueno, y buen gusto, también —admitió—. Si se sabe cómo utilizarlo.

—Tendríamos que bajar a saludar a todos —dijo Lynn, cuando Robert se puso a deshacer la valija.

—No. Primero ordenemos todo. No nos llevará más de cinco minutos. Vamos.

En la galería, estaban sirviendo café caliente y rosquitas cuando ellos bajaron. Lizzie Monacco, en vaqueros y un suéter pesado, les estrechó la mano.

—Discúlpenme, tengo la mano helada. Allí afuera sopla viento. Pero estuvo lindísimo. ¿Les gustaría dar una vuelta al lago esta tarde? —Al igual que su marido, era voluble, con pelo gris enrulado, despeinado por el viento y expresión cándida. —¡Caramba, qué joven eres! ¿Te llamas Lynn, no es cierto? Eres la más joven de las mujeres que hay aquí y a tu lado pareceremos viejas brujas.

—No, no —Lynn sonrió. —Tengo una hija que este año termina el secundario.

—¡Cielos, y estás embarazada, también! Espero que no sea secreto, porque Tom me lo contó. Si no te sientes bien, no creas que tienes que seguir nuestro ritmo alocado. Toma un libro y descansa.

Robert respondió por ella.

—Lynn está muy bien. Y es muy buena tenista, también.

—¿De veras? Qué bien. Aquí somos todos fanáticos del tenis. Tal vez después del almuerzo y la caminata —hay un mirador cerca del lago desde donde se ve muy lejos—; quizá cuando volvamos, podremos jugar.

—Justo lo que te gusta: una actividad detrás de otra —murmuró más tarde Lynn a Robert.

—Sí. Me hace sentir como un chico Y el aire, el olor a pinos. Me siento fantástico.

Los hombres provenían de los escalafones más alto de la empresa; la mayoría eran de Texas o ciudades más al oeste. Si había mujeres en los escalafones superiores, no estaban presentes; estas mujeres eran todas esposas. No tenían, notó Lynn, las mismas expresiones ansiosas que había visto tantas veces en las mujeres del club, cuyos maridos todavía estaban camino a la cima y siempre temían caer. Esta gente raras veces caía y, si lo hacía, siempre tenía al alcance un paracaídas dorado. Las escuchó hablar del trabajo como voluntarias, de la Cruz Roja y United Way. Las más jóvenes se habían puesto a trabajar en bienes raíces o agencias de viajes y se sentían muy satisfechas puesto que no necesitaban trabajar y lo hacían.

—Tom me contó que eres una cocinera fabulosa —dijo Lizzie Monacco, incluyendo a Lynn en la conversación—. Estuve espiando esa deliciosa caja de masitas. Las serviremos esta noche con la cena. Fue muy gentil de tu parte.

Lynn estaba pensando: Tom no se ha quedado callado, por cierto. Se había esforzado mucho por ellos. Pete Monacco no era un hombre demasiado abierto a las sugerencias; eso resultaba evidente. De modo que Tom debía de haberse mostrado muy, pero muy persuasivo.

Después de la caminata, el tenis y los tragos, fueron a cambiarse para cenar. Lizzie se lo había dicho con mucho tino.

—Nos cambiamos para cenar, sabes. Pero nada del otro mundo, cualquier cosa que te pondrías para ir a cenar al club un día de semana. Cualquier cosa. —Y le había dirigido su sonrisa cándida.

—Tuviste razón otra vez —dijo Lynn, mientras sacaba un vestido de seda rojo de una percha. Sobre la cómoda, había puesto un collar de perlas y la pulsera.

—No te la pongas —sugirió Robert.

—¿Cómo? Pero si siempre quieres que la use.

—Sí, pero aquí no. Tiene aspecto de demasiada riqueza. Con las perlas basta. Queda sencillo y dulce. Es una lástima que te hayas puesto el anillo, ahora que lo pienso. Ah, bueno, demasiado tarde.

—Le ganaste el partido de tenis. ¿No habrás quedado mal? —preguntó Lynn.

—Eso es distinto. La gente respeta a un ganador. Respetan los deportes. Puede parecer tonto y supongo que lo es, si te pones a pensar, pero la idea de destacarse en un deporte es como que marca a un hombre. Monacco no me olvidará. —Con la cabeza echada hacia atrás, se anudó la corbata, destilando confianza y seguridad. —Es lo que siempre les digo a las chicas. Y lo que le diré a él. —Señaló el abdomen de Lynn, rio y se corrigió. —Lo siento, no quiero ser machista, pero estoy seguro de que es un varón. Vamos, estás preciosa como siempre. Bajemos, me muero de hambre.

En el comedor amplio, sobre una mesa de pino lavado, platos de peltre descansaban sobre individuales de hilo. Los cubiertos eran de acero inoxidable. Pero había velas encendidas y la cena la servían dos mucamas de uniforme. Un par de perros labradores dorados dormitaban pacientemente en un rincón.

—Lo bueno del avión —comentó Lizzie con satisfacción, es que te puedes traer toda la casa de una punta del país a la otra, con perros y todo.

¿El avión? No, el *jet* privado de la compañía, pensó Lynn, divertida. Una variedad de conversaciones cruzaba la mesa y trató de pescar algunas. Se hablaba de viajes, no a Londres ni a París, sino a las Islas Fiji y a Madagascar. Una pareja había ido de expedición al Polo Sur. Era como espiar un mundo nuevo a través de una rendija en la puerta. Robert quería abrirla y meterse en ese mundo. Le pareció, al verlo y oír voz desde el otro extremo de la mesa, que ya había puesto un pie en la abertura.

Su voz profunda y su expresión entusiasta resultaban muy atractivas. Por lo menos, había tres o cuatro hombres prestándole atención, inclinándose para oír sus comentarios, que, por supuesto, iban dirigidos a Monacco.

—... He estado pensando mucho en eso y creo que deberíamos hacerle aprender a nuestra gente los idiomas antes de enviarlos allí. Tendríamos que encargarnos de nuestras propias relaciones públicas. En una oficina sola, nuestras relaciones públicas hechas afuera cuestan veinticinco mil por mes, mínimo y allá no será menos. He estado haciendo algunos números. En mi opinión, somos los que mejor conocemos nuestros productos y tendríamos que poder encargarnos de las relaciones públicas.

Pete Monacco preguntó algo que Lynn no logró oír. Pero había preguntado algo; eso significaba que estaba escuchando con atención.

—... Hace poco conocí a un banquero de Stuttgart. Es el hombre indicado para darnos una respuesta a eso. Viaja por todas las repúblicas nuevas. Sí, es

un buen amigo mío. Puedo ponerme en contacto con él no bien vuelva a la oficina.

—¿Cuál, esa casa con la luz encendida? —Estaba diciendo Lizzie—. Del otro lado del lago, dices. Allí vive el cuidador. —En la penumbra del ocaso, resplandecía un punto de fuego; bailaba sobre el agua negra. —Se fueron y la casa está en venta. Hubo un verdadero escándalo en la zona —explicó a Lynn. —Una pareja maravillosa —los conocíamos de años y la casa era preciosa— bueno, ella lo dejó. Parece que se cansó de que le pegara. Durante todos estos años la había estado tratando mal y nunca lo sospechamos. ¿No es increíble?

La vecina de Lynn, con ojos y voz encendidos, añadió los detalles.

—Eran una pareja espléndida. ¿Cómo íbamos a darnos cuenta? Además, él era un nombre con muchísimo sentido del humor. Era el alma de las fiestas. Jamás se te ocurriría que podía hacer una cosa así.

—Bueno, eso demuestra que nunca se sabe lo que pasa detrás de las puertas, ¿no?

—No —asintió Lynn.

El corazón le había dado un vuelco como si hubiera sonado un disparo. Basta, cálmate, se dijo. Déjate de tonterías. Todo eso pertenece al pasado. Terminó hace meses en la isla. Terminó, ¿recuerdas? Terminó.

La voz de Robert se ovó nuevamente por encima del murmullo.

—Por supuesto, la publicidad es más barata durante el primer trimestre del año, se sabe. La televisión y la radio están hambrientas en esa época. Creo que tendríamos que averiguar cómo funciona eso en el extranjero antes de tomar algún compromiso.

Casi inconscientemente, Lynn volvió los ojos hacia él y en ese mismo momento, él la miró y ella captó su sonrisa familiar, atractiva. Las cosas van bien, anunciaba.

—Uy, aquí vienen tus maravillosas masitas —exclamó Lizzie.

—¿De verdad las hiciste tú? —preguntó la vecina de Lynn.

—Sí, las hizo ella. Es una profesional.

Lynn la corrigió.

—No, solamente me gustaría serlo.

—¿Y por qué no lo haces? Tengo una amiga cuya hija, que debe tener aproximadamente tu edad, hace postres exquisitos y los vende...

—Lynn está embarazada —interrumpió Lizzie—. Tendrá otras cosas de que ocuparse.

—¿De veras? ¡Felicitaciones! Tienes una hija a punto de entrar en la universidad y esperas un bebé. ¡Qué maravilla!

Todos los ojos se habían vuelto hacia ella. Una mujer dijo con vehemencia:

—Es un ejemplo, que empieces de vuelta a la edad cuando casi todo el mundo se separa. Tu bebé tiene suerte.

—Eso espero.

—Una cosa es cierta. A juzgar por ti y ese buen mozo de tu marido, la criatura será una belleza.

Tiempo después, todos se levantaron y fueron a la sala a tomar una copa. Un fuego vigoroso ardía en el hogar de piedra; Lynn se acercó a contemplarlo.

—Se te ve pensativa —dijo Pete Monacco.

—No, hipnotizada, nada más. Las fuentes y los fuegos tienen ese efecto, ¿no? Y hoy fue un día tan lindo.

El levantó la copa hacia ella, como para brindar.

—Nos alegramos de que hayan venido. Robert tiene ideas interesantes. Me alegro de que me lo hayan hecho notar. Por desgracia, muchos hombres inteligentes se pierden en la multitud; no con frecuencia, pero a veces, pasa. Dejará su marca en la empresa. Caray, ya la ha puesto.

—Creo que dejé una impresión —dijo Robert más tarde. Estaban en la cama, bajo el acolchado. —Me pidió que pusiera mis ideas por escrito y se las hiciera llegar. ¿Qué te estuvo diciendo?

—Cosas agradables. Que ibas a dejar una marca en la empresa.

La ventana era baja. Si levantaba la cabeza, podía ver el lago, donde todavía brillaba el punto de luz de la casa vacía que pertenecía a la pareja «maravillosa».

Robert le acarició el abdomen.

—Pronto este individuo comenzará a patearte.

—¿Quién es? ¿Qué será? —se preguntó Lynn. Ella también había comenzado a pensar en el bebé como varón. —Es tan misterioso. Cuando recuerdo dónde estuvimos y luego miro hacia adelante, aunque tan solo un año a partir de ahora... sí, es todo tan misterioso.

Afuera hacía mucho frío y se había levantado viento; se oía el aullido entre los árboles. Debajo del acolchado, el frío se sentía y Robert la atrajo contra él.

—Escucha el ruido del viento —susurró—. Es una noche fantástica para dormir, bien calentitos aquí. Y ha sido un día maravilloso. La suerte nos sonríe, señora Ferguson. —Suspiró, complacido. —Te amo, señora Ferguson. ¿Lo sabes, no es cierto? —Rio, abrazándola con más fuerza.

—Sí —respondió ella y, de inmediato, pensó: es absurdo dejar que un chisme me afecte. ¿Qué tenemos que ver Robert y yo con esa gente? No sé nada de ellos, de todos modos. Yo soy yo, y Robert es Robert.

El bostezó.

—Se me cierran los ojos. Durmamos. El mañana se en cargará de sí mismo.

Eso era cierto. Se desdoblan, esos mañanas desconocidos, con sus secretos escondidos, como el árbol que se oculta dentro de la pequeña semilla seca.

Emprendieron el regreso la mañana del domingo. De ese modo, dijo Robert, llegarían antes de la cena y tendrían tiempo de estar con las chicas.

La casa estaba desierta cuando llegaron. Ni siquiera había una luz encendida.

—¡Ah, pobre Juliet! La dejaron a oscuras —exclamó Lynn cuando la perra corrió hacia ellos por el vestíbulo oscuro. —Deben de estar con Bruce y Josie. No deben de haber pensado que volveríamos tan temprano.

—Nunca te pregunté qué dijo Josie de nuestra ida a lo de Monacco.

—No dijo demasiado.

—Me pregunto qué habrán pensado. No puedes decirme que no habrán sentido una sana envidia, por lo menos.

—No creo. Sabes que Josie nunca disimula sus sentimientos, menos ante mí. Así que, si sintiera envidia, yo me hubiera dado cuenta.

—¿Te enteraste de que nos invitaron a lo de Monacco en Maine? —le había dicho Lynn, sin querer andar con rodeos ni falsas diplomacias.

Y Josie había respondido que sí, que Robert le había contado a Bruce. Y había agregado: «No te sientas incómoda por Bruce. Te conozco». Sonriendo, había añadido: «Bruce no está hecho para resplandecer en el firmamento de las estrellas. El sabe cómo es».

Y era cierto. Uno se daba cuenta de que Bruce sabía quién era y no necesitaba medir su valor según los logros de otras personas.

—Robert es excepcional —había dicho Josie—. Trabaja como un demonio y merece todo lo que pueda conseguir.

Robert dijo ahora:

—Me sentí un poco mal, algo incómodo, cuando se lo conté.

—Pues no tienes por qué. Josie me dijo que mereces todo lo que puedas conseguir.

Robert rio.

—Eso puede tomarse de dos formas.

—Lo dice de la forma mejor.

—Ya lo sé. Era una broma. —Empezó a subir las escaleras con las dos maletas. —Vamos, deshagamos las valijas antes de que lleguen.

—Lo haré por la mañana.

—Siempre dices lo mismo. ¿A quién puede gustarle despertarse y ver las valijas mirándote a la cara? Nunca dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. Ese es mi lema.

Lynn lo siguió. La primera habitación al llegar a la cima de la escalera era el cuarto del bebé y no pudo resistir la tentación de echarle un vistazo. Habían llegado los muebles: la cuna y la cómoda color amarillo pálido; las paredes del mismo color; cuadros de personajes de cuentos enmarcados en madera y cortinas a cuadritos verdes y blancas, un cambio refrescante del clásico rosado y celeste. En un rincón de la cuna había un suave oso polar y junto a la ventana, una mecedora, donde ella se sentaría para amamantar al bebé. La idea de volver a amamantar la hacía sentir joven, reafirmaba su condición de mujer. Ninguna de las teorías que uno leía, con la verborragia política o psicológica, se acercaba remotamente a describir la verdadera dulzura de la cabecita suave y los dedos minúsculos abiertos contra el pecho.

Sonó el teléfono en el dormitorio, donde Robert ya estaba deshaciendo las valijas. Cuando Lynn entró, él estaba junto a la cama, sosteniendo el teléfono.

—¿Qué? ¿Qué? —exclamó. Una expresión de horror le cruzó por la cara. —¿Qué estás diciendo, está...?

Y Lynn, al verlo, sintió hielos en la sangre.

—Vamos hacia allá. En la playa de estacionamiento. Sí. Sí. —Colgó el teléfono, temblando. —Era Bruce. Emily tuvo una hemorragia. Por la menstruación, creía él. Está en el hospital. Vamos, rápido. Nos encontraremos con Bruce allá.

El automóvil dobló por la esquina haciendo chillar los neumáticos.

—Tranquilo, Robert. No vayas tan rápido. Escucha, Fue nada más que la menstruación, nada más... ¿Pero por qué una hemorragia? —Siguió hablando. —No puede ser nada malo. Tiene una salud excelente...

—No internan a la gente si no tiene algo grave —dijo él con tono sombrío.

Lynn se retorció las manos sobre la falda y permaneció en silencio; cruzaron el pueblo a toda velocidad y entraron en la playa de estacionamiento del hospital, donde los esperaba Bruce. Robert cerró la puerta y echó a correr hacia la entrada.

—Esperen, tengo que hablarles —exclamó Bruce—. No, no, no está... Están pensando que murió y se lo quiero decir de a poco. No, está arriba y se pondrá bien, pero está aterrada. —Su mirada era tan bondadosa e intensa como su voz. —Lo que pasa es... bueno, tengo que decírselo. Emily perdió un embarazo.

Hubo un silencio total, como cuando los ruidos del mundo quedan ahogados por una nevada copiosa. El tránsito en la avenida y el alboroto de la playa de estacionamiento se atenuaron, dejándolos a los tres en ese charco de silencio, mirándose.

—Está aterrada —repitió Bruce y luego dijo a Robert con tono de súplica: —No seas demasiado duro con ella.

—¿Pero cómo...? —pregunto Lynn.

Bruce siguió explicándoles:

—Nos llamó por teléfono cerca del mediodía. Estaba más preocupada por Annie que por ella misma. No quería que Annie se enterara. Así que Josie se llevó a Annie a casa y yo traje a Emily aquí. El médico dice... —Bruce apoyó la mano sobre el brazo de Lynn. —... dice que estaba en el tercer mes. ¿Lynn, te sientes mal?

—Robert gimió y al oírlo, ella se había vuelto hacia él. De modo que los temores de él habían sido justificados... ¡hasta que punto! Lynn gritó para sus adentros: ¡Ay, Emily, yo confiaba en ti! ¿Fue esto culpa mía? Robert dirá que lo fue.

—¿Vamos? —dijo Bruce.

Durante la caminata desde el estacionamiento, trató de darse tuerzas. Yo soy la que no pierde la calma en las situaciones de emergencia, ¿recuerdas? Repítelo: Soy buena en las situaciones de emergencia... Las piernas le temblaban, pero seguía caminando. El ascensor parecía no llegar nunca. Cuando llegó, compartieron el espacio con un paciente en una camilla. Así se habían llevado a su madre aquel día, con la sábana blanca extendida hacia el rostro pálido. Nadie habló mientras subían; al abrirse las puertas, una oleada de olores de hospital les salió al encuentro: desinfectantes y líquidos limpiadores. ¿Éter, también? No, no podía ser, en el pasillo no. Pero Lynn sintió náuseas, de todos modos y tragó con fuerza.

—Pedí un cuarto individual —dijo Bruce cuando se detuvieron al final del pasillo. Su voz se elevó media octava, alegremente: —Emily, llegaron mamá y papá.

La luz del atardecer caía sobre la cama donde estaba tendida Emily. Su cuerpo elevaba apenas la frazada y el brazo que asomaba tenía aspecto frágil;

nada en Emily había parecido frágil, nunca.

Lynn tomó entre las suyas la mano fría y transpirada y susurró:

—Ya estamos aquí, tesoro. Ya estamos aquí.

Quería decirle: todo va a salir bien, no es el fin del mundo, ni el fin tuyo, gracias a Dios. No hay nada que no pueda resolverse, a lo que no te puedas sobreponer, ¿me oyes? Nada. Quería decir todo eso, pero de sus labios secos no brotaron palabras.

Los ojos hermosos de Emily miraban el cielo raso. Le caían lágrimas por las mejillas. Y Robert, que estaba de pie, del otro lado de la cama, dijo con voz débil:

—Necesito sentarme.

Se va a descomponer, pensó Lynn; Bruce y la enfermera, que estaban junto a la ventana, debieron de pensar lo mismo, porque la enfermera empujó una silla hacia Robert y Bruce lo tomó del brazo.

—Baja la cabeza. Siéntate —murmuró.

Robert apoyó la cabeza sobre la colcha de la cama de Emily y los demás fueron hacia la puerta, para que no pudiera oírlos.

—Pobre hombre. —La enfermera chasqueó la lengua. —Es curioso cómo los hombres suelen tomar las cosas peor que nosotras. Va a estar bien, señora Ferguson. El señor Lehman llamó al doctor Reeve. Es el jefe de ginecología, no podrían estar en mejores manos.

Lynn dijo, con voz trémula.

—Estoy tan asustada. Díganme la verdad. Tiene un aspecto terrible. Por favor, díganme la verdad.

—Está muy débil y bastante dolorida. Esto es como un parto, sabe, las contracciones son las mismas. Pero no hay nada que temer, ¿comprende? Venga, descanse aquí hasta que venga el doctor.

Se oyeron pasos rápidos y decididos en el corredor. El doctor Reeve tenía aspecto de médico: prolijo, compacto y autoritario. Podría hacer el papel en una telenovela, pensó Lynn sin lógica alguna; una risa tonta le subió a la garganta y la contuvo. ¿De verdad estaban en un cuarto de hospital, hablando con ese hombre sobre Emily?

Robert se puso de pie.

—Bruce, habla tú, hazlo tú —dijo y volvió a sentarse.

Bruce intercambió unas palabras con el médico, que luego se volvió hacia los padres.

—Está, perdiendo mucha sangre —dijo, sin rodeos—. Tendremos que hacer un raspaje. Dice que no comió desde el desayuno. ¿Es realmente así?

Porque si ha ingerido alimentos en las últimas horas, tendremos que esperar.

Lynn contestó con voz apenas audible.

—No lo sé. Estábamos afuera. Acabamos de llegar.

—Sí, puede confiar en lo que le dice Emily —dijo Bruce.

—Muy bien. Entonces la llevaremos arriba de inmediato. —El doctor miró a Robert y a Lynn. —¿Por qué no van con su hermano y...

—Soy solamente un amigo —explicó Bruce.

—Bueno, llévelos a comer algo. —Miró de nuevo a Robert, que se estaba secando los ojos con el dorso de la mano. —Y beban algo, también. Pueden volver más tarde.

—Buena idea —dijo Bruce, asintiendo—. Haremos exactamente eso.

—No —objeto Robert—. De aquí no me voy. Nos quedaremos.

—Está bien —intervino Bruce enseguida. Hay una sala de estar al final del pasillo. Nos quedaremos allí. Y si nos necesita para algo, doctor, nos encontrará ahí.

—Bien. Les sugiero que vayan, entonces.

La sonrisa profesional era compasiva, pero firme.

Lo que quiere decir, pensó Lynn, es que no debemos quedarnos aquí a ver cómo se llevan a Emily en camilla a la sala de operaciones. Es evidente que Robert no puede con esto. Pobre Robert. Le tomo la mano, y enredó los dedos en los de él, mientras caminaban por el pasillo con Bruce.

Esperaron en silencio, inquietos y tristes. Bruce y Lynn hojearon revistas, sin leer, mientras que Robert contemplaba las copas de los árboles por la ventana. Ya había terminado el horario de visitas, así que se oían pocos pasos en el vestíbulo. De pronto, oyeron acercarse un sonido familiar, único: los zapatos de taco alto de Josie, que usaba siempre porque Bruce era mucho más alto que ella.

—Me dieron permiso para entrar —susurró—. Rastreé a Eudora y la mandé directamente a tu casa, para poder dejar a Annie allí. Esa Eudora es una princesa. Annie se estaba bañando y preparando para irse a la cama cuando me vine.

Josie era práctica. No ofrecía palabras de consuelo ni abrazos cálidos que pudieran hacer brotar lágrimas. Sencillamente, hacía lo que era necesario.

Robert, con la cabeza entre las manos, estaba acurrucado en un sofá. Con su metro ochenta y cinco, parecía empequeñecido. Lynn se puso de pie y le acarició la cabeza inclinada.

—Nuestra hermosa chiquilla, nuestra hermosa chiquilla —gemía él. Lynn recordó con claridad su llanto cuando habían estado frente al cuerpito de

Caroline. Nuestra beba. Nuestra hermosa beba.

—Se va a poner bien. Lo sé. Mi amor, se va a poner bien.

—Me gustaría agarrar a ese desgraciado y matarlo.

—Lo sé. Lo sé.

El tiempo parecía no pasar. En algún momento, cayó la noche. Bruce se puso de pie y encendió las luces, después volvió a sentarse junto a Josie. Hablaban en susurros; Lynn y Robert estaban sentados, tomados de la mano. Nadie miraba el reloj, así que no supieron qué hora era cuando apareció el doctor Reeve en la puerta. Estaba distinto con los arrugados pantalones verdes de algodón, expresión tensa y cansada y sombras bajo los ojos. La autoridad había venido del traje, la corbata y el paso rápido. Ahora tenía aspecto de trabajador cansado. Estos pensamientos descolgados pasaron por la mente de Lynn cuando lo vio acercarse.

—Su hija está bien —anunció—. Está en la sala de recuperación, pero pronto volverá a su habitación. El señor Lehman contrató una enfermera para toda la noche y el tiempo que se necesite. Es buena idea, si pueden permitírselo. Bueno, ahora les sugiero que vayan a su casa y vuelvan por la mañana. Emily dormirá varias horas y ya es cerca de medianoche. —Miró a Robert. —Si tuviéramos que llamar a alguien, no es probable que suceda, pero si fuera necesario, llamo a... —Miró a Bruce.

Robert se puso de pie. Era como si las noticias le hubieran devuelto la vida.

—No, los padres somos nosotros. Ya se nos fue el *shock* y podremos enfrentar lo que venga. Como se imaginará, fue terrible estar afuera y encontrarnos con esto al llegar a casa.

—Por supuesto. Pero debe de ser bueno tener amigos como estos que se hagan cargo de un caso de emergencia en reemplazo de ustedes.

—Sí, y les estamos muy agradecidos. Bruce y Josie son excelentes.

—Bueno —dijo Bruce con tono alegre—. Terminó todo bien, por suerte. Lo que propongo ahora es que comamos algo. Por mi parte, tengo tanto apetito que me tragaría un zapato.

Josie atravesó el vestíbulo en puntas de pie.

—Los malditos tacos parecen martillos —susurró—. Oigan estamos todos demasiado cansados para volver a casa y preparar comida. ¿Qué les parece alguno de esos lugares de comida rápida junto a la ruta? Podremos pedir unas hamburguesas o algo así.

Cuando estuvieron sentados, explicó:

—Le dije a Annie que Emily tenía problemas de estómago; al principio se asustó, pero después me creyó y se quedó tranquila.

—No tiene que enterarse, nunca —dijo Lynn.

—Sabía que esa iba a ser tu opinión, así que por eso le dije lo del estómago.

El énfasis en el tú hizo que Lynn preguntara:

—¿Por qué? ¿Tú no piensas lo mismo?

—No sé. Los chicos saben mucho más de lo que pasa alrededor de lo que nosotros creemos.

—Estoy segura de que Emily no le contó... no le contó lo que pasaba entre ella y Harris. ¡Por favor!

—No, seguro que no, pero como te dije, los chicos son muy vivos y Annie más que nadie. Y le gusta guardarse las cosas —añadió Josie—. Annie tendría mucho que decir si quisiera hacerlo o se atreviera.

Robert, que no había hablado desde que se había sentado, ahora exclamó:

—¡Qué importa lo que Annie sabe o no sabe! Es Emily la que me tiene hecho pedazos. La idea de que... —Se volvió hacia Lynn. —Quiero que sepas que te culpo tanto como a Emily. Cuando ella tenía quince años, te dije más de una vez que eras demasiado débil con ella. No tienes autoridad. Dejas que todos te pasen por encima. Y no estás atenta. No vigilas lo que pasa a tu alrededor. Nunca lo hiciste.

Caroline, pensó Lynn y sintió que su fuerza de voluntad se desvanecía, sin esperanzas.

—Y ahora, aquí estamos —dijo Robert—. Sí, aquí estamos.

—Eso no es justo, Robert —protestó Josie, enojada—. Ni cierto, tampoco. No conozco madre más sabia y más abnegada que Lynn. No seas así.

—No me importa. Todo esto se podía evitar. ¿Para esto trabajo, para ver arruinada a mi hija, para verla desperdiciada junto a un desgraciado sin un peso? Arruinada... arruinada.

Los tubos de luz fluorescente arrojaban su luz sobre Robert, volviéndole la cara de color verde.

Bruce dijo en voz baja.

—No pienses que Emily está arruinada, Robert. Es algo terrible, sí, pero con sus diecisiete años, todavía tiene la vida por delante. Y no debes —agregó con severidad— permitir que piense otra cosa.

Robert flexionó los dedos.

—Quiero agarrar a ese cerdo. No veo la hora de ponerle las manos encima.

La desesperación se hundió como una piedra en el pecho de Lynn. Unas horas antes habían estado disfrutando —o al menos, ella había estado disfrutando por él— del calor del éxito de Robert. Habían estado conduciendo por la tarde de otoño, con música en la radio, la tibieza del bebé y...

—Lo mataría —volvió a decir Robert—. Ahora está en su casa, durmiendo como un tronco, sin que le importe un bledo, mientras que Emily está... —Se interrumpió. —¿El cretino ese lo sabrá, por lo menos?

—Claro que sí —dijo Bruce—. Está enloquecido. Quería venir al hospital, pero le dije que no podía. Le sugerí que me llamara para saber noticias. En realidad, voy a llamarlo yo cuando lleguemos a casa. Está esperando levantado.

Lynn estaba dándose fuerza otra vez, repitiendo las palabras mágicas: Eres buena en los casos de emergencia. Ahora hizo una pregunta:

—El tercer mes. ¿Qué iba a... qué iban a... qué pensaban hacer? ¿Emily te dijo? No entiendo —susurró.

Bruce le contestó.

—Camino del hospital, Emily me contó que no había sabido qué hacer. Su intención era juntar coraje y hablar con ustedes esta semana, pero no quería arruinarles el viaje a Maine a Robert, porque sabía que era muy importante para él. No quería alterarlo antes de la gran reunión.

Robert lo corrigió.

—No era una gran reunión. No sé de dónde sacó la idea. No era tan importante.

—Bueno, en fin, así es la cosa. Por lo que entendí, los dos estuvieron frenéticos todo este último mes. No sabían qué hacer.

Lynn se echó a llorar y se cubrió la cara.

—Mi pobre tesoro. Pobrecita mía.

Bruce y Josie se levantaron.

—Vamos. Duerman todo lo que puedan —ordenó Josie—. Mañana tengo que ir a trabajar, aunque podría avisar que no iré.

Lynn se recuperó.

—No. Ve a trabajar. Ya hicieron demasiado. Estuvieron maravillosos.

—Para nada —dijo Bruce—. Si nos necesitan, saben dónde estaremos. Los dos se sobrepondrán a esto sin problemas y Emily también. Una cosa, nada más: trátense con gentileza esta noche. No se hagan recriminaciones. No es culpa de nadie. Ni tuya, Robert, ni de Lynn. ¿Me dan su palabra? —insistió, inclinándose hacia el automóvil, que Robert ya había puesto en marcha. —¿Robert? ¿Me das tu palabra? —repitió con severidad.

—Sí, sí —masculló Robert y farfulló, mientras se alejaban: —No sé qué piensa que te voy a hacer.

«Que vas a seguir culpándome», pensó Lynn. «Eso es lo que piensa. Pero ahora no vas a hacerlo, gracias a Dios. Creo que no podría soportar ni una sola palabra dura. Sin embargo... ¿habrá sido culpa mía? Tal vez...».

De vuelta en casa, caminó de un lado a otro. Mientras ponía la mesa para el desayuno, pensó: Sobrevienen los desastres y, no obstante, la gente come, o trata de comer. Dejó salir a la perra y contempló las estrellas, mientras Juliet vagaba por entre los arbustos. El cielo estaba salpicado de plateado; muy lejos, más allá de lo calculable, ¿podría haber una criatura como ella, que sufriera de la misma forma?

Subió al cuarto de Emily, deseando sentir su presencia, buscando alguna pista sobre la vida de su hija. El armario y el escritorio estaban ordenados, puesto que Emily era prolija, como Robert. Allí estaban las camisas, no mucho más grandes que una toalla de manos. Allí, el calzado, las zapatillas junto a un par de zapatos de taco alto. Sobre la mesa de luz vio un ejemplar de *Elle* y un libro: *Estudios sobre Maltrato Conyugal*.

Lynn abrió el libro en el primer capítulo: «La Mujer Golpeada» de Clase Media Alta. Lo cerró.

¿Estaremos marcados por esto para siempre? ¿Estará grabado en la mente de Emily para siempre?

—Ven —dijo Robert desde la puerta—. Esto no te ayudará. —Hablabas con gentileza. —¿Qué está leyendo? —Y tomó el libro antes que Lynn pudiera ocultarlo. —¿Qué demonios es esta basura? ¡La mujer golpeada! Más le hubiera valido leer sobre la adolescente embarazada.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Pero tal vez lo tuviera. Las cosas se entremezclaban, se enredaban unas en otras...

—Alguien sale con un «estudio» —se burló Robert—. Entonces otra persona tiene que escribir otro. Es pura basura, todos buscan ganar dinero y obtener publicidad. Exageraciones. Y la mitad, mentiras. Tira ese maldito libro.

—No. Es de Emily. No lo toques, Robert.

—Está bien —se quejó—. Está bien. Ya bastantes problemas tenemos esta noche. Ven a dormir.

Ninguno de los dos pudo dormir. Comenzó a llover. Gotas sonoras como piedras golpeaban contra las ventanas, volviendo cruel la noche. Dando vueltas en la cama, Lynn vio la luz del pasillo reflejada en el cielo raso.

Robert debía estar sentado abajo en su rincón habitual, en su rincón «lúgubre», solo. Si algo le pasaba a Emily, él se moría. Pero estaba la pobre Annie... ¿por qué siempre pensaba en «la pobre Annie» como si la niña fuera una huérfana, discapacitada y abandonada, cuando no era ninguna de esas cosas? Y también estaba el bebé, el varón que Robert quería. Pero a Emily no le pasaría nada, había dicho el doctor. Se lo había dicho, claramente. Los pensamientos se le amontonaban en la cabeza, daban vueltas, no se iban.

El médico estaba saliendo de la habitación de Emily, después de la ronda de visitas matinales, cuando Robert y Lynn llegaron por el pasillo. Les habló rápidamente en forma somera e inexpresiva. Después de todo, para él, Emily no podía significar más que otro problema a resolver del modo más correcto posible.

—Todavía está algo dolorida, pero no como ayer. Tiene anemia por la pérdida de sangre y acabamos de darle una transfusión, de modo que no se asusten cuando la vean. Todo era de esperar. —Se alejó, dio unos pasos y volvió. —Tengo una hija de su edad, así que los entiendo. —Calló unos instantes. —No se ha arruinado la vida —declaró y, con una abrupta sonrisa, se alejó por el corredor.

Lynn tenía un nudo en la garganta que casi le impedía hablar, pero con esfuerzo, exclamó:

—Gracias por todo. Gracias.

La enfermera, que había estado sentada junto a la cama, se puso de pie cuando ellos entraron con aire interrogante.

—Pasen. No está dormida; solamente descansa. Se alegrará de verlos.

Lynn se paró junto a la cama. Alegrarse, pensó con amargura. Alegrarse, lo dudo. Bruce dijo que estaba aterrada.

El rostro de la muchacha estaba pálido como la muerte, helado, tallado en hielo.

Robert dijo con suavidad.

—Emily, soy papá. Aquí estamos, mamá y yo.

—Lo sé. Estoy muy cansada —respondió Emily, con los ojos cerrados.

—Claro. Emily, te queremos —dijo Robert—. Te queremos mucho. —Habla en voz tan baja, que repitió las palabras, para asegurarse de que lo hubiera oído. De rodillas junto a la cama, acercó la cara a la de su hija. —Emily, te queremos. —Hundió la cara contra la colcha.

Todo giraba demasiado rápido. La velocidad con que avanzaba la vida era extraordinaria. Y aterradora. Uno quedaba indefenso, después de todo. Primero, Emily queriendo ingresar en Yale con todos los honores. Y luego, esto. Un vértigo repentino la atacó y Lynn tuvo que aferrarse al respaldo de la cama para no perder el equilibrio.

La enfermera susurró.

—Ahora va a dormir. La enfermera de la noche me dijo que estuvo despierta casi todo el tiempo, a pesar de los calmantes.

Esperaron todo el día en la habitación. Al caer la tarde, Emily despertó y se movió en la cama.

—Estoy mejor —dijo con claridad.

Y de verdad, tenía un leve color en las mejillas y los ojos brillantes, con las pupilas dilatadas y oscuras, como después de la fiebre.

—Están furiosos —agregó enseguida.

Los dos hablaron al unísono.

—No, no.

Emily suspiró.

—Tengo que contarles todo.

—Ahora no —dijo Robert—. No hables ahora.

Pero Emily insistió.

—Sí, quiero hacerlo. —En tono perplejo, como si contara la historia de una desconocida, una historia que no entendía del todo, comenzó a decir: — Al principio no me di cuenta. No pensé, era solamente el segundo mes. No me di cuenta. Y después de eso, me asusté tanto... No lo podía creer.

Sus manos delgadas estaban entrelazadas sobre la colcha. En el dedo meñique llevaba el anillo de oro con las iniciales que le había quedado grande hasta en el dedo medio cuando se lo habían regalado. Había sido a los siete u ocho años, pensó Lynn; se lo regaló mi hermana; vino un payaso a la fiesta, recuerdo.

—Yo... no sabíamos qué hacer. Hablábamos todo el tiempo de lo que haríamos. Se lo iba a contar, de verdad. Lo que pasa es que nunca juntaba coraje.

Y Lynn pensó en el día en que se había enterado del bebé que ahora comenzaba a moverse dentro de ella, de cómo había traído a casa las noticias y había sido una fiesta.

—No quería abortar, no podía hacerlo.

—¿Y qué hubieras hecho? —preguntó Robert con suavidad.

—Pensamos que... bueno, cumplo dieciocho este mes, el año que viene estaremos en la universidad. Aceptan parejas casadas, hay muchos que se casan a nuestra edad. Queríamos casarnos, que el bebé tuviera padres como corresponde. —Los ojos de Emily se posaron en el cielo raso, pensativos. —Lo que pasa es que no somos muy modernos que digamos. Bueno, yo, quizá sí, pero Harris, no. Viene de una familia muy religiosa. Van a la iglesia todos los domingos. Harris también; a ellos les gustaría que las cosas se hicieran bien. Son gente buenísima, de verdad. Harris no sería lo que es, si sus padres no fueran así.

Robert levantó la cabeza, miró a Lynn, que estaba del otro lado de la cama e hizo una mueca sarcástica. Lynn lo entendió. Pero él no dijo nada. Y ella misma se sentía incapaz todavía de emitir juicio alguno.

—No me van a creer —dijo Emily—, pero fue una sola vez. Lo juro. —Al ver que ninguno de los dos respondía, continuó. —Yo lo amaba. Y lo amo ahora. Y bueno, pasó. Fue un día que íbamos a ir al lago y...

—No. —Robert habló con aspereza. —No. No queremos oír eso.

No soportaba la idea de imaginar a su hija con un hombre, de pensar en Emily y sexo al mismo tiempo. Bueno, era comprensible, supuso Lynn.

Emily buscó la mano de su madre.

—Tú me entiendes, mami —dijo—. Comprendes lo que es amar, aun cuando hay veces en que uno no debería hacerlo. —Y le dirigió una mirada seria, intensa, cargada de sentido. Lynn, golpeada por recuerdos dolorosos, fue la primera en bajar los ojos. Era como si Emily quisiera recordarle algo, como si hubiera cierta complicidad entre ambas.

Volvió la enfermera. Eran las cinco, hora de servir la cena y el horario de visitas quedaba suspendido hasta la noche, dijo, en tono de disculpa.

—De todos modos, ahora que Emily está bien, ustedes también deben de sentirse mucho mejor.

—Mamá, debes de estar cansadísima. —Emily sonrió. —Estás en el quinto mes, ¿no? Ve a casa a descansar.

En el camino de vuelta, Lynn se dio cuenta de que Emily no le había dirigido una sola palabra directa a Robert.

Había un automóvil estacionado delante de la casa cuando tomaron el camino de entrada. Bajaron dos hombres y se acercaron a ellos. Uno era Harris, con sus prolijos pantalones de algodón y el otro, de la misma altura, con el mismo pelo castaño grueso, pero mayor y más corpulento, era sin duda alguna su padre. Vestía uniforme de policía.

—Ay, no —suspiró Lynn.

Robert la oyó y ordenó:

—Quédate callada. Yo hablaré.

Se encontraron junto al coche de Robert. El muchacho, igual que Lynn, tenía miedo, pero su padre dio un paso al frente con franqueza.

—Soy el teniente Weber. Mi hijo ha venido a hablar con ustedes. Vamos Harris.

Robert lo detuvo, levantando la mano.

—No hay nada que puedas decirme que yo quiera oír. Nada.

El muchacho se sonrojó. La sangre que le subía por el cuello hasta el cuero cabelludo, parecía quemarlo.

—Me daría mucho placer deshacerte a golpes —dijo Robert, cerrando la mano que tenía levantada.

—Señor Ferguson —dijo el padre—, tal vez si entramos y hablamos...

—No. Adentro está mi hija menor y además, no los quiero... no lo quiero a él... dentro de mi casa. No quiero hablarle.

—Déjelo hablar aquí, entonces. Por favor, señor Ferguson. Solo le llevará unos minutos.

—Solo quiero que sepan... —dijo Harris—... es difícil encontrar las palabras, pero... lo siento muchísimo. Nunca olvidaré esto en mi vida. Le temblaba todo el cuerpo, pero levantó la cabeza y echó los hombros hacia atrás. —Estoy avergonzado. Estoy muy avergonzado y siento mucha tristeza por Emily porque la amo. No sé qué más decir, señor Ferguson, señora Ferguson. —Se le escapó un sollozo y la nuez de Adán subió y bajó. — Siempre fueron tan amables conmigo y...

Su padre tomó su lugar.

—Siempre le dije, desde que tuvo edad de entender, que tenía dos hermanas menores y que debía tratar a las chicas como querría que las trataran a ellas.

Robert interrumpió.

—Mire, teniente, todo esto es muy lindo, pero no tiene sentido seguir hablando. Las palabras no cambiarán lo que está hecho ni nos harán sentir mejor. Los hechos son que Emily estuvo cerca de la muerte...

—No, Robert —dijo Lynn suavemente—. No empeores las cosas.

—Mi mujer es sentimental. No quiere oír decir la verdad. Qué fácil es para ti llenarte la boca de palabras bonitas, jovencito. No eres tú el que está internado, sufriendo.

A Harris le brillaban los ojos y Lynn trató de comunicarse con él con su mirada. Unos pensamientos estaban tomando forma en su cabeza. Harris no

había violado a Emily, después de todo. Y lo cierto era que se necesitan dos.

El teniente Weber lo dijo por ella.

—Al fin y al cabo, se necesitan dos —les recordó con gentileza. Contempló la colina donde la oscuridad comenzaba a cubrir los árboles. —Y no es la primera vez que sucede, tampoco.

El diálogo quedó en boca de los hombres, mientras que Lynn y Harris permanecían callados e inmóviles.

—Eso no me importa. A mí solo me concierne esta vez.

—Por supuesto. Como padre de hijas mujeres, lo entiendo. La pregunta es ¿qué sucederá ahora con estos muchachos?

El hombre se mostraba apenado, pero, sin embargo, no demasiado sumiso, notó Lynn. La culpa siempre recaía sobre el varón, de manera que debía ser difícil estar en su lugar. No obstante, lo hace con dignidad. Y Robert le dificulta las cosas, no transa en nada.

—Su madre y yo ya hemos hablado de sobra con él, como se imaginará, de modo que esto no lo olvidará nunca —persistió el teniente Weber.

—Pues no es suficiente. Si fuera mi hijo, le rompería la cabeza.

El padre apoyó la mano sobre el brazo de su hijo.

—¿Y qué obtendría con eso?

—Lo haría sufrir un poco, aunque más no fuera.

—¿No cree que ya está sufriendo? Es un buen chico, igual que Emily. Ella ha estado en nuestra casa y la conocemos bien. Es una muchacha excelente, de lo mejor. Se equivocaron, se equivocaron mucho, pero no es el fin del mundo. Ahora nos toca a nosotros ayudarlos.

—Me voy adentro —declaró Robert con tono helado—. Mi mujer y yo pasamos unos momentos espantosos y estamos malgastando fuerzas escuchando estas tonterías. Con permiso. —La grava crujió bajo sus talones cuando se movió.

—Lamento que piense que son tonterías, señor Ferguson. Harris vino como un hombre a hablarle de frente. En nuestra familia, le hemos enseñado a ser respetuoso. Somos chapados a la antigua. Harris va a la iglesia, no es el tipo de muchacho que se revuelca —con perdón de la expresión—. Hizo una inclinación hacia Lynn. —... con todas las chicas que...

La ira de Robert afloró.

—No —dijo—, con todas las chicas no. Solamente con una chica de una familia como esta, con una casa como esta. —Hizo un gesto en dirección a la casa. —No es ningún tonto, es buena idea inmiscuirse por aquí y meterse con Emily para poder salir del fango.

—¡Robert! ¡Robert! —exclamó Lynn, horrorizada.

—No te metas, Lynn. Las personas como él creen que pueden mejorar metiéndose donde no les corresponde.

—Un momento, señor Ferguson. No me hable con ese tono de superioridad. No voy a tolerarlo.

—¡Papá! Por favor, no discutan —suplicó Harris.

—No te preocupes, hijo. Ve a sentarte en el auto. Vamos, ve. Terminaré en seguida.

Cuando el muchacho se alejó, continuó hablando:

—Vine aquí como un caballero, con mi hijo. Pensaba entrar en su casa, para que sus vecinos de enfrente no me reconocieran con el uniforme. Quería evitarles la vergüenza, como ya lo hice antes. No iba a decirle esto, por Emily y Harris; no lo iba a hacer, pero usted se lo buscó. ¿Del fango, eh? Mire quién habla.

—Explíquese —ordenó Robert—. Y baje la voz, ya que está.

—Sí, buena idea —respondió el otro hombre y la bajó. —Hubiera sido mejor para usted haber bajado la voz aquella noche, cuando atacó a su esposa.

—Ay, teniente, por favor —suplicó Lynn.

—Señora Ferguson, lo lamento, pero tengo que hacerlo. Yo también soy hombre. Y quizá le haga bien al señor Ferguson oír la verdad.

El corazón de Lynn galopaba. Se le ocurrió que quizás, a su edad, fuera posible tener un infarto. ¿Hasta qué punto se podía acelerar el corazón antes de detenerse?

—Permítame decirle —prosiguió Weber, que me llamaron. Yo estaba de turno cuando llegó una llamada, hace ya un tiempo, en el verano. Los vecinos de enfrente estaban dando un paseo cuando pasaron junto a su casa y oyeron que pasaba algo. Así que llamaron a la estación y yo vine. Me quedé en la oscuridad y oí lo suficiente para darme cuenta de qué se trataba. Podría haberlo arrestado en ese mismo momento. Pero no quise causarle problemas a Emily. Supuse que ya tendría bastante, la pobre, porque no debe de ser muy lindo para una chica criarse aquí, a pesar del tamaño de la casa.

Robert respiraba pesadamente. Weber continuó:

—Queremos mucho a Emily. Sabemos que es una chica de primera. Por nada del mundo le causaría problemas. Así que les dije a los de enfrente que se trataba de un error y cuando volví a la estación enterré el registro. Lo enterré. Así que no me hable sobre grandes familias, señor Ferguson, ni sobre salir del fango. —Se volvió hacia Lynn, que lloraba. —Sé que está embarazada, señora Ferguson, y esto no le hace bien. Lo lamento muchísimo.

Lamento muchísimo todo lo que pasa. —Si hay algo que pueda hacer por usted, alguna vez, sabe dónde encontrarme, a mí y a Harris...

—Sí, puede hacer algo —dijo Robert. Estaba temblando. —Es un mal nacido mentiroso, policía o no. No vio nada cuando estuvo aquí y sabe que es así. Está tratando de intimidarme. Pero no resultará. Ahora váyanse de aquí, usted y su hijo. Y no vuelvan nunca más, ninguno de los dos. Ahí tiene lo que puede hacer y es todo lo que tengo que decir.

—Es lo que pensaba hacer desde un principio, señor Ferguson. Buenas noches, señora.

Por un instante, los dos quedaron mudos. Lynn estaba tan espantada y paralizada, como en aquel primer segundo, cuando Bruce les había contado de Emily. El ruido del motor de Weber desapareció por la calle antes de que Robert hablara.

—Deja de llorar. Llorar por Emily, no por esas idioteces. —Se inclinó en la penumbra del atardecer para mirarla a los ojos. —No me digas que sientes lástima por ese maldito chiquilín. Sí, no me extrañaría. Seguro que sí.

—Sí, Robert, me da mucha lástima.

—Lo imaginaba. Así eres tú.

—Sí, así soy yo.

La golpeó una oleada de compasión, por todo, por un niño perdido en la multitud y llamando a su madre, por un perro abandonado en la calle, por Emily, tan asustada, tan avergonzada, y por ese joven, también, con miedo en los ojos, sufriendo y pagando tan caros unos pocos momentos de pasión natural. Y ahora, esta vez con absoluta certeza, sintió moverse el bebé dentro de ella, lo sintió flexionar el bracito o la piernita y preparándose para un mundo duro.

—Bueno, no los veremos más, de todos modos —dijo Robert mientras iban hacia la casa—. Si alguna vez vuelve, lo echas. Pero no se atreverá. —Entraron; Robert se sirvió un trago. Le temblaba la mano. —El corazón me late como un martillo. Esto no te ha hecho nada bien, por cierto.

—No —murmuró Lynn, secándose las mejillas.

Había una inmensa vergüenza en la habitación, como si dos desconocidos, un hombre y una mujer, hubieran entrado por error en un lugar donde uno de ellos estaba desnudo. Para Lynn no estaba del todo claro quién era el desnudo: Robert, tan dolorosamente orgulloso, o ella misma, que por primera vez había visto a un ser humano oponerse a Robert y ganar. Porque Weber había ganado; de eso no había ninguna duda.

Robert tragó la bebida y fue al pie de la escalera, a llamar a Annie.

—Ya volvimos, tesoro. ¿Qué estás haciendo?

—La tarea fue la respuesta.

—¿Qué tarea?

—De geografía.

—¿Tienes el atlas allí, en tu cuarto?

—Sí.

—Bien Annie, así me gusta. Bueno, quédate a terminarla.

Volvió hacia donde estaba Lynn, diciendo:

—Tenemos que hablar antes de que baje.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que vamos a hacer, por supuesto. Me gustaría sacarla de esa escuela. Ponerla en una privada, donde no tenga que verlo. No quiero ni que se lo cruce en un pasillo.

—No puedes hacerle eso a Emily, ¡no puedes cambiarla en la mitad del ciclo lectivo de su último año Robert!

Él lo pensó, luego asintió:

—No, tienes razón. Pero voy a hablar con Emily... ay, no te preocupes, veo la preocupación en tu cara. Va a ser una conversación tranquila, sin recriminaciones, porque la pobre ha sufrido bastante. Pero voy a dejarle las cosas en claro, de todos modos. Quiero que descanse en casa durante una semana, aproximadamente, y cuando vuelva a la escuela, dirá que estuvo engripada. —Caminaba de un lado a otro por la habitación con pasos tan firmes que la cristalería en los nichos de la pared tintineaba a su paso. —Quiero que vigiles estrictamente su tiempo libre, Lynn. Necesito saber adónde va, con quién, a qué hora volverá y nada de evasivas. Que te quede claro. —Aumentó la velocidad de su paso y la cristalería protestó. —¡Caray! Y todo estaba saliendo tan bien. El destino no te deja disfrutar de lo que te dá sin quitarte algo al mismo tiempo, parece. Bueno no tiene sentido lamentarse.

Lynn se mostró de acuerdo y él siguió:

—Quiero seguir con lo que empezó en Maine, aprovechar el impulso. Si no fuera por eso, me gustaría que nos fuéramos todos a alguna parte para Acción de Gracias y también para Navidad; y tomarnos unos días en febrero, pasar cada feriado escolar que haya, lejos de aquí. Pero como están las cosas... bueno, tendremos que buscar otros programas, un fin de semana de esquí, salidas al teatro, sábados en la ciudad, cualquier cosa para alejarla del peligro.

Siguió caminando por la habitación, como un general que organiza su campaña. Aquello que había estado sepultado bien hondo, fuera de la vista,

aquello que Weber había desenterrado y sacado a la crueldad de la luz ya no ocupaba lugar en la mente de Robert: era una vil mentira, nunca había sucedido.

Por lo menos, pensó Lynn con ironía, Weber logró aplacarlo: Robert no ha dicho una palabra más de que la culpa del problema de Emily la tengo yo.

Las palabras se repetían dentro de su cabeza en penoso silencio: el problema de Emily.

—Estoy muerta de cansancio —dijo, sin pensarlo.

Robert le echó una mirada.

—Sí, se te ve muy aplastada. Vete a la cama. Iré a ver cómo está Annie.

Lynn se movió pesadamente. Fue un esfuerzo levantar los brazos y quitarse el vestido, abrir la cama y meterse entre las sábanas. Poco después, cayó en un sueño pesado, oscuro. Cerca de la madrugada, cuando las ventanas se tornaron grises, soñó. Caía desde una gran altura, manoteando el aire, aterrada; abajo, objetos puntiagudos y afilados —¿cuchillos, palos, espinas? — le apuntaban a los ojos abiertos. No había forma de... no podía...

Gritó, gritó y despertó de un sacudón. Robert la tenía abrazada.

—¿Qué pasa? —preguntó suavemente.

—Nada, nada —susurró Lynn.

El la reconfortó, le acarició la nuca para que dejara de temblar.

—Son los nervios. Los nervios. Claro que sí. Has pasado por demasiadas cosas. Tranquilízate, estoy aquí.

—¿Entonces tengo tu palabra, Emily? —preguntó Robert.

—Ya te la di —respondió ella, recostada contra los almohadones del sofá.

—Es por tu bien, Emily. Te salvaste por muy poco. Terrible como fue, la hemorragia —la palabra le brotó con dificultad— fue más fácil que lo otro. Toda tu vida, tus ambiciones, todo hubiera quedado patas para arriba. — Hizo un gesto de descarte. —Ahora todo depende de ti —dijo, poniéndose de pie y sonriendo con intención de alentarla. —Tengo que irme o perderé el tren. Sobre mi escritorio debe de haber una montaña de papeles. —Al llegar a la puerta, se volvió otra vez. —Ah, sí, me olvidaba; compré boletos para la ópera, los sábados en la función de matinée. Pero podrás hacer la tarea los domingos. Y Annie también.

—Está tan bien aceitado —dijo Emily una vez que él se fue—. Tiene todo planeado. Oprimes un botón y salen las respuestas a todos tus problemas. Lindo y fácil.

—Emily, qué feo lo que dices. Tu padre tiene las mejores intenciones. ¿Nunca imaginaste que se mostraría tan comprensivo, no?

—¿Acaso crees que no me doy cuenta? Podrás hacer la tarea el domingo, o sea, no saldrás de casa. Te estoy vigilando.

—No es verdad. Lo oíste decir que tendrías que salir con otros chicos.

—No quiero salir con otros chicos. Quiero estar con Harris. Quiero que me tengan confianza.

—¿Tenerte confianza? —Lynn sacó una ceja. —Vamos, Emily.

—Sucedió una sola vez, mamá. En primer lugar, casi nunca estábamos solos. Durante todo el verano fuimos en grupo al lago, lo sabes. ¿Me crees, no?

«Sus ojos azules, húmedos como pétalos, son tan hermosos que no sé cómo él pudo resistirse», pensó Lynn.

—¿Me crees? —repitió la muchacha.

—Sí Pero ves el resultado que tuvo aquella única vez.

—Nos queremos casar.

—Ay, por Dios, Emily eres demasiado chica.

—¡Voy a cumplir dieciocho años! ¡Tú te casaste a los veinte!

—Es distinto. Tu padre era mayor.

—¿Mi padre? Sí y mira cómo te fue.

Lynn eligió pasar por alto el sarcasmo y dijo:

—Es posible que Harris, o tú, o ambos, cambien de idea, sabes.

—No más de lo que cambiaríamos de idea respecto de estudiar medicina. Y fue horrible lo que dijo papá acerca de que Harris quería trepar porque nuestra familia tiene más dinero —declaró Emily, con amargura—. Fue una estupidez, una bajeza, una crueldad. Harris me llamó al hospital justo antes de que llegaras a buscarme y me lo contó.

—Tu padre estaba enloquecido de preocupación por ti. Jamás lo vi tan desesperado. Uno dice cualquier cosa cuando está desesperado.

Lynn sentía que la empujaban hacia una trampa. Pero Harris no había estado presente, había ido a esperar, al automóvil, cuando su padre había hablado de aquella noche fatídica. Su mente se movió velozmente, buscando recuerdos. Era evidente, entonces, que Weber no había querido que Harris escuchara esa parte. Era un ser humano decente que había hecho lo posible por ocultar lo sucedido. «Lo enterré» había dicho. «Lo enterré». No, no debía de habérselo contado a Harris. El temor que sentía se desvaneció.

—Harris dijo que sus padres le dijeron que no debe verme, que ni siquiera puede acercárseme en el colegio.

—Tienen razón, Emily. Es mejor así.

—La culpa de todo la tiene papá. Todo empieza ahí.

Lynn protestó.

—Ese comentario no tiene lógica. No lo entiendo.

—¿No? Podría explicártelo, pero no te gustaría oírlo. No tiene sentido hablar, si no vas a ser sincera conmigo, mamá.

Lynn entrelazó las manos sobre la falda, se miró los dorsos, que habían estado llenos de pinchazos y raspones. Lo que Emily quería era una confirmación, una admisión respecto de esas heridas, ya cicatrizadas hacía tiempo. Pero no iba a obtenerla. Una madre oculta sus sufrimientos a sus hijos. Lo hace por su propio bien.

Y por el mío también, pensó. Recordó con una cierta indignación al teniente Weber. ¡No debería haber dicho esas cosas! Tendría que haberse dado cuenta de que le causarían dolor. Pero bueno, lo que había dicho Robert... La cabeza le latía.

—Mira, Emily —dijo, con sequedad—. No voy a enredarme en juegos de palabras contigo. Dices que eres mujer, así que te hablaré de mujer a mujer. Te confieso que no me estoy sintiendo demasiado bien y no tengo ganas de discutir. Solo quiero ayudarte y que tú me ayudes.

Emily se puso de pie y la abrazó.

—Está bien, mami, no hablaremos más de esto. Piensa nada más en tener un bebé sano y hermoso y en estar bien. —Le sonrió. —No te preocupes por mí. Trabajaré duro el resto del año y me recibiré con medalla de honor. Ya verás. Y no causaré más problemas a nadie. Bastante hice, ya.

Capítulo 04

—¿Qué le pasa a Emily? —volvió a preguntar Annie—. ¿Por qué nadie me lo cuenta?

—No hay nada que contar; está estudiando mucho; tiene que mantener altas las calificaciones si quiere entrar en Yale —respondió Lynn alegremente.

—Se lo pasa llorando. Anoche tenía los ojos enrojecidos. —Los ojitos preocupados de Annie tenían expresión suspicaz. —¿No te diste cuenta?

—Está un poco resfriada, nada más.

El peso de la tristeza de Emily agobiaba a Lynn. Claro que lloraba, ¿cómo no iba a llorar, la pobrecita? El doble impacto, en el cuerpo y en el espíritu, la había envejecido y cambiado. ¿La habría endurecido, también?

Vaciló delante de la puerta del cuarto de Emily. Consciente de la pronunciada visibilidad de su embarazo, temía que tuviera efecto nocivo sobre la muchacha herida.

Pero abrió la puerta y, en el tono alegre y artificial que ya se había vuelto costumbre, preguntó:

—¿Estás ocupada o puedo pasar?

Emily dejó a un lado el libro.

—Estoy ocupada, pero pasa.

—No quiero molestarte. Pensé que... has estado aislada, últimamente, con tanto estudio. Por supuesto, es necesario, lo sé. —Fue directo al grano, para no enredarse más. —Dime, ¿necesitas hablar de tus sentimientos, o de Harris? Porque si quieres hacerlo, estoy aquí. Siempre estaré disponible para ti.

—Gracias, pero no hay nada de qué hablar.

Emily pareció enderezar los hombros y levantar unos centímetros el mentón, como dejando fuera a Lynn con ese pequeño gesto altanero.

—¿Nada? —repitió esta con suavidad.

—No. No nos acercamos ninguno de los dos, así que si lo que te preocupa es eso, puedes quedarte tranquila.

—No, eso no me preocupa. Sé que cumplirás con tu palabra.

—Me envió una tarjeta de cumpleaños con un pañuelo de encaje. Y hablamos por teléfono. —Emily hizo una pausa como si, pensó Lynn, esperara que ella objetara eso. Al ver que no protestaba, Emily siguió

diciendo, con orgullo: —Trabaja todos los días. Hasta los domingos. Supongo que debe ser parte de su castigo.

—No, no creo que sea necesario un castigo. Quiero decir... Queremos que lo pases bien, sabes. —Al ver que Emily callaba, siguió: —Sé que te llaman varios muchachos.

—Porque se enteraron de que Harris y yo terminamos.

—Pero nunca aceptas las invitaciones.

Emily le dirigió una sonrisita torcida.

—No quiero, pero si quisiera, no tendría tiempo, ¿verdad? Mis días están muy llenos, ¿no te parece?

Era cierto. Fiel a su palabra, Robert había provisto una actividad para cada hora disponible: habían ido a la ópera, a ferias campestres, a la exposición canina local; habían patinado en los primeros hielos del Rockefeller Center y habían visto la exposición del Museo Metropolitano. Con vigor y tenacidad, él llevaba a cabo su plan y, con igual tenacidad y una nueva y distante cortesía, Emily cumplía.

¡Pero cómo debía de sufrir!

Así pasó el otoño, lento y largo, ese año; el suelo estaba cubierto con hojas negras, que se pudrían bajo lluvias intensas. La estación rodaba barranca abajo hacia un invierno helado, como si el frío sombrío quisiera reflejar el hielo que se acumulaba debajo de la falsa cortesía de la casa.

Por acuerdo tácito, el problema quedó tapado. Durante las comidas, Robert guiaba la conversación hacia acontecimientos actuales, los titulares del día. A solas con Lynn, hablaba mayormente de la empresa. Era como si, para él, nada importante hubiera sucedido ni estuviera sucediendo.

—Están pensando en mandarme al extranjero —le contó una noche—. Irá un grupo de la costa oeste, de la oficina de Monacco, y quieren que vaya con ellos a una reunión en Berlín. Después, seguiré solo a encontrarme con la gente con quien nos pusimos en contacto en Budapest. —Entusiasmado, estimulado, paseó por la habitación y se detuvo detrás de Lynn, que se estaba cepillando el pelo delante del espejo.

—Será un viaje de dos semanas, probablemente, si voy. Aunque estoy casi seguro de que iré. Nos iríamos a mediados de diciembre. Odio la idea de dejarte. —La miró. —Se te ve cansada.

—Estoy bien. Nos las arreglaremos.

—Estás bastante pesada, esta vez, eso es lo que pasa. Para marzo, serás la misma de siempre.

Lynn asintió.

Pero sentía una debilidad que nunca antes había experimentado. Le costaba levantarse de la cama a la mañana y también seguir el ritmo de las actividades: el tren a Nueva York, el automóvil a la feria campestre, cosas, cosas, cosas. Con Robert de viaje, por lo menos podría descansar.

Josie dijo:

—No es el embarazo. Estás emocionalmente agotada. El problema de Emily te deshizo.

«Y no estás enterada de la otra mitad», pensó Lynn. Sin darse cuenta suspiró.

Josie oyó el suspiro.

—Nunca volviste a ver a mi amigo... el doctor Miller, quiero decir. —El tono era de acusación.

—No. —¿Volver a contarle sobre el teniente Weber y... y todo lo demás? ¿Remover eso otra vez? ¿Para qué? ¿Qué podía hacer ese hombre excepto hacerla sentir un gusano, allí sentada delante de él? Cortó con los dientes el hilo con que remendaba la pollera de Annie y se limitó a comentar: —Esta chica rompe todo. Siempre se engancha en algo.

—¿Qué tal se lleva con Robert últimamente?

—Bien. Sin problemas.

Al menos, en la superficie, pensó. Robert las mantenía a todas demasiado ocupadas. Tal vez fuera bueno. Bueno y saludable. Es lo que quieres pensar, pero... ¿lo es?

—Robert viaja a Europa el martes, sabes —dijo, algo incómoda, porque Bruce no iba. Pero pasar por alto el tema con Josie sería peor.

—Sí, me enteré.

No dijeron nada más al respecto. Luego Josie preguntó por Emily.

—Nunca menciona a Harris y yo ya no le hago preguntas. «Se terminó», me dijo. Así que tal vez Robert haya tenido razón al decir que pasaría y las cicatrices se borrarían. Tal vez. No sé. —Se quedó pensando. —En fin, está trabajando mucho, hasta medianoche, para la feria de ciencias. Es todo voluntario. Pienso que se está esforzando demasiado, pero Robert dice que la deje en paz. Bueno, claro, se siente orgullósísimo de los logros de Emily. Y yo también, aunque lo que más deseo es verla feliz. Siento... —Lynn dejó la costura y entrelazó las manos. —Siento tanta pena por ella, Josie, y también por el muchacho.

—Bruce lo ha visto varias veces cuando pasa por la cancha de fútbol camino de la pista de atletismo. Siempre pregunta por Emily.

—Sí. Me da tanta pena —repitió Lynn y con una risita, agregó—. Como imaginarás, a Robert no. Su enojo por todo esto ha calado demasiado hondo. No lo puede perdonar.

—Para empezar, Robert es un hombre con demasiada ira adentro —dijo Josie—. Oye, Lynn, no quiero presionarte, pero ojalá me hicieras caso. Necesitas hablar con alguien. Guardarte tus secretos —y sé que lo haces— solo acabará por perjudicarte. Vaya uno a saber qué puede pasar. —Y repitió. Robert es un hombre con mucha ira.

Sus comentarios ofendían a Lynn; siempre había sido así. Eran exagerados y, en cualquier caso, no estaba bien hablar mal del marido de una mujer delante de ella, por más que uno creyera que era realmente así.

No obstante, esa era la única falla en la larga amistad que las unía. Había que tenerlo en cuenta. Y además, Lynn tenía que tener en cuenta también las cosas que decía Robert de Josie. Así que planteó su defensa con calma.

—Robert siempre trabajó bajo mucha presión. En este momento está dedicado a construirle un futuro a este bebé, a su hijo, porque está convencido de que será varón.

—Claro, cómo no iba a querer un varón.

—Bueno, ya tenemos dos mujeres, Josie. En fin, Robert es adicto al trabajo. A veces me da miedo que se mate trabajando.

—Si lo hace, será porque lo quiso así.

—No, no planea vivir para criar a este hijo. Tiene tantos planes, que realmente me asombro al oírlo; cualquiera diría que tener un bebé es lo máximo. Bueno, creo que lo es, en realidad. —Avergonzada por estar hablando así delante de su amiga estéril, calló.

Josie respondió enseguida:

—No te sientas mal por mí. Hace tiempo acepté el hecho de que otras mujeres tienen hijos y yo no. Hay que hacer frente a las realidades, una después de otra, durante toda la vida.

Lynn se puso seria.

—Y nadie les hace frente como tú —dijo—. Recuerdo lo fuerte que fuiste cuando te operaron. Un ejemplo. —Sonrió. —Gracias a Dios, ahora estás bien.

—¿Es una aseveración o una pregunta?

—Las dos cosas, creo. —Lynn se sorprendió. —¿Estás curada, no?

—Nunca se sabe con certeza —respondió Josie en voz baja—. ¿Hay algo que uno sepa con certeza?

—Supongo que no. Pero me estás diciendo que... ¿qué te pasa algo?

—No. Solo te estoy diciendo que hacer frente a la realidad no es lo que aprendemos con más facilidad.

Hubo un silencio hasta que Josie se levantó para irse. Dejó una leve tensión en el aire, un hueco, una corriente fría, un mensaje enigmático. Lynn se sintió como si le hubieran dado un reto.

El lunes, la noche antes de irse, Robert volvió a casa temprano. Había comprado equipaje nuevo y lo puso sobre la cama, listo para empacar. El pasaporte y los cheques de viajero estaban sobre la cómoda, el impermeable nuevo colgaba de la puerta del armario y tenía la lista a mano.

Cenaron. El estaba eufórico, lleno de una sensación de novedad y aventura.

—Esto es mucho más que una cuestión de ganancias, entienden. La paz mundial, el futuro del mundo, dependen de si podemos hacer funcionar la Comunidad Europea. Es necesario llevar a todas estas repúblicas orientales bajo el ala de la OTAN. Por eso es tan importante sentar bases económicas. —Hablaba y hablaba. Los ojos le brillaban.

Arriba, después de la cena, siguió hablando mientras doblaba y guardaba la ropa en la valija; no quería que Lynn se lo hiciera, pues prefería su propio método. A medida que él iba nombrando los artículos, ella verificaba con la lista.

—Computadora, cámara fotográfica, rollos, diccionario. Listo, ya está. —Se volvió hacia ella. —Dios, cómo te voy a extrañar.

—Estarás demasiado ocupado para extrañar a alguien.

—Solamente a ti —dijo, serio—. Uy, las chicas se habrán ido a la cama. Les daré un beso por la mañana, si no están dormidas.

—Estarán levantadas.

—Me voy al alba. ¿Y Juliet?

—Allí, del otro lado de la cama. Voy a sacarla.

—No, no, iré yo. Vamos, muchacha, afuera —dijo. La perra, desperezándose y bostezando, lo siguió.

No fue ni medio minuto más tarde cuando Lynn oyó el estallido de voces en la cocina y corrió abajo. Robert se cernía sobre Annie, que temblaba, en camisón, con la cara fruncida por el llanto. Delante de ella, sobre la mesa de la cocina había un plato sopero lleno de helado, crema, salsa de chocolate y almendras; la base de la torre estaba rodeada por un círculo de bananas cortadas en rebanadas y una cereza al marrasquino adornaba la cumbre.

—¡Mira! ¡Hazme el favor de mirar esto! —exclamó Robert—. Con razón no adelgaza. Eres un cerdo, Annie. Eres peor que un cerdo, porque se supone que tienes inteligencia. Me das asco, si quieres saberlo.

Annie sollozaba.

—No... no tienes derecho de decir esas cosas. No... maté a nadie. Si quiero ser gorda, seré gorda y es asunto mío.

Lynn acarició la cabeza de la niña y se lamentó:

—Ay, Annie. Cenaste bien y tenías que estar en la cama.

Robert la interrumpió.

Déjate de tantas caricias y palabritas dulces. Ese es el gran problema aquí. No hay disciplina. Ni rigor. Se les ocurre hacer cualquier cosa y la hacen.

Tomó el plato soperero, Annie tironeó y el contenido cayó sobre la mesa.

—¡No lo toques! ¡Es mío! —gritó Annie.

—Ay, qué horror —se lamentó Lynn ¡Basta, no lo soporto! Robert, por el amor de Dios, deja que coma una cucharada, que lo pruebe. Después te permitirá tirarlo, lo sé.

—¿Me permitirá? ¿Qué estás diciendo? Nadie «me permite» nada en esta casa. Soy el padre. Listo —gritó, sujetando el plato con fuerza—, esto va a parar adonde corresponde, a la basura.

La se cerró con fuerza y Annie chilló.

—¡Malo! ¡Eres el peor de los padres! ¡Malo!

—Tal vez sea malo, pero tú eres un desastre. Un absoluto desastre. Me decepcionas. Será mejor que te controles.

Lynn protestó.

—Robert, no seas cruel. Es cierto que Annie necesita vigilar su peso, pero no es un desastre. Es una chica preciosa y...

—Lynn, termínala con el almíbar. Me enferma. Me da náuseas.

—¡No le grites a mamá! ¡Déjala tranquila!

Se enfrentaron los dos, el hombre alto y delgado en oposición a la niña cuadrada cuyo abdomen asomaba debajo del camisón y cuya carita feúcha y pálida estaba moteada de rojo por la ira. Lynn juntó todas sus fuerzas.

—Ven arriba conmigo. Ven a la cama —repitió en voz baja—. Esto no tiene sentido.

Una vez que tranquilizó a Annie y la acostó, fue a su dormitorio. Robert estaba leyendo.

—Bueno —declaró—. Qué linda despedida. Qué lindo momento para recordar.

Sobre la mesa, junto a la silla de Robert, había una pila de tarjetas navideñas que había que escribir. Levantó una fotografía de la familia Ferguson, de pie delante de las guirnaldas de muérdago sobre la repisa del hogar de la sala; todos sonreían, hasta Juliet, con la lengua afuera, parecía contenta. Volvió a dejar la tarjeta sobre la pila y dijo con ironía.

—La familia norteamericana perfecta. Aquí están. Perfectos.

—Descontrolarte así por un plato de helado —protestó Lynn.

—Sabes muy bien que es más que eso. Es el principio de la cosa, la desobediencia, la rebeldía.

—Le dijiste que era un desastre. Eso fue imperdonable. Brutal.

—Es la verdad. Trabajo con ella, has visto el tiempo que paso tratando de curarla de sus malos hábitos. Me esfuerzo hasta el límite y sigue trayendo Regulares en el boletín. Ya no sé qué decir.

Robert se puso de pie, caminó hasta la cómoda, ordenó los peines y cepillos en hileras paralelas y fue a la ventana, donde puso la cortina en línea con el alféizar.

El bebé se movió con fuerza dentro de Lynn y la obligó a sentarse.

—No soporto esto —declaró.

—¿Bueno, qué quieres que haga? ¿Qué me haga el tonto y finja no ver lo que veo? Tal vez si mantuvieras un poco de orden...

—¿Orden? ¿Y qué hay de desordenado? ¿Puedes darme un ejemplo que no sea el del helado?

—De acuerdo. Ese asunto la semana pasada, cuando fue a la escuela con un anillo barato en cada dedo. Estaba ridícula y se lo dije, pero tú la dejaste ir así, de todos modos.

—Ay, por Dios, es la moda en su grado. Sí, es ridículo ¿y qué? La dejé hacerlo y ahora soy un fracaso como madre.

—No me pongas palabras en la boca. No dije que fueras un fracaso.

Pero lo has pensado. Lo sé. Desde que Caroline se ahogó.

—Lo diste a entender —replicó.

—¿A qué vienen estos desplantes? ¿Qué es todo esto? —Indignado, golpeó el puño contra la palma de la otra mano.

Lo mejor era no discutir con él. No le contestes, se dijo. Está tenso, tiene que irse mañana temprano, necesita descansar. Annie olvidará este episodio, yo lo olvidaré y todo pasará si me quedo callada.

Pero una respuesta rápida le brotó de la boca.

—No sé qué es todo esto para ti, pero para mí es tratar de manejar la situación.

Se quedó mirándola, como asombrado.

—¿Manejar la situación? ¿Tú? ¿Tú? Mientras yo me rompo el lomo al borde de la oportunidad más importante de mi vida —de nuestras vidas— manteniendo la calma y destacándome en el trabajo, a pesar del desastre, aquí en casa, el desastre que tú permitiste que sucediera...

Lynn se puso de pie de un salto.

—¿Volvemos a lo de Emily, no? Esto es demasiado. Es una locura.

—¿Locura? No quieres oírlo, lo sé. Y por si no te diste cuenta, no te hablé del tema. Nada más que por consideración a tu estado, Lynn. Nada más.

—¡Más fuerte! ¿Por qué no hablas más fuerte así ella te oye?

Robert fue hasta la puerta, la cerró y dijo en voz más baja.

—Te previne, te previne acerca de ella y ese hijo de puta, pero con tu dejadez habitual, no hiciste nada. No la vigilaste, arruinaste a una chica hermosa, la arruinaste.

La ira de Lynn se encendió.

—Escúchame bien, y déjate de falsas acusaciones. Yo también podría haber hecho acusaciones, si hubiera querido y no hubieran sido falsas, tampoco. Bien sabes que...

Robert se puso de pie, la tomó de los brazos y la sacudió.

—Si no estuvieras embarazada, te...

—Quítame las manos de encima, Robert. Me estás lastimando. Suéltame, ¿me oyes? Y déjame en paz.

—Maldita casa de locos —masculló, apartándose—. Por suerte, me voy mañana.

Lynn se acostó, con esperanzas de poder dormir. La ira era atroz. Algunas personas se vivificaban con ella, pero a Lynn la deshacía; algunos cuerpos sencillamente no estaban programados para la ira. Se quedó acostada, despierta, mientras Robert se desvestía y hacía tareas de último momento. Oyó cortársele el cordón del zapato cuando se sentó sobre la cama y se lo quitó; lo oyó buscar otro cordón en la penumbra de la lámpara débil.

Cuando por fin se acostó, ella no se volvió hacia él ni él hacia ella, como hacían siempre.

A la mañana siguiente, cuando Lynn despertó, él ya no estaba.

Era una mañana brillante. La vista desde la cocina parecía un grabado japonés: las ramas negras sobre la colina cortaban diseños contra el cielo. Lynn se quedó contemplándola, sin ver. Ese día no le producía placer. Nada podía hacerlo. Sintió náuseas y alejó la taza. Demasiado café. Demasiados pensamientos tristes.

La casa estaba en silencio y el zumbido de esa quietud le resultó intolerablemente lúgubre. Se puso de pie, y trasladó su cuerpo torpe hasta la agenda sobre el escritorio. No había nada importante ese día, salvo la visita mensual al obstetra, que la regañaría porque no había aumentado de peso; años atrás solían regañarte por aumentar demasiado. Aparte de eso, tenía que hacer unos pocos mandados y compras. Había tachado el almuerzo con Josie porque Josie estaba resfriada y era mejor así, pues no estaba de humor para conversar.

El doctor Rupert no estaba, de modo que Lynn iba a tener que ver a un discípulo, un muchacho más joven que ella; el pelo ondulado le llegaba casi hasta los hombros por encima del delantal blanco. Esa moda había desaparecido en los años 80, pero ahora, en los 90, aparentemente había vuelto. Envuelta en lienzos blancos, se sentó sobre la camilla mientras él leía su ficha.

—Tenía náuseas el mes pasado, veo. ¿Cómo está ahora? —le preguntó.

—Todavía tengo, de vez en cuando.

—No es habitual en el sexto mes.

—Lo sé. No me sucedió las otras veces.

—Dice aquí que se siente muy cansada, también.

—A veces. —No tenía deseos de hablar. ¡Por qué no se apuraba y la dejaba ir! —Estoy más pesada que con los otros bebés, así que calculo que ha de ser por eso.

El médico tenía aire dubitativo.

—Podría ser. Pero tiene la presión alta, hoy. No mucho, pero más de lo habitual. ¿Se le ocurre algún motivo?

Asustada, respondió enseguida:

—Bueno, no. ¿Es grave?

—No. Como le dije, no es mucho. De todos modos, hay que preguntarse por qué ha subido. ¿Algo la alteró?

Su sonrisa quería persuadirla, pero ella no iba a dejarse persuadir ni caería en la trampa de admitir algo. Pero algo había que contestarle.

—Tal vez sea porque mi marido se fue hoy para Europa y eso me preocupa un poco. No se me ocurre nada más.

El la miraba directamente a los ojos. Los de él eran sagaces y estaban entornados bajo cejas juntas, como si estuviera haciendo cálculos o resolviendo un acertijo.

—Me preguntaba —dijo lentamente—, esas marcas que tiene en los brazos...

—¿Marcas? —repitió Lynn y al bajar la mirada, vio por encima de los codos los puntos azules verdosos donde los dedos de Robert se habían hundido la noche anterior.

—Ah, eso. —Se encogió de hombros. —No sé qué puede ser. Se me forman magullones con facilidad. Siempre me encuentro alguno y no sé cómo me lo hice.

—Son simétricas. Alguien se las hizo —insistió él, con la misma sonrisa tranquila.

¡Cómo si ella no se diera cuenta! ¡La trataba en forma deliberadamente casual, como si hablara con una criatura!

El padre dijo a la recién casada, «Alguien te hizo esas marcas. Lynn quiero saber».

—¿Hay algo que quiera decirme? —le preguntó el médico.

Creyendo detectar una nota de curiosidad en su voz, Lynn se indignó. Era la nueva costumbre de esta época, uno lo veía por televisión y en los periódicos: la gente decía cualquier cosa, lo que le venía a la mente, sin educación ni tino, indagando y preguntando sin respeto por la privacidad; déjalo así.

—¿A qué se refiere? —replicó—. ¿Qué podría querer decirle?

El joven, al ver su expresión, que debió de haber sido feroz, se retractó de inmediato.

—Lo siento. Le preguntaba por si estaba pensando en algo particular. Bien, es todo por hoy. El mes que viene, la verá el doctor Rupert, como siempre. —Y se volvió nuevamente hacia la ficha.

El corazón seguía laténdole con fuerza, cuando salió del consultorio. Entrometido. Mequetrefe. Se preguntó si escribiría en la ficha, «Dos magullones en los brazos».

Aun mientras empujaba el carrito por el supermercado, un rato más tarde, seguía sintiendo los latidos de su corazón. Luego en la playa de estacionamiento, cuando se disponía a descargar el carro, vio a Harris Weber y a su madre en la hilera siguiente de automóviles. Y el corazón se le desbocó otra vez. Ellos no la habían visto todavía, así que se inclinó más por encima de las bolsas para que pudieran irse sin percatarse de su presencia. No era que quisiera evitarlos por resentimiento ni rencor, puesto que no sentía ninguna de las dos cosas hacia Harris y, mucho menos, hacía su madre; era porque esa desconocida sabía cosas sobre ella, sobre ella y Robert... y quería esconderse, no mirarla a la cara y tener que ver allí... ¿qué cosa? ¿Curiosidad? ¿Compasión? ¿Desprecio?

Pero tardaban tanto que el chico debía de haber reconocido el automóvil y se daría cuenta de que estaba como un avestruz, con la cabeza metida dentro de las bolsas para evitarlos. Algo la impulsó a erguirse, a no ofender al muchacho.

—Hola —dijo y levantó el brazo ligeramente.

Harris clavó en ella su mirada luminosa, familiar, esa mirada cándida, con dulzura masculina, cuya atracción ella había sentido desde el principio.

—Hola, señora Ferguson.

—¿Cómo estás? —respondió ella, por encima del capó del auto.

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

Ella asintió y sonrió; la madre de Harris esbozó una sonrisa que no decía nada; era solamente cortés y tal vez algo tímida. Nada más. Se alejaron en el viejo coche, que salió tosiendo del estacionamiento.

Bueno, ya está, se dijo Lynn. No fue tan terrible. Había que hacerlo. Pero el encuentro le había dejado una tristeza nueva, distinta, no por ella, sino por Emily. Volvió a su casa, guardó las provisiones y se sentó a leer la correspondencia; eran casi todas cuentas y tarjetas navideñas. Con el peso de esa tristeza dentro de ella, se quedó escuchando el zumbido soñoliento del silencio.

Sonó el teléfono. Debió de haberse quedado dormida, pues se sobresaltó y dio un respingo.

—Hola —dijo Robert.

—¿Dónde estás? —exclamó ella.

—En Londres. Te dije que tomábamos el vuelo diurno y que pasaríamos la noche aquí, para ir a Berlín a la mañana. Fue un vuelo muy bueno.

—Me alegro —respondió, lacónica.

—Lynn, es de noche aquí, pero no podía irme a dormir sin hablar contigo. Esperé hasta que hubieras vuelto del médico. ¿Cómo estás?

—¿Te refieres a mi salud o a mi estado de ánimo?

—A ambos.

—Mi salud está bien. Lo demás, como podrías esperar.

—Lynn. Lo lamento. Lo lamento muchísimo. Dije que fue un buen vuelo, pero no lo fue tanto, porque me lo pasé pensando en nosotros. En nosotros y en Annie. No quería herir sus sentimientos, te juro. Es algo que nunca haría.

—La hieres porque no es Emily. No es hermosa y...

—No, no, no es cierto. Hago todo lo que puedo por ella, todo. Pero no soy tan paciente como tú, lo admito. Siempre reconozco mis errores, ¿no?

Lynn quería preguntarle: ¿quieres que cuente las veces que lo haces, las que no y te dé un promedio? Pero esas ironías no llevaban a ningún lado. Era como saltar siempre en el mismo lugar.

Suspiró.

—Sí, supongo que sí.

—Me salgo de las casillas. Es tanto lo que quiero para ella y no lo entiende. Annie no es una chica fácil.

Lynn estaba de acuerdo en eso, pero midió su respuesta, diciendo con severidad.

—Nadie lo es, Robert.

—No es cierto. Tú sí lo eres. Eres buena, dulce, amable, razonable, sensata, maravillosa y no te merezco.

¿Era este el hombre ceñudo y hostil que había gritado la noche anterior en la cocina, el que le había lastimado los brazos y le había dado la espalda en el dormitorio? Sí, claro que sí. Y con cierto desdén, se dijo: vamos, no me vengas otra vez con que estás sorprendida.

—¿Lynn, me oyes?

—Sí, sí.

—Dile a Annie que lo siento, ¿quieres?

—Bueno, se lo diré.

—Fue todo una tontería, cómo nos dimos la espalda sin decirnos buenas noches como hacemos siempre, o sin despedirnos esta mañana. Mira si uno de nosotros tuviera un accidente, como les pasó a los Remy, y no volviéramos a vernos...

Los Remy, que habían sido vecinos de enfrente. Linda y Kevin. Las palabras la sacudieron. Todavía podía recordar el grito atroz de Linda cuando llamaron para avisarle del accidente; el grito había sonado en toda la cuadra y la gente había venido corriendo; Linda no estaba en sus cabales.

—¡Salió para el trabajo hace una hora! —gritaba, sin cesar—. ¡Salió para el trabajo hace una hora!

—Esa noche de rencores hubiera sido la última. Piénsalo —dijo Robert.

Un infarto. Un accidente aéreo o un choque en la carretera de un país foráneo, con niebla y lluvia. Su cuerpo deshecho. Lo repatriarían a Norteamérica. Nunca más volvería a sentarse en aquel sillón.

—¿Lynn, te pasa algo? ¿Lynn?

—Estoy bien.

Pero la había atravesado. Sentía como si tuviera una hemorragia interna. Se veía sola en la casa... ¿por qué son los hijos sino una extensión de uno

mismo? Estas chicas vulnerables, esta criatura que todavía no había nacido... tendría que cuidarlos a todos, sin él. Él no volvería. No habría voz de hombre, ni firmes pasos masculinos subiendo por la escalera al final del día. Ni brazos fuertes.

—Supongo que me traicionaron los nervios. Debí hacer que Annie y tú se reconciliaran antes de la noche. Pero estaba furiosa. Además, ya no tengo veinte años —terminó, con pesar.

—Sí, lo sigues teniendo, igual que cuando te conocí. Siempre tendrás veinte años. Dime que me quieres un poco. Solamente dime eso y bastará hasta que vuelva. Dime que ya no estás enojada.

Sentía en la piel las vibraciones de la voz de él, el temblor de su dolor.

—Las quiero tanto a las tres, pero a ti antes que a nadie. No soy nada sin ti, Lynn. Perdóname por las veces que te hice sufrir. Perdóname, por favor.

—Sí. Sí.

Las marcas en los brazos, las palabras hirientes tan lamentadas... ¿qué eran, al fin y al cabo, comparadas con todo lo bueno? Nada. Nada.

Estamos a miles de kilómetros y este lazo que nos une se renueva como si él estuviera en esta habitación o yo en ese hotel de Londres y nos estuviéramos tocando. ¡Asombroso!

Y su enojo se disolvió. Se levantó el frío que la había tenido envuelta como una mortaja todo el día y sintió una tibieza reconfortante.

—¿Me quieres, Lynn?

—Sí, sí, te quiero.

A pesar de todo, te quiero.

—Cuídate, entonces. Cariños a las chicas. Te volveré a llamar en un par de días.

Todavía estaba envuelta en alivio, sentada allí con el teléfono entre las manos, como si contuviera algo de la esencia de ese alivio, cuando el aparato volvió a sonar.

—Hola, soy Tom Lawrence. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. —Y sintió la ligereza de su propia voz.

—Te diré por qué llamo. Quisiera saber si me harías un favor. Mi hermana está de visita con su hija. Viven en Honolulu y pensó que era hora de que Sybil viera lo que hay más allá de Hawaii. Sybil tiene doce años. ¿No tienes una hija de esa edad?

—Sí, Annie. Tiene once.

—Fantástico. ¿Podríamos pedírtela prestada? ¿Crees que le gustaría ir a Nueva York? Al teatro, a algún museo o tal vez a la Estatua de la Libertad.

¿Qué te parece?

—Me parece estupendo.

—Bueno, entonces pasaremos a buscarla mañana por la mañana, si estás de acuerdo, e iremos en tren.

—Annie estará feliz. Le encanta Nueva York.

—Para mí será una nueva experiencia, con dos damitas tan jóvenes. Mi hermana quiere la mañana para internarse en las tiendas, así que estaré a cargo de las chicas por unas horas.

—Te irá muy bien, estoy segura.

—Lo pasará bien con Sybil. Es una buena chica, aunque lo diga el tío.

Una leve preocupación se apoderó de Lynn. Por alguna razón, imaginaba a la hermana de Tom igual a las mujeres excesivamente sofisticadas que había conocido en la fiesta, en casa de él. Debía de ser increíblemente delgada, su hija también; la niña tendría ropa francesa y parecería de diecisiete años. Había muchas chicas así, pero Annie no era como ellas.

De manera que fue con cierto alivio que recibió al grupo en la puerta, a la mañana siguiente. La hermana de Tom, que podía ser su gemela, era bonita, educada y amistosa. Sybil, igual que ella, no era ni delgada ni gorda, aunque no tenía la belleza de su madre. Annie lo pasaría bien.

Y no se equivocó. Annie tuvo un sábado maravilloso. A la hora de la cena, contó triunfalmente:

—Comí torta de chocolate con frambuesas y crema. Les dije que mi papá dice que soy muy gorda y Tom dijo que, cuando sea más grande, voy a querer estar a dieta, así que ahora no me preocupe demasiado.

—¿Tom? ¿Llamaste Tom al señor Lawrence?

—Me dijo que lo hiciera. Sybil le dice «Tío Tom».

La nevisca había comenzado a congelarse. En los momentos de silencio se la oía tintinear contra las ventanas.

—Es lindo comer aquí en la cocina —dijo Emily—. Más cálido.

Era cierto. En el comedor, con solamente cuatro a la mesa, siempre parecía que faltaban diez o doce más, ya que la mesa, una Sheraton original, era para dieciocho comensales. Las voces reverberaban, casi hacían eco. Pero Robert decía que el comedor estaba para eso, para que se comiera allí.

Annie no paraba de hablar de su día.

—Le conté que odio mi pelo, tan enrulado. Y dijo que si quiero, me lo puedo hacer alisar. Le dije que mi padre no me dejaba y me contestó que podría hacerlo cuando fuera mayor, porque entonces podría hacer lo que quisiera. Y dijo que conocía a una señora que se lo había hecho y estaba

encantada. —Annie lanzó una risita. —Apuesto a que hablaba de una de sus esposas.

Lynn y Emily se miraron. Y Emily replicó:

—Qué sabes tú de sus esposas, por favor.

—Sí que sé. Sybil me lo contó. Tuvo dos. O quizá tres, dice. —Annie pensativa, detuvo el tenedor en la mitad del recorrido hacia la boca. —¿Sabes una cosa? Si alguna vez te divorcias de papá, pienso que deberías casarte con Tom.

—¡Pero Annie! Como si alguna vez fuera a divorciarme de papá.

—Hubiera creído que elegirías al tío Bruce —comentó Emily—. Como lo quieres tanto.

Torció la comisura de la boca al hablar en una expresión que podía ser humorística, cínica, o ambas cosas. Lynn miró hacia otro lado.

Y Annie contestó, muy seria:

—Sí, claro que lo quiero, tonta, pero tiene a la tía Josie.

Lynn intervino.

—Basta de tonterías. Y no se les ocurra decir un disparate así delante de papá, tampoco. Vuelve esta semana no, la otra, el miércoles.

—Once días. Nos quedan solamente once días —dijo Annie—. Pensé que se iba a quedar más tiempo.

—Bueno, habrá terminado el trabajo para entonces —explicó Lynn—, así que será hora de que vuelva a casa.

—Pero si acaba de irse —se quejó Annie—. ¿De qué sirve que se vaya, si vuelve un minuto después? No puede estar trabajando mucho. Espero que la próxima vez le den más trabajo.

—Ve a sacar a Juliet. Necesita salir —dijo Lynn.

El lunes, cuando recommenzó la escuela, Emily volvió a casa sin Annie, protestando:

—¡Esa chiquilina! Perdió el ómnibus otra vez. Ahora supongo que tendré que ir a buscarla con el auto. Y se debe de haber empapado, con esta lluvia espantosa.

Lynn miró por la ventana; la cortina de agua caía en diagonal, como si hiciera fuerza contra el viento, igual que los árboles. Una capa de peligrosa nevisca helada cubría la calle.

—No, Emily, iré yo. Los caminos están resbaladizos y no tienes tanta experiencia al volante como para arreglártelas.

Emily contempló el abdomen inmenso de su madre.

—¿Y si el coche se queda encajado, tienes que salir y te caes? No, iré yo, mami. Manejaré con cuidado.

La verdad es que sigue siendo sumamente responsable, pensó Lynn mientras observaba alejarse despacio al automóvil, hasta perderse de vista. Se quedó junto a la ventana, tomando el tiempo del viaje mentalmente.

Cuando sonó el teléfono —siempre suena en los momentos más inoportunos, pensó— fue a atender. Una voz desconocida le habló.

—¿Lynn Ferguson? Habla Fay Heller, la vecina de tu hermana Helen, en St. Louis. ¿Te acuerdas de mí?

Lynn tembló por dentro.

—Sí, sí. ¿Pasó algo? ¿Y Helen?

—Helen está muy bien, se han ido a esquiar. Te llamo porque están de viaje y tu hijita Annie está aquí en casa.

Lynn se dejó caer sobre una silla.

—¿Annie? ¿Ahí, contigo? No entiendo.

Una voz muy serena y tranquilizadora le explicó:

—No te asustes. Está muy bien. Llegó en taxi a eso de las tres. La vi tocando el timbre de la casa de Helen y, como no había nadie, fui a buscarla y la traje aquí. No me quiere dar explicaciones, así que no la presioné, pero...

Ay, mi Dios, se escapó. ¿Qué más me va a pasar? Pero escapar no tiene sentido...

—¡No entiendo qué pudo metérsele en la cabeza! —exclamó. Las palabras trilladas surgieron en forma automática; sus pensamientos estaban en otra parte. Sí que lo entiendes, cómo no lo vas a entender. Robert está por volver...

El episodio del helado había sido horrible y no obstante... escaparse... Annie, Annie.

La cabeza le retumbaba. La mano con que sostenía el teléfono estaba transpirada y temblaba.

—Los a veces nos dan sorpresas, ¿no? —La mujer trataba de consolarla, de quitarle seriedad al asunto. —Supongo que habernos hecho lo mismo en nuestra época.

Lynn pensaba a toda velocidad. ¿Cómo había hecho Annie para comprar un boleto y subirse al avión? ¿Una chica sola, un viaje tan largo? No podían haberle vendido un boleto.

—¿Puedo hablar con ella, por favor?

—Le sugerí que te llamara enseguida, pero estaba algo alterada, naturalmente, así que me pareció mejor no insistir.

—¿No tendrá miedo de hablar conmigo, verdad? Dile que no voy a retarla. Solamente quiero saber cómo está. Díselo, por favor. Por favor.

—Lo que pasa es que estaba muy cansada, aunque no asustada, te diría, y la mandé arriba a acostarse. Después que comió, quiero decir. Estaba muy hambrienta.

Está siendo diplomática. La verdad es que Annie no quiere hablar conmigo.

—Quiere volver a su casa. ¿Me fijo si hay un avión en el que podamos ponerla esta tarde?

¡Entonces quiere volver! Ay, Gracias a Dios.

—No, como están las cosas, no quiero que viaje sola. Averiguaré cómo puedo volar yo desde aquí.

—El tiempo está muy feo. ¿Qué te parece si se queda esta noche? Ya es tarde, de todos modos.

A Lynn se le estaba cerrando la garganta y se le estaban llenando los ojos de lágrimas. La mujer pareció intuirlo y dijo con suavidad:

—No pienses que es una molestia para nosotros. Y está muy bien aquí. Recuerdas a mis tres hijos, ¿no? Ya crecieron y se fueron, pero todavía sé qué hacer con una chiquilla. No te preocupes.

Lynn dejó escapar un sollozo.

—Estoy aterrada, pensando lo que podía haberle pasado, si tú no la descubrías. Vaya uno a saber qué podría haber pasado.

—Bueno, pero la descubrí yo. Espera, mi marido me está diciendo algo. Sí, yo tenía razón. Están suspendidos todos los vuelos desde aquí, esta noche. Tendrás que esperar hasta mañana.

—Muy bien, entonces. Tomaré el primer avión que haya. Ay, gracias. ¿Cómo puedo agradecerte?

—No te preocupes. Harías lo mismo por alguien. Trata de dormir esta noche.

Tenía que secarse los ojos y tranquilizarse antes de que volviera Emily. La madre debe mostrarse fuerte en los problemas, no sacudida. Una madre oculta sus temores y sufrimientos. Pero esa mañana no había podido ocultárselos al médico.

Emily entró por atrás, sacudiéndose la nieve de las botas.

—¿Mamá? —exclamó—. ¿Mamá? La busqué por todas partes. La muy tonta debe de haberse ido con alguna amiga. Por lo menos podría llamar.

¿Pero qué pasa?

—¿Qué crees que ha hecho esa chiquilina tonta? —Lo que Lynn quería expresar, no era su espanto, sino una especie de cómica indignación, como cuando alguien dice, levantando las manos, «¿Y qué hará ahora?».

Pero Emily no respondió del mismo modo.

—Está muy asustada. Sus pensamientos oscuros la asustan —dijo seria.

Las dos se miraron. Lynn pensó que ellas también estaban intercambiando miradas enigmáticas, últimamente. Y siempre era ella la que bajaba la vista primero.

—Annie nunca fue una chica fácil, como tú —dijo, puesto que se necesitaba algún comentario.

Eso, por supuesto, era lo que había dicho Robert cuando llamó de Londres. Y la respuesta de Emily fue la misma que ella, Lynn, le había dado a Robert.

—Nadie es fácil.

No quería entrar en una discusión filosófica, menos en este momento.

—Me tomaré mañana el primer vuelo que consiga. —Al ver que Emily se quedaba allí, indecisa, añadió: —Recuerdo bien a los Heller. Son buenos amigos de tía Helen. Así que tratemos de no preocuparnos demasiado.

—Bueno, tengo mucho que estudiar —dijo Emily—. Será mejor que empiece.

A veces, de tanto en tanto, parece que no encuentro consuelo en Emily, pensó Lynn. Es más, hasta tiene una forma de hacerme sentir incómoda, como si ahora, por ejemplo, yo tuviera la culpa de que Annie se hubiera escapado.

La perra gimió para que la sacaran. Lynn se quedó junto a la puerta, mientras Juliet corría hacia los arbustos, cuyas ramas brillaban de hielo. La perra corrió, rodó y se sacudió el agua del pelo, salpicando el piso de la cocina. Impulsivamente, sin importarle que estuviera mojada, Lynn se puso de rodillas y la abrazó. Necesitaba el calor de un ser viviente.

—Ay, Dios —suspiró, mientras Juliet le lamía la mano.

Pero necesitaba palabras, también, palabras cálidas y estas no podía proporcionárselas la perra. Fue al teléfono. Tenía que contárselo a Josie.

—¿Estás bien? —preguntó Josie cuando Lynn terminó el breve relato.

—Sí, sí, solo necesitaba hablar. Discúlpame por desahogarme contigo cuando estás enferma.

—Es un maldito resfrío que no puedo quitarme de encima y no me molestas para nada. Espera un segundo. Aquí está Bruce, que quiere saber qué pasa.

Primero Lynn los oyó hablando en la distancia, luego vino Bruce al teléfono.

—Lynn, tranquilízate —dijo—. Yo voy a ir a buscarla. El tiempo está malo y no es bueno que salgas; te podrías caer. Iré yo, por la mañana.

Ella protestó, pero sus protestas fueron denegadas con toda firmeza, de modo que fue a recostarse, porque estaba agotada.

En un bote, sola y aterrada, luchando en aguas turbulentas sin tierra a la vista, de pronto vio el brillo de luz y oyó hablar a alguien. Emily estaba junto a la cama.

—Mami, despierta. Hace más de una hora que duermes. Tienes que comer algo. Preparé la cena.

A media mañana, llamó Tom Lawrence para invitar a Annie a una cena de despedida con Sybil, que volvía a Hawaii. La normalidad de esa invitación, hecha en el tono bromista de Ton, en circunstancias tan anormales, hizo que a Lynn se le cerrara la garganta.

—Annie no está. —Su voz se deslizó a un falsete agudo. —Annie se escapó.

Hubo un silencio. ¿Qué debía —qué podía— responder alguien a una noticia como esa?

Tom le preguntó con suavidad si podía decirle algo más.

—Sí. Se fue a St. Louis, a casa de mi hermana. Pero mi hermana no estaba... —Se le quebró la voz y él tuvo que esperar a que pudiera hablar otra vez. —Bruce fue a buscarla.

—¿Robert no volvió, entonces?

—No. Vuelve pasado mañana.

—¿Con quién estás, Lynn?

—Sola. La obligué a Emily a ir a la escuela y Josie está engripada, o algo así. Y no quiero que nadie más se entere.

—Claro que no. Pero no deberías estar sola. Voy para allá.

—No, no. No es necesario. Estoy bien, de veras.

Debía de tener un aspecto espantoso: un embarazo de elefante y encima círculos negros debajo de los ojos... Era absurdo preocuparse, en un momento como ese, por cómo la vería ese hombre.

—Tienes que trabajar... la oficina...

—Voy para allá.

Los troncos del hogar estaban listos para encenderlos. Lynn vaciló, sintiéndose tonta por haber pensado en eso; como si fuera una anfitriona que espera visitas. Luego tomó la decisión y encendió el fuego, fue a la cocina a preparar café, tomó un florero de violetas de la ventana y lo puso en la bandeja, con las tazas y la cafetera. Para cuando llegó Tom, el fuego ardía acogedoramente, el café humeaba y había un plato con panecillos tibios sobre la mesa, delante del hogar.

Con vaqueros y una camisa de franela, parecía un estudiante, a pesar de su edad. Robert jamás usaba vaqueros. Los pensamientos le cruzaban por la mente, sin ninguna lógica.

—¿Quieres hablar de eso? —preguntó Tom—. ¿O prefieres que hablemos de las noticias del día? ¿O que nos quedemos callados?

Ella extendió las manos con las palmas hacia arriba, expresando confusión, y comenzó a hilvanar los adjetivos que parecían venir automáticamente con la descripción de Annie.

—No sé cómo decirlo. Annie es una chica difícil, llena de secretos, de estados de ánimo muy cambiantes. —Calló.

Tom asintió.

—Es un amor, de todos modos. Mi hermana no podía creer cuánto sabía, comparada con Sybil.

«Y Robert se queja de que es tonta».

—Es una chiquilla muy dulce, tu Annie.

Había una suave compasión en el rostro de Tom. Sus ojos tenían forma de hojas; qué curioso, no lo había notado hasta ahora.

—La hiciste divertir muchísimo. Estaba feliz.

El tomó una galletita.

—Banana. Pero con algo diferente. ¿Qué tiene?

—Cáscara de naranja. Quería probar cómo salían. ¿Está rica?

—Deliciosa. Te dije, tendrías que explotar tu talento. Pero por supuesto, este no es el momento indicado.

El fuego bailaba, invitándolos con su ancestral seducción a contemplar sus movimientos alegres. Después de un rato, Tom dijo:

—¿Puedo hablarte con franqueza? Annie está preocupada por ella misma, ¿no? ¿Por el pelo y por su peso?

—Sí, y fuiste muy amable al tranquilizarla.

Y al recordar a Annie diciendo: «Deberías casarte con Tom», una sonrisita asomó en sus labios y desapareció de inmediato.

El abrió la boca y la cerró de nuevo.

—Ibas a decir algo, Tom.

—No, me arrepentí.

—¿Por qué? Dilo, por favor.

El negó con la cabeza.

—Ya me metí en problemas contigo una vez, ¿recuerdas?

—Sí, porque dijiste cosas que no eran ciertas.

Tenía que decírselo. Era necesario. Enmarcado en plata sobre la mesa junto al sofá, Robert la observaba, serio. El anillo de casamiento brillaba en su dedo. Había sido idea suya usar alianzas entrelazadas.

Tom había seguido su mirada. Y, como si hubiera tomado una resolución, continuó:

—Solo iba a decir que Annie repitió varias veces que su padre estaba enojado por su sobrepeso. Nada más que eso. Pensé que podía ser una buena pista para entender lo que sucedió.

Enojado. Ese escándalo atroz. Eres un desastre. La carita manchada y enrojecida de Annie. Y después: Por nada del mundo heriría sus sentimientos. Las quiero tanto a las tres.

—No sé qué pensar —murmuró, como si Tom no estuviese allí.

El bebió un sorbo de café, dejó la taza, la levantó de nuevo, la volvió a dejar y dijo:

—Soy tu amigo, Lynn. No hace mucho que nos conocemos, ni nos vemos con asiduidad, pero espero que sientas que soy tu amigo.

Resultaba evidente que estaba tratando de arrancarle una confesión, alguna declaración de necesidad, un pedido de ayuda. Aun en medio del torbellino de ese día, estaba suficientemente alerta como para darse cuenta de eso. Sin embargo, no sintió rencor hacia él por intentarlo, lo que era raro. Y porque había que responder algo ante su generosidad, murmuró:

—Sé que me ayudarías, si pudieras. El hecho de que estés sentado aquí me basta para saberlo.

—¿Y estás segura de que no puedo ayudarte?

Lynn sacudió la cabeza.

—Es algo que todos tenemos que enfrentar con paciencia. Robert siempre lograba sacar a Annie de sus... de sus malos humores, pero últimamente, han tenido altercados. Bueno, ella está creciendo y a algunos chicos les da más trabajo que a otros madurar.

—Sí, claro. Bueno, en realidad, no sé, pues no he tenido hijos, solamente esposas.

Ella aprovecho el cambio de tema.

—¿Cuántas, se puede saber?

—Dos y media.

—¡Y media!

—Sí, viví con una durante un año. A eso podrías llamarlo tener media esposa. —Rio. —Ah, pero todo fue de lo más amistoso. Tomamos la decisión conjunta de poner punto final.

Lynn pensó: si fuera mío, no creo que quisiera, ni pudiera, dejarlo ir con facilidad. Y recordó cómo, cuándo lo había visto por primera vez, había sentido como una luz a su alrededor, una iluminación brillante que irradiaba alegría.

Él le dirigió una mirada interrogante y dijo:

—¿No lo apruebas?

—¿Yo? No soy quién para juzgar. Pero a Robert no... —Se interrumpió.

No estaba bien. Mencionar el problema de Robert con Annie estaba mal. Los problemas había que mantenerlos dentro de la familia, había que guardárselos. Y miró nuevamente la fotografía de Robert que, a pesar de ser de tamaño común, dominaba la habitación. Tom siguió su mirada.

—Hablé con Pete Monacco el otro día. Quería contarme la buena impresión que tenían de Robert. Por supuesto, cree que Robert y yo somos amigos íntimos.

Al oír lo de «amigos íntimos», Lynn se sonrojó.

—Bueno, Robert es fuera de lo común —se apresuró a decir—. No sé de dónde saca tantas energías. Además de todo lo que hace, se ha metido en un proyecto nuevo: recolectar fondos para investigación sobre el sida.

—Qué energías increíbles.

Hubo una pausa, como si ambos se hubieran detenido ante una línea que ninguno de los dos debía cruzar. Sonó el teléfono, y eso aflojó la tensión del momento.

—¿Sí, Bruce? Ay, gracias a Dios. Sí, apúrate. No lo pierdan. —Colgó. —Era Bruce, desde el aeropuerto. Vienen para aquí. Dice que Annie está contenta y que no me preocupe. —Se secó los ojos. —Que no me preocupe. Imagínate.

—Pero te sientes mejor.

—Sí. Hablaré con Annie muy muy en serio. Como dices tú, es una chica inteligente. Hablaremos a corazón abierto. Sé que puedo llegar a ella. —

Mientras hablaba, le pareció que era una actitud razonable. Se hablan las cosas, se llega a un entendimiento. Sí, Annie se había escapado en un impulso loco, pero había vuelto; no era el fin del mundo.

—Sí, me siento mejor —repitió.

Tom se puso de pie, diciendo.

—Bueno, si es así, me voy. Es el último día de mi hermana.

—Es verdad. Fue un gesto maravilloso que hayas venido.

—Eres una mujer preciosa, Lynn. Pero pasada de moda. No, no me refiero a tu ropa. Cuando estás con tu tamaño normal, pareces de la Quinta Avenida. Lo que quiero decir es que todavía sigues siendo confiada, como lo es la gente de antes, o de ciudades más chicas. ¿No me entiendes, verdad?

Respondiendo a la sonrisa de él, dijo:

—No, creo que no.

—Me refiero a que hoy en día ser confiada no está de moda.

Él le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Algo que aprendí el año pasado, en Viena. Allí lo siguen haciendo. Le beso la mano, venerada dama.

En la puerta principal, desconcertada y algo turbada, a Lynn se le ocurrió solamente una cosa para decir y la repitió:

—Fue un gesto maravilloso que hayas venido. Muchísimas gracias.

—Estoy disponible cada vez que me necesites. Recuérдалo —dijo Tom y se alejó por el sendero.

Lynn se quedó con su desconcierto. ¿Era eso pura gentileza de su parte o había algo más? Qué ingenua e inexperta era, a pesar de todo. Casi no había hablado con otro hombre a solas ni había estado sola en una habitación con un hombre que no fuera Robert desde los veinte años. Pero se permitió sentirse halagada, igual. Para una mujer embarazada con un gran peso en la mente, era una sensación agradable.

—Bueno, aquí estamos —anunció Bruce, cuando Emily abrió la puerta.

Lynn extendió los brazos y Annie se arrojó en ellos, escondiendo la cara contra el hombro de su madre. Bruce las miró, sonriendo triunfalmente y con alivio; un brillo húmedo le empañaba los anteojos.

—¿Por qué lo hiciste, tesoro? —exclamó Lynn—. Nos asustaste tanto. ¿Por qué? ¿Tendrías que haber hablado conmigo, primero!

—No te enojes. Yo también me asusté —suplicó Annie, contra el suéter de Lynn—. Tuve miedo en el avión. Me arrepentí de haberme escapado, pero ya no podía bajar, ¿no?

—No, mi amor, sin paracaídas no. —Lynn la apretó contra sí. —¿Pero cómo conseguiste el boleto a tu edad? —exclamó después.

—Había unas chicas grandes que iban a la universidad y me dejaron decir que era su hermana. Después, cuando llegué, quise volver, pero no me alcanzaba el dinero. Gasté todo lo que tenía en la alcancía en el boleto de ida. Así que tuve que ir a casa de tía Helen. Y toqué el timbre y no había nadie y... —El relato terminó en un lamento... —¡Me quería volver a casa!

—Claro que sí. Y ahora ya estás aquí.

¡Pero qué coraje había tenido! Trazar el plan y llevarlo a cabo sola era algo que requería inteligencia y coraje.

Annie se apartó, se secó la nariz con el dorso de la mano y sacudió la cabeza. Las lágrimas le habían manchado la cara. El cuello arrugado del abrigo estaba metido hacia adentro. Si fuera una niña hermosa, pensó Lynn en ese instante, uno no sentiría tanta angustia, tanta compasión mezclada con necesidad de protegerla.

—¿Por qué no me contaste, Annie, lo que te pasaba? —repitió con dulzura.

Annie habló a borbotones.

—No me ibas a contestar. Además, es horrible estar aquí. Esta casa está llena de secretos. Tú estás enferma...

Lynn se vio obligada a interrumpirla.

—Tesoro, no estoy enferma —protestó—. A veces, cuando una mujer está cansada, el estómago le trae problemas, nada más. Eso no es estar enferma. Te lo he explicado más de una vez.

—No, no digo enferma por eso. Además, a Emily también le pasa algo. Está cambiada. Siempre está en su cuarto. Ya casi no me habla.

Ahora fue Emily la que interrumpió.

—Annie, no es cierto. Tengo que estudiar. Además, hablo contigo.

—No me dejas entrar y sé por qué es: estás llorando y no quieres que te vea. Nadie me dice la verdad. Cuando fuiste al hospital, dijeron que era algo que comiste, gripe infecciosa o algo así.

—Gripe intestinal —dijo Lynn.

—Y no fue más que eso —acotó Emily.

—¡No les creo! ¿Quieren saber lo que pienso? Que fue algo que hizo papá.

—¡Ay, pero qué idea espantosa! —exclamó Lynn.

Tal vez debieron de haber seguido el consejo de Josie y contarle la verdad a Annie. Hoy en día los chicos estaban enterados de todo. Sabían qué eran los

abortos, las pérdidas de bebés, la homosexualidad, el sida, todo. Pero Emily no lo hubiese querido. Y al fin y al cabo, se trataba de la vida de Emily.

—¿Cómo puedes pensar una cosa así? —exclamó Lynn otra vez.

—Porque es malo, por eso. Nunca nos dejas decir nada de él, pero no quiero que vuelva. No quiero. ¡No quiero!

Esto era lo que habían producido sus iras tumultuosas. ¿Qué importaban sus persistentes intentos de enseñarle tenis o piano? Lynn sintió deseos de echarse a llorar de nuevo, pero comprendió que no debía hacerlo.

Como desconocidos en una calle poco familiar, sin saber hacia dónde tomar, se quedaron en el vestíbulo, vacilantes.

Bruce cortó el silencio de inseguridad.

—¿Por qué no nos sacamos los abrigos y nos sentamos?

—Deben de estar con hambre —dijo Emily enseguida—. Prepararé algo en unos minutos.

—No —replicó Bruce—. Cenamos en el avión. Pienso que deberíamos hablar, en cambio.

Lo siguieron hasta el escritorio, donde Lynn había tenido el fuego encendido todo el día. Bruce se paró junto al hogar, con la cabeza gacha y la expresión concentrada, como si viera algo oculto en el movimiento de las llamas. Luego, se volvió y con la misma expresión seria, comenzó a hablar rápidamente.

—Tuvimos una conversación sobre el tema durante el vuelo. Pero me di cuenta de que no era el lugar para las cosas que quería decir. Así que es mejor que hablemos abiertamente ahora. Lo que quiero explicarle a Annie es algo que ya descubrió, que las personas, cada uno de nosotros, somos una mezcla de todos los que nos precedieron. Los ojos y el pelo de este, el talento de aquel para la música, el sentido del humor de tal otro o la paciencia o el mal carácter de otro más.

Con excepción del tintineo del collar de Juliet cuando la perra se rascaba, en la habitación había silencio. La seriedad poco habitual de Bruce hacía que todas tuvieran la vista clavada en él.

—Y cuando se junta gente en una familia, en la misma casa, te topas con estas diferencias todos los días. En casa, Josie dice que soy desordenado y es verdad. Tengo aserrín en la ropa y en los bolsillos. Me siento en el sofá y dejo aserrín entre los almohadones. Josie no lo soporta. A mí me parece que ella hace demasiado escándalo, pues para mí, el sofá no es tan importante, pero para ella sí y piensa que debería darme cuenta de que lo es. Es que somos diferentes, todos somos así.

Hizo una pausa, frunció el entrecejo y les dirigió una mirada penetrante.

—Y aquí, cada uno de ustedes hace cosas que los otros no soportan. — Levantó una mano como para que no lo interrumpieran. —No, no quiero que me hagan confesiones. Solo quería explicar la idea. Annie, ¿entiendes a lo que quiero llegar? ¿Por qué Josie y yo no nos arrancamos los pelos por lo del aserrín? ¿Y ninguno de los dos se escapa?

Annie sonrió.

—¿Te da risa, no? Dime, ¿por qué crees que no lo hacemos?

—Supongo —aventuró Annie— que porque se quieren.

—Adivinaste, Annie. Ahí está la respuesta. Dices que tu padre es «malo». Tal vez te parezca que lo es, pero yo no vivo aquí y no lo sé. Pero si dice cosas feas, la verdad es que también dice cosas muy lindas, ¿no? Y que hace cosas buenas por ti.

Al no recibir respuesta. Bruce insistió.

—Vamos. ¿No es así?

—Sí, puede ser.

—Ay, Annie, te consta que lo es. Estuve aquí un millón de veces. Los he visto tocar el piano juntos y eso es maravilloso. Lo he visto enseñarte a jugar al tenis y los he visto a ambos en la biblioteca los sábados por la mañana, buscando libros. ¿Crees que hace todo eso porque es malo?

Pocas veces había oído Lynn a Bruce hablar tanto y con tanta intensidad; era conocido por su parquedad. Cuando estaban juntos, era Josie la que, con vehemencia y positivismo, hablaba por los dos.

—Ahora bien; dices que tiene una forma terrible de retar. Lo dices tú, no lo digo yo. Pero Annie, ¿qué puedes hacer al respecto? No es probable que vaya a cambiar. Muy pocas personas cambian, Annie. La mayoría de nosotros seguimos siendo siempre como fuimos hechos. Así que, con escaparte, no resuelves nada. Esta es tu casa, aquí está tu madre, aquí está tu hermana. Tendrás que salir adelante desde aquí.

Emily miraba hacia el frente. Tenía expresión triste; los labios entreabiertos reflejaban cansancio. ¿Y qué pensamientos le habían trazado una línea en la frente? La propia Lynn tenía la cabeza llena de recuerdos desconectados. ¿Bruce realmente pensaba así?

—Todo pasa por el amor, como dijiste recién sobre Josie y yo. Tienes que recordar que las personas pueden retar, gritar y, a pesar de eso, amar. Tu padre te quiere, Annie. Haría cualquier cosa por ti. Piensa siempre en eso, aun si a veces te cuesta hacerlo. Trata de no dejar que sus palabras te hieran, aunque te parezcan injustas y a veces realmente lo sean. Si su forma de ser lo

lleva, en ocasiones, a hablar con dureza, bueno, es su defecto y tendrás que acostumbrarte a vivir con eso.

Bruce, que había estado de pie desde el comienzo, ahora se sentó y se secó la frente, como si hubiera estado haciendo un gran esfuerzo. Lynn vio, otra vez, el brillo húmedo detrás de los lentes. Hoy es un día que me gustaría olvidar, pensó. Un día triste. Y sin embargo, él ha logrado infundirle algo de calor.

—Estoy pensando —dijo Bruce despacio, dirigiéndose a Lynn, además de a Annie—, si no sería una buena idea que Annie pudiera hablar con alguien cuando se siente atribulada. Hay un doctor Miller, amigo de Josie...

—Sería una gran ayuda para ti, Annie —dijo Lynn—. Estoy de acuerdo con el tío Bruce.

Annie objetó de inmediato.

—¡No! Ya sé lo que están diciendo. Un psicólogo. Sé lo que es eso y no voy a ir. ¡No y no!

Lynn esperó a que Bruce respondiera. Le pareció natural confiarle la decisión a él.

—No tienes que decidirlo ahora —dijo él con suavidad—. Piénsalo detenidamente y cuando cambies de idea, le dices a mamá.

—No cambiaré de idea —declaró Annie.

Esta obstinación parecía venir de Robert. Qué pensamiento curioso. Pero si Annie consentía, habría otra discusión, objeciones de Robert, casi imposibles de ignorar. Pero si es necesario pensó Lynn con decisión, le haré frente.

—Está bien, está bien —la tranquilizó Bruce—. Nadie te va a obligar a hacer nada. Nos alegra que hayas vuelto, nada más. Tu familia no puede arreglárselas sin ti, y la tía Josie y yo tampoco. Contamos contigo los domingos por la mañana para ayudarnos con los muebles.

Bruce se dedicaba a reparar muebles viejos que habían sido donados para los pobres, con humildad y poco aspaviento. Y Lynn volvió a recordar, como hacía con frecuencia, la expresión que solía usar su padre: es la sal de la tierra.

El fuego se había convertido en una pila de ceniza blanca, pero su calor perduraba. Bruce estaba delante del hogar, con las manos extendidas hacia el calor. Y una idea alocada cruzó por la mente de Lynn: ¿Y si me levantara y lo abrazara? ¡Qué horror! Es el marido de Josie, por Dios. Y yo soy la mujer de Robert. Y lo quiero a Robert.

—Tienes hambre —dijo, con tono alegre—. Digas lo que digas, tienes hambre. Quédate un minuto. Preparé sopa de verdura esta tarde, mientras los esperaba.

—Después de todo, suena muy bien —admitió Bruce—. La comida de las aerolíneas nunca te llena.

Así que se sentaron en la cocina a comer sopa con galletas, fruta y un plato de galletitas con chocolate. Ante la sorpresa de Lynn, Annie rechazó las galletas. ¿Acaso era posible que al ver que le ofrecían dulces sin restricción, no los deseara con tanta intensidad como cuando se los negaban? Era algo que había que pensar.

En la puerta, tomó la mano de Bruce entre las suyas.

—Esta es la segunda vez que nos salvas la vida. ¿Te has dado cuenta?

—Para eso están los amigos, Lynn.

—Es tanta mi riqueza en amigos. —Y por ningún motivo en especial, le contó que Tom Lawrence también había venido esa mañana. —Me sorprendió tanto.

—¿Por qué? Te estima muchísimo —dijo Bruce—. Como nosotros.

Una vez que él se fue y Annie subió, Lynn preguntó a Emily:

—¿Qué dijo Bruce mientras yo estaba en la cocina?

—Nada del otro mundo.

—Todos se callaron cuando entré. No me ocultes las cosas, Emily.

—Está bien. Solamente dijo que en este momento, nos necesitas. Que no tienes que estar en tensión, que no es bueno para ti ni para el bebé.

Lynn frunció el entrecejo.

—Me indigna parecer una inválida. Como si no pudieran sentirse libres para expresarse con naturalidad. No quiero eso.

—¿Es cierto lo del bebé?

—No lo sé. Dicen que puede ser así.

—Nunca lo había visto tan serio —comentó Emily—. Casi parecía enojado con nosotras.

—¿Pero, por qué? ¿De qué hablas?

—Dijo que tenemos que mantener la paz en esta casa, a pesar de lo que... de lo que cualquiera pueda decir o hacer. Siempre. Que debemos mantener las cosas tranquilas y alegres. —Emily se quedó pensando. —Es cierto, nunca lo había visto tan severo. —Nos lo ordenó, directamente. No parecía Bruce. —Apoyó la mejilla contra la de Lynn. Era más alta que su madre. Lynn lo notó por primera vez. —Las dos lo tomamos muy en serio. Annie no volverá a hacer locuras. Bruce la ayudó un montón. No te preocupes más, mami.

—Si tú lo dices...

—¿Me lo prometes?

—Sí, lo prometo.

Pero todo es demasiado simple, se dijo Lynn. ¿Hasta qué punto Bruce creía en sus propias palabras?, pensó. Tampoco sabía lo que realmente pensaba él.

A pesar de todo, cuando volvió Robert, fue como si los dos días previos se hubiesen borrado de la memoria.

Llegó tarde, pues sufrió una demora en la aduana, donde tuvo que pagar por todos los regalos que había traído. Fueron necesarios dos hombres, Robert y el conductor, para subir el pesado cajón por la entrada y depositarlo en el vestíbulo.

—Pero, por Dios, ¿qué has traído? —exclamó Lynn.

—Ya verás.

Le brillaban los ojos; el viaje largo y el esfuerzo no habían hecho más que levantarle el ánimo. Las abrazó y las besó a todas. Por un instante, cuando él atrajo a Annie hacia sí, Lynn, que observaba y rogaba para sus adentros, creyó ver rechazo en los ojos de ella, pero desapareció y después quedó con la duda de si no lo habría imaginado. Riendo, Robert tomó las manos de Lynn y dio un paso atrás para contemplarla.

—¡Caray, cómo te has puesto! Miren a su madre, chicas. Juro que ahí adentro parece que hay mellizos o trillizos. Si es así, tendremos que agrandar la casa o mudarnos. ¿Pero cómo estás, mi amor? —Sin esperar respuesta, siguió hablando: —¿Cómo está mamá, chicas? ¿Ha estado sintiéndose bien? Porque si no es así, seguro que no me lo va a decir.

—Estuvo muy bien —le aseguró Emily.

—Entonces quiere decir que la han cuidado bien. —Se frotó las manos. — Afuera hace un frío polar, pero no es nada comparado con Europa Central. Tengo un millón de cosas que contarles. No sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si empezamos con la cena?

—¡Sí, la cena! ¡Qué bueno es estar otra vez en casa!

Lynn había preparado un festín de succulenta comida para una noche invernal: sopa de hongos con delgadísimas rebanadas flotando en el caldo dorado, pato con cerezas negras, *soufflé* de espinacas con hierbas y cebollas y budín de manzanas al vino. Había *champagne* sobre un nido de hielo y todos bebieron, salvo Annie, que lo probó e hizo una mueca. Hasta Lynn, a pesar

del embarazo, tomó un sorbo. La mesa estaba puesta con la mejor vajilla y la cristalería Baccarat que Robert había comprado. En el centro, Lynn había puesto un ramo bajo de rosas blancas. Toda esa excelencia no pasó inadvertida.

—¡Su madre! —exclamó Robert—. ¡Su madre! Miren todo esto. —Estaba exultante.

—¡Fue una experiencia fascinante! Por supuesto, hubo mucho trabajo, nos quedábamos hasta muy tarde hablando y traduciendo, conociendo toda clase de personas, algunos dispuestos a colaborar con entusiasmo, otros obstinados... ¿pero así es la vida, no? Aunque en general, creo que fue un gran éxito. Budapest, en la parte antigua, es algo oscura y deslucida a ojos nuestros, pero maravillosamente pintoresca, de todos modos. Y de pronto, te topas con una moderna torre de vidrio. La oficina de la compañía es tan moderna como la de Nueva York. Te alejas caminando y encuentras un restaurante chino, una pizzería y ahí ves lo que se viene, ahí ves el futuro.

Robert hizo una pausa para cortar un trozo de pato, lo tragó y se apresuró a seguir con su relato:

—Hungría es una democracia con todas las de la ley, ahora. Conociendo la historia de su pasado, uno no puede menos que maravillarse ante lo que está sucediendo. Con el tiempo, entrarán en la OTAN o se asociarán de alguna forma con ella. No hay dudas. Lo que necesita el país, ahora, lo que necesitan todos esos países, es capacitación para los niveles gerenciales y ahí es donde entra Occidente, donde entramos nosotros. Ah, casi me olvido. Traje un auténtico strudel húngaro. Está en mi bolso. Lo compré ayer a la mañana. Bueno, lo comeremos mañana. Sería demasiado con este postre. Deberías ver las cafeterías, Lynn. ¡Y las masas! Conseguirías recetas a granel. Me senté en una de estas cafeterías, con vista a una plaza con palacios y una imponente iglesia gótica. Maravilloso. Les va a encantar, chicas.

—¿Pero y la universidad? —preguntó Emily, nerviosa.

—No te preocupes, sigue trabajando para ingresar en Yale. Nada va a interferir con eso. —Robert sonrió. —Volarás para allá cuando tengas vacaciones. Ganaré lo suficiente para que puedas permitirte, por suerte.

—¿Y yo? —preguntó Annie.

—Tampoco te preocupes. Habrá una buena escuela para ti, con hijos de diplomáticos y todo tipo de gente interesante...

Había traído de vuelta todo su vigor y su antigua magia. Era contagiosa. Lynn vio en las caras de sus hijas que ellas también sentían el contagio.

—Y por supuesto, no estaremos restringidos solamente a Hungría. Es tan fácil y rápido moverse por Europa y tendrán ocasión de conocer todo. Verás el Partenón, en Grecia, Annie, y comprenderás por qué quería que estudiaras los dioses griegos. Roma. París, por supuesto, y... —Hizo un amplio gesto con la mano. —... el mundo, ¿por qué no?

Después de cenar, abrieron los regalos. De pie en el medio de un círculo de sillas, Robert desenvolvía y mostraba sus hallazgos. Había comprado con esmero. Para Annie, un reloj cucú.

—Recuerdo que una vez dijiste que querías uno y este es una belleza. — Para Emily, una acuarela de un castillo sobre una colina. Para Lynn, figulinas Herend, en verde y blanco, grandes: un canguro, un elefante y un unicornio.

—Dudé un poco si comprarlos en rojo o en verde. ¿Qué opinas? ¿Hice bien, Lynn? —preguntó.

Y sin esperar su respuesta, los colocó sobre la repisa encima del hogar y dio un paso atrás, contemplándolos con el entrecejo levemente fruncido. — No, así no. —Los corrió. —Tendrían que estar agrupados en un costado. La simetría es aburrida.

—No sé de dónde sacaste tiempo para hacer compras —comentó Lynn.

—Yo tampoco. Cuando deseas hacer algo, te inventas el tiempo. Es así de sencillo.

La velada se extendió mucho más allá del horario en que Annie acostumbraba acostarse y usurpó las horas de estudio de Emily.

—... Y deberíamos tomarnos por lo menos unos días de esquí en Chamonix. Por lo que he leído, los Alpes Franceses tienen un encanto especial. Sí, me las arreglaré para tomarme días libres. —Robert rio. —El jefe de la oficina siempre puede tomarse unos días, sobre todo cuando el resto del tiempo está sobrecargado de trabajo. Uy, miren el reloj. De pronto, me vino el cansancio del viaje. ¿Subimos?

En el dormitorio, mientras se desvestía, Robert dijo:

—Las cosas pintan bien, Lynn, muy bien. ¿Has oído eso que dicen de meterte arena en los zapatos para querer volver? Bueno, allá no hay arena, pero no veo la hora de volver.

Se puso a vaciar la valija y ordenar el contenido, moviéndose rápido y hablando todo el tiempo, pasando de un tema a otro.

—Le envié por facsímil un informe a Monacco y recibí una respuesta muy complacida... La noté distinta a Emily, esta noche. Esa mirada perdida que tenía desapareció por completo. Y estuvo más cálida conmigo. Sí, como

predije, ya dejó de pensar en ese individuo. Gracias a Dios... Y Annie, también, estuvo realmente dulce, me pareció...

Colgó las corbatas del soporte y volviéndose, exclamó súbitamente:

—¡Ay, pero cómo las extrañé, a pesar de tanta actividad! ¿Me extrañaste tú también, Lynn?

Lynn se estaba diciendo: se va a enterar, así que es mejor que se lo diga ahora. Fue así que de la forma más breve posible, le contó la historia de Annie, asegurándose de no mencionar ninguno de los comentarios de la niña sobre él.

Robert se sobresaltó, se enojó y se horrorizó al mismo tiempo.

—Dios Santo —dijo—, en cuanto me doy vuelta algo horrible les pasa a mis hijas.

A Lynn se le fue el alma a los pies.

—No quería arruinarte la bienvenida y espero que esto no lo haya hecho, porque como ves, ahora estamos bien. —E improvisó, puesto que contar la trágica historia con veracidad absoluta solo provocaría una discusión: —Al parecer, estaba preocupada por mí. Bueno, supongo que es natural que la afecte el embarazo. Y se asustó mucho con lo que le pasó a Emily en el verano. Pensó que su hermana estaba terriblemente enferma y que le estábamos ocultando la verdad. Todo parece haberle estado dando vueltas en la cabeza, entonces...

¿Y por qué estoy ocultando la verdad? se preguntó, interrumpiendo el relato. ¿Acaso todavía estoy tan afectada por lo de Caroline que tengo miedo de que me culpe por otra cosa? Ya dijo que el problema de Emily fue culpa mía...

Robert se había sentado con pesadez.

—Y Bruce la trajo de vuelta.

—Sí; estuvo maravilloso, ¿no te parece?

Se desmoronó en la silla. A la luz débil de la lámpara de la mesa de luz, su cara empalideció, como si el vigor acabara de extinguirse.

Lynn repitió, no sin ansiedad:

—Estuvo maravilloso. Habló con Annie, con las dos, dijo cosas hermosas.

—¿De qué habló?

—Bueno, de la vida en general, de los desafíos, del optimismo, de la mutua comprensión. Les hizo mucho bien.

—Sí, puede ser, pero a mí no me hace nada feliz.

—No, no hay nada de feliz en el asunto. Realmente pienso, Robert, que Annie tendría que recibir consejos de un profesional. Y nosotros también.

—Qué tontería. Ya te dije lo que opino de todo eso. Además, Annie no es la primera chiquilina que se mete ideas en la cabeza y se escapa. Sucede todo el tiempo. Estoy seguro de que se arrepintió mucho antes de llegar.

Bueno, al menos eso era verdad...

—Pero estoy pensando en Bruce. Es subordinado mío en la oficina y está enterado de los asuntos más privados de mi familia; el desastre de Emily el verano pasado y ahora esto, caramba.

—Estuvo muy gentil —dijo Lynn y luego, queriendo quedar con la conciencia bien limpia, añadió: —Tom Lawrence también se portó muy bien. Vino esa mañana.

—Ay, por Dios, ¿él también? ¿Cómo pasó?

—No quiso que me quedara sola cuando se enteró de lo de Annie. No tendría que molestarte, Robert. Son buenos amigos.

—Buenos amigos, sí. Pero saben demasiado.

—Son hombres excelentes. No se les ocurriría andar con cuentos sobre nuestras hijas, lo sabes.

—Que ellos lo sepan ya es demasiado —se quejó él.

Lynn se inclinó para quitarse los zapatos; le costaba llegar a los pies. Al verla esforzarse, Robert fue a ayudarla. El bebé estaba activo; vio el movimiento bajo la enagua fina de ella y Lynn se dio cuenta de que la compadecía; no quiso discutir.

—Pobrecita —dijo Robert—. ¡Qué momentos has pasado y yo tan lejos! Ahora que volví, descansa y deja que me haga cargo de todo.

El bebé daba vueltas y vueltas. En el caos de los últimos días, Lynn casi no había pensado en él, pero ahora la asustó la inminencia de su venida. Dentro de apenas ocho o nueve semanas, se separaría de ella y a la vez, con sus necesidades, se uniría a ella más todavía. Sería él ante todo. Tenía que mantener la calma y la esperanza por el bien del bebé.

La calma y la esperanza. Muy bien, entonces. Descansa y deja que Robert se haga cargo de todo. Es lo que quiere, de todos modos.

Robert V. W. Ferguson nació temprano una mañana ventosa entre el invierno y la primavera. Revoltoso como había sido en el vientre, la salida de él fue fácil. Pesó cuatro kilos, llegó con una cabeza cubierta de pelo y fue el primero de los bebés Ferguson que no nació pelado. El pelo era del color rubio dorado de Lynn; la carita prometía ser alargada y aguileña como la de Robert.

—Una buena mezcla, con todo —dijo Robert. Estaba de pie contra un fondo de ramos primaverales puestos sobre el alféizar de la ventana. — ¿Contaste las flores? Esa canasta de orquídeas verdes en un extremo es de Monacco. La telegrafió desde California. —Observó a su hijo alimentándose contra el pecho de Lynn. —¡Qué torito! —exclamó—. ¡Qué torito! Mira ese muchacho.

No podía contener su júbilo y hacía que Lynn se sintiera una reina.

De vuelta en casa, continuó su reinado desde la cama.

—Vas a tomarte las cosas con calma, vas a descansar y dejar que te atiendan hasta por lo menos el fin de semana —insistió Robert.

El moisés, forrado con volados blancos, estaba junto a la cama y Lynn agradeció a Josie por los moños celestes.

—En cuanto nos enteramos por Robert de que era un varón, Josie vino para acá. Y quiero que sepas que soy el responsable de que los moños sean celestes.

—Qué machista —dijo Josie.

—¿No ibas a poner moños rosados, verdad? —preguntó Lynn.

—¿Y por qué no? —replicó Josie alegremente—. Pero le hice caso a mi marido.

La forma en que peleaban en broma divertía a Lynn. La breve hora que había estado en su casa, ya la había llenado con una sensación de bienestar. Había libros nuevos apilados sobre la mesa de luz, junto a la caja de bombones —ya no prohibidos— y un ramillete de violetas del valle en un florerito. Marido, amigos e hijas, todos fascinados por el bebé en su nidito de lana, se arremolinaban alrededor de ella. Annie y Emily hablaban en susurros.

—Pueden hablar normalmente, queridas —les dijo Lynn—. Las voces no lo molestarán para nada.

—¿Cuándo podremos levantarlo? —quiso saber Annie, muy ansiosa.

—Cuando se despierte, te lo daré.

Y Annie, con vergüenza, dijo:

—¿No es gracioso? Apenas lo conozco y ya lo quiero.

A Lynn se le humedecieron los ojos.

—Ay, Annie, qué lindo lo que has dicho.

—¿Qué, creías que no iba a quererlo? Ya soy demasiado grande para tener celos de un bebé.

Todos rieron. Bruce palmeó a Annie en la espalda y Emily dijo:

—Annie, ¿dónde están las cajas que llegaron esta mañana?

—Aquí, detrás de la puerta. Ábrelas, mami. Seguro que son más trajecitos. Ya tiene siete. Y abajo hay una caja grande que llegó ayer. No la abrí.

Robert bajó y volvió a los pocos minutos con un sillón de tamaño infantil tapizado en punto de cruz.

—¡Estilo Reina Ana! ¿No es adorable? Un sillón formal para la sala —exclamó Lynn—. ¿A quién pudo ocurrírsele?

—La tarjeta es de Tom Lawrence, con sus mejores deseos. —Robert frunció el entrecejo. —¿Por qué un regalo tan costoso? No lo conocemos tanto. No es amigo íntimo.

Lynn sintió calor en el cuello y rogó para que no se le notara. Tom se había sobrepasado: el regalo era original, de gusto impecable... y caro.

Como si le leyera la mente. Bruce acudió en su ayuda.

—No es tan opulento para un hombre con la posición de Tom. El costo es relativo. Y es evidente que los aprecia a ambos.

—Bueno, es que no me gusta sentirme en deuda —explicó Robert.

Una expresión de perplejidad le cruzó por el rostro. Lynn sabía que estaba pensando en el fin de semana en Maine y en todas las cosas que Lawrence había hecho por él, el espaldarazo que le había dado en la empresa.

—Tendrás que agradecerle por escrito mañana a más tardar, Lynn.

—No tengo fuerzas. Estoy más cansada de lo que creía —mintió ella.

Una carta a Tom podía resultar imprudente, si realmente él tenía ideas raras... y cuanto más pensaba en ello, más le parecía que podía tenerlas, aunque ella hubiese dejado bien en claro su posición. La situación resultaba estimulante, pero también inquietante. No, una carta, no.

—Escríbela tú —le dijo a Robert— y yo la firmaré contigo. —Y se volvió hacia Emily como si hubiera recordado algo de pronto. —¿La tía Helen no llamó?

Annie, Emily y Robert se miraron.

—¿No? Qué raro. No entiendo.

—Bueno —dijo Robert—. Iba a ser una sorpresa, pero será mejor que te lo contemos. Vienen hacia aquí, los dos. Llegarán en un par de horas. Van a alquilar un auto en el aeropuerto.

—¿Darwin también? —Lynn se emocionó. —¡Qué cariñoso de su parte tomarse el tiempo para venir!

—Vaya tiempo. —Robert rio. —Bañeras e inodoros. Asuntos importantísimos.

—Pues yo no me las arreglaría sin ninguna de las dos cosas —rio, Bruce.

Josie dijo con firmeza:

—Darwin siempre me gustó. Es buenísimo.

—Sí, buenísimo —asintió Robert—. Un diamante en bruto.

¿Por qué siempre tenía que decir cosas como esas?

—Será mejor que te cuente todo —agregó Robert—. A la Tía Jean también se le ha metido en la cabeza venir.

—¡No pongas esa cara! Me parece cariñosísimo de su parte querer conocer al bebé. Me alegro de que venga y se lo voy a demostrar. —Pero de inmediato, se preocupó. —¿Dónde van a dormir, todos? ¿Y qué van a comer? Se quedarán un par de días, seguramente, y...

—No te preocupes —la tranquilizó Emily—. Le armé una cama en el cuartito del segundo piso a la tía Jean, el tío Darwin y la tía Helen dormirán en la habitación de huéspedes y hay comida de sobra. Tío Bruce vino con nosotras al supermercado esta mañana, antes de que volvieras, para ayudarnos a traer las cosas. Alcanza para un regimiento.

—Y la mesa ya está puesta para la cena —informó Annie—. Hasta armamos un centro de mesa con las flores que trajiste.

Y así subieron y bajaron las escaleras todo el día, entrando y saliendo de la habitación donde la reina descansaba recostada contra los almohadones bordados, el mejor juego, reservado para enfermedades que obligaban a guardar cama y, por suerte, nunca utilizado hasta el momento.

Annie subió a Juliet para dejarla oler el moisés.

—Para que se acostumbre al olor del bebé —explicó. Robert trajo una bandeja con la cena.

—¿No soy un buen mayordomo? —preguntó, buscando elogios. Y después llegaron Helen y Darwin, él tan regordete y sonriente como siempre, ella tan bienvenida como siempre.

—Siento como que no te he visto en un siglo —exclamó Lynn, mientras se abrazaban.

—Bueno han pasado casi dos años. A pesar de lo que dicen de los aviones, que te llevan de un lado a otro en un par de horas, es toda una movilización. Es un viaje.

—Esta familia va a tener que acostumbrarse a los viajes —anuncio Robert, que estaba parado, orgulloso, con una mano sobre el moisés—. Este muchachito va a conocer el mundo. —Y cuando Helen lo miró, desconcertada, preguntó: —¿Cómo, Lynn no te lo contó? Sí, nos iremos a vivir al extranjero por un tiempo. Dos años, tres, cinco, ¿quién sabe? —Hizo un entusiasmado relato de sus proyectos.

—¿Y cómo nunca me lo contaste? —quiso saber Helen, cuando las dos estuvieron a solas. Y antes de que Lynn pudiera responder, con su modo rápido y penetrante, que tanto se asemejaba al de Josie, añadió: —Tenías demasiadas cosas en la cabeza, por eso.

—Bueno, no fue el embarazo más fácil, te confieso. ¿Pero no es divino? Tiene la cabeza perfectamente formada, ¿no te parece?

Helen sonrió.

—Es precioso. Los míos parecían monitos durante el primer mes. Pero no estaba pensando en el embarazo. Hablaba de... bueno, de Annie, como sabrás.

Lynn no tenía deseos de revelar las dudas y preocupaciones que, a pesar de que Annie parecía estabilizada, seguían chisporroteando en su subconsciente. Por encima de todo, no quería contárselas a Helen. De modo que habló con ligereza, como dando por terminado el tema.

—Annie ya superó todo eso.

—Sí, hasta la próxima vez.

Helen siempre estaba buscando pistas, indicios y señales de alarma; por supuesto, era porque nunca le había gustado Robert. Pero era demasiado íntegra para decirlo.

Lynn respondió con una nota petulante en la voz que ella misma pudo oír; hasta reconoció el motivo de la misma: dije que la situación era distinta, ahora, pero antes también lo dije muchas veces; no quiero pensar en eso hoy; solamente deseo un poco de tiempo para ser completamente feliz con mi bebé.

—Annie está bien, Helen. Encantada con Bobby. ¿No te diste cuenta?

El silencio de su hermana le informó que no le creía.

—Si no me crees, pregúntaselo a Bruce —añadió Lynn, obstinadamente—. Conoce bien a Annie.

—Quiero creerte —dijo Helen, frunciendo los labios con expresión de suspicacia—. Quiero creerte. Pero sé que si las cosas anduvieran mal, nunca lo admitirías.

Indaga, indaga, indaga, pensó Lynn, fastidiada.

—Siempre te has guardado todo. Me preocupas.

La impaciencia de Lynn aumentaba.

—Mírame. ¿Qué ves? Mira a tu alrededor, mira la casa. ¿Qué ves?

—Veo que estás igual que siempre y que tu casa tiene todo lo mejor.

Desde abajo llegó el sonido del piano que acompañaba ruidosas canciones.

—Robert está tocando y las chicas, cantando. Inventaron una canción cómica para recibirme en la puerta cuando volvimos del hospital. ¿Eso no te dice nada? —le espetó.

—Bueno... me dice que todos te queremos. —Aceptando, al parecer, la derrota, Helen cambió de tema. —¿Sabes una cosa? Estoy muerta de hambre. Voy abajo a ver qué hay para comer.

—¿Puedo pasar o te voy a cansar? —Jean vaciló, como era su costumbre. Al menos, cuando estaba en la casa de Robert.

—Claro que puedes pasar. No estoy nada cansada y es absurdo que esté en cama, pero el médico me obligó a hacer reposo durante dos días.

Después de admirar al bebé por segunda vez, se sentó en la mecedora junto a la cama. Guardó silencio unos instantes, sonriéndole a Lynn con la expresión que Robert llamaba «sumisa». Pero Lynn se había dado cuenta desde un principio que no era sumisa sino que ahogaba una profunda pena.

Jean entrelazó sus manos arrugadas y moteadas de marrón sobre la falda floreada. ¿Nunca usaba ropa que no fuera floreada? Eran manos pacientes y fuertes.

—Es lindo estar un rato a solas contigo, Lynn —dijo—. Y es probable que esta sea la última vez. Me mudo a Vancouver.

—¡Pero tan lejos! ¿Por qué?

—Me voy a vivir con mi hermano. Los dos estamos viejos y solos.

—Pero nos tienes a nosotros. Podrías mudarte aquí, cerca de nosotros.

—No, querida. Seamos sinceras. A Robert no le gusta tenerme cerca.

La declaración no tenía nada de sumiso. Había sido hecha con la cabeza rizada gris, erguida, y una expresión seria, pero no rencorosa.

Exigía una respuesta sincera. O más o menos sincera.

—Robert es irritable, a veces, con todo el mundo, tía Jean, cuando está de mal humor. Pero tienes que saber que ladra pero no muerde.

—Lo sé. Era un chiquito tan cariñoso y tan inteligente. Nos gustaba jugar juntos a las damas y al dominó. Disfrutaba al derrotarme, ¡pero cómo se enfurecía cuando perdía! Nos divertíamos juntos... pero las cosas cambian. ¿Es una lástima, no? Después de que murió mi hermana y él se fue lejos... Frances te hubiera gustado —dijo Jean abruptamente—. Era una persona dulce. Y le hubiera encantado tenerte de nuera. Desde el principio me hiciste pensar en ella. Eres dulce y buena, como ella.

Conmovida, Lynn respondió solamente:

—Gracias.

La mecedora se movía; el crujido rítmico era hogareño, anticuado y sereno, como la presencia de la anciana.

—Lamento que no nos hayamos visto más, Lynn. Pero me alegra ver lo bien que te está yendo. ¿Porque es así, verdad?

—Sí —respondió Lynn, perpleja.

—Y Robert sigue siendo un buen marido.

¿Era una aseveración o una pregunta?

—Sí —respondió de nuevo.

Jean asintió.

—Te recordaré aquí, en esta casa hermosa, y será un placer para mí. Puse esa fotografía de Emily y Annie en un marco floreado. Me gusta tener flores por todas partes. ¿Te has dado cuenta, no? Espero que me envíes una linda fotografía de Bobby algún día.

—En cuanto tenga más pelo. Te lo prometo.

—Y que seguirás llamándome una vez por semana... aunque esté en Vancouver.

—Claro que sí, no lo dudes.

—Tu hermana me gusta —dijo Jean—. Y tus amigos Josie y Bruce, también. Él tiene algo especial, aunque todavía no descubrí qué es.

Lynn sonrió.

—A ti todos te caen bien, me parece.

—No, todos no. Pero trato de encontrar lo bueno de cada persona, si puedo. Frances era así... demasiado para su propio bien... Bueno, dime, ¿el bebé necesita una mantita para el coche de paseo?

Y la conversación se desvió al terreno neutral de las cosas tejidas; cosidas, cocinadas y plantadas. La serena familiaridad que Jean había traído consigo al entrar quedó levemente turbada cuando se fue.

Por qué todos tienen que ser tan enigmáticos, se quejó Lynn para sus adentros.

Ahora vino Emily a sentarse sobre el extremo de la cama.

—Mami, cuando estás feliz tienes una belleza especial —dijo.

Tenía un modo encantador de agrandar los ojos para expresar emoción. Hoy se había recogido el pelo sobre la cabeza; llevaba los aros de oro en forma de corazón que Robert le había regalado en su último cumpleaños. El solo hecho de mirarla inundó a Lynn con el gozo que necesitaba en ese momento.

—Me siento feliz cuando todos ustedes lo están. —El bebé gruñó, dormido. —Dale vuelta la carita para el otro lado, para cambiar —dijo.

—Ay, Dios, no sé cómo hacer. Me da miedo tocarlo.

Lynn rio.

—Te entiendo. Cuando naciste tú, me daba miedo levantarte, temía que te partieras en dos. Solo tienes que levantarle la cabeza un poquito —le indicó— y girársela. No es tan frágil como parece.

—Suspiró —dijo Emily—. ¿Lo oíste? Cuando lo di vuelta, suspiró.

—Seguramente estará preocupado por la situación internacional —respondió Lynn alegremente.

Pero Emily estaba seria.

—Mamá —dijo—, no había tomado conciencia de lo serio que es.

—¿Qué cosa?

—Cuidar de un bebé, quiero decir. Hay que pensarlo mucho mucho, antes de hacerlo.

Hablaba en voz baja, sin mirar a su madre, sino hacia la ventana, desde donde se veía llegar un anochecer azul oscuro. Y Lynn entendió qué quería decir: que lo que había sucedido el verano anterior, no debía volver a pasar.

Hablando hacia la oscuridad, Emily prosiguió:

—Todos los planes que debes de haber trazado para él, su salud, su educación, la habitación acogedora, el hogar en paz. ¿Hay que hacer planes, no? Y cumplirlos.

Lynn se ponía en el lugar de su hija y trataba de imaginar su incertidumbre, de sentir el miedo que debía de sentir todavía al pensar en los giros que hubiera podido tomar su vida. Vacilando, dijo suavemente:

—Llegará el momento indicado para ti, Emily. Ahora lo entiendes, no?

Emily se volvió hacia ella.

—Sí, mamá, lo entiendo. Y estoy bien, de verdad. Créeme.

Eras una vencedora, competente y fuerte. Una joven con propósitos, pensó Lynn, como de costumbre, nada parecida a la típica adolescente del último año de escuela.

—Sí —declaró—. Sí, te creo. —Y para aliviar la profundidad del momento añadió: —¿Comiste?

—Un poco. Pensé que tal vez no querías estar sola.

—No me molesta para nada. Ve abajo a terminar. Pero antes, pásame a Bobby. Dentro de un minuto va a tener hambre. Lo intuyo.

Y como si la hubiese oído, el bebé despertó con un gemido.

—Enciende las lámparas antes de irte. Gracias, mi amor.

Cuando Emily se fue, no dejó sospechas ni enigmas flotando en el aire. Lynn respiró hondo. Desde abajo se oía el zumbido agradable de

conversación. Los imaginó sentados a la mesa; Robert, en la cabecera, cortando y sirviendo la carne en el estilo anticuado al que se aferraba. La puerta trasera golpeó: alguien estaba sacando a Juliet. Alguien caminaba por los pasillos; se oían los pasos sobre el piso desnudo, entre las alfombras. Eran los ruidos de la familia, los ritmos de la casa, del hogar.

Que Helen hurgara e indagara; lo hace con buena intención, pero déjalo pasar. Y deja pasar las palabras de la querida y anciana Jean: ¿Robert sigue siendo un buen marido? Es la curiosidad natural de una mujer que está sola, nada más.

¡Esos últimos días, esos últimos meses habían sido tan enriquecedores! Dios era testigo de que antes que eso, el año había sido cruel, pero ¿acaso el dolor no era parte también de la vida? Milagrosamente, ahora, un espíritu nuevo parecía haber descendido sobre todos ellos, sobre Robert y las chicas, y por eso, sobre ella también.

Permaneció recostada con el bebé hambriento al pecho. ¡Qué hombrecito! ¡Qué criatura diminuta, para haber traído, con su sola presencia, tanto gozo a la casa! Lynn sentía una gratitud purificadora, una intensa paz.

CUARTA PARTE

Primavera de 1989

Otoño de 1990

Capítulo 05

El enorme salón estaba abarrotado. Todas las mesas estaban ocupadas y, reflejadas en la pared con espejos del salón de baile de hotel, típicamente llamativo, la cantidad de gente resultaba impresionante.

—Este hombre —decía el alcalde—, este hombre, a quien entregamos con gratitud el Premio Hombre del Año, ha alcanzado más logros para nuestra comunidad en los poco años que ha estado entre nosotros que muchos de los que hemos nacido aquí, entre los que me incluyo.

Risas afectuosas y amistosas dieron su aprobación a la modestia del alcalde. No obstante, pensó Lynn en la cúspide del orgullo, es cierto.

—La lista de sus actividades llena una hoja entera impresa a espacio simple. Está su trabajo para el hospital, la investigación sobre el cáncer, la biblioteca nueva, tan necesitada, el sida, la educación, el programa de reciclado que marcó un ejemplo para las ciudades que nos rodean. Podría seguir un rato más, pero sé que quieren oír hablar a Robert Ferguson en persona.

Robert tenía clase. A su lado, en el podio, los funcionarios del pueblo, tres hombres y una mujer de rostro agradable y pelo blanco azulado, perdían nitidez. Siempre era así. Dondequiera que fuera, se destacaba.

—El alcalde Williams habló de una lista —dijo—. Mis listas son mucho más largas. Contienen los nombres de los que son realmente responsables por el éxito de las causas para las que he estado colaborando. Llevaría horas contarles quiénes son y quizá me olvide de algunos, lo que sería imperdonable. De modo que les diré solamente que debemos nuestro agradecimiento a todos aquellos que se encargaron de las llamadas telefónicas, de recaudar los fondos que necesitábamos, de llenar los sobres, de organizar cenas, de escribir informes y que se quedaron despiertos toda la noche para lograr sus objetivos.

Tenía una voz profunda, resonante, dicción clara y pura, pero no afectada. No se oía una tos ni un susurro entre el público.

—Y sobre todo, debo dejar que todo el mérito se lo lleve la compañía de la cual tengo la suerte de formar parte. General American Appliance, de cuyas magnánimas donaciones, no solamente aquí sino en todo el país, seguramente todos están enterados. La extraordinaria generosidad de estas grandes corporaciones norteamericanas es la maravilla del mundo. Y GAA siempre se

ha destacado por servir al público. Nos preocupamos. Y aquí, en este rinconcito de los Estados Unidos, han podido ver los frutos de nuestra preocupación.

«De manera que agradezco a mis superiores de GAA por alentar mis pequeños proyectos aquí y por cubrirme las espaldas cuando fue necesario, para que yo tuviera la posibilidad de encontrar el tiempo que necesitaba».

«Y por último... mi familia. Mi maravillosa esposa, Lynn...».

Todos los ojos se volvieron hacia Lynn, con su vestido de verano floreado. Robert había tenido razón en insistir en que se comprara un vestido despampanante. Frente a ella, en la mesa redonda, estaban Bruce y Josie, flanqueados por funcionarios municipales. Bruce sonrió al interceptar su mirada; Josie, que parecía estar mirando las arañas que colgaban del techo, carecía de expresión. Y un pensamiento cruzó por la mente de Lynn: Robert no mencionó a Bruce.

—... Mis preciosas hijas, Emily y Annie, que nunca se quejan cuando les quito algo del tiempo que les debo para ir a una reunión. Emily termina el secundario el martes e ingresará en Yale en el otoño.

Emily, serena, de blanco, inclinó la cabeza ante el aplauso con la sencilla dignidad de un personaje de la realeza. La dignidad de su padre.

—... Y nuestro Bobby, que hoy cumple cuatro meses, también ha colaborado mucho. Me aguanta...

Siguieron risas, más aplausos, un discurso final, un movimiento de sillas y el salón se vació. En el vestíbulo, la gente se arremolinó alrededor de Robert; los había seducido.

—¿Qué les parece un trago? Vengan a casa, es temprano, todavía.

—Gracias, pero mi mujer es una madre con todas las letras, está amamantando y Bobby la espera —dijo Robert.

Irradiaba luz. Era como si hubiera una llama dentro de él, calentándole la piel. Lynn la sintió cuando se paró a su lado, junto a la cuna, observando al bebé dormirse de nuevo luego de alimentarse. Y sin duda alguna, la sintió cuando más tarde, en la cama, él se volvió hacia ella.

—Tantos meses que perdimos por el bebé —susurró Robert—. Tenemos que ponernos al día.

En la oscuridad de la cama, sin ver, Lynn supo que tendría los ojos encendidos, negros de tan azules, oscurecidos por la pasión. Extendió la mano para sentir los latidos de su corazón, el calor y la llama.

Los egresados, por orden alfabético, marchaban por el campo de fútbol en la luz amarilla de la tarde.

—Por suerte el apellido de ese chico empieza con W —susurró Robert.

Puede estar al final de la fila, pensó Lynn, pero es el que hará el discurso de despedida.

Era lo culminante de esta ceremonia lo que resultaba tan conmovedor. La infancia había terminado. Estos chicos y chicas se dispersarían; estos jóvenes, orgullosos y algo incómodos con sus togas y sombreros, se irían. El dormitorio quedaría vacío, la silla del comedor desocupada, y la familia se achicaría. Nada volvería a ser igual. Dos lágrimas se formaron en los ojos de Lynn. Cuando buscaba un pañuelo en la cartera, sintió una mano en el brazo.

—Toma, usa el mío —dijo Josie—. Yo también necesito uno.

Josie comprendía. Bruce también, porque acababa de tomar la otra mano de Josie y apretarla sobre su rodilla. El año pasado, para esta época, las cosas habían sido diferentes para Emily, sola y desesperada con su secreto. Ahora anunciaban su nombre, le entregaban el documento blanco enrollado:

—Emily Ferguson, con los más altos honores.

Pero Robert reía, estallaba. Su hija. Su hija. Fue el primero en bajar de las gradas para fotografiarla y felicitarla.

Por todas partes había cámaras fotográficas, besos, risas y gritos. La Asociación de Padres y Maestros había armado mesas sobre el césped, sobre las que había ponche y masitas. La gente se agrupaba, se separaba, los padres hablaban con los maestros, los hermanos menores buscaban a sus amigos.

Lynn, de pie junto a una mesa para volver a llenar su copa de ponche, oyó la voz de Bruce a un metro.

—Sí, claro que es una ciencia y un arte. Tienes suerte, a tu edad, de estar tan seguro de lo que quieres hacer.

—Bueno, es útil —oyó decir a Harris—. Eso y la docencia son las únicas cosas verdaderamente esenciales... —Y luego, en tono de disculpa tan contrita que lo imaginó sonrojándose: —... no quiero decir que los negocios no sean útiles, señor Lehman. A veces no me expreso bien.

—No te disculpes. Estoy de acuerdo contigo. Si hubiera tenido la capacidad necesaria, habría sido médico o profesor de algo.

Vieron a Lynn, que había llenado su copa. Como había imaginado ella, Harris estaba rojo como una remolacha.

—Felicitaciones, Harris —dijo Lynn.

—Gracias. Muchas gracias. No encuentro a mi familia. Será mejor que los busque.

Lo observaron perderse entre la gente.

—Emociona ver a un chico como él. No puedes menos que desear que la vida lo trate con gentileza —dijo Bruce.

—Te entiendo. Siento lo mismo.

—Robert nos mataría si nos oyera.

—Lo sé.

No tendría que haberlo dicho; era complicidad con Bruce contra Robert. Mientras bebía de los vasos de papel, esquivó la mirada de Bruce. De pronto se le ocurrió que nunca habían tenido un diálogo. Siempre estaban de a cuatro o más.

Un rato después, Lynn dijo:

—Emily dará una fiesta pequeña esta noche. ¿Quieren venir a supervisar un poco? Son todos mayores de dieciocho y Robert les va a permitir una copa de *champagne* a cada uno. Solo una.

—Gracias, pero no. Nos iremos a casa.

Qué extraño. Estaba pensando en la negativa de Bruce cuando se encontró con Robert.

—¿Viste a Bruce hablando con el chico Weber? —dijo él.

—Fue un segundo, nada más.

—Bueno, pero lo estuve mirando. Bruce fue y lo buscó. Qué buen amiguito tienes. Lo considero una deslealtad. Imperdonable.

A Lynn no le gustó el sarcasmo del «buen amiguito», de manera que replicó:

—Pero vas a tener que perdonarlo, ¿no es cierto?, pues no hay nada que puedas hacer al respecto.

—Sí, por desgracia.

—Es algo que ya pasó, de todos modos. Emily empezó un capítulo nuevo. Vayamos a casa, a su fiesta.

Al día siguiente, a media tarde, llamó Bruce; Lynn se asustó, y de inmediato pensó en Robert.

El se dio cuenta.

—No te asustes. No se trata de Robert y no estoy en la oficina. Hoy no fui. —Su voz sonaba forzada, como si tuviera algún problema en la laringe.

—A Josie la operaron esta mañana. Estoy en el hospital, en su habitación. Todavía está en la sala de recuperación.

—¿Pero por qué? ¿Qué pasa? —balbuceó Lynn—. No será...

—Sí —dijo él, con la misma voz ronca—. Sí. Los ganglios. El hígado. Está por todas partes.

A Lynn le corrió un frío por el cuerpo. Pasos sobre mi tumba, solía decir mi abuela. No, sobre la tumba de Josie. Y tiene treinta y nueve años.

Se echó a llorar.

—No lo puedo creer. ¿Te levantas una mañana y te encuentras con la muerte mirándote a los ojos? ¿Así nomás? Ayer, en la graduación estaba tan contenta por Emily. En ningún momento dijo... Lo que me estás contando no tiene sentido. No le encuentro sentido.

—Espera. Espera, Lynn. Tenemos que mantener la calma, por el bien de ella. Escúchame. No fue tan repentino. Hace meses que está con eso. Todos esos resfríos que decía tener el invierno pasado cuando fui a St. Louis a buscar a Annie, eran puramente excusas. Estaba en casa, sin poder moverse. Ayer casi no llega a la graduación. No quiso hacerse quimioterapia.

—¿Pero por qué? ¿Ya se la hizo antes y le fue tan bien!

—Esto es diferente. Fuimos a Nueva York, a Boston y todos fueron francos con nosotros. Prueben con quimioterapia, pero sin demasiadas esperanzas. Ese era el mensaje general, bajo las palabras diplomáticas. Entonces Josie se negó y yo la entiendo, sabe Dios que la entiendo.

—¿Entonces por qué la operación? —exclamó Lynn.

—Bueno, la vio otro hombre y tuvo una idea, quiso probar algo nuevo. Josie estuvo a punto de negarse, también, pero uno se aferra a cualquier cosa y la convencí de que lo intentara. Me equivoqué. —La voz de Bruce se perdió.

—Tantos meses. ¿Por qué lo ocultó? ¿Para qué están los amigos? Deberías habérmelo contado. Bruce, aun si ella no quería.

—Me lo prohibió terminantemente. Me hizo prometerle que no te causaría preocupaciones. Dijo que ya tenías bastante con el bebé y... —No terminó.

—Pero Josie es la que siempre dice que hay que enfrentarse a la realidad.

—Sí, tu propia realidad. Ella está enfrentándose a la suya y con mucha valentía. Es solo que no quería cargar a los demás con su realidad mientras pudiera hacerle frente sola. ¿Lo entiendes?

—«¡A los demás!». ¿Su mejor amiga es «los demás»? Yo la hubiera podido ayudar... —Temiendo la respuesta, Lynn murmuró la pregunta: —¿Qué va a pasar?

—No queda mucho, me dijeron.

Lynn se secó los ojos, pero una lágrima se deslizó por entre sus dedos y cayó sobre el escritorio, donde quedó brillando sobre la superficie de cuero

oscuro.

—¿Cuándo puedo verla? —murmuró.

—No lo sé. Averiguaré. Tal vez mañana.

—¿Robert está enterado?

—Lo llamé esta mañana a la oficina. Había que cancelar mis citas. Tengo que cortar, Lynn.

—Bruce, los queremos tanto, Emily y Annie... no sé cómo decírselo a Annie.

—Hablaré con ella. Annie y yo... bueno, has visto que hay algo especial entre nosotros.

—Lo sé.

—Bueno, tengo que cortar, Lynn.

Lynn colgó el teléfono y apoyó la mano sobre el escritorio.

—Se me rompió el corazón —dijo en voz alta. Y las palabras tenían sentido literal, pues sentía un peso en el pecho y no podía dejar de estremecerse. Josie, mi amiga. Josie, la fuerte, la sabia, la activa, la que habla rápido, la que siempre está allí. Josie, de treinta y nueve años.

Se hubiera podido quedar sentada envuelta en una niebla de pena toda la tarde si el llanto de Bobby no hubiera penetrado la nube. Después de levantarlo de la siesta y alimentarlo, lo llevó afuera, al corral de juego en la terraza. Con el estómago lleno y un cómodo pañal limpio, se quedó tendido, agitando un sonajero. Los puntos de luz que brillaban por entre la sombra color esmeralda le provocaban placer, porque de tanto en tanto su parloteo estallaba en algo que parecía risa. ¡A los cuatro meses! Lynn se quedó contemplando su inocencia, consciente de que no existía en el mundo la forma de protegerlo del sufrimiento, del dolor.

Después de un rato, llevó el corral hasta el cantero de plantas perennes, para que él pudiera verla mientras arrancaba malezas. De pronto, había reaccionado con la necesidad de moverse, de tener certeza de su propia vitalidad.

Desde una resistente raíz central, la maleza extendía sus múltiples brazos y piernas como un pulpo, avanzando como el cáncer entre los flox y los iris, las peonías y los ásteres, todas las alegres y gloriosas muestras de vida. Con odio feroz, cavó hasta sacar las raíces y las arrojó a un lado.

El sol se había ocultado detrás de la colina y el césped había pasado de verde jade a verde aceituna cuando oyó el ruido de los neumáticos sobre la grava. Robert, en camino desde la estación, había pasado a buscar a las chicas

por la piscina y los tres venían hacia ella. Se puso de pie. Al ver sus caras, comprendió que Robert les había dado la noticia.

—¿Se va a morir? —preguntó Annie, sin rodeos.

La verdad era todavía impronunciable. Ahora podía pensar en ella, pero ponerla en palabras, no. Así que respondió:

—No sabemos nada, salvo que está muy grave.

—Tal vez —dijo Emily—, con la operación hayan podido sacarle todo. Mi profesor de matemáticas de primer año tuvo cáncer a los treinta y cinco años y ahora está bien.

—Tal vez —dijo Robert—. Esperemos que sea así.

A solas con Lynn, dejó escapar un largo suspiro.

—Pobre hombre. Pobre Bruce. Ay, si se tratara de ti...

—¿No nos estaremos apresurando a sacar conclusiones? —imploró Lynn, apretándose las manos—. ¿De verdad no hay esperanzas?

—No. Me dijo que lo único que queda por esperar es que sea rápido.

Medido por el calendario, fue rápido; abarcó solamente el breve período del verano. Y sin embargo, parecía que cada día tuviera el doble de horas, por la lentitud con que pasaban.

En una oportunidad, un fin de semana, intentaron traer a Josie a casa. Pesaba tan poco que Bruce, que la llevaba en brazos, pudo subir corriendo los escalones. La sentó junto a la ventana, para que pudiera ver los árboles y fue a buscarle un pouf para los pies. El día era cálido, pero ella temblaba; Bruce le cubrió los frágiles hombros con un chal.

El gato se le subió de un salto a las rodillas y Josie sonrió.

—No me ha olvidado. Pensé que ya no me reconocería.

—¿Olvidarte? Claro que no —respondió Bruce con tono enérgico.

Todos estamos actuando, pensó Lynn. Como no nos atrevemos a dejar salir una lágrima, hablamos fuerte y rápido, por a que se haga un silencio; vamos de un lado a otro y creemos que nos estamos comportando con normalidad.

Había comenzado a caer una lluvia fina; el verde del verano estaba opacado bajo una fina tela gris plateada. Josie pidió que abrieran la ventana.

—Escuchen —dijo—. Se oye la lluvia caer sobre las hojas. —Y volvió a sonreír. —Es la clase de día que más me gusta de la época del año que más me gusta.

El año que viene, para esta época, pensó Lynn y tuvo que mirar hacia otra parte. Había traído comida, algo sencillo y liviano, blanco de pollo con hierbas. Josie comió unos bocados y dejó el tenedor.

—No tengo apetito —se disculpó, y enseguida añadió—: Pero como siempre, tu comida es deliciosa. Algún día harás algo verdaderamente importante con tu talento. Deberías empezar a experimentar ahora.

Robert la corrigió.

—Está muy ocupada en casa. ¿No es cierto, Lynn?

—No lo sé —respondió Lynn, pensando que la piel de Josie, su hermosa piel, parecía un viejo periódico amarillento.

—Pero yo sí lo sé —insistió Josie, tozuda.

Al anoecer, pidió volver al hospital y Bruce la llevó.

Quedó piel y huesos, con los ojos hundidos dentro de las cavidades huesudas y los dientes enormes en la hendidura de las mandíbulas. Sin embargo, un fogonazo breve de energía podía hacerla sonreír, lo que traía armonía al rostro devastado. Los medicamentos parecían soltarle la lengua. De hecho, cuando estaba lúcida, lo admitía abiertamente.

—Ayer dije algo que quizá no debí haber dicho —le confesó a Lynn una tarde—. Ahora lo recuerdo con toda claridad. ¿No es curioso?

—Yo no me acuerdo de nada —le aseguró Lynn, aunque lo tenía muy presente.

—Fue cuando te mostré las rosas que me trajo Tom Lawrence. Me sorprendí muchísimo. No esperaba una visita suya. Lo conocemos muy poco.

—Aprecia mucho a Bruce, lo sabemos todos.

—Lo mismo me contestaste ayer. Y yo dije: No, te aprecia a ti, Lynn. Somos su contacto contigo, puesto que no puede verte cuando Robert no está y no quiere verte cuando él está. Dije eso, y te pusiste mal.

—En absoluto. ¿Por qué iba a ponerme mal, si es un disparate?

—Tú sabes cuál es la respuesta a eso. Pero nunca quisiste contarme qué piensas de Tom. Nunca quisiste contarme nada que te tocara profundamente en lo más recóndito de tu corazón. Eres demasiado reservada, Lynn.

—¿Yo no te conté nada, Josie? —le reprochó Lynn con suavidad—. ¿Y tú? Has estado enferma por seis meses y no me dijiste ni una palabra.

—¡Si no había nada que pudieras hacer! —Cuando Lynn comenzó a protestar, exclamó: —¡No me retes otra vez por lo mismo!

El tono quejumbroso, tan distinto de la forma clara y rápida de hablar que tenía Josie, carecía de toda esperanza y era impotente, como las manos esqueléticas sobre la colcha.

—¿Acaso yo estaba tan metida en mí misma, en mi bebé, en mi vida, que no vi lo que te sucedía! —se lamentó Lynn—. ¡Cómo pude cegarme así a tus necesidades?

—Lynn querida, no. Tuve días buenos y malos. Lo que no dejé es que ni tú ni nadie vieran los malos. Y eres la última persona a la que se podría acusar de egoísmo. Sería mejor para ti que pensaras un poco más en ti misma.

—Pero si lo hago —protestó Lynn.

—No. Has construido una pared a tu alrededor. Hasta tu hermana es consciente de eso. Nadie puede llegar realmente hasta ti. Pero no se puede seguir haciendo indefinidamente lo que haces. —Josie se dio vuelta en la cama, buscando una posición más tolerable y prosiguió: —Por eso es que desearía... desearía que tuvieras un hombre como Tom. Moriría sabiendo que te tratan bien. Que estás segura...

—Josie, Josie, estoy bien. Y estoy segura, a salvo. ¡No hables de morir! —Ni de Robert...

—Sí, ahora tengo que hacerlo. Hay un momento para todo. Hace seis meses no era necesario. Ahora lo es.

Lynn miró las paredes, las deprimentes paredes verdes de hospital, que si pudieran hablar, contarían miles de angustias, dolores y despedidas. Ahora, aquí se producía otra. Era demasiado difícil imaginar un día en el que levantaría el teléfono para llamar a Josie y recordaría que Josie ya no estaba.

—Has sido mi apoyo —dijo, al borde de las lágrimas—. Cada vez que me preocupo por Annie, cosa que hago todo el tiempo, eres mi apoyo. Me has ayudado a cargar con todos mis problemas.

La sonrisa cansada de Josie tenía un dejo de amargura.

—No, todos no. No quieres enfrentar la verdad sobre Robert.

—¿Sobre Robert? —le reprochó Lynn con suavidad—. Pero somos muy felices, Josie... Ahora todo va bien.

—No, no. —La cabeza de Josie rodó sobre la almohada—. Soy asistente social, no lo olvides. Veo cosas que nunca imaginarías. Veo las cosas como realmente son. —De pronto, arañó la sábana con los dedos y su cuerpo se retorció. —Ay, ¿por qué no puedes ser franca conmigo cuando sufro tanto, cuando voy a morirme y dejar a Bruce? ¡Ay, Dios, cómo duele!

A Lynn le estallaba el corazón.

—Voy a buscar a la enfermera —dijo y huyó.

Aun ahora, al borde del delirio, Josie indaga, pensó en el camino de vuelta.

Josie y Helen.

Todo era demasiado para ella. Sus pensamientos profundos fluían como un río subterráneo.

El verano siguió su curso, creando su rutina. A insistencia de Robert, Bruce venía a cenar casi todas las noches, antes de ir al hospital.

—Debe de haber perdido siete kilos —comentó Robert—. No podemos dejar que siga así. Es una cuestión de responsabilidad. Al fin y al cabo, es parte de la empresa GAA.

Annie partió a su campamento de exploradores y Lynn dijo:

—Me alegro de que se haya ido. Sería demasiado para ella estar aquí cuando... —Mirando a Bruce, se interrumpió.

El terminó su pensamiento:

—¿Cuando llegue el final? Annie y yo hemos hablado muy a fondo sobre eso y creo que no van a tener que preocuparse por ella. Está preparada —dijo con firmeza—, como debería estarlo yo. —Sonrió. —Pero no lo estoy.

Nadie habló, hasta que Emily dijo, muy seria.

—¿Esto hace que todo lo que pasa en el mundo parezca pequeño, no?

Una ola de calor, que golpeaba la región, llegó al cuerpo humano, con intención de extraerle el aliento. Las petunias desfallecían en los canteros y los pájaros habían enmudecido. Hasta la perra, después de estar uno o dos minutos afuera, jadeaba para volver a entrar. Y en la casa, el aire refrigerado estaba rancio. Era como si hasta el clima se hubiera puesto de acuerdo con los acontecimientos para abrumarlos a todos.

—Lleva demasiado tiempo morir —dijo Emily.

Y tiempo después, una mañana, durante el desayuno, Emily anunció que tenía algo que decirles, algo muy serio.

—Se espantarán. Me da miedo decírselo —vaciló.

Dos caras preocupadas levantaron la vista del plato.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio —dijo Robert con impaciencia.

La muchacha se aferraba al borde de la mesa como si necesitara apoyo. Había círculos negros debajo de sus ojos; resultaba evidente que no había pasado una buena noche. Tragó con fuerza y habló.

—No voy a ir a Yale.

Robert se puso de pie, haciendo chirriar la silla contra el suelo y arrojó la servilleta contra el plato.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Que no vas a ir a Yale?

—Ya les escribí. Quiero ir a Tulane.

Dios mío, a Robert le va a dar un infarto, pensó Lynn, mientras la sangre le subía por el cuello. Vio el latido en las sienes de él y le puso la mano sobre el brazo para calmarlo.

—¿Tulane? —Ah, claro —dijo él—, es el clima del sur, ¿no es cierto? Te gusta más que el de Yale. Por supuesto, debe de ser eso. —E hizo un gesto de burlona cortesía con el brazo.

Emily respondió en voz baja y serena.

—No, papá. Es porque Harris consiguió una beca allí. —Y miró a su padre a los ojos, sin titubeos.

Robert se quedó mirándola. Dos pares de ojos firmes se enfrentaron y Lynn miró a su hija, asustada, pero decidida, y al hombre furioso, luego otra vez a la muchacha. ¿Cómo era posible que estuviera haciéndoles esto? Había dado su palabra. ¿Cómo iba a hacerse una cosa así a sí misma? Después de todo lo que habían dicho, de las explicaciones bien pensadas, de los consejos amables, sensatos. ¿Le había entrado todo por una oreja y salido por la otra?

Como si leyera los pensamientos de su madre, Emily dijo:

—No les he mentado, si es eso lo que están pensando. No lo he visto ni una vez desde... desde lo que pasó esa vez. Pero hablamos por teléfono. Te lo conté, mamá.

—¿Qué? —gritó Robert—. ¡Sabías que hablaban por teléfono y los dejaste!

—Su ira, como un torrente desviado, ahora cayó con estruendo sobre Lynn. Ella se preparó.

—Sí. No me pareció que tuviera nada de malo. —Los ojos de él lanzaban fuego y hielo; el hielo quemaba. —Es decir, pensé...

—No pensaste y no sabes lo que quieres decir. Es solamente otro ejemplo de tu ineptitud. Todo este asunto estuvo mal manejado desde un principio. Debí de haber hecho lo que quería hacer, mandarla a una escuela privada.

—¿Dónde no hubiera teléfonos?

—Eso podría haberse arreglado —masculló Robert. Recogió la servilleta abollada y la lanzó de nuevo hacia el plato. Si hubiera sido dura, lo habría hecho añicos. —¡Carajo, no sé cómo hago para no perder la razón! ¡Tengo miles de cosas en la cabeza y ahora esto! Si me diera un derrame, tendrían muchas preguntas que hacerse, las dos. Es todo...

—No. No culpes a mamá —lo interrumpió Emily—. No es justo. La culpa es mía. La decisión es mía. Papá, tengo diecinueve años. Por favor, deja que decida algo por mi cuenta. Es mi vida. No estoy tratando de ir contra la

voluntad de ustedes; solo quiero ser feliz. No queremos estar separados por cuatro años. No, por favor, escúchame —se apresuró a decir—. No se repetirá lo del año pasado. Comprendo que los asuste la idea. Pero tendremos mucho cuidado, estaremos tan ocupados para mantener altas las calificaciones que todo eso quedará reducido al mínimo, de todos modos.

—¡No quiero oír detalles de tu vida sexual! —rugió Robert.

—Hace un año que no tengo vida sexual. Me refería...

—¡Dije que no me interesa!

—¡Esto es horrible! —exclamó Lynn.

Cerró los ojos. ¡Qué espanto, estar los tres una mañana de verano llenando la luz azulada de ira roja! Apretó los párpados con fuerza, queriendo dejarla afuera.

El reloj del comedor anunció la media hora.

—Dios Todopoderoso —dijo Robert—. Me quedan quince minutos para llegar a la estación. Con suerte, quizá me embista un camión por el camino así todos quedarán libres para tomar el camino al infierno sin mi interferencia. —Tomó el maletín y al llegar a la puerta, se volvió. —¿Dijiste que ya escribiste a Yale?

—Sí. Renuncié a mi lugar.

—Ajá. Muy bien, te diré una cosa. No voy a pagarte los estudios en ningún lado que no sea Yale. ¿Está claro, jovencita? Así que vuelve a escribirles o llama o ve hasta allí y arregla este lío o no irás a ninguna parte. No voy a pagar fortunas para que vayas a enredarte otra vez con ese chico.

—Es que no vamos... te dije... te lo prometo. ¿Cumplí mi promesa, no? Si solamente me escucharas... —gimoteó Emily.

—Y yo también te lo dije: no te pago los estudios. Espero que lo hayas entendido. ¿Lo entendiste?

Sin poder hablar, Emily asintió.

—Perfecto. Así que no gastes energías volviendo a preguntármelo. No te pago los estudios. Ni un centavo. Y la culpa es tuya. Me voy.

Se quedaron paradas, cada una detrás de su silla, como inmovilizadas, mientras la puerta se cerraba y poco después se oía el motor y el ruido de los neumáticos sobre la grava.

Lynn se sentó y Emily la imitó. Al parecer, se imponía una conversación a fondo, aunque Lynn estaba demasiado aturdida y confundida para darle comienzo. Emily, con la cabeza gacha, jugueteaba con los cubiertos. El tintineo fue intolerable para Lynn.

—Termina con eso —le ordenó. Luego, con más suavidad, agregó: —Y bien, has logrado incendiar la casa de nuevo, ¿no?

Emily no tenía derecho. No tenía derecho.

—Es papá Es implacable —contestó Emily.

—No. Está golpeado, eso es lo que pasa. Y no cambies de tema. ¡Renunciar a Yale! Después de tanto esfuerzo de tu parte y esperanzas nuestras. ¿Por qué no lo dijiste abiertamente, por lo menos? Podríamos haberlo hablado. Esto es verdaderamente... verdaderamente ruin. Confié en ti. Y ahora me haces quedar como una idiota. No, ¿qué estoy diciendo? No quiero hablar de mí, de tu padre y yo. Eso no importa. ¿Pero y tú? ¿Qué estás haciendo con tu vida, chiquilina tonta, tonta, caprichosa e insensata?

—No creo ser tonta ni insensata, mamá. —El tono era vehemente y razonable, en contraposición a las lágrimas que le rodaban por la cara. —Queremos casarnos. No, todavía no. Sabemos que es demasiado pronto. Pero es lo que queremos, mamá. ¿Por qué no hablé de esto antes de mandar la carta a Yale? Porque sabes tan bien como yo que papá me hubiera quitado la idea de la cabeza y hubiera terminado haciendo lo que él quiere que haga. Es tan autoritario que consigue lo que quiere. ¡Ay, ojalá nuestra familia fuera como la de Harris!

¡Cómo dolía eso! ¿Qué otra cosa había deseado Lynn alguna vez que no fuera construir para sus hijos una vida que recordaran con felicidad? Y ahora esa chica, por cuya cara y mente pasaban los sentimientos más delicados y sutiles, deseaba que fueran «como la familia de Harris».

—¿Sí? ¿Y cómo son? —preguntó en voz inexpresiva.

—Bueno, les contamos lo que pensábamos. No es que estén felices con la idea de que estemos juntos en la universidad, pero consideran que somos lo suficientemente grandes como para equivocarnos solos. Su madre dijo que ya cometimos un error, así que probablemente eso serviría de advertencia para no cometer otro. Y tiene razón. Claro, tú piensas...

—No sabes lo que pienso —replicó Lynn amargamente. Y era realmente amargo estar en el medio de esa enemistad, hija contra padre.

—Bueno, papá piensa...

—Sí, trata de imaginar lo que piensa. Trabaja tanto por nosotras.

—Trabaja porque le da placer, mami. Por como lo dices, cada vez que alguien le lleva la contra a papá, le echas la culpa a esa persona porque papá «trabaja tanto». El padre de Harris también trabaja mucho. ¿Crees que la vida de un policía es fácil? —Las palabras brotaban como un torrente. —Y no vayas a pensar que se mueren porque Harris se case conmigo. Tienen

demasiada buena opinión de su hijo como para casarlo con una familia que no lo quiere. Se alegran de que esperemos. Pero entienden el hecho de que no queramos estar separados. ¿Es tan malo, eso? ¿Es tan malo?

Sí, era bastante malo; era una jugarreta baja lo que había hecho esa chiquilina astuta.

—Esto es todo teoría —dijo Lynn—, puesto que sin dinero, no puedes ir a Tulane ni a ninguna otra parte. —La voz se le quebró en un sollozo. —Adiós a la universidad y a la carrera de medicina. Ambas cosas. Así, de un plumazo.

—¿No quieres dármelo tú, mamá?

—¿Dinero? No tengo.

—El lo haría realmente —dijo Emily, preguntándolo y enunciándolo al mismo tiempo.

—Sabes que sí.

—¿Entonces me darías tú el dinero, mamá? ¿Aunque no estés de acuerdo?

—Te acabo de decir, no tengo. No tengo un centavo de dinero propio.

—¿Ni un centavo? ¡Nada! —exclamó Emily, azorada.

—Nunca tuve. Tu padre me da todo lo que necesito o deseo.

La muchacha se quedó pensando. Y Lynn, que conocía tan bien los matices de la expresión de su hija, vio muy claro el desagrado y se sintió humillada por él.

—¿Y tía Helen, quizá? ¡Para el primer semestre, por lo menos!

—No seas tonta. La tía Helen no puede gastar eso.

No era cierto. A Darwin le iba bien últimamente y habían podido comprarse una casa más linda en un barrio mejor. Pero no iba a ventilar sus trapos sucios delante de Helen.

—Si tengo para el primer semestre, estoy segura de que podría conseguir un préstamo estudiantil. Y un empleo. De cualquier cosa.

—No es tan fácil conseguir un préstamo. Cuando averigüen la posición económica de tu padre, no te lo darán ni por asomo.

—¿Ay, mamá, qué voy a hacer?

—En tu lugar, volvería a Yale y daría las gracias.

—Pero entiéndeme... ¡no puedo! Es demasiado tarde. Ya ocuparon mi puesto con alguien de la lista de espera.

Chiquilina estúpida, estúpida... La desilusión, el desastre, hicieron que Lynn perdiera los estribos.

—Entonces quemaste los puentes, así que supongo que esto termina aquí. Emily se puso de pie.

—No hay nada que puedas decirme, entonces.

—¿Y qué puedo decirte? Nada más que voy a visitar a una mujer moribunda —dijo, sabiendo que era cruel—. Si quieres, puedes venir.

—No, me voy arriba.

Lynn hundió el rostro entre las manos. Estaba furiosa con Emily, y, sin embargo, sentía el dolor de su hija desgarrándole su propia carne. Supongo que terminaré por ir a arrastrarme delante de Helen, pensó. Tendré que soportar sus preguntas sarcásticas. ¿Qué me estás diciendo? ¿Qué Robert se niega a pagar? Pero también era probable que Helen le dijera que no. Tenían que educar a sus propios hijos; uno de ellos estaba cursando estudios de posgrado. La casa nueva estaría hipotecada, sin duda. A Darwin no podía estar yéndole tan bien... Los pensamientos le corrían por la cabeza. Tal vez si fuera a otra parte, donde no encontrara a ese muchacho, Robert accedería a pagar. Pero no, no iba a hacerlo. Se había metido en la cabeza que su hermosa hija iría a Yale. Robert nunca se retractaba.

Se levantó de la mesa y fue hasta la ventana. Afuera, en el jardín, Eudora cantaba mientras colgaba ropa de la cuerda. Eudora sostenía que la ropa blanca tenía que secarse al sol. Bobby estaba sentado en el corral. Caía hacia atrás y volvía a incorporarse, orgulloso de su nueva capacidad de mirar al mundo desde otro ángulo. Eudora se inclinó para decirle algo. La escena era alegre. Saludable. Saludable. Una buena palabra.

Adentro, la casa no era saludable. Desde el pie de la escalera, veía la puerta cerrada del cuarto de Emily y la imaginaba llorando boca abajo sobre la cama, desesperada. Una parte de ella deseaba subir a consolarla, a acariciar los hombros temblorosos. ¡Magro consuelo! decía la parte de Lynn que todavía hervía de furia.

Buscó la llave del auto y salió hacia el hospital. Practicó en el espejo retrovisor para poder poner cara inexpresiva, la única cara con que se podía aparecer ante una persona agonizante; nada de lágrimas ni de excesiva seriedad.

Pero se traicionó a sí misma. Josie estaba despierta y muy lúcida ese día. Cuando entró Lynn, Bruce le estaba contando algo acerca del gato.

—Ay, qué estúpida —exclamó—. Hace un calor de perros y te había preparado helado con frambuesas frescas. Te refrescas con solo mirarlo y pensé que te iba a gustar, pero me lo olvidé, puedes creer. Qué cabeza... —Se llevó la mano a la frente.

Josie la miró con aire interrogante.

—¿Qué te pasa? Nunca olvidas nada, mucho menos algo para mí? ¿Qué sucedió?

—Nada del otro mundo, en realidad.

Pero estallaba; el problema era incontenible.

—Cuéntanos —pidió Josie.

Y Lynn lo hizo. Cuando terminó el relato, Bruce y Josie estaban serios.

—Es tenaz, hay que decirlo —comentó Josie—. Eso, al menos, es digno de admiración.

Lynn suspiró.

—Sí, tenaz como Robert.

—No —la corrigió Josie—. Como ella misma.

Resultaba evidente que no quería que Emily se pareciera a Robert. De algún modo, Lynn tenía que defenderlo.

—Nos hizo creer que había terminado con Harris. Nos mintió.

—No recuerdo —dijo Bruce con tranquilidad— que en algún momento haya dicho que había «terminado». Dijo que no lo vería en todo el año y cumplió.

—Bueno, fue una mentira por omisión, ¿no?

—Si cuando tenías un año más que Emily ahora, alguien te hubiera dicho que te mantuvieras alejada de Robert por otros cuatro años, tiempo durante el cual sin duda lo perderías, ¿hubieras obedecido? —preguntó Bruce.

Lynn bajó la mirada bajo los ojos penetrantes de Bruce.

—No —respondió y luego, se recuperó y protestó: —Pero es distinto. Robert era mayor. Era un hombre.

—Tonterías —dijo Josie. La voz sonaba cansada, pero la palabra fue terminante. —Tonterías. Se incorporó sobre la almohada. —Por lo que he visto, el joven Harris es hombre como el que más.

—Pero Yale —se lamentó Lynn—. ¡Renunciar a eso! Robert está destruido. —¿No lo entienden? —dijo, suplicante.

—Pero Yale, no, pero Emily —contraatacó Josie—. Es una cuestión de prioridades.

Bruce frunció el entrecejo con su habitual expresión de concentración.

—Sí, entiendo a Robert. Ella debió habérselo dicho, debió ser franca y no lo fue. Tuvo miedo, y eso también hay que entenderlo.

—La están dejando sola con su error —dijo Josie, en tono de reproche—. La están dejando sola para que recoja los añicos.

A su modo, la estaban retando, pensó Lynn.

—Es una chica fuera de lo común —insistió Josie, con todo el vigor que pudo reunir—. Y Robert lo sabe mejor que nadie. Se lo he oído decir un millón de veces. ¿Qué quiere, sacarle todo, su oportunidad de seguir

medicina, todo eso, para después tener la mezquina satisfacción de poder decirle: «Te lo advertí». Fuiste contra mi voluntad, así que tuviste que pagar. ¿Qué quiere, que pague con el resto de su vida?

¡Cómo odiaba a Robert! El odio le había dado fuerzas para hablar así y ahora, exhausta, se recostó nuevamente.

Y a Lynn le pasó algo que nunca le había sucedido antes: pensamientos que no debían haber sido revelados salieron en forma de palabras y se oyó a sí misma decir sin ninguna clase de rencor.

—Siempre sentiste desprecio hacia Robert.

—Sí —respondió Josie con sencillez—. Es verdad. —Y cerró los ojos.

Lynn se sentía mareada. Era el sofocante aroma de las flores que había sobre el alféizar. Josie no habría dicho eso si no hubiese estado sufriendo y bajo los efectos de la medicación. Bruce, sacudiendo la cabeza, formó las mismas palabras con los labios, en silencio: son las drogas.

—Déjala que vaya —dijo Josie, con voz muy débil.

Tuvieron que inclinarse hacia ella, pues no estaban seguros de haberla oído bien. Lynn le acarició la frente ardiente y le alisó el pelo enredado hacia atrás.

—¿Qué dijiste, mi amor? —preguntó Bruce.

—Que vaya. Tuvo las mejores calificaciones... —Josie respiraba con dificultad. Una buena chica... mujer... Déjala que vaya... Necesita... Dale mi dinero.

Lynn luchaba para contener las lágrimas.

—No, tesoro. No podemos hacer eso. Eres un ángel, pero no podemos hacer eso.

—¡Dije que sí! —Las manos de Josie se movían frenéticas, ante una nueva puñalada de dolor. —Bruce, escúchame.

—Mi amor, te estoy escuchando. Haremos lo que digas. Te prometo que le daré a Emily lo que necesite. Ella lo aceptará, si yo se lo doy.

—No —jadeó Josie—. El mío... Poder ante un abogado... que no aparezca tu nombre... No te mezcles... la oficina. Tú no.

Bruce se volvió, impotente, hacia Lynn.

—Dice que mi interferencia podría complicar las cosas entre Robert y yo. Sí, entiendo. Y sería terrible para ti también. Lynn, ¿me dejarás sacar el dinero para Emily de la cuenta de Josie? ¿Me lo permitirás?

Lynn estaba más allá de todo razonamiento, pero sentía que de algún modo, eso era lo correcto; confundida y angustiada por Josie, asintió con la cabeza.

Cuando salía, se encontró con la enfermera que entraba. Oyó a Josie repetir en un grito:

—¡Deja que Emily se vaya!

Robert estaba abatido. Emily, con los ojos hinchados y descompuesta, se había llevado un plato con cereal a su dormitorio, así que Lynn estaba sola con él en la mesa. Ninguno hablaba y la comida estaba casi intacta.

Lo único que Robert dijo en un momento fue:

—Se arruinó la vida. Se arruinó la vida.

—¿Aceptarías mandarla a otro lado, a alguna universidad lejos de donde irá Harris? —preguntó Lynn.

—No. Tal vez dentro de uno o dos años. Veré. Tiene que aprender la lección. No debe desafiar la autoridad de los padres. No.

El padre de Lynn había tenido un antiguo refrán para cada ocasión: El árbol rígido se quiebra en la tormenta, pero el que es flexible se dobla y vuelve a su sitio.

Le hubiera gustado decirle eso a Robert, para consolarlo y hacerle una advertencia a la vez, pero esa noche, no tenía sentido, así que calló y esperó hasta que él se hubiera dormido para ver a Emily.

La muchacha lloró cuando Lynn le contó lo que iba a hacer Josie. Lloró, se alegró y se mostró agradecida. Y vacilante, también.

—¿Papá lo sabe?

—No tuve ánimo para decírselo esta noche.

—¿Animo?

Fuerzas, tendría que haber dicho. Se iba a enfurecer. Y mucho.

Se miraron. Y Lynn dijo con franqueza:

—Yo también estaba enojada, sabes. Fueron Josie y Bruce los que dijeron que... sobre todo Josie... —No pudo seguir.

—Lo sé, mamá. Entiendo.

—¿De veras, Emily?

—Más de lo que te has dado cuenta.

La mañana comenzó con temor. En la cocina, Lynn preparó café y jugo de naranjas en puntas de pie y sin hacer ruido con los utensilios, para que Robert durmiera un rato más y se retrasara el momento en que aparecería y tendría que hablarle.

Tal vez por el mismo motivo, Emily entró sigilosamente y susurró:

—Tío Bruce me llamó por teléfono. Tengo que ir enseguida para allá con la cuenta de la universidad para que me dé el cheque antes de irse al hospital.

¡Son tan buenos conmigo, mamá! No entiendo por qué quieren hacer esto por mí.

—Porque te quieren, nada más. —Y añadió. —Y confían en ti.

—¿Y tú? ¿Confías en mí tú también?

—Tienes edad suficiente para merecer mi confianza, así que tendré que hacerlo.

—No te arrepentirás, mami. Te lo prometo. Y voy a devolverles cada centavo. No sé cuánto tiempo me llevará, pero lo haré.

¡Tan joven y tan segura de sí misma! Bueno, el mundo no duraría demasiado si los adolescentes de esa edad no sintieran esa confianza en sí mismos. Y se le estrujó el corazón al pensar en la juventud y el coraje de Emily.

—Si tuviera dinero propio, haría cualquier cosa por ti, Emily, ¿sabes? ¡Ojalá tuviera dinero mío del cual disponer! Pero... —Se detuvo y terminó la frase en su mente. Pero tú padre nunca me lo dejó tener, decía que no era necesario porque me daba lo que yo quisiera. Y así era. Pero era tratarme como una niña, como una imbécil, ¡demonios!

Respiró hondo y habló en voz alta.

—Será mejor que vayas, si Bruce te está esperando.

—¿Emily salió? —preguntó Robert, al entrar en la cocina—. Oí sonar el teléfono de su cuarto hace un rato. Ese hijo de puta, seguro.

—No, era Bruce. Josie le va a pagar la universidad de Tulane. —Y esperó el estallido.

El se sentó.

—No puedes haber dicho realmente lo que me pareció que dijiste. Tal vez deberías repetirlo.

Lynn respiró hondo.

—Cuando estuve en el hospital, les conté lo de Emily. Josie no soporta la idea de... —Tenía que tener cuidado de no meter a Bruce en el asunto—... la idea de que Emily pierda un año, así que se ofreció a pagarle la universidad; insistió en que lo haría.

Robert cerró la mano derecha con fuerza.

—¡Esa maldita metida! ¡Bruja metida, harpía, fisgona del diablo! Me di cuenta de cómo era no bien la vi, y te lo dije. El puño se estrelló contra la mesa, haciendo vibrar las tazas. —Me gustaría romperle la cara. Ojalá se pudra para siempre. ¿Por qué no me dice en la cara cómo manejar a mi propia familia?

—Se está muriendo. Apenas si puede hablar.

—¿Qué no puede hablar? ¿Entonces quién hizo toda la maquinación? Debe de haber sido Bruce.

—No, fue Josie. Le pidió, como él tiene poder legal, que le hiciera un cheque y él accedió. Fue idea de ella, no de Bruce. Lo hizo con la mejor intención —suplicó Lynn.

—¿Un cuerno que fue idea de ella! ¿De él también! Y tuya, sin duda. Podrías haberlo impedido. ¿Eres la madre de la chica, no? Podrías haber dicho, si tuvieras algo de respeto por el juicio de tu marido, por sus deseos, podrías haber dicho que no. Categóricamente que no. Bueno, di algo. ¿Por qué te callas?

—Porque estuve pensando que tal vez hayamos sido demasiado duros. Se trata de la vida de Emily, después de todo —dijo desconsoladamente—. De su vida.

—¿Dios, qué castigo! Mi mujer, mi hija, todos. El único que no me ha decepcionado es el niño y ¿quién sabe cómo se me pondrá en contra cuando le llegue el momento? —Robert se puso de con tanta violencia que hizo caer la cafetera; esta se hizo añicos y un río de café quedó fluyendo por el suelo. Y Juliet, que había estado dormitando bajo la mesa, salió corriendo con la cola entre las patas. —¿Qué humillación! Piénsalo: ese debilucho, ese simulacro de hombre, se mete en mi casa y se hace cargo. Lo único que falta es que se acueste con mi mujer.

—Robert, estás descontrolado. Permíteme decirte que no tengo deseo alguno de acostarme con Bruce. Pero si tuvieras algunas de sus virtudes, sería mejor para todos nosotros.

—¿Sus virtudes! ¿Te atreves a decir que sería mejor para la familia que yo me pareciera a él?

—Sí y, para ti, también.

Los ojos de Robert la atravesaron. Él respiró hondo, se adelantó un paso y la abofeteó. Apretada como estaba contra la pared, no tenía lugar para esquivarlo, y solo pudo retorcerse, indefensa. La palma abierta de él la golpeaba en una mejilla, luego la otra, después la primera, en sucesión; el anillo, la alianza matrimonial, le rasguñó la mejilla cuando su cabeza golpeó contra la pared. Lynn gritó. La perra volvió corriendo. Se abrió el portón del jardín trasero y un instante después se oyó el ruido de la llave de Eudora en la cerradura. La cara de Eudora asomó por la puerta. Robert huyó. Lynn huyó...

Jadeando y hurgando en el armario para encontrar el maletín, él masculló:

—Lindo estado de ánimo para tomar el tren. Saludar con una sonrisa, leer el diario, comportarme como todos los hombres después de un escándalo

como este. Sí, lindo estado de ánimo —repitió cuando la puerta del frente se cerró detrás de él.

Lynn sollozaba sobre el sofá del escritorio. El ataque le había dolido, pero no lloraba solamente por eso. En absoluto. Una repentina luz se le había encendido en la cabeza. Era tan potente que le dolía.

Porque este ataque era distinto de todos los demás. Había puesto fin a las excusas y evasivas, a los disimulos que habían vuelto tolerable la realidad. No cabían dudas de que Eudora los había visto y que ahora lo sabía. Y eso era lo que despojaría a Lynn para siempre de su dignidad. Por fin, había quedado al desnudo. Esa agresión le había lastimado el alma, o como se llamara la cosa que había en nuestro interior, además de la sangre y los huesos.

Así que se quedó allí, llorando y tratando de pensar.

Se oyeron unos golpecitos a la puerta y una voz.

—¿Señora Ferguson? ¿Está bien? ¿Le pasa algo?

—Sí, gracias, estoy bien.

La puerta se abrió, revelando a Lynn en su lamentable estado. Se obligó a incorporarse y poner la mejor cara posible.

—Estoy alterada —dijo—. Estuve llorando por la señora... por mi amiga, Josie.

—Sí, es duro. —El rostro de Eudora era amable —era una mujer bondadosa—, pero sus ojos también hablaban y decían con claridad: estoy enterada de la verdad, pero, por usted, fingiré no estarlo.

Bondadosa como era, igual hablaría en sus otros trabajos. Así era la naturaleza humana. La historia era demasiado jugosa para no contarla. Se enteraría todo el club. La susurrarían detrás de las espaldas de Lynn. Susurros.

Caminó de un lado a otro por el escritorio, pasando junto al rostro austero de Robert enmarcado en plata, junto a su propia cara aniñada, sus ojos soñadores bajo el flequillo rubio y un velo de novia sujetado por violetas del valle.

—Voy a dejarlo —dijo en voz alta. Y el sonido de su voz, el sonido de esas palabras atrevidas, imposibles, impensables, la detuvo en seco, helándola hasta los huesos.

Eudora canturreaba mientras bajaba a Bobby por la escalera.

—Muchachito gordo. Muchachito gordo y precioso. El bebé de Eudora. Bebé precioso...

Josie se muere. Emily se va. Que pueda soportar un día por vez. Así. Un día por vez.

Entró en la cocina, fue a pararse a la luz, junto a la ventana y preguntó ansiosamente:

—¿Cómo estoy, Eudora? No quiero que Josie se dé cuenta de que estuve llorando por ella.

Eudora lo pensó.

—Sí, está bien. Tal vez le haga falta un poco de polvo, arriba, sobre el pómpulo izquierdo —explicó con mucho tino.

En los corredores de hospital hay olor a antisépticos y a ansiedad. Tantas cosas inmensas se comprimen en un espacio estrecho, en poco tiempo, mientras uno camina: la noche que llegaron aterrados, a ver a Emily, la mañana ventosa en que Bobby llegó al mundo y, ahora, ahí está Josie en un cuarto, en la cama, con sus manos huesudas y el anillo de bodas atado con una cinta.

Bruce se levantó de la silla en un rincón.

—Anoche entró en coma —dijo, respondiendo a la pregunta muda de Lynn.

El dolor de Bruce era tangible. Le dolía el pecho de solo mirarlo. Todas las frases remanidas eran ciertas; el corazón pesa dentro del pecho, herido y apenado.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntó.

El sacudió la cabeza y se sentaron uno a cada lado de la cama de Josie, donde ella parecía dormir en paz. La agonía y el tormento habían sido borrados de su rostro como por una mano amorosa.

Después de mucho tiempo, el sol del mediodía iluminó la habitación con su brillo. Alguien bajó la persiana, formando una sombra verdosa en las paredes. Cuando, más tarde, la habitación quedó demasiado oscura, se levantaron las persianas y dejaron entrar la luz dorada de la tarde estival.

Entró un médico, murmuró algo a Bruce y luego, en voz más audible, se dirigió a los dos:

—Esto puede durar varios días o tal vez no. No podemos saberlo. En cualquier caso, no tiene sentido quedarse aquí las veinticuatro horas. Creo que debería volver a su casa, Bruce. Estuvo aquí hasta las tres de la mañana, me dijeron. Vaya a su casa.

En los escalones del hospital se toparon con el otro mundo, donde había automóviles relucientes bajo la luz del sol, niñas jugando en la vereda y una pareja comiendo helados con aire pensativo.

—¿Te importaría llevarme? —preguntó Bruce—. Tengo el auto en el taller. Anoche, por suerte, pude conseguir un taxi.

—Por supuesto.

Hablaron poco, hasta que Lynn se sintió obligada a decir algo de Emily.

—¿Cómo se puede decir gracias? ¿Gracias por salvar a alguien cuando se ahogaba, gracias por curarle a alguien la ceguera? ¿Cómo se dicen esas cosas?

—¿Cómo te digo gracias por ser mi apoyo? No necesitamos palabras Lynn.

Aturdida por su pena doble, Lynn conducía sin pensar, como si el coche, al igual que un caballo obediente y bien entrenado, conociera el camino de memoria.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo —dijo Bruce súbitamente—. Dieciocho años. Emily era una beba. —Puso su mano sobre la de Lynn. —No te preocupes por ella. Tengo el presentimiento de que le va a ir muy muy bien.

—Tal vez. Pero ¿sabes una cosa? —preguntó con tristeza—. Me alegro de que se vaya. Jamás creí que podría decir eso, pero aquí estoy. —Y un sollozo escapó de su garganta.

El automóvil se había detenido delante de la casa de Bruce. Él le dirigió una mirada rápida y dijo:

—No vas a volver a tu casa así. Entra y hablaremos.

—No, no voy a apesadumbrarte con mis problemas. Bastante tienes ya, pobre.

—Digamos, entonces, que no quiero estar solo.

—En ese caso, sí.

La casa, aunque ordenada, tenía el aire abandonado que adquiere cuando no hay una mujer en ella. Las cortinas estaban cerradas y la planta sobre la repisa se estaba poniendo amarilla. Lynn se estremeció en la penumbra y corrió las cortinas.

En la ventana saliente estaban las gardenias adoradas de Josie, que habían sobrevivido a la mudanza de St. Louis.

—Necesitan agua —dijo Lynn—. Sería una pena que se secaran.

Qué comentario tonto. ¿Qué iba a importarle a este hombre que se secara una planta? Pero estaba inquieta y sentía necesidad de hacer algo.

—Bruce, veo un par de pulgones. Necesito algodón y alcohol. ¿Dónde guarda Josie todo eso?

—Te lo traeré.

Luego, vino un nervioso intercambio de trivialidades.

—Uno nunca termina de sacárselos de encima —comentó Lynn, mientras frotaba las hojas oscuras.

—Josie me contó.

—Es su planta preferida. Es un milagro que haya sobrevivido hasta hoy.

—Así dice ella.

—Nunca tuve suerte con las gardenias. Josie tiene manos mágicas.

—Es cierto.

Una vez que Lynn terminó de limpiar cada hoja, de ambos lados, se quedaron contemplando el jardín, donde una bandada de palomas se había apoderado del comedero para pájaros.

—¿Ves esa? ¿La blanca? Es la preferida de Josie. Ella dice que la paloma la reconoce.

Apenas si alcanza a ver el pájaro, pensó Lynn, con esos ojos llenos de lágrimas.

—Quiero un coñac —dijo él, que casi nunca tomaba siquiera vino. —¿Y tú?

Lynn sonrió con pesar.

—No me vendría mal.

Se sentaron a cada lado del hogar, ella en el sofá, él en su sillón. Bruce se sacó los anteojos; Lynn no recordaba haberlo visto sin ellos y le pareció ahora que tal vez no lo había visto nunca, realmente. Los lentes, de algún modo, le habían dado un aire benévolo; la sencillez del hombre que había dibujado en su cabeza, caminando por una colina en compañía de unos perros, o el que había conocido de verdad, el que lijaba madera antigua y levantaba esa mirada benévola, había desaparecido. Este hombre estaba lleno de amargura.

Bruce sintió su mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Lynn solo pudo decir.

—Siento tanta pena por ti. Me duele el corazón.

—No. Siente pena por ella. Le dio tanto a todo el mundo. Todos los que la conocían de verdad... Y ahora se llevan su corta vida. Siente pena por ella.

—¡Y la siento, por Dios! Pero ella se preocupa por ti, Bruce. Me lo dijo. Sufre porque te dejará solo.

—Y también se preocupa por ti.

—No tiene por qué hacerlo —respondió Lynn queriendo parecer valiente, y serlo, también.

Bruce no respondió. Tal vez era la disposición de los muebles alrededor del fuego y la misma tensión de la angustia inmediata lo que la hizo pensar en el día que él había traído a Annie de vuelta. Y se lo dijo:

—Siempre estuviste cerca cuando te necesité. Sé que hablaste con las chicas aquel día, cuando yo me fui a la cocina.

—Traté solamente de emparchar, de encontrar la forma de que todos sobrevivieran juntos.

Movió el coñac en el vaso, contemplando el líquido color ámbar.

—¿Y resultó? —dijo de pronto.

Lynn perdió el coraje. Se sentía deshecha. Se vio a sí misma esa mañana, acorralada contra la pared, pequeña y débil, insignificante ante la ira de Robert. Nadie debía enterarse jamás de esa insignificancia.

Los ojos de Bruce la estudiaban con una seriedad que era casi severa. Le volvió a preguntar:

—¿Y resultó?

Lynn respondió, vacilando:

—Sí, pero ahora, por Emily, él...

Entró el gato, el hermoso gato blanco de Josie; se enroscó en el tobillo de Bruce y creó una diversión, por la que Lynn se sintió agradecida.

Bruce acarició el gato y la volvió a mirar.

—¿Qué hizo?

—Se puso... se puso furioso. Me... —No pudo seguir.

—¿Te pegó, no es cierto? Esta mañana, antes de que vinieras al hospital.

Lynn lo miró.

—Lynn, querida, querida mía, ¿realmente crees que no lo sabemos? ¿Y qué no lo hemos sabido desde un principio? Aquel día en Chicago me di cuenta, y antes de eso, ya lo habíamos intuido. Al principio, cuando solo teníamos sospechas, nos dijimos que debíamos de estar equivocados. Es difícil pensar que Robert utiliza la fuerza; siempre se muestra tan fríamente cortés cuando hierve de ira por dentro. Uno no lo imagina tan bruto como para ser violento.

La risa de Bruce era sardónica. Lynn no podía hacer otra cosa que mirarlo.

—Recuerdo cuando nos conocimos. Nos invitaron a su casa. Habías preparado una cena estupenda, pollo al vino. Y nunca lo habíamos probado, aunque era un plato que estaba de moda en aquel entonces. ¡Qué confiada eras! Fue lo que primero nos impresionó de ti. El modo en que mirabas a Robert. ¿Cómo puedo describirlo? No encuentro palabras. Es difícil explicar lo que quiero decir. Josie y yo somos —cómo puedo decirlo— más iguales en nuestro matrimonio. Pero tú parecías tan llena de ternura hacia él y estás llena de amor, aun hacia esa planta.

—Pero él también está lleno de amor —exclamó ella, con voz ahogada—. Tú no sabes. Lo he amado tanto. No sabes... o tal vez no tienes idea de lo bueno que fue cuando se me murió Caroline. En ningún momento me culpó, aunque cualquier otra persona hubiera...

—Momentito, momentito. Cualquier otra persona hubiera dicho que fue un accidente. Los accidentes suceden. Una criatura se separa de ti y se lanza a la calle. Un adulto tropieza y cae por la escalera delante de tus ojos. ¿Qué se supone que somos, infalibles? Y en cuanto a no culparte... vamos, Lynn, admítelo, te hace saber que fue culpa tuya en mil formas sutiles, pero él, el magnánimo, te perdona. Eso es basura, Lynn. Basura. Deja de culparte. ¡Tú no mataste a Caroline!

Bruce estaba desatado. Era como si todo el miedo, la angustia y la ira que había contenido porque Josie se iba, hirvieran en su interior, buscando una boca de salida.

—Tal vez me arrepienta de haberte hablado así, pero en este momento, lamento no haberlo hecho mucho antes. Pero no me habrías escuchado y hubieras terminado por odiarme.

—No —dijo ella con sinceridad—. No podría odiarte. Nunca.

Porque lo cierto era que había algo en él que siempre le había llegado al corazón: el candor, la simplicidad, el sereno vigor de un hombre saludable en cuerpo y alma.

—Aquel día, cuando viniste —continuó él—, esa mañana que nos contaste que te habías caído contra el cerco espinoso, ¿crees que no nos dimos cuenta de lo que realmente sucedió? Tom Lawrence nos contó lo de la cena en su casa y cómo te encontró cuando fue a llevarte la cartera al día siguiente. ¡Ay, no te preocupes! —Levantó una mano. —Tom no abre la boca. Es demasiado buena persona. Lo preocupaba el hecho de que estuvieras en problemas, nada más.

Lynn se tapó la cara con las manos. Y él siguió hablando, implacable.

—Y cuando nos viniste a contar que estabas embarazada, no podíamos creer que hubieras vuelto a atarte a él. Josie casi se vuelve loca.

—¿Por qué me haces esto, Bruce? —exclamó Lynn.

—No sé. Tal vez porque tengo esperanzas de que empieces a pensar.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —Lloró.

El se puso de pie, se sentó en el sofá y le tomó las dos manos.

—Ay, Lynn, te he hecho sufrir. Perdóname, soy torpe, pero tengo buenas intenciones. ¿Crees que no me alegro de que hayas tenido a Bobby? No era eso lo que quería decir.

Su bebé. Su bebito. Lynn quería esconderse. Y en su desesperación, se volvió y apoyó la cabeza en el hombro de Bruce.

—Sí, esta mañana me pegó. Discutimos por Emily y se enfureció.

—Lo siento, lo siento tanto. Pobrecita Lynn.

—No fue tanto... no fue tanto que me dolieran las bofetadas, sino que me sentí... me siento... nada. Nada. ¿Lo entiendes? Nada.

Las manos grandes de él le acariciaban la nuca suavemente, una y otra vez.

—Sí —murmuró—. Sí.

—Tal vez no puedas entenderlo. Tu relación con Josie es tan diferente.

—Sí, así es, sí.

Su voz sonaba hueca. Como un eco, venía desde lejos, estaba separada del hombro tibio al que ella se aferraba, de la mano cálida que le acunaba la cabeza.

—Esta mañana lo odié —susurró—. Su carácter atroz. Y no obstante, todavía hay amor. ¿Estoy loca? ¿Por qué estoy tan confundida? ¿Por qué la vida es tan difícil?

—Lynn, no lo sé. Tampoco sé por qué la muerte es tan difícil. Hoy, de pronto, no sé nada de nada.

Ella levantó la cabeza y miró su rostro expresivo, en el que habían aparecido profundas líneas de dolor. Y le pareció que ellos dos, en este día hueco, vacío, debían de ser los dos seres más infelices del mundo.

Bruce le apartó el flequillo de la cara y le acarició la frente.

—Qué buena eres, qué dulce —murmuró con una sonrisa triste—. No tienes que entregarte, no tienes que abandonar la esperanza.

—Por favor, no seas amable conmigo. No lo soporto.

Y, sin embargo, cuánto necesitaba la bondad de brazos fuertes, de calor humano. Impulsivamente, le pasó los brazos alrededor del cuello; Bruce la atrajo hacia él y ella se apoyó contra su corazón, buscando consuelo...

Se quedaron así, abrazados, hundidos cada uno en su dolor, sin hablar. Respiraban al unísono y cada uno oía los latidos del corazón del otro.

La habitación estaba en silencio. Desde afuera, llegaba el trino de las palomas, el sonido pacífico de la vida sin problemas. Un reloj dio la media hora en algún lugar de la casa, con una notita musical, dejando una dulce vibración en el aire. Ninguno se movió. En esa tranquilidad, era posible flotar, mitigar en el cuerpo cansado y vencido del otro la necesidad de consuelo.

Entonces, en forma muy gradual, nació una reacción. La mano de él subía y bajaba por la espalda de ella, quizás en forma inconsciente. Era sumamente

suave, ese contacto alado, esa caricia delicada; no obstante, un placer sutil comenzó a expandirse por los nervios de Lynn. Después de un tiempo — nunca supo cuánto—, desde el centro más profundo de las sensaciones surgió una llama conocida. Y se dio cuenta de que él también la sentía.

Era como si, desde afuera del ser que era Lynn Ferguson, ella estuviera viendo con curiosidad una película en cámara lenta.

La película cobraba velocidad. Los actores se movían inexorablemente: los labios de él sobre su cuello, sus dedos desabotonándole la blusa, la pollera como un charco amarillo en el suelo. Ninguno de los dos hablaba. Ella perdió todo poder de pensamiento. El, también. Desesperados y hambrientos, se movieron con más rapidez; fue como un colapso, una fusión total...

Cuando despertó, él la estaba sacudiendo suavemente. Aturdida, desorientada, le llevó un momento comprender dónde estaba. En ese segundo, recordó después, quedó libre de preocupaciones; el nudo de tensión en la nuca había desaparecido; se sentía otra vez normal.

El instante terminó y recordó lo sucedido, tomó conciencia de que después se había quedado dormida en brazos de este hombre, como si ese fuera el lugar que le correspondiera. Espantada, lo miró a los ojos y vio allí el reflejo de su propio horror.

Bruce se había vestido, pero ella estaba desnuda, cubierta únicamente por la manta tejida que él le había puesto encima. Durante largas noches y tardes lluviosas había visto a Josie tejiendo esa manta. Los diferentes puntos, los tonos de rosado, crema y verde.

—Tengo que ir al hospital —dijo él con voz ahogada.

—No tienes auto —respondió ella.

—Ya me lo trajeron.

El diálogo era absurdo. Surrealista.

La tarde se había apagado. Desde la ventana donde dormitaba el hermoso gato blanco, entraba un movimiento casi imperceptible de aire y avanzaba la sombra. La habitación se convirtió en un lugar donde, sin poder hacer nada, uno esperaba la llegada inevitable del desastre.

—Ay, Dios —gimió Lynn.

Bruce le dio la espalda y dijo solamente:

—Te dejaré vestir. —Salió de la sala.

Temblando, luchando contra las náuseas, Lynn se puso la ropa. Sobre la pared de enfrente había un espejo, una de las antigüedades de Bruce, con una superficie ondulada que distorsionó su rostro cuando pasó delante de él. Esa

distorsión le pareció adecuada y Lynn se detuvo allí: Horrible. Horrible. Así soy yo. Yo, Lynn, he hecho esto mientras ella agoniza. Yo, Lynn.

Y Robert había dicho: «Por la salud y la vida de nuestras hijas, te juro que nunca te he sido infiel». No hubiera jurado así si no hubiese sido verdad. Podía ser muchas cosas, pero no mentiroso.

Esperaba que Bruce estuviese apurado, pero cuando volvió, él se sentó sobre el sillón frente al sofá. De modo que ella también lo hizo, la prolija y remilgada Lynn Ferguson, con el estómago dado vuelta, el nudo más tenso que nunca en el cuello y los pies apoyados contra el suelo. Esperó a que él hablara.

Bruce comenzó varias veces, pero no pudo seguir porque se le quebraba la voz. Por fin, dijo:

—Creo que debemos olvidar lo que sucedió, alejarlo de nuestras mentes para siempre. Fue humano... Los dos estamos bajo una tensión terrible.

—Sí —respondió ella, mirándose los pies, los elegantes zapatos de verano marrones y blancos de la dama de los suburbios.

La voz de él se quebró de nuevo.

—Que pudiera pasar esto... no sé... mi Josie... la quiero tanto.

—Estoy tan avergonzada —susurró Lynn, con los ojos fijos en el gato.

—Vamos a tener que olvidarlo —repitió él—. Tratar de olvidarlo. Pero antes, me quiero disculpar.

Ella se encogió de hombros y frunció el entrecejo, como para decir: no hay necesidad, la mitad de la carga la llevo yo.

—Y otra cosa: nunca debí hablarte así de Robert y obligarte a contestar.

—No tiene importancia. Lo que dijiste era verdad.

—De todos modos, lamentarás haberlo admitido. Te conozco, Lynn. Te conozco muy bien.

—Lo he admitido solamente ante ti y tienes toda mi confianza.

El se puso los anteojos, trayendo de vuelta al Bruce de siempre, el amigo, el hermano con quien una cosa como la que acababa de suceder hubiera sido impensable.

—Tal vez ese sea tu error —dijo él.

—¿Cuál? ¿Confiar en ti?

—Por Dios, no, Lynn. Quise decir tu error en no admitirlo delante de nadie más.

—¿Cómo quién, por ejemplo?

—Bueno, en un tiempo hubiera dicho... y dije... un profesional. Pero ahora diría: Tom Lawrence.

¿Pedirle consejos, ayuda, a Tom? Y recordó la escena en la piscina del club, recordó la humillación y su desafiante invitación a las bodas de oro.

—¿Un abogado? No.

—No es solamente un abogado, Lynn. Lo tomaría en serio. Te admira. Créeme, lo sé.

Sí, y también piensa que soy del siglo XIX, un anacronismo, encantadora y a la vez absurda. Eso, sin duda, es lo que le resulta interesante, solamente porque es distinto de lo que ve a su alrededor, esas mujeres directas, independientes que estaban en su fiesta aquella noche. Si supiera lo que acabo de hacer en esta habitación, no sabría si asombrarse o reír. «Me han tapado la boca,» diría. Podía oírlo diciéndolo y veía las arruguitas alrededor de sus ojos claros, brillantes.

Su mente dio un salto: ¡Y si se enteraba Robert! Sucumbió al pánico, como si estuviera sola en un auto descompuesto a medianoche, o como si oyera pasos en la escalera en plena noche.

Se puso de pie, tratando de controlarse.

—Tengo que volver a casa. Estuve afuera todo el día. El bebé... Y Emily. Tengo que hablar con Emily.

Bruce la acompañó hasta la puerta y le tomó la mano.

—Vuelve a casa, maneja con cuidado. —Las líneas de su frente se habían profundizado de preocupación. —¿Estás bien? ¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Desnuda con un hombre que no era Robert. Con el marido de Josie...

—No hemos hecho ningún daño, Lynn. Recuerda eso. Fue solamente algo que sucedió. Los dos somos buenas personas. Recuérдалo, también.

—Sí —asintió ella, sabiendo que él esperaba que ella lo olvidara, porque como él mismo no lo creía, necesitaba que otra persona lo creyera. Pero él no olvidaría su traición a su amada Josie.

—Tengo que volver al hospital —dijo.

—Sí, ve.

—Te llamaré si...

—Sí.

Y así abandonó la casa de Josie.

Fue Bobby el que quebró el silencio en la mesa que Eudora había dejado puesta antes de irse, aunque no le correspondía hacerlo. Había sacado del

freezer una de las tartas de Lynn y la había calentado. Es porque me tiene lástima, pensó Lynn.

Emily había comido sola, más temprano, y se había ido a su cuarto.

—Dice Emily que tiene dolor de cabeza. Pero que no se preocupe, porque no es nada —dijo Eudora, mientras sus ojos se compadecían de Lynn.

Los ojos lo decían todo. Los ojos huidizos hablaban de culpa, vergüenza o miedo. La mirada de Robert se posó sobre la mejilla de Lynn, donde la piel rasgada mostraba un delgado hilo rojo. Lynn miraba el plato. Robert dio unos trozos de papa al bebé.

Bobby rebotaba en la sillita infantil. Cuando dejaba caer su juguete, Robert se lo alcanzaba; el niño lo arrojó con fuerza y Robert tuvo que levantarse a buscarlo debajo de la mesa.

—Loco —le dijo Robert—. Loquito.

Lynn no decía nada. El muchachito era precioso; el pelo con que había nacido se le había caído y ahora crecía otra vez, sedoso y rubio plateado.

Lynn se imaginó diciéndole a ese niño: Tu padre, al que amé —y al que todavía amo, aunque solo Dios puede explicarlo—, tu padre acaba de pegarme por última vez.

¿Es Josie la que ha hecho que esta vez sea diferente? ¿O Eudora la que ha hecho que se vuelva intolerable? ¿O qué realmente es intolerable para mí, la gota que desborda el vaso?

Sonó el teléfono.

—¿Voy yo o vas tú? —dijo Robert.

—Ve tú, por favor.

En cualquier momento el teléfono podía traer noticias de la muerte de Josie. Las piernas no la sostendrían hasta llegar al teléfono; la mano le temblaría tanto que no podría levantar el tubo.

Pero el llamado era de la Asociación de Padres y Maestros.

—Una tal señora Hargrove —informó Robert, volviéndose a sentar— dijo que quieren que seas delegada de la clase de Annie. Le dije que la llamarías más tarde.

Su voz carecía de tono e inflexión. Extendió el brazo para tomar la cesta de pan, como si no pudiera pedírsela, él que se mostraba tan desdeñoso con los que tenían malos modales en la mesa. Lynn se la alcanzó; sus manos se rozaron, sus ojos se encontraron.

La luz del anochecer caía delicadamente sobre la mesa de caoba y hacía brillar los pendientes de la araña de cristal. El bebé, sumido en su propio

bienestar, extendió sus bracitos adorables y canturreo. Emily estaba escondida en su habitación. Y Annie, la frágil Annie, estaba por llegar.

Era intolerable.

Emily levantó la vista de la valija abierta cuando entró Lynn. Había ropa colgando de los picaportes y sobre las sillas; suéteres, zapatos, polleras y pantalones se amontonaban por todas partes. En el suelo, junto al *Walkman* de Emily, había pilas de libros; la raqueta de tenis estaba apoyada contra la pared.

—¿Tan pronto? —preguntó Lynn.

—Mami, quería decírtelo, no que te golpearas entrando así, de repente. Lo que pasa es que esperé hasta último momento para decir lo de Tulane, porque tenía miedo, y ahora estoy a las corridas. Las inscripciones comienzan pasado mañana y tendré que irme mañana. ¡Ay, mamá!

—Está bien —dijo Lynn, tragándose el inevitable dolor.

—Traté de llamarte esta tarde al hospital, pero no estabas. No sabía dónde buscarte.

—No hay problema.

—La enfermera dijo que tú y el tío Bruce se habían ido.

—No nos fuimos, salimos a tomar café y a comer algo. Y Lynn, consciente de pronto de un gran cansancio, corrió un zapato y se sentó en el borde de una silla.

—Esperaba que volvieras temprano para que pudiéramos hablar.

—Volví al cuarto de Josie y me quedé hasta tarde.

A Emily se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Pobre Josie! Siempre fue tan buena conmigo, ahora más que nunca. No es justo que tenga que morir.

La juventud, la juventud que todavía se asombra porque la vida puede ser injusta.

—Ojalá pudiera volver a verla y decirle cuánto la quiero y cómo le agradezco lo que está haciendo. Pero le agradecí a tío Bruce. Se lo agradecí mil veces.

—Josie no te oiría. Está en coma.

—Como durmiendo.

—Como muerta.

Sobre la almohada estaba la carta; la cabeza, ahora sin pelo, era diminuta; bajo la frazada, estaba el cuerpo, tan delgado que casi no marcaba la frazada.

¿Y mientras ella yacía allí, dónde había estado su marido, dónde había estado su mejor amiga?

Con un gran esfuerzo, Lynn alejó su mente del borde del abismo.

—¿Hablaste con tu padre?

—Traté, pero no quiso contestarme, ni siquiera mirarme. No me gusta irme de casa así, mamá —dijo Emily, llorando.

Lynn se puso de pie y la abrazó.

—Tesoro, yo tampoco lo quise así. Las cosas se solucionarán. Siempre sucede así. Ten paciencia. Créeme.

¡Con cuánta frecuencia, al no saber qué decir, uno buscaba muletillas!

—Con paciencia no vas a solucionar nada, mamá.

—No te entiendo.

—Sé que esta mañana te pegó. Me lo dijo Eudora.

—¡Ay, Dios mío!

Un frío corrió por la espalda de Lynn, dedos helados le recorrieron los nervios. Bajó los brazos; como conejos asustados o ciervos inmovilizados en el camino de noche, a la luz repentina de unos faros, las dos mujeres se miraron, sin saber qué hacer.

—Dijo que no debías enterarte de que me lo había contado.

—¿Entonces para qué te lo contó? —gimió Lynn.

—Bueno, alguien tiene que saberlo y soy tu hija mayor.

—¿Cómo pudo hacer eso? No tenía derecho.

—No te enojas con ella, mamá. ¡Se siente tan mal por ti! Me dijo que eres la persona más buena y amable para la que ha trabajado.

A Lynn eso no le hizo efecto. ¡Qué terrible para Emily irse de su casa por primera vez con esta información en su pobre cabecita joven! ¡Esta información innecesaria! Me correspondía a mí darla cuando estuviera preparada, y no antes, pensó.

—¿Me prometes que no te enojarás con Eudora?

Emily se arrodilló junto a la silla sobre la que se había dejado caer Lynn y apoyó la cabeza sobre las rodillas de su madre; las mejillas mojadas humedecieron la pollera de seda. Una y otra vez, Lynn acarició el cabello de su hija, desde las sienes latientes hasta la nuca, donde una cinta sujetaba la cola de caballo. Sintió el aroma que se elevaba del pelo de Emily y sonrió a través de las lágrimas: le había robado su perfume Joy otra vez.

Siguió acariciándola, pensando que el suyo era otro hogar norteamericano deshecho. Una estadística. Esta muchacha era una estadística, igual que Annie

y el bebé que dormía en la cuna, del otro lado del pasillo. Y, volviendo atrás, su mente se lamentó: ¿Quién hubiera creído que podía terminar así?

Dio vuelta las páginas de un álbum en la mente y vio fotografías desconectadas: la primera cena, el apuesto rostro de Robert a la luz de las velas, su propio encantamiento. Los elogios de la gente, y ella como azorada y maravillada de que le perteneciera a ella. La música de la boda, el anillo doble, el sol sobre los escalones de la iglesia cuando salieron juntos. El cuarto del hotel de México y la furia de Robert. La muerte de Caroline y sus brazos alrededor de ella. Bofetadas y empujones, caídas y lágrimas. El muñeco de nieve en el jardín, chocolate caliente y Robert tocando el piano con las chicas. El banco en Chicago y la anciana loca burlándose de ella. El éxtasis de la noche cuando concibieron a Bobby. Esta mañana. Ahora.

Emily volvió a preguntar:

—¿No te vas a enojar con Eudora?

—No.

¿Qué importancia tenía, de todos modos? Cuando llegara el final, Eudora se enteraría de muchas más cosas. Lynn dejó escapar un profundo suspiro.

Lo impensable estaba sucediendo, o estaba por suceder. ¡Dejar a Robert! Solamente ayer hubiera dicho que, a pesar de todo, de cualquier cosa, siempre hay una forma de arreglarlo; hay tanto de bueno, también aquí. Siempre hay una esperanza de que la última vez realmente sea la última. Pero hoy era diferente. Un gran cambio inesperado se había producido en ella. Era una mujer buena, merecía una vida mejor y de ahora en más iba a tenerla.

¡Ah, sí! ¿Pero cómo hacerlo? Había formas. Calculó: dentro de pocos meses, Robert sería enviado al extranjero. Sería lógico que fuera primero para preparar la casa mientras ella se quedaba a arreglar detalles de último momento. Luego, desde una distancia protectora, le haría saber que no lo seguiría, que ella ya no quería más. Basta. Había llegado el fin.

¿Pero adónde iría con un bebé y sin un centavo propio? ¿Cómo se prepararía? Bruce le había dicho: habla con Tom Lawrence. Y bien, quizá lo hiciera. Pero imaginaba su cara inteligente, irónica. El recordaría, aunque no lo diría, que se lo había advertido. Según Bruce, la admiraba. Tom le había dicho, aquella mañana cruel cuando Annie se había escapado: «Cuando necesites ayuda, estaré a tu disposición». Curiosamente a pesar de la angustia de este día, sentía ahora una débil llamarada de autoestima.

Emily se puso de pie, se secó la cara y empezó a guardar los suéteres.

—Te ayudo —dijo Lynn. El movimiento, la acción física de vaciar cajones y hacer la valija, era un dolor inaguantable. Marcaba el fin para

ambas.

—Ay, mamá, no soporto dejarte así. ¿Por qué lo toleras? ¿Por qué? —exclamó Emily en voz aguda y chillona.

Era necesario aflojar la tensión, la muchacha tenía que dormir bien e irse a tomar el avión con relativa calma. Así que Lynn dijo suavemente.

—Mi amor, no te preocupes por lo que Eudora te dijo. Estoy segura de que exageró.

—No es solamente lo que pasó esta mañana. Antes de que naciera Bobby, algo sucedió, también. No creas que no estoy enterada.

Lynn se sobresaltó y dejó de doblar la ropa.

—¿De qué hablas?

—De la noche en que te caíste dentro del cerco de espinas y los vecinos de enfrente, los Stevens, llamaron a la policía.

—¿Quién te lo contó? ¿El teniente Weber? —Lynn hervía de indignación. ¿Acaso todo el mundo se había puesto de acuerdo para desparramar su historia?

—No, no, cómo iba a hacer algo así. Harris oyó a su padre contándoselo a la madre. No sabían que él estaba sentado en la galería y escuchaba lo que decían en la sala. Y cuando se dieron cuenta de que los había oído, el padre le pidió que no me lo dijera. Dijo que no había que avergonzarme ni hacerme sentir mal. Pero Harris me lo contó. Tal vez no debió haberlo hecho, pero estaba preocupado y le pareció que yo tenía que saberlo. Aunque yo ya tenía bastantes ideas al respecto.

—Comprendo —dijo Lynn.

Dirigió la mirada hacia la pared, donde colgaba la foto de Emily en el campamento. Había ocho chicas sentadas sobre los escalones de una cabaña; Emily estaba en el medio. Tal vez esas ocho chicas sabían más cosas horribles de lo que revelaban sus expresiones ingenuas. Mi hija, mi Emily.

—Me puse muy mal. Me sentí tan avergonzada cuando me lo contó. Sentí vergüenza por todos nosotros, por la familia que supuestamente era tan respetable, tan digna de admiración, con los premios de papá, sus obras de caridad, la casa y todo. Me dio tanta vergüenza que vomité. ¿Cómo podía mi padre haberte hecho una cosa así? Pero no me había equivocado a la mañana siguiente, cuando no creí tu explicación. ¿Por qué no la creí? ¿Por qué sospechaba que había algo más, si a papá lo quiero tanto? Pero después tú lo negaste con tanta firmeza que decidí que no tenía que pensar así de mis padres, que no tenía sentido. Y cuando volvieron del viaje y parecían tan

felices, pensé que me había equivocado. Hasta me avergoncé de mí misma por haber pensado de ese modo.

—Ya estabas embarazada de Bobby cuando Harris me lo contó. Estábamos caminando por el bosque, cerca del lago. Me puse muy mal y él me abrazó para consolarme. ¡Tenía tanta fuerza y dulzura! Fue ahí cuando pasó, cuando hicimos el amor. Habíamos planeado no hacerlo hasta ser mayores, te lo aseguro. Muchos de los chicos se inician con el sexo en los primeros años de la secundaria, lo sabe todo el mundo. Pero en la televisión nunca se habla de los que no lo hacen, ni siquiera en los últimos años. — Emily dejó escapar un sollozo y continuó: —Es curioso, mamá, cuando lo recuerdo, veo que fue una secuencia natural del consuelo y la dulzura. Fue como una sola cosa, ¿sabes? Y sucedió así. Creo que no te lo estoy explicando demasiado bien. Tal vez no puedas entenderlo.

Lynn seguía contemplando la fotografía; era el año en que le habían puesto la ortodoncia a Emily; tenía bandas elásticas sobre los alambres y le había encantado mostrárselas a sus amigas. No pudo mirar a Emily cuando respondió:

—Te entiendo —dijo.

—Tardaron tanto en irse las marcas de tus piernas y brazos y, cada vez que veía las costras, quería decirte que lo sabía. Pero ya te había causado muchos problemas y me parecía que no tenía derecho de hacerte sufrir más. Y después Annie se escapó, y recuerdas que tío Bruce nos dijo que mantuviéramos la paz en la casa por el bien del bebé, por el bien de todos.

—Sí, me lo contaste.

—Y después, cuando nació Bobby, era tan divino. Y estabas bellísima, con él en brazos. Y papá estaba contento, era el de siempre. Bueno, pensé, olvida lo que sucedió y guarda el secreto. Es lo mejor que puedes hacer. Mantén la paz, como dijo tío Bruce.

—Y qué bien lo hiciste.

—Traté. Pero ahora que me voy, te quiero decir algo. Hace unos minutos, mirabas la fotografía del campamento. Ahora te quiero mostrar otra.

De una carpeta en su escritorio, sacó una fotografía, ampliada, de un niño de poco más de un año. Estaba sentado en el suelo; sostenía una pelota rayada más grande que su cara y tenía pelo lacio y oscuro.

—Parece indígena —dijo Lynn—. Es bonito.

Emily dio vuelta la foto.

—Lee el nombre.

—Jeremy Ferguson, con cariño de Querida —leyó Lynn y calló. El silencio fue largo. —¿De dónde la sacaste? —preguntó.

—Cuando nació Bobby y vino la tía Jean de visita, me trajo una caja de fotografías. Estaba papá, desde bebé hasta que entró en la universidad, mis abuelos, mis tatarabuelos, fotografías antiquísimas, muy interesantes. Y después vi esta, que parecía moderna. Cuando le pregunté quién era el chico, dijo enseguida: «Un primo lejano de tu padre, no sé bien quién. No sé cómo vino a parar aquí», y cambió de tema de inmediato. Pero se puso nerviosa, así que debe de haber algo más. ¿Quién es, mamá?

Lynn flaqueó. Sucedían demasiadas cosas al mismo tiempo, había demasiado que aguantar sin añadir una larga e infructuosa explicación que acarrearía preguntas que no quería contestar.

—No tengo idea —respondió.

—Mami, mírame a los ojos y dime que es la verdad.

Lynn cerró los ojos, sacudió la cabeza y suplicó:

—¿Qué importa? ¿Acaso necesitamos más problemas? No compliques las cosas. No tienes necesidad de saberlo.

Emily insistió.

—Bueno, me lo estás diciendo sin quererlo. Me estás diciendo que papá tiene otro hijo.

Lynn suspiró y cedió:

—Bueno, está bien: tuvo un hijo de su primer matrimonio. Me sorprende que Jean haya guardado la fotografía. Debe de haberlo querido mucho.

—¿Y Querida? ¿Es la madre?

—Sí. Mira, Emily, si tu padre se entera de que Jean te dio esto, le dará un ataque.

—No me lo dio. La distraje y más tarde, cuando la buscó, no la pudo encontrar.

—¡Emily! ¿Por qué haces cosas así, por Dios? —gimió Lynn.

—Porque quiero entender. Tengo un medio hermano y nadie nunca me lo contó. Tantos secretos no tienen sentido, a menos que haya mucho más detrás, en cuyo caso, tendrían sentido.

—Te estás buscando problemas. Bastante enojado está tu padre ya sin que empeores las cosas. Además, tiene derecho a privacidad y el resto no importa. Así que guarda esa foto. Por favor.

—Está bien, mamá, ya que te pone mal. —Con movimientos rápidos, Emily rompió la fotografía. —Listo, asunto terminado. Pero tengo una cosa más que decirte. Querida está en Nueva York.

—¿Cómo lo sabes, por amor de Dios?

—No tengo la certeza absoluta, pero estoy atando cabos, en el mejor estilo de Sherlock Holmes. Aquella vez en Nueva York, antes de que naciera Bobby, cuando me encontré con la tía Jean, estábamos en un taxi volviendo hacia la estación Grand Central, para tomar el tren a casa, y ella se bajó unas cuadras antes. Nos detuvimos en un semáforo, así que vi dónde entró. Era un negocio llamado «Querida». Mamá, tiene que tratarse de la misma persona.

Lynn se vio a sí misma parada en la calle con Tom, el día que habían vuelto juntos en tren. En la vidriera del negocio había habido un cuadro de ovejas y el letrero decía QUERIDA. Y recordó la punzada de duda, celos y curiosidad, el deseo de saber, de no saber. Pero todo eso no significaba nada, después de lo sucedido esa mañana.

Y lo dijo:

—No tiene ningún sentido, Emily. No me importa dónde está ni quién es. Así que, por favor, déjate de jugar a la detective, ¿eh?

—Está bien.

Emily estaba guardando un oso polar de peluche entre los suéteres. Estaba seria y al volverse hacia Lynn, su cara pareció la de una mujer de más años.

—¿Te puedo preguntar algo, mamá?

Esta niña con el juguete de peluche, esta mujer en miniatura...

—Lo que quieras, tesoro. Adelante.

—¿Por qué nunca llamaste a la policía?

Automáticamente, como en una acción refleja, Lynn intentó una defensa.

—Tu padre no es un borracho que vuelve a casa y le pega a la mujer todos los sábados por la noche —dijo en voz baja y tomó conciencia en ese instante de que eran las palabras del propio Robert.

—¿Pero y esa noche? ¿Esa única noche? Los vecinos lo oyeron y llamaron, así que debe de haber sido algo bastante serio.

—No podía, Emily. No me pidas una respuesta que no puedo darte. Por favor.

Con la fuerza de una ola, le vino a la memoria la horrible sensación de la noche en que Weber había enfrentado a Robert. Su único pensamiento había sido que sus hijas no sufrieran esa atroz humillación. No podía entender que hubiera mujeres que permitían que sus hijos vieran cómo la policía se llevaba a su padre, a menos, por supuesto, que hubieran sido golpeados en forma terrible... Ese no era su caso y Emily tenía que darse cuenta.

—Siento tanta pena por todos nosotros —dijo Emily—. Y por papá también, no sé por qué.

Sí, de algún modo, por él también.

—¿Dime, mamá, se puede saber qué vas a hacer?

—Lo voy a dejar —respondió Lynn y se echó a llorar.

Los ojos negros del oso polar parecían asombrados. El silencio de la habitación hablaba de asombro.

—¿Cuándo lo decidiste?

—Esta mañana. Me vino a la cabeza esta mañana. ¿Por qué hoy y no las otras veces? No lo sé. No sé nada.

—Tenía que ser en algún momento —dijo Emily, apenada.

Lynn se cubrió la cara con las manos y susurró, como para sus adentros:

—Era... es... era... el amor de mi vida.

Las palabras sentimentales y melodramáticas eran la pura verdad.

—A veces creo que estoy soñando lo que nos ha pasado a todos —dijo Emily.

Lynn levantó la cabeza, suplicando:

—No te entregues, no entregues tu ser y tu voluntad a ningún hombre. No lo hagas.

—¿A nadie? ¿Nunca? Mamá, no puedes decirlo en serio.

—No, creo que no. Pero no lo hagas todavía. No dejes que Harris te decepcione, ni que te haga sufrir.

—Jamás lo haría, Harris es estable. Es centrado. No es un hombre de extremos.

Sí, de eso uno se daba cuenta. No había brillo en él, tampoco, pensó Lynn, recordando al joven Robert, que había iluminado su firmamento.

—¿Si te digo algo, no te vas a reír? —Y antes que Lynn pudiera asegurárselo, Emily continuó: —Hicimos una lista, cada uno por separado, de las virtudes que necesitaríamos en la persona con quien nos casaríamos y verificamos si el otro tenía esas cualidades. Después leímos la lista en voz alta, para ver si había coincidencia. Y la hubo, casi en todo. ¿No te parece muy sensato de nuestra parte? Harris dijo que sus padres lo hicieron cuando eran jóvenes y que de allí sacó la idea. Son tan buenos, los Weber. Vas a su casa y sientes su bondad en el aire. La familia es importantísima, ¿no?

—No es todo.

—Pero ayuda —dijo Emily, con tanta sabiduría como si hubiera tenido un siglo de experiencia con las penas de la humanidad.

Su declaración confiada era digna de una chiquilina, pero sin embargo... Yo no sabía nada de Robert, se dijo Lynn. Llegó como un desconocido y,

comparando la alocada e irracional pasión que había sentido por él con la lista «sensata» de su hija, solo experimentó perplejidad.

—Me parece que Bobby está llorando —dijo Emily, ladeando la cabeza para escuchar.

—Debe de estar mojado.

—Voy yo, mami. Estás demasiado alterada.

—No, iré yo. Termina con la valija.

—Quiero tenerlo. Tal vez esté dormido cuando me vaya, mañana.

La luz nocturna enviaba un brillo rosado al rincón donde estaba la cuna. Ante la mirada de Lynn, Emily tranquilizó al bebé, lo cambió y lo acunó.

—¡Mira ese pelo! Me gustaría a mí haber sido la rubia —se quejó, haciendo pucheros en broma.

—No estás mal, tú tampoco.

Eran sus hijos: esa jovencita llena de elegancia y ese tesoro de bebé, el hijo de Robert, de quien estaba por separarse.

—¿Cuándo vas a hacer lo que dijiste? —susurró Emily, meciéndose ligeramente mientras Bobby se dormía sobre su hombro.

—Tengo que pensar. Tengo que pensar en Annie, en ti y en él.

—Nos las arreglaremos. Seguiremos siendo una familia, mamá.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Lynn.

—Debe de ser terrible para ti, pero tienes que hacerlo. Eudora dijo que fue un horror...

Lynn levantó una mano, pidiendo silencio. Una repentina visión de la escena con Bruce esa tarde, un *shock* recurrente, la había hecho lanzar esa exclamación. ¡Si Emily se enterara de eso! ¡Si se enterara Robert! Pero, sin embargo, curiosamente, deseaba poder decírselo y herirlo en el centro de su orgullo, herirlo y desangrarlo.

Se controló.

—Te llevaré al aeropuerto, mañana. ¿Llamaste a Annie campamento para despedirte?

—No, la llamare cuando llegue allá. Y escribiré seguido. Me preocuparé por ustedes todo el tiempo, mamá.

—No lo hagas. Quiero que te concentres en lo que tienes que hacer. Quiero que te veas como la doctora Ferguson con guardapolvo blanco y un estetoscopio alrededor del cuello. —Lynn se obligo a sonreír. Entonces se le ocurrió otra cosa. —¿Hablarás con tu padre, también? Estoy segura de que su enojo pasará, si le das un poco de tiempo. Y sigue siendo tu padre, que te quiere, a pesar de cualquier otra cosa.

Cuando cenaron la puerta del cuarto de Bobby, la luz del corredor brilló en los ojos húmedos de Emily.

—Dame un poco de tiempo a mí también —dijo—, y después lo haré.

Un aroma familiar subía por la escalera. Robert debía de estar fumando su pipa. Sin tener que mirar, Lynn sabía que estaría en el sillón junto a la ventana, cavilando a la luz tenue de una lámpara, en una habitación llena de sombras y con la mente llena de sombras, también. En la cima de las escaleras vaciló; una parte de ella quería bajar y decirle, en lo que se considera una forma «civilizada» —como si algo tan brutal como el final de un matrimonio que había comenzado con pasión y confianza absoluta pudiera ser algo menos que barbarie— que le resultaba imposible seguir adelante así. Pero otra parte de su ser sabía que el intento llevaría a una protesta horrorizada, a disculpas y promesas, a lágrimas —de ella— y tal vez a golpes peores. ¿Quién podía saberlo? De manera que dio media vuelta y se fue a acostar.

Todos sus músculos y sus nervios estaban tensos. No había posibilidad de sueño. Sus oídos captaban cada sonido, el susurro de un coche al pasar, el zumbido lejano de un avión, los pasos de Emily desde el baño a su habitación. Imaginó la despedida del día siguiente, el abrazo final, la entrega de la tarjeta de embarque al empleado, la cola de caballo y el bolso colorado desapareciendo por el corredor.

—No voy a llorar —dijo en voz alta—. La despediré con alegría.

Y se recordó que la experiencia que tenía Emily era el doble de la que había tenido ella a su edad...

La puerta de la cocina se cerró cuando Robert entró a Juliet. Instantes después, subieron, el perro con un tintineo de placas, y Robert con pasos pesados, sombríos. Sus pasos siempre habían indicado su estado de ánimo y ella sabía lo que vendría: se sentaría en la oscuridad y hablaría.

Comenzó:

—Lamento lo de esta mañana, Lynn. Fue horrible, lo sé.

—Ajá. Horrible es poco, no alcanza a describirlo.

Sin duda esperaba que ella dijera algo más, se estaría preparando para un ataque de furia como los que había tenido ella en el pasado; no tenía forma de saber que estaba más allá de esa ira dolorosa, que había cruzado la línea, que había llegado a una trágica conclusión.

Respirando fuerte, él siguió:

—Fue Emily. Creo que nunca me he sentido tan mal en mi vida. Me aplastó, Lynn. Y tuve que desahogarme. Estaba fuera de mí. Es la única excusa que tengo.

Sí, pensó Lynn, es la única, la de siempre. ¿Cuándo no tuviste una excusa para estar «fuera de ti»? Nunca fue culpa tuya, siempre de otra persona, mía, por lo general.

—¿No vas a decir nada? Grita, si quieres. Pero trata de entenderme, también. Por favor. Por favor, Lynn.

—No tengo deseos de gritar. Tuve un día terrible.

—Perdóname. —Suspirando, agregó: —Supongo que tendremos que convencernos de que Emily sobrevivirá a su error. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Qué piensas?

—Estoy demasiado cansada para pensar.

Sí, pero al día siguiente lloraría a mares. Por Emily, por el torbellino que la había arrojado a ella en brazos de Bruce, y por el colapso de este matrimonio que había sido el foco de su vida, la razón de su vida, el sentido de su vida.

—Tal vez pueda darte una buena noticia para contrarrestar lo demás —dijo Robert, casi con humildad—. Hoy vino Monacco. Me dijo que me envían de vuelta a Europa a principios de año.

Y esperó otra vez, una muestra de entusiasmo o una felicitación, pero al no recibir nada, continuó, dando rienda suelta a su entusiasmo:

—Estuve pensando que sería mejor que fuera un mes antes que ustedes para preparar todo. Hay casas muy cómodas con jardines atrás, muy agradables. Necesitaremos algo amoblado, por supuesto. Tendré todo listo para cuando lleguen ustedes. Tal vez para entonces, Emily haya... —Se interrumpió.

—Estoy cansada —dijo Lynn otra vez—. Quiero dormir.

—Bueno.

Encendió la lámpara de la mesa de luz y comenzó a desvestirse en silencio. Pero estaba demasiado cargado como para quedarse quieto mucho tiempo; vibraba como un cable de alta tensión.

—Estuve pensando, también, que podríamos alquilar esta casa. No vamos a pasarnos el resto de la vida en Europa y es posible que queramos volver aquí. Podemos guardar todo en un depósito. ¿Qué te parece?

—Bien.

La partida de Emily lo había «aplastado» y, sin embargo, aquí estaba, con energías suficientes para trazar sus planes rosados. Eso sí que es poner las cosas en perspectiva, pensó Lynn. Estoy llena de amargura. Llena de amargura.

—¿Sabías que nuestro gobierno auspicia un programa de capacitación para banqueros de Hungría para que puedan aprender sistemas de inversión? No tienen personal. No hay contadores, por ejemplo, hay un puñado en todo el país. Es increíble para nosotros lo ignorantes que son. Bueno, toda una generación ha vivido bajo el comunismo, después de todo, así que el desafío es todavía mayor, digo yo.

La cama crujió cuando Robert se acostó. Se puso tan cerca de Lynn que ella pudo oler la loción para después de afeitarse. Si me toca, pensó, estremeciéndose, si me acaricia los pechos, si me besa, le pego. No voy a dejarme engañar otra vez. Recordaré cómo me golpeó la cabeza contra la pared. Recordaré a Bruce esta tarde... no, no, eso no quiero recordarlo.

—¿Duermes? —murmuró Robert.

—Si dejaras de despertarme, podría dormir.

—Lo siento —se disculpó y se volvió hacia el otro lado.

Sí, mañana lloraría a mares, mañana lloraría por el desperdicio, por la pérdida del significado central de su vida. Daría rienda suelta a toda la angustia que hacía implosión dentro del pequeño espacio donde estaba su corazón y la dejaría explotar, destrozar las paredes mismas de esta casa.

Y después, de algún modo, se levantaría y seguiría adelante. Si Josie podía enfrentar la muerte con sereno valor, sin duda ella, Lynn, podía enfrentar la vida.

Josie murió al tercer día. Al cuarto día, la acompañaron a su tumba. Era la clase de día que tanto le había gustado: el aire estaba suave, luego de la lluvia, las nubes perladas colgaban bajas y el aroma a hierba húmeda se elevaba entre las lápidas. Lynn, casi a ciegas, leía nombres que no tenían significado para ella e inscripciones carentes de sentido: AMADA ESPOSA, QUERIDO PADRE. Porque... ¿cómo puede un mero adjetivo describir el dolor desgarrador y la pérdida infinita?

Y en todo momento, las imágenes: la lluvia que caía con fuerza mientras seguían el coche fúnebre que llevaba a su madre colina arriba hacia el cementerio; flores blancas sobre el pequeño ataúd de Caroline...

—Sorprendente —susurró Robert al ver la cantidad de gente que se había reunido alrededor de la tumba—. Está toda la oficina. Y medio club, también, aunque ni siquiera eran socios.

—Josie tenía amigos —dijo Lynn—. Todos los querían a ella y a Bruce.

El nombre de Bruce se le atascó en la lengua. Apretó los párpados, temiendo mirarlo. Parecía un hombre de setenta años, un hombre golpeado y condenado.

—Era mi corazón, mi mano derecha —lo oyó decirle a alguien que le murmuraba sus condolencias.

—Sé lo que debes de estar sintiendo —susurró Robert.

—Qué vas a saber. No la aguantabas. Te ponía furioso.

—Bueno, te quería a ti y eso lo aprecio, por lo menos.

Desde el estacionamiento, seguía llegando gente por la loma, gente de toda clase, color y edad: los ricos, los trabajadores y también, los pobres, que debían de haber acudido a Josie con sus necesidades y obtenido consuelo.

Las voces ahogadas se acallaron. Todo quedó en silencio, apagado: las rosas color crema sobre el ataúd, y hasta las palabras sencillas de las plegarias que agradecían la bendición de la vida de Josie y los recuerdos que había dejado aquellos que la querían.

El breve servicio llegó a su fin. Demasiado sacudida para llorar, Lynn contempló los árboles, donde una bandada de cuervos armaba gran alboroto. Giró la cabeza y se topó con la mirada sombría de Tom Lawrence.

—Si necesitas ayuda —le había recomendado Bruce—, habla con Tom Lawrence.

—Conozco a las mujeres de cabo a rabo —le había dicho Tom en una oportunidad—. Te carcomerías de culpa si alguna vez...

Y Robert la tomó del brazo, diciendo:

—Vamos. Ya terminó. —Subieron al automóvil y él dijo, casi con curiosidad: —¿La querías mucho, no? Es extraño, todavía estoy enojado con ella por lo de Emily, pero a lo hecho, pecho. ¿Además, para qué gastar energías? Habría que ser de piedra para mirarle la cara a Bruce ahora y no sentir algo. ¿Qué pasará por la cabeza de una persona en un momento como este? Supongo que las personas recuerdan las veces que se pelearon y lo que se dijeron y ahora desean no haberlo hecho. Pero es natural. Nadie es perfecto. Él parece un cadáver, pobre. Tiene aspecto de no haber comido en meses. Hace días que no viene a cenar; tal vez debiéramos seguir invitándolo hasta que se organice un poco.

—Qué amable de tu parte —dijo Lynn, sorprendida. Y luego, inducida tal vez por esa compasión repentina que él mostraba por un hombre por el que nunca había tenido estima, tuvo una súbita revelación: si Eudora no hubiese sido testigo de la pelea, si Bruce no le hubiera revelado que él y Josie lo habían sospechado desde el principio, ¿no hubiera ella seguido como antes, enterrando el recuerdo de los golpes, negándolo, como lo había hecho durante años? Tal vez hasta hubiera seguido haciendo el amor con él, como había querido hacerlo Robert la noche antes de que Emily se fuera, cuando ella, con

su silencio e inmovilidad, lo había rechazado. Fue una revelación extraña, que la llenó de incertidumbre.

Mientras conducía. Robert comentó, pensativo:

—Me pregunto qué hará él ahora. Es el tipo de hombre que tal vez no vuelva a casarse. Dios no lo quiera, pero si algo te sucediera a ti, yo nunca me volvería a casar.

Lynn tuvo que objetar.

—No puedes estar seguro —dijo.

—Sí. Me conozco. Si tuviera que estar allí parado, en ese espantoso cementerio, como estaba Bruce y verte... ni siquiera lo puedo decir.

Lynn pensaba: sufrirá cuando lo deje.

—Calculo que volverá a la oficina en un par de días y seguirá con su pesada rutina.

Pero Robert tendrá su trabajo, pensaba Lynn. Recibirá la noticia, quedará anonadado, se enfurecerá y sufrirá. Lo veía ahora con tanta claridad como si ya hubiera sucedido; de pie, en una habitación desconocida sobre una calle desconocida con vista, tal vez, a calles adoquinadas y torres medievales, abriría la carta de ella, su carta larga y triste, esperando palabras de amor. Comenzaría a leer y sin poder dar crédito a sus sentidos, la leería de vuelta... Y algún día se convertiría en el presidente de la compañía y tendría toda la gloria que tanto anhelaba.

Las manos de Lynn, levemente bronceadas, descansaban sobre su falda. Las dio vuelta y vio las inconfundibles cicatrices. Y sobre su mejilla, el delgado tajito rojo se estaba cerrando.

Se volvió para mirar a Robert, para mirar el rostro delgado, apuesto. No había cambiado casi nada. Seguía siendo tan fascinante como cuando lo había visto por primera vez. A ojos de ella, había algo afrodisíaco en el cuello blanco de la camisa y el traje oscuro, igual como, según muchas mujeres, lo hay en un uniforme militar.

¡Qué me has hecho, qué nos has hecho!, pensó. Tenías tanto, teníamos tanto y hubiéramos podido disfrutarlo, pero lo arrojaste por la borda. ¡Mira lo que lograste con tus iras perversas!

La casa estaba sombría. Parecía un lugar peligroso, lleno de riesgos, como si uno caminara por un campo minado.

Estaba Annie que, recién llegada del campamento de niñas exploradoras y donde por desgracia no había perdido un gramo, tenía que afrontar dos

cambios tremendos: la partida de Emily y la muerte de Josie. El asunto de Emily se mitigaba con unas llamadas telefónicas, pero el de Josie, al parecer, solo podía solucionarlo el propio Bruce.

Lynn la llevó a casa de él; Annie pasó el día allí y volvió con cara relativamente alegre, a pesar de sus ojos hinchados.

—Tío Bruce me dijo que no tiene nada de malo llorar. Dijo que después de llorar, me iba a sentir mejor, y es verdad. Dijo que a tía Josie no le gustaría verme demasiado triste, tampoco. Quería que recordara cosas lindas de ella, pero lo que más querría es verme trabajar bien en el colegio, tener amigas y ser feliz. ¿Por qué no entraste, mami?

—Tengo mucho que hacer y a Bobby le está saliendo un diente. Está muy llorón.

—Pienso que deberías invitarlo a tío Bruce a cenar. No tiene nada en la heladera.

—¿No? ¿Y qué almorzaron?

—Abrió una lata de porotos.

—Todavía no ha recuperado el apetito. Es demasiado pronto.

—¿No vas a decirle que venga a cenar a casa?

—Vendrá cuando esté listo.

Conocía a Bruce lo suficiente como para saber que no estaría listo nunca. La idea de sentarse a cenar, los dos frente a Robert, le resultaría tan horrenda como lo era para ella.

—¿Crees que volverá a casarse, ahora que tía Josie murió? —quiso saber Annie.

—¿Pero cómo quieres que lo sepa? —Y después, para disimular el fastidio ante la pregunta, Lynn agregó con más suavidad: ¿No quieres llevar a Bobby a dar un paseo en el cochecito? Le encantaría, sabes. Él te adora.

La adoración era mutua; la respuesta de Annie fue inmediata.

—Bueno. ¿Sabes que sigo siendo la única chica de la clase que tiene un hermanito bebé?

—¿De veras? Entonces eso te vuelve especial, ¿no crees?

Esa noche, Robert dijo:

—Estuve averiguando sobre escuelas para Annie. Tendríamos que ir preparándola y acostumbrarla a la idea. No sería bueno cortar todo de golpe a mitad del año escolar.

Lynn se apresuró a responder:

—Ahora no. Acaba de volver a empezar las clases. Déjala tranquila un tiempo.

—¿Supongo que habrás tenido noticias de nuestra otra hija?

El tono tenía filo, filo dentado, pensó Lynn y respondió con calma.

—Sí. Está contenta. Se anotó en biología, por supuesto, sociología, psicología...

Robert la interrumpió, poniéndose el periódico como una berrera delante de la cara.

—No me interesan los detalles de su programa de estudios, Lynn.

—¿No vas a aflojar nunca? —preguntó ella.

El periódico crujió con fastidio cuando él lo movió.

—No me presiones. «Nunca» es mucho tiempo.

Una casa sombría, por cierto.

Mientras volvía de una reunión de padres y maestros, la mente de Lynn no estaba ocupada en los programas de la escuela, sino con sus propias incertidumbres. ¿Se quedaría en esa casa? Seguramente no, puesto que Robert no mantendría una casa así después de que lo dejara. De modo que habría que buscar un nuevo hogar. ¿Era mejor aquí, donde habían comenzado a arraigarse, o sería mejor volver a las raíces más profundas y antiguas del Medio Oeste?

El problema mayor se cernía sobre ella: el corte mismo. No tenía experiencia legal alguna. ¿Cómo se hacía para separarse? En el camino, delante del automóvil, le parecía ver una nube de dudas y oscuridades, elevándose como un genio negro salido de su lámpara.

Tomó la curva. No pasaba seguido por esta parte de la ciudad, pero reconoció una casa victoriana con torretas.

—Tiene dos leones de piedra espantosos en la entrada —le había dicho Tom Lawrence. Dobla a la izquierda después de pasarlos. Estoy a cien metros de allí.

El genio amenazaba con descender sobre el coche y aplastarlo... Lynn empezó a sudar frío y a estremecerse; dobló a la izquierda después de los leones y se detuvo, aterrada, delante de la casa de Tom.

No había pensado, en el estado en que estaba, que tal vez él no estuviera en casa. Pero vio el automóvil y él vino a abrir la puerta cuando ella tocó el timbre. Lynn dio un respingo al verlo. Había sido una locura venir, pero peor sería huir ahora.

—Pasaba por aquí —explicó.

Qué absurdo.

—Entra, entonces. O mejor dicho, entra y salgamos. Está demasiado lindo para quedarnos adentro. ¿Prefieres sentarte al sol a la sombra?

—Me da igual. —El temblor quería calor, el sudor, frío.

Tom estaba vestido con ropa de tenis y sobre una mesa había una raqueta y un libro abierto. Un cantero de flores perennes en tonos de rosado, azul y violeta bordeaba la terraza; desde una pequeña piscina en una gruta se oía el fresco goteo de una fuente.

Ella había interrumpido esa paz, y se sentía demasiado avergonzada como para dar explicaciones.

—Una visita inesperada. Un placer inesperado —dijo Tom, sonriendo.

—Ahora que estoy aquí, me siento muy tonta. Lo siento. Realmente no sé por qué vine.

—Yo sí. Tienes problemas y necesitas un amigo. ¿No es así?

A Lynn se le llenaron los ojos de lágrimas; parpadeó. Tom contemplaba el jardín.

Cuando pudo hablar, Lynn dijo en voz baja y trémula:

—Voy a dejar a Robert.

Tom se volvió hacia ella.

—¿Un acuerdo mutuo o son adversarios?

Pregunta de abogado, pensó Lynn y respondió:

—El no lo sabe, todavía. Y no estará de acuerdo, no tengo ninguna duda.

—Entonces necesitarás un abogado muy bueno.

—Me dijiste una vez que si necesitaba ayuda, te buscara.

—Y me parece muy bien que lo hayas hecho. No tomo más casos matrimoniales, pero te conseguiré a alguien.

—No pareces sorprendido. No, claro que no. Estás pensando en la invitación que te hice a nuestras bodas de oro. —Lynn retorció la correa de su cartera y continuó, en la misma voz baja: —Me pegó. Pero esta vez fue diferente. Me di cuenta de que no podía... de que no puedo seguir así.

Tom asintió.

—Sé qué piensas que soy una tonta por haberlo soportado hasta ahora. Uno lee todos esos artículos sobre las mujeres golpeadas y piensa: ¡Idiotas! ¿Qué esperan?

—No son idiotas. Hay cientos de razones por las que se quedan. Seguramente —dijo Tom con suavidad—, se te ocurren algunas muy lógicas. En tu caso...

Lynn lo interrumpió.

—En mi caso, nunca me consideré una mujer golpeada.

—No querías. Te considerabas una mujer romántica.

—¡Ay, sí! Lo amaba...

—Desde el punto de vista de una mujer, me atrevo a decir que es un hombre muy atractivo. Poderoso. Admirado.

—Ojalá pudiera entender. A veces es tan cariñoso y a veces tan duro. Pobre Emily... —Y le contó brevemente lo ocurrido, sin mencionar el embarazo.

Tom comentó:

—Así es Bruce de generoso. Lo habrás visto después del funeral, seguro.

—No.

—Qué raro, son tan íntimos.

Íntimos, pensó Lynn, gimiendo por dentro.

—Creo que no quiere verme —dijo y, de inmediato, se corrigió: —Que no quiere ver a nadie todavía, digo.

Tom preguntó si Bruce estaba al tanto de los planes de ella.

—Todavía no hice planes. Solo los he estado pensando. A Robert lo envían al extranjero en un par de meses. Irá antes que nosotros y tenía idea de enviarle una carta con mi decisión.

—Me parece complicado. ¿No sería mejor poner todo en claro ahora y empezar a hacer girar las ruedas antes de que se vaya?

—No. Se pondrá muy mal y si lo hago ahora, no se irá y perderá su oportunidad. No habla de otra cosa que de ese viaje. No puedo ser tan cruel. Sería destruirlo por completo.

Seguía retorciendo la correa de la cartera. Tom extendió el brazo y puso la cartera sobre la mesa.

—Te traeré algo para beber. ¿Con alcohol o sin alcohol? A mi juicio, te vendría bien algo fuerte.

—Nada. Nada, gracias.

Se habían sentado a ambos lados del hogar. El gato blanco se había enroscado alrededor del tobillo de Bruce. El había agitado el coñac. Y después del coñac...

—Así que, a pesar de todo, no quieres herirlo. Todavía sientes algo por él —dijo Tom.

—¡Sentir algo! Claro que sí. ¿Cómo no iba a sentir algo, después de veinte años? —Se había decidido a no llorar, a no hacer un escándalo. Pero

las lágrimas brotaron en torrentes. —No puedo creer que esto esté pasando. Estos últimos días fueron una pesadilla.

Tom se levantó y entró en la casa. Cuando volvió, sostenía un paño húmedo, con el que, tiernamente, secó la cara de Lynn. Como un niño o un paciente, ella se entregó, hablando todo el tiempo.

—Tendría que darme vergüenza venir aquí a molestarte. Tendría que resolver mi propio problema. Sabe Dios que ya tengo edad suficiente. Es ridículo, es una estupidez estar hablando así... Pero me siento tan mal... ¿Y por qué no tendría que sentirme mal? Hay millones de personas que sufren. ¿Qué tengo yo de diferente? Nadie dijo que la vida es un lecho de rosas.

Intentó ponerse de pie.

—Estoy bien, Tom. Mira, ya dejé de llorar. No voy a llorar más. Me voy a casa. Te pido disculpas por todo esto.

—No, estás demasiado angustiada. —Tom hizo presión sobre sus hombros para que se volviera a sentar. —Quédate aquí hasta tranquilizarte un poco. No es necesario que hables, si no quieres hacerlo.

Una nube cubrió el sol y apagó los colores del jardín; Lynn recuperó la calma. Y dijo con más serenidad:

—La verdad es que tengo miedo, Tom. ¿Cómo puede ser que esté tan decidida a hacerlo y a la vez tenga tanto miedo? No quiero enfrentar la vida sola. Soy demasiado joven para vivir sin amor. Y tal vez ya nadie me vuelva a amar.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tengo casi cuarenta años, muchas responsabilidades: un bebé, una adolescente que trae problemas y Emily. No es lo mismo que si fuera una mujer de carrera, libre, con fortuna independiente y encima, despampanante.

Tom sonrió.

—Conozco a un hombre que piensa que lo eres: Bruce.

Lynn sintió que el rubor le subía por el cuello. Si Tom le hubiera contado eso hacía dos semanas, se hubiera encogido de hombros: «Ah», hubiera dicho, «Bruce me ve con tan poca objetividad como si fuera su hermana». Pero ahora esa respuesta se le atascaba en la garganta.

—Acabo de darme cuenta —se disculpó Tom— de que he hecho un comentario muy poco atinado. Dije «un hombre» —añadió con su habitual brillo travieso en los ojos— aunque en realidad, yo mismo no te llamaría despampanante. Me hace pensar en maquillaje, rizos, flirteos: no va con una lindísima mujer como tú.

—No soy linda —protestó Lynn, obstinadamente—. Mi hija Emily lo es. La has visto. Se parece a Robert.

—Ah, sí, claro. Robert es la vara de medición, veo. —Hablabas con aspereza. —Saca tu espejo.

—¿Para qué? —preguntó Lynn, perpleja.

—Sácalo. Aquí tienes la cartera. Ahora mírate —le ordenó—, y dime qué ves.

—Una mujer cansada y deshecha. Eso es lo que veo.

—Eso pasará. Cuando pase, serás... casi hermosa. Es cierto que tu cara es un poquito demasiado ancha en los pómulos, para algunos gustos, por lo menos. Y tal vez la nariz sea algo corta. —Ladeó la cabeza para examinarla desde otro ángulo y frunció el entrecejo, como si estuviera analizando una obra de arte. —Es interesante, sin embargo, que tengas pestañas oscuras con pelo tan rubio.

—Ay, Tom, deja de tomarme el pelo. Estoy demasiado triste.

—De acuerdo, estaba bromeando. Pensé que te levantaría el ánimo, pero me equivoqué. Lo que realmente quiero es regocijarme contigo, Lynn. Por fin vas a terminar con esta etapa de tu vida, vas a ponerte fuerte y seguir adelante hacia algo mejor.

—Voy a ponerle fin a esta etapa, sí. Pero en cuanto al resto, no lo sé. —Se miró el reloj. —Me tengo que ir. Me gusta estar en casa cuando Annie llega del colegio.

—¿Cómo le va a Annie?

—Bueno, me trae preocupaciones. Nunca estoy del todo tranquila. Pero, por lo menos, no ha habido más episodios dramáticos. No se ha vuelto a escapar, gracias a Dios. Se la ve bastante tranquila. Y Robert ha estado bien con ella. De hecho, está tan cansado y ocupado, tan ensimismado con este asunto del ascenso, que no tiene demasiado tiempo para ella ni ninguna otra cosa.

Ni para sexo, pensó con ironía. Y tampoco sé qué voy a hacer cuando él haga un intento.

Hundida como estaba en la reposera, tuvo que esforzarse para ponerse de pie. Tom la ayudó y sin soltarle las manos, le recomendó:

—Quiero que seas todo lo que puedes ser. Escúchame. Eres demasiada buena persona para ser tan infeliz. —Le tomó el rostro entre las manos y la besó suavemente en la frente. —Eres una mujer lindísima, muy muy atractiva. Robert también es consciente de eso. Por eso se enfureció tanto cuando te vio bailando aquí esa noche.

—Ya no puedo ni pensar. Me da vueltas la cabeza —susurró ella.

—Claro que sí. Vuelve a casa, Lynn, y llámame cuando me necesites. Pero cuanto antes lo dejes, mejor, en mi opinión. No esperes demasiado tiempo.

Sumida en una confusión cada vez mayor, Lynn emprendió la vuelta. ¿Qué sentía por Tom? ¿Qué sentía él por ella? Era la segunda vez que su necesidad de consuelo y apoyo había llevado a una complicación... ¡bastante más que a una complicación, en el caso de Bruce!

Pero, luego, mientras conducía bajo la sombra de los árboles, comenzó a tener otros pensamientos, y un recuerdo le aflojó los labios y la hizo sonreír apenas.

—Ojalá te casaras con Tom —había dicho Annie una vez, cuando estaba enojada con Robert—. Desde luego, podrías casarte con tío Bruce, si no estuviera casado ya con tía Josie.

Habían sido tonterías infantiles, pero de todos modos, para una mujer al borde del abismo, había una cierta seguridad en el hecho de saber que allí afuera, en el mundo desconocido, había dos hombres que la encontraban atractiva. No iba a entrar en ese mundo sin armas.

Y se preguntó si alguien, a comienzos de ese corto verano, hubiera podido imaginar dónde estarían todos ahora que terminaba. El día de la graduación, Emily iba en ruta directa hacia Yale, o al menos eso habían creído; Josie había estado sonriendo y felicitándola y ahora había muerto; Robert y Lynn, marido y mujer, habían estado sentados juntos, tomados de la mano.

Robert volvió temprano y explicó:

—Decidí dar por terminado el día y salir a comprar equipaje. Lo que tenemos no nos alcanza. Pensaba comprar un par de baúles para ir mandando lo más pesado. ¿Qué te parece?

Le resultaba extraño que pudiera mirarla y hablarle de cosas normales sin darse cuenta del cambio en ella.

—Hay tiempo —respondió Lynn.

—Bueno, pero tampoco tiene sentido dejar todo para último momento.

Emily llamó, un rato después.

—Mamá, acabo de volver de la clase de sociología y ¿cuál crees que fue el tema? Las mujeres maltratadas. —Hablaban con vehemencia y agitación. —Ay, mami, ¿qué estás esperando? La lección es esta: no cambian nunca. Esta es tu vida, la única que tendrás, por Dios. Y si te has estado quedando a causa

nuestra, como creo yo, haces mal. Tengo pesadillas, últimamente, veo tus manos lastimadas y la lastimadura en la cara. ¿Quieres que Annie también se dé cuenta?

—Ya te dije lo que iba a hacer —respondió Lynn—. Y si crees que eres responsable de que me haya quedado, te equivocas. Me quedé hasta ahora porque lo amaba, Emily.

Ninguna de las dos habló por unos segundos. Luego Emily, con la voz quebrada por el llanto dijo:

—Mi padre... mi padre...

Hubo otro silencio.

—Tesoro, aunque sea lo último que haga, cuidaré de todos ustedes. Te lo aseguro —la tranquilizó Lynn.

—A mí no. No te preocupes por mí, solamente por Annie y Bobby.

—Está bien, mi amor, no me preocuparé por ti.

Diecinueve años y cree verdaderamente que ya no necesita a nadie.

—¿Has visto a tío Bruce? ¿Cómo está?

Lynn temía un encuentro cara a cara con Bruce. Sería incómodo y extraño... lleno de culpas...

—Hace unos días que no lo veo. Está como puede estar —respondió.

—Bueno, mándale todo mi cariño.

Después de cortar, Lynn se quedó sentada, viendo cómo la oscuridad avanzaba lentamente por el suelo. Desde arriba, en la habitación de Bobby, se oía el canto de Annie. El bebé, encantado con esa atención, debía de estar aferrado a las barras de la cuna, saltando. La voz aguda de Annie seguía siendo aniñada y la canción conmovió a Lynn.

Un malabarista a punto de salir a escena debe de sentirse igual que yo ahora, pensó. Una pelota errada y todo se vendría abajo...

—Pero no erraré —dijo en voz alta.

Eudora la estaba esperando en el garaje cuando Lynn llegó con las compras.

—¡Señora Ferguson! Señora Ferguson —le dijo, sin darle tiempo a apagar el motor—. La llamaron de la escuela, quieren que vaya, es por algo de Annie... no, no, no está enferma ni nada, dijeron que no se asuste, que solo quieren hablar con usted.

Todo, desde la cabeza hacia abajo, cae hacia los pies, pensó Lynn; pero, sin embargo, pudo hablar con inusitada serenidad.

—¿Dijeron que ella estaba bien?

—Sí, y no van a mentirle, señora Ferguson.

Tal vez sí, pensó Lynn, tal vez quieran darme la noticia de a poco...

Pero Annie estaba sentada en la oficina del director cuando Lynn entró precipitadamente. Lo primero que vio fue su carita manchada de lágrimas y la blusa desgarrada en la parte delantera.

El señor Siropolous comenzó a decir:

—Tuvimos un problema hoy aquí, señora Ferguson, una pelea durante el recreo y fue necesario que la llamara. En primer lugar, Annie se niega a volver a casa en el ómnibus escolar.

Lynn, ya sin el horrible temor inicial, se sentó junto a su hija.

—Sí, parece que te has estado peleando. ¿Quieres contarme qué pasó?

Annie negó con la cabeza y Lynn suspiró:

—No quieres volver en el ómnibus con la chica, ¿no es así? Supongo que se trata de una chica.

Annie apretó los labios.

—No seas testaruda —dijo Lynn, sin perder la paciencia—. El señor Siropolous y yo solamente queremos ayudarte. Cuéntanos qué sucedió.

Los labios se apretaron aún más y Annie mantuvo la mirada fija en el suelo. El director, que tenía aspecto cansado, dijo con impaciencia:

—Respóndele a tu madre, Annie.

Lynn se puso de pie y la tomó con firmeza de los hombros.

—Esto es absurdo, Annie. Ya no tienes edad para ponerte testaruda.

—Al parecer —dijo el señor Siropolous—, algunas chicas se estaban burlando por algo. Annie le pegó a una de ellas en la cara y se armó una pelea. El señor Dawes logró separarlas.

Horrorizada, Lynn exclamó:

—¡Le pegó a una chica en la cara!

—Sí, la chica está bien, pero de más está decir que no podemos permitir esa clase de comportamiento. Además, no es nada característico de Annie. Para nada de Annie —repitió, con voz amable.

Lynn estaba avergonzada y su vergüenza se tradujo en severidad.

—Esto es horrible, Annie —la reprendió—. Perder los estribos de esa forma, por más que te hayan dicho algo feo, es horrible.

La niña, apretando los patéticos puñitos, estalló:

—¡No sabes lo que me decían! Se reían de mí. Todas se reían de mí.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntaron los desconcertados adultos.

—Decían: «Tu padre le pega a tu mamá todo el tiempo y lo sabe todo el mundo. Tu padre le pega a tu mamá» —gimió Annie—. ¡Y se reían de mí!

El señor Siropolous miró a Lynn por un instante, luego desvió la mirada.

—Pero, si no es cierto —declaró Lynn con firmeza.

—Les dije que era mentira, mami, pero no me escucharon. Susan dijo que su mamá se lo contó a su papá. No me querían dejar hablar, así que le pegué a Susan porque era la peor y además, la odio.

Lynn sacó un pañuelo de la cartera para secar el rostro de Annie; le temblaba la mano. No obstante, logró decir con firmeza:

—Los niños... la gente... a veces dicen cosas muy hirientes que no son ciertas, Annie. Y entiendo que te hayas enfurecido. Pero de todos modos, no tendrías que haberle pegado a Susan. ¿Qué debe hacerse, señor Siropolous, en su opinión?

El se quedó pensando un instante.

—Tal vez mañana, Annie, Susan y tú y algunas otras vendrán a mi oficina y se pedirán perdón, ellas, por lo que dijeron y tú, por pegar. Hablaremos juntos sobre la paz, como hacen en las Naciones Unidas. En esta escuela no se habla mal ni se cometen atropellos. ¿Qué le parece, señora Ferguson?

—Muy buena idea. Muy justo. —Lo importante era salir de allí cuanto antes. —Gracias, señor Siropolous. Y ahora, será mejor que nos vayamos. Vamos, Annie. Lamento muchísimo lo sucedido, señor Siropolous. Pero supongo que debe de estar acostumbrado a estos... alborotos.

—Sí, sí, todo forma parte de crecer, lamentablemente —dijo el director. Les abrió la puerta, ansioso también por terminar cuanto antes con el asunto.

—Es una niña tan buena —murmuró a Lynn mientras salían—. No se preocupe. Se le pasará.

—Susan —reflexionó Lynn en voz alta cuando estuvieron en el automóvil—. ¿Susan qué? ¿Conozco a la madre de las reuniones de padres?

—Es una idiota. Se cree divina, pero no lo es. Le están saliendo granos. Su tía vive enfrente de casa.

—¿Enfrente de casa?

—Sí, la señora Stevens —respondió Annie con impaciencia—. Esos que viven del otro lado de la calle.

Lynn hizo la conexión y frunció el entrecejo. Pero el teniente Weber les había dicho aquella noche que no pasaba nada...

—Les tiene miedo a los perros, la muy tonta. La próxima vez que vaya a lo de su tía, voy a mandar a Juliet para que la asuste.

Lynn rio, pues necesitaba aferrarse a algo natural, ligero.

—No creo que alguien pueda asustarse de nuestra pobre Juliet.

—Pues te equivocas. Se asustó muchísimo el día que Juliet siguió a Eudora a lo de Stevens. Gritó y Eudora tuvo que sujetar a Juliet del collar.

—¿Cómo? ¿Eudora fue de visita a lo de Stevens?

—Sí, pero no a verlos a ellos. La señora que viene a limpiar la casa es la mejor amiga de Eudora.

¿Era esa, entonces, la conexión o había sido Weber? ¿O se trataba de ambas cosas? Se sorprendió al no sentir rencor ante quienquiera que hubiera echado a correr la noticia. La gente siempre lo hacía; era lo más natural. Bastantes veces lo había hecho ella, también.

Entonces llegó la súbita pregunta:

—¿Pero mami... papá alguna vez...?

—¿Alguna vez, qué?

—¿Hizo lo que dijo Susan? —murmuró Annie.

—Claro que no. ¿Cómo se te ocurre que puede ser cierto?

—Es que a veces se enfurece tanto.

—Eso no tiene nada que ver con lo que dijo Susan. Nada.

—¿Seguro, mamá?

—Seguro, Annie.

La niña dejó escapar un suspiro audible. Y Lynn se preguntó cómo haría para explicarle la separación cuando llegara el momento, cómo lo haría sin entrar en detalles desgarradores; algo le diría, pero no le contaría lo peor.

Bueno, cuando llegara el momento —se acercaba cada vez más rápido—, algún instinto le marcaría el camino a seguir, se dijo, para tranquilizarse. Pero, por ahora, lo único que sentía era una profunda y cansada resignación.

Capítulo 06

Estaba secando al bebé, después del baño vespertino, cuando Robert llegó a casa, horas más tarde, Lynn, inclinada junto a la bañera, intuyó su presencia en el umbral a sus espaldas, pero no se volvió para saludarlo; atrás había quedado la época de cariñosas bienvenidas. Esperó a que él hablara primero, para responder con cortesía.

—Llegué —dijo él.

Algo en su voz la hizo levantar la mirada y vio que tenía aspecto de muerte. Se había desabrochado el primer botón de la camisa y aflojado la corbata; él, Robert Ferguson, ¡volver así desaliñado en el tren!

—¿Qué pasa? —exclamó.

—No lo vas a creer —respondió.

—Si me lo cuentas, tal vez lo crea.

—Pídele a Annie que acueste a Bobby. No le importará. Y ven abajo. Necesito un trago.

Está enfermo, pensó. Es eso. Le han dicho que tiene cáncer o que se está quedando ciego. Se estremeció de compasión y temor.

—*Whisky Glenfiddich. Bébelo* —dijo Robert, como hablando para sí—. Y sírvete otro.

La botella tintineó sobre la bandeja de plata. El se sentó.

—Bueno, Lynn, tengo novedades. General American Appliance y yo hemos terminado. Nos separamos. Se acabó.

—¿Se acabó? —repitió ella, sin encontrarle sentido a las palabras.

—No me dieron el ascenso, así que renuncié. Por eso llegué tarde. Estuve vaciando mi escritorio.

—No entiendo —murmuró Lynn.

Robert se puso de pie y fue hasta la gran ventana saliente que daba a la calle y al farol encendido al pie del camino de entrada de los Stevens. Como un centinela de guardia, giró, caminó hasta la ventana del otro lado y se quedó allí, contemplando el jardín oscuro y la sombra negra de la colina. Cuando se volvió otra vez hacia Lynn, ella vio que tenía los ojos brillantes de lágrimas. Se sentó y empezó a hablar en rápidas ráfagas.

—Sí, estuve vaciando mi escritorio. Veintitrés años de mi vida. ¿Y sabes cómo me entero? En el ascensor, cuando volvía a la oficina, a la tarde. No había estado allí en todo el día. Del tren me había ido directamente a una

reunión. Había un par chicos hablando, cadetes o muchachos de la parte de correspondencia; ni siquiera me reconocieron. Estaban hablando de Budapest y de que Bruce Lehman sería el jefe de la nueva oficina allí. Creí que era un disparate y no les presté atención, aunque me resultó divertido. Y después me llamó Warren. Me mostró un fax de Monacco y vi que era cierto. Seguía sin poder creerlo.

Robert se tapó la cara con las manos. Apoyó los codos sobre las rodillas y bajó la cabeza. Lynn tenía delante un hombre vencido, tan fuera de lugar en esa sala elegante como un mendigo tirado sobre una escalinata de mármol.

—Le dije que debía de haber algún error, que todo el mundo sabía que me habían prometido el puesto. ¿Por qué Lehman? No tenía sentido. Le informé que quería hablar con Monacco allí mismo. Así que Warren llamó a California, pero dimos con Monacco. Le exigí que me dijera todo lo que sabía. No iba a pasarme la noche sin dormir tratando de imaginar qué había salido mal. ¡Mierda! De todos modos, no voy a dormir.

Y se levantó otra vez para caminar de un lado a otro. Se detuvo junto a la repisa para acomodar las figulinas Herend, que Eudora había corrido al limpiar.

—Recuerdo cuando las compre —dijo—; creía tener el mundo a mis pies. Y lo tenía. Discúlpame. Estas lágrimas del diablo. Me avergüenza que tengas que verlas.

—No hay nada de qué avergonzarse, Robert. Un hombre también tiene derecho a demostrar su sufrimiento.

Habló con suavidad, no solamente por compasión, sino por su propia perplejidad ante esta demoledora complicación.

—¿Y qué te dijo Warren? ¿Te dio un motivo?

—Sí. Claro que sí. Con mucha diplomacia, sabes, con mucha delicadeza. ¡Pero cómo lo disfrutó! Seguro que ahora está en su casa, contándoselo a su esposa o a sus amigos del club. Dios, con todo lo que trabajé; nadie nunca hizo crecer las ventas de esta manera; ¿y qué logró Lehman en todos estos años, comparado conmigo? Un pelmazo, sin imaginación...

—No me dijiste el motivo —insistió Lynn, con paciencia.

—¿El motivo? Ah, sí. Te dije que se mostró muy delicado. Al parecer, la gente... alguien ha estado diciendo cosas, cosas personales, exageraciones... ¡Dios! Todo el mundo, todos los matrimonios tienen problemas de algún tipo, problemas que se solucionan, que quedan atrás. Le expliqué que eran chismes que nada tenían que ver con la realidad, nada. ¿Qué derecho tienen los desconocidos a sacar conclusiones de lo que pasa entre un hombre y su

esposa? Es increíble que un hombre como Monacco tenga tan poco sentido común como para ponerse a escuchar chismes descabellados.

—Descabellados —murmuró Lynn en voz tan baja, que él no la oyó.

Todos los susurros se habían unido hasta formar un grito desgarrador, un bramido que había llegado a California. Era una confirmación, de algún modo, pero inútil para ella, porque ¿adónde llevaría? Y el camino a seguir, que le había parecido tan claro, aunque doloroso, había desembocado en un callejón sin salida.

—¿Puedes creer que un hombre como Monacco se haya rebajado de esa forma? ¿Qué he hecho de tan terrible, después de todo? —Al ver que ella callaba, su voz adquirió una nota de sospecha. —Me pregunto quién habrá desparramado esos chismes sucios. ¿No habrás... no les contaste nada a los Lehman, no?

Lynn lo interrumpió.

—¡No te atrevas a decirme una cosa así!

—Ah, bueno, te creo. ¿Pero quién, entonces? ¿Cómo pudo pasar?

La pregunta quedó colgando entre ellos y él esperaba una respuesta. Pero Lynn estaba aturdida y no podía dársela. Todo ese horror tenía esa especie de fascinación que hacía que una persona, en contra de su voluntad, se acercara a mirar un accidente, contemplar los despojos sangrientos.

Robert siguió:

—Warren dijo —y estaba hablando de parte de Monacco, «siguiendo instrucciones», según él— que por supuesto, tenía total libertad de quedarme en mi puesto actual. «Por supuesto» —ironizó Robert.

—Y no lo vas a hacer —observó Lynn, reconociendo la ironía.

—¡Por Dios, Lynn! Presenté mi renuncia allí mismo. ¿Por quién me tomas? Después de una bofetada así, ¿crees que podría quedarme? ¿Mientras Bruce Lehman disfruta de la recompensa que me pertenece?

—Bruce nunca la quiso —dijo Lynn.

—Pero bien que la aceptó.

El mundo da vueltas a mí alrededor y no entiendo nada, pensó Lynn. Y por necesidad de decir algo, preguntó:

—¿Estás seguro de que haces lo correcto al renunciar?

—Segurísimo. Además, quieren que me vaya, ¿no te das cuenta? Encontrarían la forma de sacarme de en medio. Me harían la vida imposible, para que me fuera. —El rostro desencajado de Robert era una máscara trágica: las mejillas hinchadas, las cejas arqueadas, la boca abierta. —¡Estoy

arruinado, Lynn! Destruído. Deshonrado. Me arrojaron a la calle como basura. Como basura.

Era todo verdad. Se lo había hecho a sí mismo, pero seguía siendo verdad. ¿Qué podía decir ella, qué? Lo único que se le ocurrió fue un consuelo trivial.

—¿Te preparo algo para comer? No cenaste.

—No puedo comer. —Miró el reloj. Son las ocho y media. No es demasiado tarde para ir a ver a Bruce. Vamos.

—¿A Bruce? ¿Pero para qué?

—Para felicitarlo, por supuesto.

Espantada, buscó una excusa sensata.

—No recibe visitas. No le gustará que vayamos, Robert.

—Tonterías. Le gustará que lo felicite. Llevaremos una botella de *champagne*.

—No, no. Está de luto. No se puede —protestó Lynn.

—Esto no tiene nada que ver con el luto. Es una cuestión que atañe el honor de Robert Ferguson y su buen gusto, su distinción. Quiero que vea que soy capaz de tomar esto como un hombre.

—¿Para qué torturarte así, Robert? Con una llamada alcanza.

—No. Trae el *champagne*. Podrá enfriarlo en el freezer una media hora.

Ella preguntó para sus adentros: ¿A quién estás tratando de engañar con este despliegue de valor? Acabas de admitir que estás muerto por dentro.

—Si lo que quieres es festejar —dijo con suavidad—, abotónate la camisa y cámbiate la corbata. Está manchada.

A Bruce no le importaría, pero Robert se vería en un espejo y se horrorizaría.

No había estado en casa de Bruce desde aquel día. Cuando llegaron, estaba leyendo; abrió la puerta con el libro en la mano. La noche estaba fría y ventosa, presagiaba el invierno y, al parecer, Bruce había estado usando la manta tejida de Josie sobre el sofá donde habían estado juntos, donde él había cubierto la desnudez de ella con esa mismísima manta.

Y se preguntó si él estaría pensando lo mismo; no pudo mirar a Bruce ni al sofá, de modo que disimuló saludando al gato con efusividad.

Bruce les preguntó si les molestaba que guardara el *champagne* para otra ocasión en que estuvieran juntos.

—Todavía no estoy para eso. Fue un día bastante malo para mí, Robert.

—¿Pero por qué, hombre?

—Es muy sencillo. El puesto era tuyo. Te lo ganaste y tendría que haber sido para ti.

Robert se encogió de hombros.

—Es generoso de tu parte, Bruce, pero no tuve suerte, qué le vas a hacer.

El comentario fue casi descuidado; podía haber despertado compasión por el intento de ocultar la desazón o, puesto que las otras dos personas presentes sabían por qué «no había tenido suerte», podía despertar enojo, también.

Pero Bruce se mostró compasivo.

—Tengo que confesarte que estoy abrumado. No va a ser fácil seguirte los pasos, Robert. Solo espero poder estar a la altura del puesto.

—Estaré disponible para colaborar contigo en lo que puedas necesitar. Tal vez fuera buena idea que vinieras a casa una de estas noches para que te dé información sobre lo que ya se ha hecho allí.

—Bueno, gracias, pero todavía no. Esto me ha caído encima como una tonelada de ladrillos, en un momento en el que todavía estoy bajo una montaña de ladrillos. No puedo pensar con demasiada claridad.

—Comprendo —asintió Robert.

—Por lo menos, me obligará a irme de aquí. Últimamente estuve deseando poder alejarme de mí mismo en alguna parte, Mongolia, quizá, o el Polo Sur. Y ahora resulta que va a ser Hungría. No es que me signifique una gran diferencia. Tengo que ir conmigo auestas y soy una carga bastante difícil de llevar.

Bruce no había mirado a Lynn, pero ahora se volvió hacia ella, de frente y le dijo:

—Estoy preocupado por Barney. —El gato, acurrucado delante del fuego, parecía una bola de nieve. Al oír su nombre, levantó la cabeza. —No puedo llevarlo conmigo y Josie me perseguiría hasta el fin de mis días si no le consiguiera un buen hogar. ¿Crees que podrías adoptarlo, Lynn? No quiero traerte más problemas ni inconvenientes, pero no sé qué hacer.

—No conoces a Lynn si puedes decir eso —declaró Robert—. Adoptaría a cualquier criatura de cuatro patas que se te ocurra.

—Claro que lo haré —se apresuró a contestar ella.

—No, no conoces a Lynn —repitió Robert.

Pero conoce a Lynn, y muy, pero muy bien. Las palabras, en la punta de la lengua de Lynn, estuvieron tan cerca de salir que ella se horrorizó.

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó Robert.

—Me iré en diciembre, creo. —Y Bruce volvió a decir: —Es todo tan repentino... tendré a Barney aquí hasta que me vaya... Es muy bondadoso de tu parte... Te lo agradezco... Josie te lo agradecería.

—Está perdido en la niebla. No va a dar la talla. No sabe lo que le espera —dijo Robert cuando se fueron.

En casa, reanudó su caminata diciendo:

—No va a dar la talla.

Annie entró en puntas de pie, tan sigilosamente que su voz los sobresaltó.

—¿Qué pasa? ¿Pasó algo? ¿Emily se enfermó otra vez?

Robert emitió un sonido ahogado.

—Ay, Annie. Ay, mi chiquita. No, Emily está bien, gracias a Dios. Gracias a Dios, todos estamos bien. —Y abrazando a Annie, le besó la cabeza y dijo con ternura: —Encontraré la manera de cuidarlos. Piensan que me arruinaron, pero no van a aplastarme el espíritu, no... —Se echó a llorar.

—¡Pero no ves que la asustas! —exclamó Lynn—. Papá está angustiado, Annie, por un serio problema de trabajo. Se va de la empresa. Está angustiado.

La chiquilla se soltó y se quedó mirando a Robert, como si nunca lo hubiese visto antes. Una gama de expresiones le cruzó por el rostro: curiosidad, desagrado, temor.

—Necesito hablar con Emily —dijo Robert—. Tráeme el número, Lynn.

—Le darás un susto terrible. Espera a estar más tranquilo.

—Estoy tranquilo —dijo, entre lágrimas—. Estoy tranquilo. Necesito hablarle, decirle que lo lamento. Somos una familia, cometemos errores, ahora tenemos que mantenernos unidos. ¿Cómo es el número, Annie?

Si no hubiese visto lo poco que bebió, diría que es el *whisky*, pensó Lynn.

—Emily, Emily —decía Robert por el teléfono—. No, no te asustes, todos estamos bien. Es solo que renuncié a CAA. Es una larga historia, no te la puedo contar por teléfono, pero —perdóname, estoy muy sensible, siento que se me ha caído el cielo encima— pero voy a recuperarme y... bueno, quiero disculparme, arreglar las cosas entre tú y yo. He estado sufriendo mucho por eso. Quiero pedirte perdón por no comprenderte, por no tratar de entender. Solo quiero decirte que no te preocupes por los gastos de estudio, los pagaré, no me he quedado sin dinero todavía. Quédate allí y trabaja duro y que Dios te bendiga, tesoro. Te quiero, Emily. Estoy tan orgulloso de ti... Dime, ¿cómo está Harris?

Más tarde, en el dormitorio, se calmó; suspiró, interrogante:

—Dime, ¿me merezco esto, nos merecemos esto? Quería todo para ti y ahora... ¿ahora qué?

Se volvió y viendo que ella estaba de espaldas a él, la atrajo hacía sí. Y Lynn comprendió que lo que deseaba era seguridad, un alivio físico de la tensión, una dulce recompensa por la pérdida. Quería demostrar que seguía siendo un hombre, su hombre. Si se lo hubiera pedido unas horas atrás, antes de que el desastre le cayera encima, Lynn se hubiera negado, le hubiera pegado y arañado. Pero ahora no tenía el coraje de herirlo todavía más. ¿Qué importancia tenía, al fin y al cabo? Una podía quedarse allí tendida como una piedra, sin sentir nada. En pocos minutos, todo habría pasado.

Tantas veces, durante las últimas semanas, había imaginado la humillación de Robert Ferguson, y sin embargo ahora que había sido humillado más allá de lo imaginable, el espectáculo era demasiado atroz. Sintió el dolor de él como si ella misma estuviera dentro de su piel.

En el pequeño mundo de la empresa, cuya mayoría de ejecutivos vivían en la ciudad, las noticias corrieron como reguero de pólvora. El sábado, en el supermercado, un grupo de mujeres evidentemente había estado hablando de los Ferguson, pues no bien vieron a Lynn, interrumpieron la charla y la saludaron con inusitada efusividad.

No es que me importe, pensó Lynn, y es ridículo de mi parte preguntar, pero tengo que saber cómo sucedió esto. De modo que fue a un teléfono público y llamó a Tom. Tal vez él lo supiera. Y si no lo sabía, podría averiguarlo.

—Se trata de Robert. ¿Te enteraste de que dejó la empresa? Descubrieron que... —Se le quebró la voz.

—Sí, me enteré. Ven para aquí, Lynn. Estaré en casa toda la mañana.

En el amplio salón donde había brillado la mesa aquella noche que había originado el problema presente, Lynn se sintió empequeñecida.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó.

—Me llamó Monacco. No sé por qué, siempre creyó que Robert y yo éramos amigos.

—¿Pero para qué te llamó? ¿Para contarte o para preguntarte?

—Las dos cosas. Me contó que le había llegado una carta y me preguntó si las acusaciones que había allí eran ciertas, si yo sabía algo del tema.

—Una carta —repitió Lynn.

—No sé quién la mandó. Era una carta anónima, de una mujer. Pero sonaba auténtica, dijo Monacco, como si la hubiera escrito la esposa de algún

ejecutivo de la empresa. Tenía bastantes pruebas, una de las cuales era un informe de unos vecinos.

Tom bajó la vista y se miró los zapatos antes de continuar. Después, miró a Lynn directamente a los ojos, como si estuviera considerando la decisión de seguir y dijo:

—Fue sobre lo que sucedió la noche que viniste a cocinar aquí.

—¡Una carta anónima! ¡Qué bajeza!

Estaba pensando a toda velocidad: ¿quién, aparte de los Stevens, podía estar enterado de lo que había sucedido aquella noche? Estaban emparentados con la familia de esa niña Susan. Y Eudora, que había visto demasiado, era amiga de la mujer que trabajaba para los Stevens.

—Y como la carta decía que habían llamado a la policía, Monacco lo hizo verificar.

Weber. Después de todo, no lo había «enterrado». Weber se había querido vengar de Robert por las cosas que este había dicho.

—Entonces, hicieron la verificación y descubrieron que había habido una denuncia y que alguien del departamento de policía había tratado de ocultarla, la había ocultado, a decir verdad.

Había juzgado mal a Weber. Llena de culpa y dolor, preguntó a Tom:

—¿Tuvo problemas, el hombre que la ocultó?

—No. El jefe de policía es amigo mío y tuvimos una conversación.

—Entonces estás al tanto de lo de Emily y su hijo —murmuró Lynn.

—Solo sé que salen juntos. —Tom sonrió. —¿Todavía se dice «andar noviendo»? Mi vocabulario adolescente está decididamente pasado de moda.

—No lo sé. Es todo un embrollo —se lamentó Lynn.

Tom asintió.

—Embrolo es la palabra. Hasta el policía del club sabía todo. Trabajaba como jardinero aquí, antes de entrar en la policía, y me cuenta cosas. Te sorprenderías al enterarte de la cantidad de cosas que se saben sobre Robert; algunas son ciertas, otras no. Es lo que sucede en estos pueblos; uno entra en la corriente de chismes y muy pronto todo el mundo sabe qué marca de cereal comes con el desayuno.

—¡Qué ruin!

Le parecía que, al exponer a Robert, el gentío chismoso y malvado los había expuesto a todos, a ella, a las chicas y hasta al bebé. Furiosa, protestó:

—¡Podrían buscarse algo mejor que hacer que hurgar en los problemas de los demás!

—Como poder, podrían, pero no es lo que sucede. —Y Tom añadió: — Monacco no tolera escándalos, sabes, ni siquiera una sombra de escándalo.

—¡No es justo! Está todo salido de proporción. El problema es entre Robert y yo, ¿o no? No tiene nada que ver GAA, ni el pueblo. ¿Por qué lo que me haya hecho a mí tiene que afectar su trabajo? ¿Por qué? —exclamó.

La expresión de Tom, cuando arqueó las cejas y meneó la cabeza, dio a entender que se entregaba.

—¿Qué pasa, piensas que soy una ingenua!

—Sí, muy. Las corporaciones tienen que mantener una imagen, Lynn. Una ética. ¿Cómo pretendes que un subordinado te respete si tu propio comportamiento es... dudoso, por decirlo así?

—Está bien, está bien. Fue una pregunta tonta, lo admito.

Siguiendo la mirada de Tom, se dio cuenta de que se había estado retorciendo los anillos, los dedos. Apoyó con firmeza las manos en los brazos del sillón. Tenía que volver a casa; había oído lo que había oído y no tenía sentido quedarse más tiempo.

—Monacco estaba apenadísimo —dijo Tom con suavidad—. No es algo que a uno le gusta hacerle a un hombre por el que siente admiración. Y, por supuesto, dijo lo que es de esperar, que era lo último que hubiese creído de Robert, brillante como es, y con tanto futuro.

—Como cuando ves la fotografía de un asesino en el periódico, supongo. ¡Ay, pero si tiene cara de bueno! ¿Es así, no es cierto? Y Lynn volvió a retorcerse los anillos.

Tom extendió el brazo y le tomó una mano.

—Para ti es atroz, lo sé.

—Sufro por Robert, a pesar de todo. No duerme, se pasea por la casa toda la noche, sube, baja. Apenas come. Ha envejecido diez años. La decepción... la humillación...

—¿Sobre todo porque el que obtuvo el ascenso fue Bruce?

—Bueno, es natural. Jamás se le ocurrió que Bruce, justamente Bruce, fuera a hacerle competencia.

—¿Por qué dices «justamente Bruce»?

—Yo no lo digo, Robert lo dice. Siempre dijo que Bruce no era competitivo.

—Pues se equivocó de cabo a rabo. Cuando surgió el proyecto de Hungría, Bruce estaba entre los candidatos.

—¿Cómo lo sabes? Puedes estar emparentado con Monacco, pero no trabajas en GAA. ¿Cómo sabes todas esas cosas?

—Nunca me importó nada GAA. Pero esta vez, me quise meter. Quería que a Robert le dieran un ascenso. Lo hice por ti.

Lynn sacó su mano de la de él tan rápido que Tom también se apresuró a hablar.

—Yo sabía, pues no era difícil verlo, que a pesar de tus protestas, el matrimonio no duraría. Y después necesitarías un buen arreglo económico. Hoy en día los tribunales no les asignan demasiado a las esposas.

La habitación estaba en absoluto silencio. Sonó un teléfono en alguna parte de la casa y después de un rato, calló. Un hombre que pasaba por la calle rio en voz alta y una mujer le devolvió la risa. El sonido se apagó. ¡La gente seguía riendo en el mundo! Se le ocurrió que tal vez nunca más tendría motivos para reír. Y otro pensamiento le cruzó por la mente, una pregunta, esta vez: si estuviera libre, ahora, sin el peso de los acontecimientos, ¿aceptaría a este hombre curioso, lleno de humor, bondadoso, que está aquí, sentado, mirándose los zapatos en lugar de mirarme a mí? Sin duda, sus últimas palabras significaban algo: Lo hice por ti.

—¡Qué bueno eres! —exclamó y hubiera dicho más, pero calló, por temor a echarse a llorar.

—Bueno —respondió Tom—, me gusta ver las cosas bien hechas. Es el mal de los abogados, sabes. Somos ordenados. Así que dime, ¿qué hacemos ahora? ¿O mejor debería decir, qué haces ahora?

—¿Qué puedo hacer, Tom? El hombre está mal. Pide perdón, no solo por las cosas malas, sino por su fracaso. Tiene muy poco dinero ahorrado Me sorprendió descubrirlo. Necesita un empleo y lo conseguirá pronto, pero antes tendrá que recuperar algo de orgullo y valor. Quiere mudarse de aquí, comenzar de nuevo. Yo no sé qué hacer. No sé nada. Estoy con una piedra sobre el corazón, Tom. Es un capítulo totalmente nuevo, extraño y triste. Está tan sumiso, tan cambiado.

—No, Lynn. No ha cambiado.

—No puedes decir eso. No lo has visto. Por teléfono, cuando habló con Emily, sollozaba.

—No necesito verlo. Eres demasiado buena —dijo Tom—. Ese es el problema.

—¿Acaso hay que hacer leña del tronco caído?

Tom no contestó y ella se tapó la cara con las manos, pensando que Tom, después de todo, no podía entender lo que le retorció las entrañas. ¡Veinte años juntos, con tantas cosas buenas! Sí, malas también, malas también. Y no obstante, eran uno solo, una sola carne, aun cuando la lastimaba; ahora sentía

el sufrimiento de él como ninguna otra persona, por más sutil que fuera, podía sentirlo.

Levantó la cara hacia Tom, suplicando comprensión.

—No puedo abandonar el barco que se hunde, Tom. No puedo irme.

El asintió.

—Pero lo harás; en algún momento, lo harás —le aseguró.

Fue un tiempo de espera, una inquietante suspensión de la vida habitual. Los días pasaban despacio y, aunque era otoño, parecían largos. Desde la casa, rodeada por un denso follaje, Lynn contemplaba una paleta de colores apagados, de verdes suavizados a grises y rojos oxidados, tristes y a la vez bellos en su melancolía. Le parecía que la tierra reflejaba el estado de ánimo de la casa, puesto que el otoño debía ser brillante y encendido. Pero todo está en la mente, se dijo: uno ve lo que necesita ver.

En el jardín, bajo un arce, Annie estaba leyendo Huckleberry Finn, cumpliendo con la lectura asignada por la escuela. Robert, de rodillas sobre el césped, extendía los brazos hacia Bobby que, con sus diez meses, había comenzado a dar sus primeros pasos independientes. Robert estaba orgulloso: el muchacho sería atlético; jugaría bien al tenis, nadaría como un pez, sería una estrella en la pista de atletismo.

Si con eso se consuela, pensó Lynn, que disfrute pensando así. Era extraño verlo en casa a media tarde. Eudora, que iba y venía por la casa y el jardín, también debía de pensar lo mismo.

Pobre mujer, hacía solamente una semana, había venido, vacilante y avergonzada, a hacer una confesión.

—Tengo que decirle algo, señora Ferguson. Me enteré por mi amiga de todo el problema del señor Ferguson; ella estuvo mal en hablar, pero yo también. No debería haberlo hecho, lo sé. Es que estábamos almorzando en la iglesia y sabe, cuando uno trabaja en casa de otras personas, oye cosas y se pone a hablar. Yo no quise perjudicarlos, se lo juro. Ni siquiera al señor Ferguson, es un caballero y yo realmente le tenía aprecio hasta que...

Lynn la detuvo.

—Eudora, querida, la entiendo. Y no fue ni usted ni su amiga que trabaja en lo de Stevens. Hasta el policía del club lo sabía, al parecer, al igual que mucha otra gente. No llore, por favor. No me vuelva aún más difíciles las cosas.

Pero no había forma de detener la contricción.

—Por nada del mundo la perjudicaría. Ha sido tan buena conmigo, toda esa ropa que me dio, no solo las cosas usadas, sino los regalos para mi cumpleaños y para Navidad. Ha sido una amiga para mí. No pude soportarlo cuando llegué esa mañana y vi lo que le estaba haciendo, pequeñita como es usted, si no debe pesar más de cincuenta kilos. Tan pequeñita.

Los ojos bondadosos y preocupados habían estado haciendo una pregunta que Eudora no se atrevía a poner en palabras: «¿Se va a quedar, señora Ferguson? ¿De verdad?».

Lynn irguió el mentón levemente para mostrar su decisión respondió:

—Siempre hay que mirar hacia adelante en la vida, no hacia atrás. Lo pasado, pisado.

Y al decirlo, se sintió fuerte y madura.

«Es entre Robert y yo, un asunto solamente nuestro», le había asegurado a Tom Lawrence.

Pero por supuesto, no lo era. Era la proverbial piedra arrojada al estanque; las olitas cada vez llegaban más lejos. Se trataba también de Emily y Annie...

Annie había sido una sorpresa. La resistencia de la muchachita que tantas veces tenía problemas resultaba asombrosa. A menos que se estuviera guardando todo...

—Tío Bruce me dijo que no creyera lo que dicen los chicos. Me dijo que ni siquiera les conteste. Quieren que te enojas y llores, me dijo. Pero si no haces ninguna de las dos cosas, se aburrirán y te dejarán en paz. Hablamos mucho por teléfono. Tío Bruce me da buenos consejos —terminó, decidida. Luego, cambiando de tema, preguntó: —¿Por qué ya no viene más a casa?

—Ha estado muy ocupado con los preparativos para la mudanza —explicó Lynn.

No sabía si Bruce se preocupaba más por evitar a Robert o evitarla a ella.

Deseaba que Bruce hablara con Emily, pero también estaba segura de que a ella no le diría lo mismo que a Annie. De todos modos, Emily estaba decidida a no dejarse conmover.

Al hablar con su hija, unos días después de la llamada desesperada de Robert, Lynn se encontró con un muro de resistencia.

—Mamá, estás cometiendo un gravísimo error —le había dicho en tono de desaprobación—. Gravísimo. Estuve leyendo mucho sobre matrimonios como el tuyo.

—Ya sé. Vi un libro en tu cuarto. Esas estadísticas no sirven para todos los casos, Emily. Las personas no son estadísticas.

—Pero hay un patrón de comportamiento, a pesar de lo diferente que pueda parecer cada caso. Todavía estamos con el tema del maltrato a las mujeres en el curso de sociología y te aseguro, mamá, que me dieron escalofríos. Tienes que cuidarte, mami. Ya no puedes confiar en papá. Tienes que irte, lo antes posible.

—No. Si pudieras ver a tu padre, entenderías lo que veo. Es otro hombre. Esto le ha hecho algo drástico, algo terrible.

—Puedes estar mirándolo, pero no lo ves.

—¿No tienes misericordia ni capacidad de perdonar, Emily? ¿Ni compasión?

—Sí. Compasión por ti. —Y agregó: —Bueno, mamá, tienes que hacer lo que te parezca mejor.

Ofendida y vencida, Lynn replicó con frialdad:

—Claro. ¿Acaso no es lo que hacemos todos? —Pero se ablandó e intentó nuevamente: —A pesar de sus preocupaciones, papá está esperando ansiosamente la Navidad, para que estemos juntos. ¿Te gustaría traer a Harris a cenar, también? Prepararé un festín, con bûche de Noël y todo.

—Harris tiene su propia cena familiar —respondió Emily con el tono seco que había adquirido últimamente.

—Bueno, algún día de las vacaciones, entonces.

—Veremos —respondió Emily.

¡Qué obstinada! Cuando Robert se estaba esforzando tanto por enmendar sus errores.

—No le cuentes a Emily que estoy preocupado por lo que voy a hacer —decía él todo el tiempo—. No quiero que afecte su rendimiento. Necesita tener la mente en claro.

—¿Pero qué es lo que vas a hacer? —le había preguntado Lynn, otra vez, la noche anterior.

—Todavía no lo sé. Necesito más tiempo para pensar. Mientras tanto, podemos arreglárnoslas con mi indemnización. —Hablaba con tono apesadumbrado y sus planes eran vagos, por cierto. —Algo, encontraré algo.

El día del cumpleaños de Lynn, colocó una rosa de tallo largo sobre su plato.

—Es lo mejor que puedo permitirme en este momento. No me gusta comprar joyas que no sean perfectas, lo sabes. Así que, en cambio, una rosa perfecta. —Enderezó los hombros y con una sonrisa que intentaba ser

valiente, añadió: —Pero el año que viene, este mismo día, habrá una caja brillante atada con una cinta.

A Lynn no le había agradado esa imagen; tomó la rosa, tan viva en su perfecta sencillez y se la llevó a la mejilla.

—Esto está muy bien, Robert. Gracias.

Podría haberle dicho: Yo no mido las cosas por el brillo y la cinta, ¿no lo sabes, todavía?

Pero hubiera sonado mojigato y virtuoso, cosa que no era su intención, así que lo dejó ir al piano donde él le tocó una canción de cumpleaños, mientras ella terminaba el desayuno.

El día anterior, que había llovido, él se lo había pasado tocando nocturnos en el piano, pensó Lynn, mientras observaba tambalearse por el césped al bebé y caer en brazos de Robert. ¿Hasta cuándo podía seguir así? No salía a ninguna parte, ni siquiera a hacer una compra al centro comercial, por temor a encontrarse con alguien conocido.

—Tienes que salir y mantener alta la cabeza —le repetía Lynn—. Al fin y al cabo, no eres un asesino, ¿no? Además, todos los días hay algo nuevo para que la gente comente. Seguro que tu separación de GAA ya es noticia antigua, olvidada.

Pero eso no era cierto. En el supermercado, ya no había miradas curiosas ni conversaciones interrumpidas de pronto, pero el teléfono de la casa, un instrumento que había sonado con mucha frecuencia, ahora estaba mudo. Y recordó la conversación en la mesa de la cabaña de Monacco, sobre la luz en la casa vacía del otro lado donde había vivido aquella pareja «de quien nadie lo hubiera creído».

Robert la vio junto a la ventana y saludó. Ella la abrió.

—Llamó Bruce cuando habías salido —dijo él—. Está vaciando la casa y tiene algo que quiere darnos, aunque no imagino qué puede ser. ¿Quieres ir con la camioneta? Dice que lo traería él, pero que no le entra en el automóvil. ¿Puedes ir ahora?

—¿Por qué no vas tú?

—Preferiría no tener que hablar con él —suplicó Robert.

Lynn se desesperó. Vestida como estaba, sabía que se sentiría desnuda en esa habitación con Bruce, sin una tercera persona que le permitiera pasar inadvertida. Y no obstante, mientras cerraba la ventana, pensó: lo he dejado abandonado y era, es, o mejor dicho él y Josie eran nuestros mejores amigos. ¡Qué vergonzoso era haber estado tan metida en sus propios problemas como para olvidar que la pérdida de él era mucho mayor! Sí, por un lado, tenía que

recordar aquella tarde; ¿cómo van a mirarse a la cara, Lynn, quieres decírmelo? Pero por otra parte... Y se quedó allí, sin querer ir y un instante después, avergonzada, deseando ir hacia allí.

Tiempo atrás, antes de la muerte de Josie, había pensado regalarle una colección de fotografías que habían tomado juntas a través de los años. La carpeta estaba en la cajonera del vestíbulo, un recuerdo de las horas radiantes que habían deseado conservar: el pícnic del 4 de Julio, los cumpleaños, las excursiones, y los sombreros ridículos la víspera de Año Nuevo. Seguramente Bruce apreciaría ese tesoro. Disfrutaría con cada migaja de recuerdos. Sí.

El estaba de pie en una casa medio vacía cuando llegó Lynn. Lo primero que notó ella fue que el sofá ya no estaba. Un par de baúles antiguos era lo único que quedaba en la habitación.

—Los nuevos dueños compraron las cosas más lindas —dijo Bruce—. El reloj que estaba bajo la escalera, la mesa, todo eso. Lo demás lo doné a la organización que ayuda a los que no tienen hogar. Ven, te mostraré lo que pensé que podía quedar bien en tu jardín. Los dueños nuevos no lo quieren.

Por la puerta del jardín, que estaba abierta, señaló la bañera para pájaros que había comprado en su único viaje al exterior con Josie. Era un gran cuenco de mármol en cuyo borde había un par de palomas de mármol, bebiendo. Bruce había hecho bromas sobre él:

—Me salió más caro mandar el maldito cacharro desde Italia que lo que lo pagué. Pero Josie se enamoró de las palomas. Y es realmente lindo, tengo que admitir.

Entonces dijo:

—¿Te gustaría tenerlo? Si es así, puedo pedirle al hijo de mi vecino que me ayude a cargártelo en el coche.

—Es hermoso, Bruce. Pero ¿estás seguro...? —vaciló Lynn.

—¿Que no volveré a usarlo? Sí, Lynn. Estoy seguro. Tuve mi tiempo para el hogar y ese tiempo ya pasó.

Qué lástima, pensó ella, sentirse tan viejo a su edad. Aunque estaba empezando a recuperar su aspecto habitual; ya no tenía la cara tan demacrada; el cuerpo trata de cicatrizar, aun cuando el espíritu no puede hacerlo. El sol brillaba sobre su pelo ondulado, desteñido por el verano. Qué curioso, pensó Lynn, no había notado que tenía pestañas doradas.

Seguían parados en la puerta. Una mariposa blanca revoloteó y se posó sobre una mata de flores secas.

—Mariposas —murmuró Lynn—. Ya casi llegamos a Acción de Gracias.

El, aparentemente sin deseos de seguir hablando, estaba inmóvil, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, los anteojos levantados contra el pelo ondulado, la mirada perdida en algo que no era la tarde serena, sino una cosa lejana, distinta.

Lynn se sintió de más y se dispuso a volver.

—¿Dijiste que el muchacho de al lado te ayudaría a cargarlo? —preguntó, vacilante.

—Sí, el hijo del vecino. Viven enfrente. Saldré por la puerta de adelante a buscarlo.

Las alacenas de la cocina estaban a medio vaciar, vio Lynn, mientras lo seguía. El suelo estaba abarrotado de cosas, había una escoba en un rincón, junto a un baúl nuevo y una pila de libros aguardaba junto a unos cajones resistentes.

—Me llevo mis libros y los de Josie; es lo único que quiero guardarme.

—Ay —dijo Lynn—, casi me olvido. Tengo una colección de fotografías que te gustará. La dejé en el coche. Se remontan hasta la época en que ustedes llegaron a St. Louis. Qué cabeza la mía.

—Has tenido otras cosas en la cabeza últimamente —comentó Bruce. ¿Cómo está Robert?

—Apagado. No lo reconocerías. Apagado y preocupado, pero no es nada comparado con cómo estaba al principio, gracias a Dios. Jamás olvidaré cómo lloró en el teléfono con Emily. Nunca había visto a un hombre expresar su angustia así, aunque no hay motivo para que no pueda hacerlo. Pero, de todos modos, mi padre, aun después del funeral de mi madre... —De pronto se dio cuenta de su falta de tino al mencionar funerales y calló.

—Sé que te quedas, Lynn. —Al ver que asentía, añadió con suavidad:

—Pensé que era probable que lo hicieras.

—Ha cambiado —le dijo Lynn y tomó conciencia de que era la misma palabra que había usado con Emily y con Tom.

A diferencia de los otros dos. Bruce no objetó, sino que la miró con una expresión de máxima dulzura. Apoyado contra la mesada, se quedó contemplándola frente a él, ambos parados en medio del desorden de un hogar abandonado. Ninguno de los dos se atrevía a hablar de lo que les pasaba por la cabeza. Lynn pensaba, mientras lo miraba, que para ella siempre había sido absolutamente imposible tener relaciones con un hombre que no fuera Robert y, sin embargo, había sucedido con Bruce.

—Es tu lealtad —dijo Bruce de pronto, como si pensara en voz alta—. Sientes su dolor como si fuera tuyo propio.

—Sí —asintió Lynn, sorprendida de que pudiera expresar sus sentimientos en forma tan acertada—. Supongo que no tiene sentido para ti. No puedes entenderlo. Y Josie se pondría furiosa conmigo si pudiera saberlo.

—Te equivocas. Josie trataría de hacerte cambiar de idea, pero te entendería. Hay muy pocas cosas que Josie no podía entender o perdonar.

Se refería a lo que había sucedido entre ambos aquel día en que ella agonizaba. A eso se refería.

—Ella no era ninguna santa —siguió diciendo Bruce—. No quiero construir falsas imágenes. Merece que la recordemos como realmente era.

¡No, santa no, con su mirada penetrante y su lengua mordaz! Solamente buena, intrínsecamente buena, hasta el último día.

Bruce hizo un gesto con las dos manos, indicando un vacío.

—Dicen que cuando te amputan un brazo o una pierna, sigues sintiendo dolor. Así que supongo que no tiene mucho sentido irme, puesto que me llevaré el dolor conmigo. De todas formas, me alivia tener esta oportunidad, aunque no a expensas de Robert, tengo que admitir.

—¿Cuándo te vas?

—La semana que viene. El martes.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por años, espero. Me dicen que estoy subiendo por la escalera. No lo sé. Si me va bien en Budapest, habrá otros destinos, dicen. Moscú, tal vez. No me importa, Lynn. Pero los comunistas han dejado mucho por limpiar en lo que se refiere a ecología y eso sí me importa. —Sonrió. —Por las Emilys y las Annies y los Bobbies del mundo, me importa.

El gato se levantó de donde había estado durmiendo, dentro de una caja vacía, cruzó la habitación y se detuvo junto a la pierna de Lynn. Conmovida por las palabras y los recuerdos que acababan de pasar, ella se inclinó para acariciarlo y el gato levantó su carita, su boca rosada, sus asombrosos ojos azulados.

—¿De verdad quieres que nos lo llevemos, no, Bruce?

—Si todavía lo quieres.

—Puede venir conmigo ahora mismo —declaró, buscando una razón para no tener que volver a ver a Bruce, sino para irse ahora, despedirse con tranquilidad y acabar con todo—. Lo cuidaré bien. No te preocupes.

—¿Recuerdas que Josie solía decir que se había casado conmigo porque me gustaban los gatos?

—Sí, lo recuerdo. —Y pensó, aunque no lo dijo: Fue porque tus ojos sonríen, también. —¿Tienes instrucciones especiales sobre la comida de

Barney y esas cosas? —preguntó, en cambio.

—Te las daré por escrito. ¿Dónde hay un lápiz? Revolvió las cosas y en un evidente intento de mostrarse alegre, siguió hablando: —Veamos, la caja para sus necesidades, la jaula para transportarlo, el collar, la correa por las dudas, comida enlatada. Ah, y cuando coman pescado, le encantan las sobras.

—¿Filet de lenguado? —rió ella, para parecer despreocupada.

El siguió su ejemplo.

—Por supuesto. Solamente lo mejor. Y de tanto en tanto, puedes darle un par de cucharadas de helado. De cualquier gusto, menos de café. No le gusta el café.

En el camino de entrada, Lynn se quedó mirando, mientras Bruce y el hijo del vecino metía la bañera para pájaros y el gato con sus pertenencias dentro de la camioneta. Llegó el momento de la partida y de pronto, no hubo nada que decir. Nerviosa por el vacío, Lynn comentó que el muchacho del vecino parecía buen chico, maduro para sus quince años.

—Eso tienes que lograr con Bobby —respondió él.

—Ojalá. Haré lo posible.

—Ya lo sé.

—Bueno, me despido, entonces —dijo Lynn y como una tonta, extendió la mano.

—¿La mano, Lynn? —Bruce le tomó la cara entre las manos y la besó suavemente. Luego la abrazó con fuerza y volvió a besarla.

—Cuídate, Lynn. Cuídate mucho.

—Y tú también.

—Me preocupo tanto por ti. Hace mucho tiempo, ya.

—No es necesario Estaré bien. Soy fuerte.

—Bueno, pero si alguna vez necesitas algo, llama a Tom Lawrence.

—No necesitaré nada. Créeme.

—Tom te tiene mucho cariño, Lynn.

Y Tom dice lo mismo de ti, pensó Lynn. Sería cómico si no fuera todo tan difícil. Y volviéndose para que no viera sus lágrimas, subió al automóvil.

—No dejes de escribirnos de tanto en tanto, sobre todo a Annie.

—Mi Annie, mi chiquita especial. Siempre estaré disponible para ella.

—Eres tan bueno... tan bueno... —Y sin poder seguir hablando, puso en marcha el motor.

Lo último que vio de Bruce cuando el coche se alejó fue el sol sobre sus anteojos y el brazo levantado en un último saludo. Lo último que vio de la

casita fue la ventana de la cocina, donde todavía colgaban las cortinas a cuadros de Josie. Lloraba tanto que apenas podía ver el camino.

Es probable que Robert tenga razón: no creo que vuelva a casarse. Está perdido. Y la palabra hizo eco: perdido. Era un tañido de campana, triste y terminante. Probablemente no volviera a verlo. Cada uno tomaría por su lado y sus caminos no volverían a encontrarse.

En casa hubo bullicio y alboroto. Inmediatamente, Annie se hizo cargo del gato.

—Soy la que más conoce —insistió—. Tiene que ser mío. Me encargaré de la comida, las idas al veterinario y todo.

—¿Y también de limpiar la caja?

—Sí. Ahora tengo que ir a presentárselo a Juliet. No creo que vaya a haber problemas, ¿verdad?

—No. Y si los hay, aprenderemos a manejarlos.

Robert seguía en el jardín, con Bobby. El niño estaba tendido en el césped con Juliet y ambos observaban a Robert que martillaba una casa de juguete. Hace todo bien, pensó Lynn, notando la rápida destreza y la gracia masculina.

Él la vio y gritó:

—¿Te gusta? Bobby podrá usarla dentro de muy poco tiempo.

—Es hora de bañarlo. —Salió y levantó al bebé. —Uy, estás empapado. Al agua, muchachito.

El niño rio y le tiró del pelo. Robert los miró con tanta intensidad que ella le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada. Son ustedes. Los dos juntos. Tu hermoso espíritu tranquilo. No los merezco.

Lynn no quería dejarse conmover. Quería paz, serenidad, practicidad amigable.

—Dejaré que la cena se caliente mientras baño a Bobby. Después tengo la reunión del campamento de Annie. Es para madres e hijas; ¿podrás acostarlo?

—Claro que sí.

—Ven a ver, cuando termines con eso —dijo desde la puerta—. Traje el gato de Bruce.

Después cerró la puerta y llevó a Bobby arriba. «Me preocupo por ti», había dicho Bruce, como dando a entender que corría alguna clase de peligro. Pero no era así, porque iba a manejar la situación. Puedo llevar adelante la

casa y la familia a la perfección, se dijo, abrazando a su hijo. Puedo mantener un orden feliz y puedo hacerle frente a lo que venga.

Era fuerte, y se sentía orgullosa.

Días más tarde, fue a Nueva York para las liquidaciones que precedían la Navidad. Ahora que su futuro economía era incierto, tenía que comprar con sumo cuidado, algo que no había hecho en mucho tiempo. Mientras volvía con paso rápido hacia la estación, entre un ejército de Papás Noel de organizaciones de caridad y vidrieras decoradas con bolas de cristal y arabescos plateados, pensó si el abrigo y las polleras le quedarían bien a Annie.

Pero tenía otra cosa en la cabeza, algo que, debido a la muerte de Josie y la depresión de Robert, había quedado sepultado en un rincón de su mente. No obstante, no aceptaba su destierro sino que pugnaba por emerger, como obligándola a detenerse a considerarlo.

Había algo extraño en la conexión de tía Jean con Querida, siempre y cuando lo que había dicho Emily fuera cierto. Y siempre y cuando la tienda perteneciera a esa Querida, cosa que bien podía no ser así, pensó, buscando la sensatez.

Estaba cerca de allí y recibió un impacto mental repentino, como sucede después de un acorde, un aroma, un sabor: recordó el día en que los acontecimientos se habían estrellado unos contra otros como automóviles sobre una autopista con niebla; el ataque de Robert en la cocina, su huida a los brazos de Bruce, la despedida triste de Emily. Y le pareció que todas estas cosas estaban relacionadas de un modo que ella no podía entender, que tenían su origen en un lugar, en un momento.

Tengo que saberlo, pensó al llegar a la calle, al negocio. Con el corazón que le latía como un martillo, se quedó mirando la vidriera.

Había una hilera de cuadros de perros en exhibición. Estaban de moda en esos días, se usaba el estilo de las casas campestres inglesas, elegancia casual entre acres rurales para los hogares de gente que jamás había tenido un acre ni un perro ni los quería, tampoco, pensó, contemplando los altivos pequineses, preferidos de la reina Victoria, los deportivos setters, con las orgullosas colas erguidas. Pero allí, entre ellos, había una criatura desconocida, una bestia extraña, tan parecida a Juliet que podría haber sido ella.

Sus pies tomaron la decisión de entrar y Lynn se encontró junto al mostrador.

—Una mujer pequeña, morena, se acercó rengueando y sacó a Juliet de la vidriera.

—No es antiguo —explicó, respondiendo a la pregunta de Lynn—. Lo puse con los otros porque tiene un aire del siglo XIX. En realidad, es obra de un hombre al que le gusta retratar perros de cualquier clase.

—Es precioso.

El perro, sentado sobre unos escalones de entrada, tenía la misma expresión alerta, consternada, que ponía Juliet cuando la familia salía sin ella.

—Sí, me doy cuenta por su expresión de que le gusta mucho —comentó la mujer.

—Es el vivo retrato de nuestra perra.

A Lynn le galopaba el corazón y mientras miraba el cuadro, también observaba a la mujer. ¿No había hablado Robert acaso de «un trabajo en una galería»? Pero su «belleza» nada tenía que ver con esa persona, cuya cara angular con los chatos ojos negros estaba coronada por pelo grueso, negro. Lynn sintió una oleada de alivio mezclado con decepción. Tenía que saber, de algún modo, necesitaba ver a la mujer que había ocupado su puesto; pero por otra parte, le daba miedo.

Volvió a concentrarse en el cuadro. Sería una linda sorpresa para Robert, algo que lo alegraría. Tal vez lo colgaran en el escritorio o mejor aún, en su oficina. Por un instante, olvidó que ya no tenía oficina.

—No es caro. El precio está en la etiqueta.

El precio era muy razonable. Como era un cuadro pequeño, podría llevarlo a su casa ahora mismo. Entregó su tarjeta de crédito.

La mujer se quedó mirando la tarjeta y luego levantó la mirada hacia Lynn.

—Robert V. W. Ferguson. Así que ahora vino usted también —dijo—. Me preguntaba si vendría.

Lynn tuvo que sentarse sobre el banquito junto al mostrador, pues se le habían aflojado las rodillas.

—No... no entiendo —balbuceó.

—Su hija Emily estuvo aquí hace un tiempo, el día después de Acción de Gracias.

¿Emily, en Nueva York? ¡Pero Emily estaba en Nueva Orleans! Hablamos por teléfono el día de Acción de Gracias. Debió de venir en avión a ver a esta mujer y volver a la universidad sin avisarnos...

La mujer la observaba con franca curiosidad.

—Tenía muchas preguntas, pero no se las contesté. Es demasiado joven, demasiado dulce y joven. Además, le corresponde a usted decirle lo que sepa.

—No sé nada —susurró Lynn.

—¿Nada?

—No mucho, salvo que no se llevaban bien.

—¡No nos llevábamos bien! Va un poco más allá de eso, se lo aseguro.

Los ojos negros la atravesaban.

—Usted es una mujer bonita. Le gustaban las rubias, recuerdo.

Lynn se sintió presa de pánico. Había venido aquí en busca de ¿de qué? De alguna pista sobre Robert que otras personas —la tía Jean— habían mantenido oculta. Y ahora que estaba aquí, temblaba de miedo.

—Tiene que haberle contado algo de mí.

—Que hubo un hijo, un varón —susurró Lynn.

—Sí. Ya es un hombre y vive en Inglaterra. Tuvo una buena vida: de eso me encargué yo. ¿Y usted? ¿Tiene otros hijos?

—Otra chica y un bebé de diez meses.

—Una linda familia.

El aire del pequeño negocio tenía malas vibraciones; Lynn quería huir de esa intimidad. Lo que tenía que hacer era ponerse de pie y abandonar el negocio, con cuadro y todo. Pero no podía moverse.

Querida la observaba y sus ojos se detuvieron sobre el abrigo de piel y la elegante cartera de cuero.

—Veo que logró lo que quería.

Y Lynn, hipnotizada, se sometió a su inspección. El comentario, que podía haber sido ofensivo, no lo era. Era curioso, nada más. ¿Qué podía haber visto Robert en esa mujer? Era imposible imaginar dos personas con menos afinidad.

Como si le leyera la mente, Querida dijo:

—No sé cómo llegamos a estar juntos. Fue una de esas cosas, supongo. El era brillante, ganaba todas las becas y qué buen mozo era, por Dios. Yo pertenecía a la fraternidad Phi Beta Kappa y supongo que eso lo impresionó. No era ninguna belleza, aunque sí tenía mejor aspecto que ahora, de eso no hay dudas. Estuvimos juntos tres o cuatro veces y quedé embarazada. No quería abortar y tengo que reconocerlo: él hizo lo que se consideraba correcto, en aquellos días. Se casó conmigo.

¿Es que esa mujer no tenía inhibiciones? ¿Por qué le contaba estas cosas a alguien que no había pedido oírlas?

—Éramos pobres como ratas, los dos. Nunca habíamos tenido nada. Nada.

¿Pobres? ¿Y los viajes a Europa y la familia prominente de Querida?

—¿Por qué se sorprende? ¿Está sorprendida, no?

—Sí —murmuró Lynn.

—Supongo que le habrá dicho que yo era hermosa. Siempre le gustaba hablarme de sus antiguas amantes, de lo excepcionales que eran. Y seguro que le pintó un cuadro de su familia patricia y distinguida. Pobre Robert. Lo hizo tantas veces que realmente se lo cree. En fin, para cuando le llegó el turno a usted, ya habían muerto así que ¿qué importancia tiene? Pero yo sí sabía la verdad. Conocí a la madre con los tejiditos al crochet y el carrito de té. Los pobres con dignidad. Pretensiones, puras pretensiones. Era patética, una mujercita buena, de la mitad del tamaño que el marido e indefensa bajo sus puños.

—¡No quiero oír esto! —exclamó Lynn, estremeciéndose.

—Pero tal vez le convenga.

Era posible sentir la ira que ardía dentro de esa extraña mujer, como si tuviera la piel caliente al tacto. Era excéntrica, neurótica, tal vez hasta un poco loca... Pero era imposible no escucharla.

—Jean se preocupa por usted. Ah, sí, se mantuvo en contacto conmigo a través de los años. Es una buena persona, como su hermana, y nunca supo bien cómo estaban las cosas entre usted y Robert.

Esto era demasiado, esta invasión de la privacidad que Lynn había defendido tanto.

—No tienen derecho... —exclamó, pero la mujer no le prestó atención y siguió hablando.

—¿Sabe cómo murió la madre de Robert? Iban por la autopista en el coche, los dos. Un hombre del peaje avisó a la policía lo que pasaba, pero cuando la policía los alcanzó, ya era demasiado tarde. Ella había estado tratando de tirarse del coche, de alejarse de él. Los que iban atrás lo vieron. El coche derrapó y chocó contra un árbol. Se mataron los dos. A él le vino muy bien, lástima que no fue antes. —Y esos —dijo Querida— son los distinguidos Ferguson.

¡Qué horror! Y la mujer no paraba de hablar. Tal vez no pudiera hacerlo.

—¿Ve esta pierna? Se me quebró la cadera. Sí, la historia se repite, aunque no hasta el fin, porque yo pude liberarme. Sí, me lo hizo Robert.

Ahora Lynn reconoció que estaba en estado de *shock*; tenía la boca seca, le transpiraban las manos y el corazón le retumbaba en los oídos. Se quedó quieta, apoyada contra el mostrador que estaba a sus espaldas. La voz nerviosa reanudó su relato:

—No fue la primera vez, aunque sí la peor. Estábamos patinando sobre hielo. Él me preguntó qué había para cenar y yo le dije que compraríamos algo a la vuelta. No era buena ama de casa. Sigo sin serlo, y eso lo enfurecía. Pero él me ponía frenética con sus manías compulsivas, tan prolijo, tan ordenado, tan condenadamente perfecto. Y se volvió loco con lo de la cena. Cualquier cosita así podía hacerlo estallar.

Los labios secos de Lynn formaron una frase: Le dije que no quiero oír nada más. Pero ningún sonido salió de su boca.

—Estaba casi oscuro y éramos los últimos en el lago. Me pegó en la cara; los guantes tenían hebillas. Me empujó y caí sobre el hielo. Me pateó y no pude levantarme. Entonces se asustó y fue a un teléfono público a llamar una ambulancia. Cuando llegaron, yo estaba casi desmayada de dolor. Lo oí decir: «Se cayó».

Si parara y me dejara salir de aquí, pensó Lynn y luego se reprendió: Sabes que tienes que quedarte hasta el final, tienes que enterarte de todo.

—Una vecina cuidó al bebé mientras estuve en el hospital. Cuando él vino y empezó a hablar del accidente, le dije que no lo quería ver nunca más. Así que cargué a mi hijo y me fui. Tenía una amiga en Florida que me dio trabajo y dejé que él obtuviera el divorcio aduciendo abandono. No me importaba, no quería saber nada más con él. Le dije que si algún día se nos acercaba, lo delataría y lo arruinaría para siempre. —Otra vez esa risa forzada, amarga. —Debo decir que mantuvo al chico con generosidad; a mí no, pero, de todos modos, no aceptaría un centavo suyo. Ahora mi hijo tiene veinticuatro años y es independiente.

—La cadera no se me soldó bien. Me dicen que habría que quebrarla de nuevo y volver a colocarla bien. Pero no quiero pasar todo eso. La dejo así en recuerdo de Robert.

¿Por qué revelaba esa historia atroz después de tantos años? Para vengarse por su sufrimiento. Para destruir el matrimonio de Robert, sobre todo si era un matrimonio feliz.

—¿Y cree que sirve de algo ir a la policía? Ja. Se lo diré. No sirve de nada. Una vez fui. Ni siquiera me tomaron en serio. Llegué en un bonito auto. Para entonces, los dos trabajábamos y habíamos juntado el dinero para comprarlo. Teníamos un departamento decente en un barrio decente. ¿De qué se queja?, me preguntaron. El tipo no puede ser tan malo. Debería ver lo que vemos. Arreglen las cosas. No lo haga enojar. Por supuesto, si quiere hacer la denuncia, podemos arrestarlo y armar un gran alboroto. Entonces él perderá el trabajo y ¿qué va a hacer usted? No, señora, piénselo bien. Ustedes, las

mujeres, no saben lo que es bueno. Eso fue lo que me dijeron. Veo que la puse muy mal.

—¿Y qué pretendía? —El horror y la pena de Lynn habían chocado. La cabeza le daba vueltas y se le quebraba la voz por el llanto. —No tenía derecho de tirarme todo esto encima. Entré a comprar un cuadro y...

El rostro de la mujer se suavizó.

—Tal vez no tendría que haber hablado —dijo—. No tenía que meterme en esto para nada. Pero cuando vino su hija, sospeché que... bueno, no importa. ¿Todavía quiere el cuadro? Se lo regalo. A modo de disculpa.

Lynn se levantó del banco.

—Sí. Lo quiero. Y quiero pagarlo.

—Como quiera. Se lo envolveré.

A pesar de que el corazón seguía latiéndole tumultuosamente, Lynn había comenzado a recuperar el control de sí misma. Con fingida dignidad, caminó alrededor del negocio, fingiendo examinar los cuadros que, agitada como estaba, apenas veía.

Después de unos instantes, la voz la siguió.

—No me cree.

Lynn se volvió y regresó al mostrador.

—Que le crea o no —dijo en voz baja— no tiene importancia. Deme el cuadro, por favor, para que pueda irme.

En el silencio que todavía vibraba por las palabras que se habían dicho, esperó a que le envolviera el cuadro. Los dedos de Querida manejaban con delicadeza el papel, el cartón, el hilo. Tenía uñas ovaladas y un perfil fuerte, ahora que la veía inclinada sobre su trabajo. Una cara inteligente, pensó.

El silencio se quebró de pronto.

—Hizo de su vida un infierno. Hablo del padre y la madre de Robert. La familia de ella lo odiaba. Le suplicaron que lo dejara, pero ella no quería. Por orgullo y por vergüenza. Yo lo entiendo. Las he visto, a las sentimentales que escuchan la dulce disculpa y creen que no volverá a suceder. Usted debe de ser una de esas, ahora que lo pienso.

—¡No sabe nada de mí! —exclamó Lynn, ahogándose en sus palabras.

—Sí que sé. Conozco a esa preciosa hija suya que no hubiera venido a buscarme a menos que tuviera algo muy pesado en la mente. Sabe mucho, pero quiere saber más. Me di cuenta. Vamos, querida, recompóngase; cuídese y cuide a sus hijos. Sé que me cree extraña y quizá lo sea, pero tengo buenas intenciones.

Lynn cerró la puerta con fuerza y el aire frío le golpeó el rostro. Una ráfaga de viento de Canadá dobló la esquina y casi la derribó. Echó a correr hasta la estación Grand Central. Las piernas apenas la sostenían.

Las sentimentales... la dulce disculpa...

Qué mujer extraña, con esos ojos salvajes. ¡Cómo debían de haberse odiado! No como Robert y yo, porque nosotros... a pesar de todo...

Pero me mintió. Tantas mentiras. Pero ella... ¿será verdad todo lo que dijo?

Mareada, avanzó entre el viento y la gente. Dentro de la amplia caverna de la estación, se oían melodías navideñas. La gente que regresaba a sus hogares suburbanos era normal; la reconfortaron los alegres saludos; un hombre gordo palmeó a otro en la espalda y dos señoras chillaron de alegría al encontrarse. Eran ruidos comunes, cotidianos. Era gente común, cotidiana.

El tren corría sobre los rieles. Es cierto, no es cierto, es cierto, no es cierto, decían las ruedas. Había sido el peor día... Lynn apoyó la cabeza contra el asiento. Y la mujer que estaba junto a ella, joven y elegante, sin ninguna preocupación en el rostro, preguntó:

—¿Se siente mal?

—Es solamente un dolor de cabeza, gracias. No me pasa nada. —
Avergonzada, Lynn sonrió.

El coche estaba en la estación. Cuando subió y condujo a través del pueblo, que estaba igual que esa mañana, le resultó increíble que nada hubiera cambiado. En la playa del supermercado había camionetas familiares, los ómnibus escolares amarillos volvían al garaje y las vidrieras también aquí ostentaban adornos navideños, como si nada importante hubiera sucedido desde la mañana.

Le pareció demasiado temprano para volver a casa. En realidad, era temprano, pues había pensado hacer otra parada en Nueva York en camino a la estación. Pero después de lo sucedido, solo había podido escapar. De manera que se detuvo en una cafetería en la salida del pueblo y se sentó a pedir un té con una masita. El té la tranquilizaría.

Me pateó cuando estaba caída en el hielo, con la cadera rota. Eso sí que era difícil de creer. Sí, tenía unos arrebatos de violencia terribles, ¡vaya si lo sabré! Pero esa clase de sadismo, nunca. No, eso era difícil de aceptar. De una semilla de verdad, de una semilla grande, ha hecho crecer esta cosa enfermiza, esta enorme exageración.

Es rara, está llena de odio y no es equilibrada, aunque no sé por qué. Pero si fuera más razonable, por decirlo de algún modo, más razonable, serena,

dulce, aceptable, ¿le creería?

Pero aunque solo una parte de esto sea verdad ¡qué terrible es que él haya tenido que mantenerlo oculto durante tantos años! ¿Por qué? Yo lo hubiera ayudado. ¿Acaso no sabe que lo hubiera ayudado?

Pero pon en la balanza el secreto de él y pésalo contra todos nuestros años juntos, lo bueno, lo bueno...

La taza tibia entre las manos de Lynn le trajo recuerdos de sus padres, sentados en la cocina en otras tardes invernales. Acostumbraban sostener la taza así, tazas con margaritas alrededor del borde. Qué épocas sencillas... Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que dejar el té.

Alguien puso dinero en una vieja máquina de música, olvidada desde los años 50, y las voces enlatadas, lamentando amores perdidos, recordados o encontrados se elevaron en el salón gris y deprimente. Lynn se levantó y pagó la cuenta. Era hora de recobrar la calma y volver a casa. Era hora, como diría Josie, de hacerle frente a la realidad. Vuelve a casa, sin hacer escándalo, pregúntale lo que quieres saber y cuéntale lo que has averiguado.

Robert había puesto una vela en cada ventana, y la casa parecía flotar por la oscuridad como un navío con escotillas minadas. Por la ventana saliente, donde las cortinas todavía estaban abiertas, lo vio sentado en su sillón de cuero con Bobby sobre una rodilla; estaban mirando un libro abierto que tenía sobre la otra rodilla.

El muchachito lo adoraba; sus ojos azules eran más redondos que los de Emily y Robert, eran redondos como su cabecita y sus manitas regordetas. Sintió una punzada de dolor, como una herida, algo que era piadoso y doloroso a la vez. Por un instante, se sintió dentro de la piel de ese bebé vulnerable y de ese hombre que tal vez en un tiempo había sufrido tanto que no podía admitir la existencia de ese dolor.

Al abrir la puerta, oyó a Annie practicando la lección de piano y se detuvo a escuchar. Annie realmente estaba mejorando, mejorando en todo. Tal vez fuera que la nueva tranquilidad de Robert, la disminución del ritmo de la casa, hubieran hecho efecto en la niña. Era irónico que la peor derrota del padre hubiera traído paz a la hija.

La perra saltó para anunciar su presencia y Robert levantó la vista, sorprendido.

—¡Hola! No te oímos entrar.

—Los estaba observando. Se los ve tan bien, allí, a ustedes dos.

—Vamos por la mitad de Mamá Gansa. —Se levantó, puso al bebé en el corral y besó a Lynn. —Estuviste haciendo compras, veo. ¿Conseguiste algo

lindo?

—Espero que te guste. Es tu regalo de Navidad.

—¿No nos habíamos prometido nada más que libros, este año? Y ahora rompiste la promesa —dijo con una sonrisa apesadumbrada.

—No fue algo tan caro, de veras. Es un cuadro. Ábrelo.

—¿Por qué no esperar hasta Navidad?

—Porque no quiero esperar.

Bobby, atraído por el crujido del papel mientras Robert cortaba la cinta, extendió los bracitos como si pudiera llegar al rojo brillante y el ruido. Y algo comprimió el pecho de Lynn otra vez al ver al niño alegre y al padre inclinado sobre el paquete.

Con seguridad, el camino de esta familia se enderezaría y los males pasados quedarían olvidados. Esto no era más que una curva cerrada, un obstáculo que había que sortear y ella lo haría. Había tantas otras cosas que agradecer; nadie tenía cáncer, nadie era ciego...

—¿Pero donde conseguiste esto? —exclamó Robert—. ¡Es Juliet de cabo a rabo! ¡Es sensacional!

—Imaginé que te iba a gustar.

—Es estupendo. Los cuadros de perros son todos iguales, spaniels, collies o lebreles. Un millón de gracias, Lynn.

—No vas a creer dónde lo encontré. Lo vi por casualidad en una vidriera camino a la estación, en una pequeña galería llamada «Querida».

La cara de Robert cambió. Como si le hubiera pasado una mano por encima, todo desapareció: el brillo de los ojos, las arruguitas en las comisuras, las líneas de sonrisa en las mejillas, la curva de los labios. Y ella vio que estaba esperando las palabras que vendrían después, vio que, comprensiblemente, lo había dejado anonadado.

—Lo curioso es que realmente era ella. No lo podía creer. Reconoció el nombre cuando le entregué la tarjeta American Express.

No digas nada de que Emily estuvo allí. Ten cuidado. Nada.

—Muy interesante. —Cortó las palabras como un locutor británico. —Interesante, también, que no hayas dado media vuelta y te hayas ido.

—Pero quería el cuadro —protestó Lynn y se dio cuenta, al decirlas, que las palabras eran demasiado inocentes. Entonces añadió: —Además, hubiera sido grosero dar media vuelta e irme.

—Grosero, claro. Mucho más fácil quedarse y conversar con la dama.

Robert entornó los ojos y se irguió. Como siempre cuando estaba enojado, parecía más alto. Y horrorizada, Lynn vio que estaba muy, pero muy enojado.

Eso no era lo que había esperado; tal vez había sido tonto creer que se defendería; en lugar de hacerlo, la estaba atacando.

—No conversamos. Me quedé allí el tiempo que me llevó pagar y esperar a que lo envolviera. Fue un minuto. O un par minutos —balbuceó, trastabillando en la defensa.

—Y ninguna de las dos abrió la boca. —Asintió. —Después de esa asombrosa revelación, hubo silencio total, estoy seguro.

—No exactamente.

—Calculo que habrás oído cosas lindas de mí.

Era él el que tenía que estar a la defensiva, el que tenía que estar asustado. ¿Cómo se habían dado vuelta las cosas? Lynn murmuró con tono tranquilizador.

—Pero no, Robert, para nada.

—No te creo. Tu curiosidad te mantuvo ahí, escuchando boquiabierta, mientras echaban mugre sobre tu marido. No me digas que no, Lynn, porque sé que fue así. —Temblaba. —¡Vaya lealtad! Si hubieras tenido algo de lealtad, no hubieras entrado allí.

—¿Y cómo iba a saber? ¿Cómo podía saber que era ella?

—Sabías perfectamente bien que esa... esa bruja... estaba metida en cosas de arte y trabajaba en una galería. Eso no lo olvidaste, Lynn. Y tampoco olvidaste el nombre. Cuando viste el nombre, podrías haber pensado: No es Mary ni Susan, ¿se encuentra un nombre así en cada esquina? Podrías haber pensado: tal vez sea posible, sí, pero no me arriesgaré. Pero te ganó tu curiosidad. ¿O no?

La verdad en sus palabras la hizo ruborizarse.

—¿O no?

La voz de ella se elevó y Bobby, al escuchar ese tono poco habitual, miró a su padre, perplejo.

Lynn tuvo que pasar al ataque.

—¡Eres increíble! ¿Cómo puedes ser tan poco comprensivo, cuando lo único que quería era traerte algo que te diera un poco de alegría en estos días difíciles? Y la corté en seco, para que sepas. No quería oír nada, así que me fui cuando...

—¿La cortaste en seco? ¿Pero no era que no dijeron nada? Será mejor que aclares las cosas.

—Me confundes. Me haces decir cualquier cosa. Cuando te pones así, no puedo ni pensar. Me aturdes tanto que no sé lo que digo.

—Estás confundida, sí. Ahora escúchame: quiero saber todo lo que se dijo, así que será mejor que me lo cuentes bien.

Saltó como un látigo y la sujetó de los brazos, del lugar donde lo había hecho siempre, en la carne suave encima del codo. Sus dedos duros apretaron los pulgares contra el hueso.

En el corral, el bebé se levantó y se balanceó contra la baranda. Tenía los grandes ojos fijos en ellos.

—Suéltame —dijo Lynn, manteniendo baja la voz, por Bobby.

—Dije que quiero una respuesta.

El dolor era terrible, pero ella siguió hablando con calma:

—Baja la voz, Robert. El bebé está aterrado. ¿Y quieres que Annie también te oiga?

—Quiero saber qué te dijo esa loca. ¡Contéstame!

La sacudió. Había una ferocidad en su expresión que Lynn nunca había visto antes, algo desesperado y negro, algo irracional. Aterrada, comenzó a llorar.

—Ay, la maquinita de lágrimas. No contestes, prende la maquinita de lágrimas y listo.

La sacudió con tanta violencia que le hizo crujir el cuello.

—¡Robert, suéltame! Voy a gritar y se enterará todo el mundo. Esto es una locura. ¡Mira el bebé!

Bobby tenía la boquita abierta y estaba haciendo pucheros.

—¡Mira lo que le estás haciendo al bebé!

—Habla, entonces.

—¡Lo único que haces es criticarme! ¡No lo soporto!

El la imitó, burlándose con un agudo tono nasal.

—Lo único que hago es criticarte. No lo soportas.

El bebé sacudió la baranda, cayó de espaldas y chilló. Y Lynn, enloquecida de terror, dolor y preocupación por Bobby, gritó:

—¡Robert, maldito seas, suéltame!

—Habla y te soltaré.

Surgió un tumulto dentro de ella, la desesperación de un prisionero acusado erróneamente, una víctima del terror. Y la desesperación estalló.

—¡Muy bien, voy a hablar! ¡Basta de mentiras! ¡Que salga a la luz la verdad! ¿Por qué te escondiste de mí durante todos estos años? Había pensado hablarte amablemente y preguntarte por qué nunca confiaste en mí lo suficiente como para ser franco. ¿Por qué ocultaste lo que le hacía tu padre a tu madre? ¡Ahora entiendo por qué nunca querías tener cerca a la tía Jean! Por

temor a que hablara de más. ¿Y por qué? ¿Tan poca opinión tenías de mí que creías que no comprendería lo de tu familia? ¿Y tan poca opinión tenías de ti mismo que tuviste que inventarte una familia? ¿Por qué crees que tienes que ser perfecto, inmaculado, descendiente de los santos o algo así?

Vio que le latían los pulsos en las sienes, donde se le había hinchado una gruesa vena azul. Y ahora que había comenzado, ahora que la presión de los dedos de Robert era intolerable, ella también gritó, sin importarle quién pudiera oírla.

¿Por qué me dijiste que Querida era hermosa y rica? ¿Para qué sintiera celos? ¿Por qué no me contaste lo de la cadera rota? ¿Por qué viviste con todas estas mentiras y me hiciste vivir a mí también con ellas? Ahora lo entiendo, lo entiendo todo. Mi vida, toda mi vida... ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué has hecho?

Sus palabras brotaban, estallaban, no podían parar.

—Una fachada, una mentira, todas las excusas que inventaste para no tener que admitir nada. Necesitaba mantener vivo el sueño. Ella me contó todo lo que le hiciste, Robert. Me dijo...

Robert la soltó. Tomó el cuadro, lo levantó en alto y lo estrelló contra el respaldo de una silla, destrozando el marco y rasgando la tela. El bebé gritaba; en una habitación lejana, el piano se cortó en una nota discordante. El vandalismo era atroz. Robert jadeaba como un animal.

—¡Me das asco! —exclamó Lynn—. ¡La gente tendría que enterarse de esto, tendría que ver lo que eres capaz de hacer! Sí, me das asco.

Robert le pegó. Un golpe violento se estrelló sobre su cuello y Lynn cayó hacia atrás, dentro del corral. Cuando logró incorporarse, él volvió a golpearla, lastimándole el ojo cuando ella se volvió, jadeando y tratando de huir. Con la mano izquierda la tomó del cuello de la blusa, su puño derecho le hundió la nariz y se oyó el crujido del hueso al encontrarse con otro hueso. Brotó la sangre; Lynn buscó apoyo, pero solo había aire. La habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor, se inclinó cuando caía y quedó inmóvil.

Había caído sobre el sofá o la habían recostado allí. Tenía la blusa de seda blanca manchada de vómito y sangre y por alguna razón que más tarde le resultaría increíble, el daño en la blusa fue lo primero que vio. Fue una terrible humillación. Se oyó a sí misma gemir:

—¡Ay, no! —Estalló en sollozos y en una confusión de sonidos e imágenes le pareció ver a Eudora aferrando a Robert del saco y gritándole:

—¿Qué hizo, por Dios? —Al mismo tiempo, creyó ver a Eudora con Bobby en un brazo y a Annie del otro lado, llorando.

Después vino el dolor, en una oleada de fuego; para calmarlo, se llevó las manos a la cara y las apartó, asqueada por la sangre pegajosa.

La habitación estaba llena de gente; las diversas voces formaban un rugido enorme, profundo. Pero después de un momento, se dio cuenta de que el rugido estaba en su cabeza. Cuando volvió a abrir los ojos, pudo distinguir las caras, Eudora seguía sosteniendo a Bobby. Annie estaba al pie del sofá. Alguien le estaba limpiando la cara con una toalla fría; las manos eran cuidadosas y suaves. Enfocó la visión. La habitación había dejado de girar y las cosas se habían enderezado, así que veía con claridad. Era Bruce el que estaba inclinado sobre ella con la toalla.

—¿Qué haces aquí? —susurró Lynn.

—Me llamó Annie. —Se quitó los lentes y los limpió. Tenía los ojos húmedos, como de lágrimas, pero a la vez destellaban ferocidad. La boca, de labios gruesos y sonrientes, era una línea dura. —Te desmayaste —dijo.

Annie se arrodilló y apoyó la cabeza sobre el hombro de Lynn gimiendo:

—Mami. Ay, mami.

—Con cuidado, mi amor. Tiene la cara lastimada.

Ahora la voz de Robert.

—Aquí tengo el hielo. Hazte a un lado, Annie.

—No la toques —ordenó Bruce—. El hielo puede esperar.

—Tengo diploma en primeros auxilios —protestó Robert.

—¡Pues ya sabes lo que puedes hacer con tu maldito diploma! Verá al médico, una vez que se componga. ¿Y no te le acerques, entendiste?

Ahora Robert apareció en su campo de visión, suplicando con los ojos y la voz:

—Ay, Dios, Lynn, no sé cómo decir lo que siento. No quise... Pero nos descontrolamos, los dos estábamos enojados...

—¡Por qué no te callas! —rugió Bruce.

—Sí, ¿por qué no te callas? —repitió Annie. Tenía el rostro hundido contra el hombro de Lynn y el brazo de su madre la sujetaba.

—Annie, tesoro, tu mamá se sentirá mejor si te vas arriba. Sé que esto es terrible para ti, pero, si tienes un poco de paciencia, hablaremos mañana por la mañana, te lo prometo.

Robert dijo con tono comprador:

—No te preocupes por mamá. Está mejor de lo que parece. Me encargaré de que la vean. Ve arriba, tesoro.

Cuando avanzo hacia ella, como para alejarla del sofá, Annie escapó de su alcance y con las manos sobre las caderas y los ojos llenos de lágrimas chilló:

—¡No soy tu tesoro! Eres un mal padre y Susan tenía razón. Le pegas a mamá. Te vi hace un rato, te vi. Y... y yo nunca se lo conté a nadie, pero a veces sueño contigo y no me gusta porque me despierto asustada y me siento mal. Me pongo a pensar que es solamente un sueño, pero ahora, ahora... —balbuceó— ¡mira lo que has hecho! ¡Es como en mi pesadilla!

—¿Qué pesadilla, Annie? ¿Puedes recordarla?

—Sí. Veo a mamá con un vestido blanco, largo, con una corona en la cabeza y él... él le está pegando.

Ese golpe, esa otra clase de golpe, le pegó a Lynn entre los ojos. Y vio que también Robert había sentido el golpe, porque aturdida como estaba, se dio cuenta de que él estaba recordando la noche de la fiesta de disfraces de Año Nuevo, hacía tanto tiempo. Annie habría tenido unos tres años...

Y le dirigió una terrible mirada a su marido. Quería decirle: ¿Esto explica muchos de los problemas de Annie, no?

Pero en cambio, susurró, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban.

—Pero eres mi tesoro y ¿me harás el favor de subir con Eudora? Mañana te explicaré lo del sueño, te explicaré todo.

—Vamos, Annie —dijo Eudora—. Ven a ayudarme a darle el biberón a Bobby. Voy a dormir en tu cuarto. Hoy me quedo a dormir aquí.

Annie levantó la cabeza y Lynn le dirigió una mirada suplicante, pues la tristeza le impedía hablar.

—Juliet también va a dormir en mi cuarto.

—Por supuesto, querida —respondió Eudora.

Y el grupito abandonó la habitación: Eudora con el bebé en brazos y Annie sujetando a Juliet en busca de consuelo.

Y estábamos seguros, pensó Lynn con silenciosa amargura, de que las chicas no se habían enterado de nada.

Sonó el timbre justo en el momento en que Eudora subía la escalera.

—Es Tom Lawrence —anunció Bruce—. Yo lo llamé.

—¿Qué? No tiene nada que hacer aquí. Eudora, no le abra —ordenó Robert.

Bruce pasó por encima de la orden.

—Sí, Eudora, abra, por favor. Le abriría yo, pero no quiero alejarme de la señora Ferguson.

—¿Qué demonios...? —exclamó Tom Lawrence. Azorado, se quedó en el umbral, contemplando la escena. —¿Qué demonios...?

Entró, se acercó a Lynn, la miró, hizo una mueca, cerró los ojos por un instante y se volvió hacia Robert.

—Así que sucedió, por fin, maldito cabrón. Tardó bastante en llegar, pero estaba convencido de que sucedería. Habría que descuartizarte.

—¡No sabes lo que dices! Tuvimos un altercado, una discusión y solo quise...

Las palabras se perdieron. Aturdida como estaba, Lynn tuvo un pensamiento lúcido: está pensando en que Tom es abogado y tiene miedo.

—Solo quisiste nada, Ferguson. —Tom avanzó hacia Robert, que dio un paso atrás. Era extraño verlo retroceder ante un hombre que apenas si le llegaba al hombro. —Voy a llamar a la policía.

Lynn luchó por incorporarse. El ojo le latía. Cuando se tocó un diente con la lengua, lo sintió flojo. Probó de nuevo; estaba decididamente flojo. Y habló por entre los labios hinchados:

—No. La policía no, por favor, Tom. —Quería que comprendiera que Annie ya había visto suficientes atrocidades. —Lo único que quiero es que él —hizo un gesto hacia Robert—... es que él se vaya. —Volvió a recostarse contra los almohadones. —Estoy muy mareada.

—¿Ah, ven? —dijo Robert—. Ni siquiera Lynn quiere que venga la policía.

—Me gustaría pasar por encima de tu deseo, Lynn —declaró Tom, muy serio—. Este es un asunto público, ahora. Un hombre no puede hacer una cosa así impunemente.

—No te metas, Lawrence —le ordenó Robert—. Nadie te invitó aquí.

Bruce se lanzó al ataque.

—Lo invité yo. Lynn necesita amigos y necesita consejos legales, que yo no puedo darle.

—Mi consejo es que llamen a la policía —repitió Tom—. Les bastará con echarle una mirada a Lynn y servirá más que diez mil palabras en declaraciones futuras.

—¿Declaraciones futuras? —rugió Robert.

—Saldría en los periódicos —murmuró Lynn—. Mis hijos han sufrido ya bastante, y no les agreguemos también esto.

—No estás pensando con lógica —intervino Bruce, hablando con suavidad—. Lo sabe todo el mundo. En la oficina, por ejemplo...

—¿En la oficina? —gritó Robert—. Sí, sí, ¿crees que no estoy enterado de las mentiras que desparramaste? Querías destruirme, querías ocupar mi lugar.

Bruce señaló a Lynn.

—¿Mentiras? Mira la cara de tu esposa. Si hubiera hablado, cosa que nunca hice, no hubieran sido mentiras. No, Robert, si hubiera querido hablar,

podría haberlo hecho hace tiempo, aquella mañana en Chicago, o quizás antes y nunca hubieras llegado a Nueva York. Ni qué decir de Europa —gritó. La ira y el desprecio lo habían encendido. —No tienes derecho de vivir, después de lo que hiciste aquí esta noche. Habría que llevarte afuera y fusilarte.

No estoy aquí, se repetía Lynn. Todo esto no tiene nada que ver conmigo. No me está pasando a mí.

Tom le tomó la mano, que estaba fría; la sacudían los temblores.

—¿Qué quieres que hagamos, Lynn? Dinos. No tiene sentido discutir quién dijo qué cosa. Estás demasiado cansada.

Ella respondió en voz baja, como si tuviera miedo de que Robert pudiera enfurecerse al oírla.

—Que se vaya. No quiero volver a verlo nunca, nunca más.

Pero Robert la había oído.

—No hablas en serio, Lynn —exclamó—. Vamos, sabes que no es así.

Tom dio una orden. Parecía un pequeño y agresivo terrier atacando a un gran danés.

—¡Ya oíste lo que dijo! ¡Vete! Toma tu abrigo y vete.

Robert juntó las manos y suplicó:

—Lynn, escúchame. Esta gente, estos desconocidos, te están llenando la cabeza. Pasaré el resto de mis días enmendando mi comportamiento de hoy, te juro que lo haré. Y decirme que me vaya no es una solución. Esta gente... no es asunto de ellos.

—Tom y Bruce, a los que llamas «esta gente», son mis amigos —replicó ella, sin saber de dónde le salía la voz—. Quiero que estén aquí. Los necesito. Y quiero que te vayas. Soy yo la que lo dice. Yo.

Robert se golpeó el pecho con los puños.

—Tú y yo hemos vivido una vida juntos. ¿Puede una tercera persona saber lo que hemos pasado, tú y yo? ¿Lo que hubo entre nosotros? Cambiaré. Iré adonde tú quieras, hablaré con quien quieras, aceptaré cualquier recomendación. Lo prometo, lo juro.

—Demasiado tarde —exclamó Lynn—. Ya es demasiado tarde.

—Te lo suplico, Lynn.

Su vergüenza y su sufrimiento eran contagiosos; absurdo como era, como su mente le decía que era, todavía podía despertar compasión. Era curioso que cuando estaba enojado, pareciera tan alto; ahora, suplicando, se empequeñecía en comparación a los otros dos hombres.

Bruce extendió la mano y le ordenó:

—Dame las llaves de la casa, Robert. ¿Tiene copias? —preguntó a Lynn.

Abrumada por la vergüenza, ella respondió:

—En el cajón de la mesa, detrás de ti.

—Las guardaré. —Bruce se las metió en el bolsillo. —Las tiraré a la basura en cuanto llegue a casa. Mañana cambiarás las cerraduras. Ahora vete de aquí, Robert. Ahora. Ya mismo.

—Puedes volver mañana a la mañana, a las nueve, a buscar tu ropa —dijo Tom—. Pero ya oíste a Bruce, así que ponte en movimiento. Lynn necesita descansar y ver a un médico.

—Quiero que lo diga Lynn —declaró Robert.

Se había puesto gris. Lynn pensó: sabe que me da lástima, aun ahora. Pero no voy a aflojar. Si estuviera por hacerlo, que no es el caso, con solo pensar en Annie me volvería a poner firme.

Se irguió y dijo con severidad:

—Te lo voy a decir, Robert. Vete ahora mismo, o débil como estoy, me llevaré a Bobby y a Annie y me quedaré sentada en el aeropuerto hasta que salga el primer avión para lo de mi hermana, en St. Louis, y te quedarás con la maldita casa para ti solo.

Tom intervino.

—No, no. Nada de eso. Esta casa es tanto tuya como de él. Te quedarás aquí hasta que tu abogado te autorice a irte. Mañana te conseguiré un excelente abogado de Connecticut. Y será mejor que te vayas, Ferguson —amenazó— o no importa lo que diga Lynn, haré que la policía esté aquí dentro de diez minutos.

Los dos hombres se pararon delante de Robert. Él los miró de arriba abajo y luego miró a Lynn durante tanto tiempo, ella tuvo que cerrar los ojos. Su cara era la de un hombre que se ha encontrado cara a cara con una masacre y no sabe qué hacer. Lynn supuso que la expresión de ella debía de ser la misma. Robert giró sobre los talones, y salió con paso rápido de la casa.

La puerta se cerró. Se oyó el ruido de neumáticos sobre el camino de grava, luego silencio.

Los dos hombres se hicieron cargo. Primero vino un médico, un amigo de Tom, que, en una situación como esa, estaba dispuesto a hacer una visita a domicilio.

Bruce explicó:

—La señora Ferguson no quiere hacer la denuncia y si va al hospital...

El médico comprendió.

—Habría preguntas, sí. Mientras no haya daños en la retina, creo que podremos arreglarnos aquí en la casa. —Era evidente que estaba horrorizado. Se inclinó sobre Lynn y le iluminó los ojos con una linterna. —No, no hay nada. Tuvo té. Casi... —Y sacudió la cabeza.

Después que se fue, Tom y Bruce tomaron decisiones para el día siguiente. Había que instalar cerraduras nuevas. Y pedir cita con un dentista y un abogado. Bruce hablaría con Annie y evaluaría los daños causados.

—Me quedo a pasar la noche —declaró—. Dormiré en el sofá del escritorio.

No podría acostarse sobre este. La sangre de Lynn había arruinado el damasco color verde musgo, lo había estropeado para siempre. Y Robert se había preocupado por las marcas de las manos de los invitados sobre los apoyabrazos.

—Tu vuelo sale mañana. Tienes que dormir —protestó Lynn.

—No importa. De cualquier forma, no dormiría. Me pondré al día en el avión.

Hablaron hasta pasada la medianoche. Bruce quiso saber cómo habían llegado a ese extremo atroz y ella le contó todo, empezando por el cuadro que, en su inocencia, seguía en el suelo, destrozado.

El comentario de él, cuando Lynn terminó, fue compasivo y apenado:

—Temía que una vez que supieras todo, lo dejaras. Estaba aterrado. ¿No te das cuenta?

—Me doy cuenta de que se enloqueció de ira —dijo Lynn—. Fue un horror —añadió, estremeciéndose—. Podría haberme matado.

—Tal vez lo hubiera hecho, si no hubiese estado Eudora —masculló Bruce.

—¡Tanta furia! No lo puedo asimilar.

Bruce sacudió la cabeza.

—Hay que cavar más profundo. Robert siempre estuvo lleno de temor. Es una de las personas más llenas de miedo que he conocido en mi vida.

—¿Robert?

—Sí. No tiene buena opinión de sí mismo. Por eso siempre tuvo que ser el que dominaba, el que se destacaba.

¿No tiene buena opinión de sí mismo? pensó Lynn. ¡Pero si era yo la que lo idolatraba! Yo la que pensaba que no estaba a la altura de él, que no lo merecía!

—¿Lo dices porque se te acaba de ocurrir, Bruce? Respóndeme.

—No, lo intuí enseguida, casi desde el principio.

Ella levantó sus ojos hinchados hacia él y le preguntó en voz queda:

—Entonces era eso lo que veías en Robert. ¿Y qué veías en mí?

—Que siempre estabas demasiado ansiosa por complacerlo. Que lo venerabas. Saltaba a la vista, si uno miraba con un poco de atención.

—Y tú lo hacías.

—No, a decir verdad, era Josie la que miraba y veía. Yo aprendía de ella. Aprendí muchas cosas de Josie.

—¿Ella pensaba que podríamos llegar a lo que sucedió esta noche?

—Ambos lo temíamos, Lynn.

—¿Pero, sin embargo, tienen que haber visto nuestros momentos buenos, nuestros momentos felices?

La luz de la lámpara le iluminó el anillo y el brillante cobró vida; distraídamente, Lynn lo hizo girar alrededor del dedo. Buenos momentos y corrientes subterráneas... Annie tocando el piano con Robert y Annie con pesadillas, ocultando sus pesadillas...

—¿Qué será de Annie? —preguntó, levantando la vista del anillo—. Tengo tanto miedo por ella, me preocupa tanto.

—Pienso que ahora sí deberías llevarla a ver a un profesional. Lo pensé desde el principio, te consta.

—Sí, pero ¿hablarás con ella también tú?

—Por la mañana, ya te dije.

—Ay, Bruce, cómo te vamos a extrañar.

—Y yo también a ustedes. —Se levantó los anteojos en su gesto característico. —Pero estoy listo para irme, Lynn. No veía la hora de que se llevaran todo de la casa. Las sillas donde ella se sentaba, el índice telefónico con su caligrafía, todo... no puedo mirar las cosas.

Pasarían años hasta que se repusiera, si es que lo hacía alguna vez. Pero yo también, a mi modo, acabo de sufrir una pérdida, pensó Lynn. Estoy abriendo una puerta y saliendo a la oscuridad, a una escalera y una caída a un pozo.

—Perdí el valor —dijo de pronto—. Esta mañana, lo tenía, pero ahora lo perdí.

—No me extraña. Pero no lo perdiste. Has sufrido un ataque. Tu mente se repondrá y te sacará adelante. Sé que será así. —Se puso de pie. —Vete a la cama, Lynn. Es tarde. ¿Necesitas ayuda para subir?

—Gracias, me las arreglaré. —Trató de sonreír, estirando las mejillas doloridas—. Debo de ser un espanto. Me da miedo mirarme al espejo.

—Bueno, la verdad es que no estás en tu mejor momento, pero te compondrás. A propósito, duerme en otra habitación, en la de Emily. Él vendrá a las nueve a buscar su ropa y está en tu cuarto, ¿no? Quiero mantenerlo lejos de ti. Y tómate una pastilla para dormir. ¿Hay alguna en la casa?

—Sí, Robert las tenía para cuando estaba muy tenso. Pero nunca tomé nada.

—Bueno, tómate una ahora.

Dolorida, Lynn se arrastró escaleras arriba y se acostó. Un minuto antes de hundirse en el sueño misericordioso, le cruzó por la mente la idea de que había olvidado por completo sentir vergüenza delante de Bruce.

Un haz de luz había atravesado la habitación en el ángulo del mediodía cuando Lynn abrió los ojos. Mareada y sucia, se había dejado caer sobre la cama. Ahora, todavía mareada y sucia, se levantó y fue a mirarse al espejo.

Lo que vio la dejó espantada. No podía soportar mirarse, pero igual tenía que seguir mirando. ¡Que un ser humano pudiera hacerle esto a otro rostro humano! Nuestra identidad, nuestra cara que es distinta de la de los millones de seres de la tierra. Esta violación de la propiedad más íntima... es un ataque en un callejón oscuro, es entrar en una casa por una ventana rota, es un vagón lleno de refugiados medio locos, un prisionero llevado a una cámara de tortura, es todo lo atroz que se hacen los hombres entre ellos.

Sollozó: ay, mi vida... Quería hacer que todo fuera tan bello para todos nosotros. Lo intenté... Lo hice... lo intenté...

Y de pronto, una furia ciega se apoderó de ella. Si él hubiera estado en la habitación y hubiera habido un cuchillo cerca, se lo hubiera clavado en el corazón. Gracias a Dios que no estaba allí, porque ella tenía que conservar la razón, recuperarse y ser fuerte. Había traído tres vidas dependientes al mundo. Ella. No él. Ella, sola, ahora. El había abandonado esas vidas, había renunciado a ellas para siempre, aunque no lo supiera. Y Lynn rechinó los dientes por eso.

Abrió la ducha. Con cuidado, se limpió la cara hinchada y morada; se lavó la sangre seca que se le había pegado sobre los labios y las fosas nasales. Se abrió el ojo hinchado y se lo lavó. Después se puso polvo, perfume y se limpió las uñas. Que el cuerpo, al menos, estuviera presentable, aun si la cara no lo estaba. Era una cuestión de respeto por sí misma.

Cuando salió del baño, Eudora estaba haciendo la cama. Con mucho tino, no miró a Lynn, pero le dio el informe de los acontecimientos.

—El señor Lehman le dejó sus saludos. Habló largo y tendido con Annie antes de irse. No sé qué le dijo, pero Annie no opuso resistencia para ir a la escuela. Él mismo la llevó. Llamó el señor Lawrence; el médico vendrá esta tarde, a menos que usted lo necesite antes; en ese caso, el señor Lawrence le mandará un taxi para que la lleve al consultorio. Bobby está bien, ya almorzó y lo acosté a dormir la siesta. Y Emily viene hacia aquí, llamó desde el aeropuerto. Annie la llamó anoche, no pude impedírselo. Bueno, creo que es todo.

—Ay, Dios, está en plena época de exámenes.

—Pues esperarán. Usted es la madre —declaró Eudora con firmeza.

La casa tembló cuando llegó Emily. La puerta de entrada se cerró con estrépito y sus pasos sonaron por la escalera; entró como una tromba en el dormitorio y al ver a Lynn, se detuvo en seco.

—Ay, Dios mío —susurró y se echó a llorar.

—No, Emily, no llores —suplicó Lynn.

Pobre chica, no tendría que haber venido. No tendría que ver esto.

—Emily, tesoro, no llores así. Parece peor de lo que es. Te lo aseguro.

—¡Sabía que ibas a decir eso! No te creo. Pero era de esperarse. Era solamente una cuestión de tiempo.

—¿Sí? Bueno, puede ser.

—Ay, mami, ¿qué vas a hacer?

Emily se sentó en el borde de la cama. Había tanta angustia en su pregunta que, por un instante, Lynn tuvo que mirar hacia otro lado y no responder.

—¿Qué voy a hacer? Muchas cosas. La cabeza me da vueltas con todo lo que tengo que hacer.

—¿Cómo pasó? ¿Qué fue lo que lo desencadenó esta vez? —quiso saber Emily, acentuando las palabras esta vez.

—Te lo contaré todo, pero antes dime cómo llegaste a ese lugar. Yo también fui. Compré un cuadro y me contó de tu visita. Estuviste en Nueva York y no me avisaste. ¿Qué pasó? ¿Por qué?

Tantos secretos. Tantas cosas hechas a espaldas unos de otros.

—Ya sabes lo que tengo en la cabeza desde hace tiempo, mamá. Bueno, de pronto, no pude aguantar más con ese torbellino de ideas. Así que me tomé un avión a Nueva York, estuve un par de horas, y me volví.

—¿Pero qué tenías en mente cuando fuiste allí? ¿Qué creías que averiguarías?

—No sé, tal vez pensaba que había un secreto oscuro, no sé. Sentía curiosidad por Jeremy, eso sí, y no había otra forma de averiguar cosas de él.

—¿Y averiguaste algo?

—Vive en Inglaterra; con amabilidad, pero también bastante firmeza, ella dejó en claro que hay que dejarlo tranquilo. Es evidente que no quiere que papá se entere de dónde está. ¿Pero quién sabe? Tal vez algún día —o nunca — quiera conocernos a Annie, Bobby y a mí.

La tarde invernal iba cayendo y Lynn encendió la lámpara para iluminar la penumbra triste.

—Te estarás preguntando qué me llevó allí —dijo, consciente de que las dos habían evitado pronunciar el nombre Querida—. Cuando me di cuenta de que habías averiguado ya bastante a través de la tía Jean —eso me llevó tiempo— sentí necesidad de indagar en el pasado. Había cerrado mi mente en forma deliberada. Ahora me doy cuenta. Así que tenía que abrirla. Tal vez —admitió Lynn con pesar—, tal vez esperaba, cuando entré en el negocio, que esa mujer no fuera... no fuera Querida y así me evitara el tener que enfrentar los hechos. Si es que había hechos. Y los había, por supuesto.

Ahora, habiéndose obligado a pronunciar el nombre, Lynn siguió adelante hasta el final de la horrenda historia.

Hubo un profundo silencio cuando terminó. Emily se seco los ojos, se levantó, fue hasta la ventana y se quedó allí, contemplando la llegada de la noche. A Lynn se le comprimió el corazón al ver a su hija con la cabeza gacha; esa clase de revelaciones no son lo que uno desea que oiga su hija de diecinueve años.

—Pobre tía Jean —dijo Emily—. Durante todos estos años, debe de haber estado ante el dilema de contar o no contar.

—No hubiera podido contar. Hay cosas que son demasiado atroces para que salgan a la luz. Hubiera sido como abrir una jaula y soltar a un león.

—El león se soltó anoche, de todos modos.

Y otra vez hubo silencio; parecía que no hubiera palabras para la enormidad de los hechos.

La luz de la lámpara arrojaba un círculo pálido de luz sobre la alfombra oscura y depositaba sombras suaves, contrastantes, en los rincones de la habitación floreada, con sus muebles lustrados, las fotografías y los libros.

Y Emily, distraídamente, comentó:

—Adoras esta casa.

—No lo sé. Adoro el jardín. —El techo se había desfondado, todo estaba destrozado. —Se venderá.

—¿Y qué crees que pasará con papá?

—El mundo es grande. Encontrará un lugar, seguro —respondió Lynn con amargura.

—Quise decir... si irá a la cárcel por esto.

—No. Podría ir, pero no es lo que quiero.

—Me alegro. Es verdad que se lo merece. De todos modos, no podría soportar que fuera.

—Lo sé. Supongo que las dos somos iguales.

Había cansancio en la habitación; ambas lo sentían. Eran personas que habían llegado, sin aliento después de una ardua subida, a la cima de una colina, para descubrir que todavía tenían otra por delante.

—Sentí necesidad de venir a verte —dijo Emily de pronto—. Anoche, cuando me enteré, creí que me volvía loca.

—Pero esta semana tienes exámenes.

—Recuperaré el que perdí hoy. Una vez que haya visto al médico, si me dice que estás bien, volveré. Harris vino conmigo —añadió.

—¿Harris? —preguntó Lynn, sorprendida.

—No quiso saber nada de que viniera sola.

Lynn se quedó pensando en eso.

—Me gustó desde el principio, sabes.

—Sí, mami, lo sé, y él también.

—¿Y cómo están las cosas entre ustedes, entonces?

—Igual. Pero no nos apuramos.

—Qué suerte. ¿Dónde está ahora?

—Abajo. No quería entrar en la casa, pero lo obligué.

—¿Qué, con el frío que hace? ¿Pero cómo no iba a entrar? Me pondré ropa decente y bajaré a saludarlo.

—¿Vas a bajar? —preguntó Emily, azorada.

—El problema lo tengo en la cara, no en las piernas.

—Sí, pero... pensé que... bueno, sabiendo cómo eres de meticulosa contigo misma, pensé que no ibas a querer que nadie te viera así.

Baja, estréchale la mano y no tengas miedo. No te escondas. Esa época terminó; ya no cargas sobre ti el aplastante peso del orgullo.

—No —dijo Lynn—. No me importa. Ahora todo salió a la luz.

Capítulo 07

Había pasado tantas horas en esta silla, delante de ese hombre, Kane, cuyas mejillas rubicundas, pelo canoso y hombros fuertes estaban enmarcados por una pared de libros y revistas legales, que ya se sentía casi completamente a sus anchas.

—Es curioso —dijo—, aunque sé perfectamente bien que no es cierto, todavía, después de tantos meses, tengo la sensación de que algo así puede sucederles solamente a los pobres, a los desprotegidos. ¿Cómo puede haberme pasado a mí?, me pregunto. ¿Qué tontería, no?

Kane se encogió de hombros.

—Sí, aunque mucha gente como usted se asombraría al enterarse de que el veinte por ciento de los norteamericanos encuestados opinan que está bien darle una paliza al cónyuge de tanto en tanto. ¿Sabe usted que cada quince segundos una mujer es golpeada por su marido o su pareja, en este país? No tiene nada de novedoso, tampoco. ¿Oyó hablar de la «ley del pulgar»? Viene de la ley común inglesa y dice que un hombre puede pegarle a su mujer, siempre y cuando la vara no sea más gruesa que su pulgar.

—¡Qué tonta fui! ¡Qué débil y qué tonta! —murmuró Lynn en voz apenas audible.

—Ya le he dicho hasta el cansancio que deje de culparse. Es muy fácil para el mundo verla como débil por haberse quedado tanto tiempo. Pero, para sus propios ojos, usted era fuerte, mantenía el hogar intacto para sus hijos. Quería un hogar, con ambos progenitores presentes. En ese sentido, fue realmente fuerte, Lynn.

La mente de ella corría hacia atrás en una nebulosa de años, como cuando en un tren expreso, sentada en sentido contrario al tren, uno ve pasar de un vistazo el sitio donde acaba de estar. Al mismo tiempo, su mirada se posó sobre la calle, donde una fría lluvia de abril chorreaba por la vidriera de una papelería, adornada todavía con huevos y gallinitas de papel, aunque la Pascua había pasado hacía tiempo. Qué deprimentes resultaban los adornos de las fiestas cuando estas pasaban... Robert acostumbraba teñir los huevos y esconderlos en el jardín.

—Y además, en su caso —estaba diciendo Kane—, podría decirse que tenía motivos para mostrarse esperanzada. Es lo que sucede, cuando no se tiene el beneficio del conocimiento y la experiencia con estos casos.

Formó una torre con los dedos; su pose era pontifical. A los hombres con autoridad les gusta esa pose, pensó Lynn, observándolo.

—Es un hombre extraordinariamente inteligente, según Tom Lawrence y el abogado de él. Y desde luego, estaba su estatus. No quiero decir que fuera algo que usted buscaba, pero él era admirable a ojos del público y eso debía de tener efecto sobre usted.

—Es posible. ¡Pero qué infeliz debe de haber sido en su juventud!

—Sí, pero esa no es excusa para hacer que otra persona —la esposa— pague por eso. Es que sirve como explicación, claro.

—Cuando perdió ese ascenso, perdió todo. Llegué a temer que pudiera matarse.

—Era más probable que la matara a usted, parece.

Kane se encogió de hombros otra vez. Era una costumbre molesta, pero, sin embargo, el hombre le caía bien. Era sensato y práctico.

—Tengo entendido que ha recibido una oferta de trabajo en una empresa que se instalará en México. Probablemente se alegre de ir, aunque por menos dinero del que estaba acostumbrado a ganar. Pero tuvo suerte, y su abogado es consciente de eso. Usted le facilitó bastante las cosas. Ni denuncias ni publicidad.

—Lo hice por mis hijos. Ya tienen un recuerdo terrible de lo que pasó. Annie sigue teniendo pesadillas, a pesar de que hace terapia.

—Bueno, está fuera de sus vidas, se vaya o no a México. Su abogado dice que está satisfecho con la custodia... ¡más le conviene estarlo! Sus hijos son todos suyos, Lynn. Dijo que piensa que será mejor para ellos y para él mismo no verlos.

—Mis hijas no quieren verlo. Pero es terrible para un hombre perder a sus hijos, así que, si alguna vez desean verlo, yo no me opondré. Pero, por ahora, se niegan a hacerlo.

—Y él lo sabe. Creo que se refería al varoncito.

El varoncito, ahora ya corría por toda la casa. La primera semana después de la desaparición de Robert había llamado a «papi», pero, ahora, cada vez que venía Tom, parecía estar tan cómodo jugando en el suelo con él como lo había estado con Robert.

—Bobby no lo recordará —dijo Lynn y pensó: es la segunda vez que Robert pierde un hijo.

—Bueno, entonces, como no hay objeciones, esto avanzará con facilidad. Quedará libre antes de darse cuenta, Lynn. —La miró con aire bondadoso y

paternal. —¿Cómo le va con la repostería? La torta que me envió para el cumpleaños de los mellizos era espectacular. Todavía están hablando de eso.

—Estuve trabajando bastante. Un conocido le dice a otro y recibo pedidos. Pero he estado demasiado preocupada como para concentrarme en algo.

—Y con razón. ¿Tiene alguna otra pregunta que quiera hacerme hoy?

—Sí, tengo algo. —Levantó del piso una caja de cartón y se la entregó a Kane, diciendo solamente: —¿Puede dársela al abogado de Robert? Es de él.

—¿Qué es? Necesito saberlo.

—Son joyas, algunas cosas que ya no quiero.

—¿Todas sus joyas?

—Sí, todas.

—Vamos, Lynn. Eso es absurdo. Déjeme ver.

—Ábrala, si quiere.

Adentro de la caja, en sus estuches individuales de terciopelo, estaban el anillo de casamiento de brillantes, el solitario, las perlas, las pulseras y los aros, veinte años de reluciente acumulación.

—Macizas. De lo mejor —dijo el abogado, colocándolas sobre el escritorio.

—Robert nunca compraba nada barato —respondió Lynn con ironía.

Kane sacudió la cabeza.

—No la entiendo. ¿Qué está haciendo? Estas alhajas son tuyas.

—Eran mías, sí, pero ya no las quiero.

—No sea tonta. Cuando esto termine, recibirá una suma insignificante, lo sabe. Aquí debe de haber más de cien mil dólares en joyas.

—No podría volver a usarlas. Cada vez que las tocara, pensaría... —Apoyó un dedo sobre la pulsera de piedras redondas en hilera, esmeralda, rubí, zafiro, esmeralda, rubí... —Me traerían demasiados recuerdos.

Recordaría la alianza de diamantes el día de la boda: flores, raso y nubes pasajeras. Recordaría los aros comprados la semana que concibieron a Bobby, cuando el viento susurraba entre las palmeras. Recordaría el banco junto al lago en Chicago, la noche helada, ventosa, la desesperación, la pordiosera riendo. Y apartó el dedo, como si las joyas fueran venenosas.

—Entonces véndalas y guárdese el dinero. No tendrá nada que le traiga recuerdos. —Kane rio. —El dinero no tiene nada de sentimental.

—No, quiero cortar del todo, limpiamente. Consiga todo lo que pueda para mis hijos del hombre que es su padre. Para mí, no aceptaré nada, solamente la casa o lo que quede de la venta después que se salde la hipoteca.

Kane volvió a sacudir la cabeza.

—Usted es increíble, ¿sabe? No sé qué pensar de usted.

La miraba tan fijamente que Lynn se preguntó si la vería con admiración o si la estaba descartando como una excéntrica digna de lástima.

—Nunca tuve una clienta como usted. Pero, bueno, Tom Lawrence me dijo que era única.

Lynn sonrió.

—Tom exagera.

—Siempre se preocupa por usted.

—Ha sido un verdadero amigo en todo este dolor. Conmigo y con mis hijos. Annie lo adora.

Annie pregunta: ¿Te casarás con Tom, mami? Espero que sí.

Y Emily, y hasta Eudora, ponen cara rara cada vez que se menciona su nombre, la misma cara que está poniendo Kane ahora.

Bueno, es maravilloso sentirse querida, pensó, y tal vez lo acepte cuando quede libre, pero por ahora, no estoy preparada.

—A propósito, el abogado mencionó algo sobre los libros de Robert. Querrá venir a buscarlos. Le haré saber la fecha. Tal vez sea mejor que usted los embale, para que pueda llevárselos rápido. Y tiene que haber alguien en la casa con usted cuando llegue él.

—Lo haré.

—La casa debería venderse rápido. Aun con el mercado alicaído, los mejores lugares tienen mucha demanda. Es una lástima que la hipoteca se lleve casi todo.

—Sí, una lástima; para mí fue una sorpresa, también.

Lynn se puso de pie y le tendió la mano. Él se la estrechó y se la retuvo un momento, mientras le decía con gentileza:

—Ha tenido más sorpresas en su corta vida que las que esperaba, me parece.

—Sí. Y lo más sorprendente es el misterio.

—¿El misterio?

—Que cuando está todo dicho y todo hecho, cuando está todo explicado, todavía no sé por qué...

—¿Por qué, Lynn?

—Por qué lo amaba con toda el alma.

Lo que tendría que hacer usted es volver a casarse —declaró Eudora unos meses más tarde—. Es de esas personas tienen que estar casadas.

—¿Le parece?

Eudora se había ido convirtiendo en una gallina clueca, cuidaba a sus pollos y repartía consejos y compartía preocupaciones. Se quedaba a dormir varias noches por semana en la casa, según decía porque «extrañaba a Bobby», probablemente porque temía que, a pesar de las cerraduras nuevas y las alarmas antirrobo, Robert pudiera meterse en la casa.

Resultaba natural, entonces, que un par de mujeres en una casa sin hombres desarrollaran la clase de relación estrecha que le permitía a Eudora decir lo que acababa de decir.

—Estaba pensando que quizá no le convenga firmar los papeles para vender la casa, todavía. —Hablaba de espaldas a Lynn, mientras lustraba las ollas con fondo de cobre. —Tal vez quiera quedarse aquí, quién sabe —añadió y no dijo nada más.

Por supuesto, todos sabían a qué se refería. Tom Lawrence estaba en la mente de toda la familia, incluida la de Lynn. Las dos chicas, Annie y Emily, que había venido a pasar el fin de semana de Acción de Gracias, estaban almorzando en la mesa de la cocina e intercambiaron miradas traviesas.

—No voy a quedarme en esta casa —dijo Lynn con firmeza, mientras rompía huevos para hacer un bizcochuelo—. Ocho, nueve... no, ocho. Me ha hecho perder la cuenta. Me he quedado aquí hasta ahora porque el abogado me recomendó que lo hiciera hasta que todo esté resuelto.

Divorcio era una palabra fea y fría y no le gustaba decirla. Todo la reemplazaba muy bien.

—¿Y cuándo será eso? —quiso saber Emily.

—Pronto.

—Pronto —gritó Bobby, que empujaba un autito de madera por entre los pies de todo el mundo.

—Repite todo. Y sabe un montón de palabras. ¿Crees que mente entiende lo que dice? —preguntó Annie.

Eudora respondió de inmediato.

—Por supuesto. Es un muchachito muy inteligente. Un muchachito muy inteligente, ¿no es así, mi precioso?

—Se vuelve loco por Tom —le contó Annie a Emily—. No lo has visto juntos tanto como yo. Tom se pasa media hora en el suelo con él cada vez que viene a buscar a mamá para salir.

La estaban presionando para sonsacarle información; Lynn se daba cuenta. Lo que querían era alguna certeza: junto con el alivio de saber que el horror, los horrores por los que habían pasado no se repetirían, se sentían algo perdidas. No había ancla ni destino; la familia flotaba, sencillamente. Querían saber, entonces, lo que vendría y ella no estaba preparada para responder a esa pregunta.

—Voy a probar una receta nueva con el pavo que sobró —anunció, en cambio—. La salsa tiene higos negros. Suena bien, ¿no?

—¿Por qué, qué festejamos? —preguntó Emily—. ¿Quién viene?

—Nadie. Celebramos que estás en casa. ¿Quieres invitar a Harris?

—Gracias, mami. Lo voy a llamar.

—¿Y Tom?

—No, pero estará mañana a la tarde. Tiene que venir tu padre a buscar los libros.

Lynn se estremeció de temor, a pesar de su voluntad. No había visto a Robert desde aquella noche horrenda. Y ahora, mientras batía la masa amarilla, el temor creció dentro de ella. Pero iba a estar con Tom...

—Eudora va a poner a Bobby en el cuarto mientras él esté aquí y les voy a pedir que no estén en casa. Vayan a lo de alguna amiga, o al cine, si quieren.

—De acuerdo —dijo Emily alegremente—. Se puso de pie y apoyó la mejilla contra la de Lynn. Sé que te preocupas por nosotros. Pero Annie y yo ya estamos bien, estamos fuertes. Tan fuertes como podría esperarse y eso es bastante, me parece.

—Gracias, tesoro, gracias.

Tan fuertes como podía esperarse. No, nadie nunca terminaba de sobreponerse a lo que ellas habían visto. Las acompañaría durante el resto de sus vidas y tendrían que abrirse camino a pesar de eso. Y era lo que estaban haciendo; en su segundo año, Emily tenía un buen promedio y Annie... bueno Annie avanzaba despacio, a su manera.

Instantes después, a solas en la cocina, los pensamientos de Lynn se centraron en Tom. No había hombre que pudiera ser más atento. Durante todos esos meses de problemas, siempre había estado allí, fuerte como una roca, permitiéndole apoyarse en él. Y a medida que los problemas comenzaron a disminuir, poco a poco, a quedar en el pasado, sobre todo en estos últimos meses, Lynn había empezado a sentir vez otra el despertar de la alegría y la diversión. Bailaron, rieron y bebieron *champagne* para conmemorar el día en que desapareció su última cicatriz. Tom le había traído otra vez la alegría que lo rodeaba aquella noche fatídica de la cena en su casa.

Nunca la besaba ni la acariciaba y eso la desconcertaba, pues ¿cuántas veces desde que se conocían le había dicho que era hermosa? No era que ella quisiese que lo intentara; de hecho, lo hubiera detenido, pues algo había muerto dentro de ella. Tal vez él lo intuía y simplemente se mostraba paciente. Pero la preocupaba pensar que tal vez nunca volviera a ser la mujer apasionada de antes.

Y Robert siempre había dicho: «Al mirarte, nadie lo diría».

No obstante, estaba segura de que Tom terminaría por pedirle lo que las chicas estaban esperando. A veces le parecía que cuando llegase ese momento, tendría que decirle que no, porque lo que faltaba, suponía, era el doloroso, maravilloso ardor que dice: Tú y nadie más por el resto de nuestras vidas. ¿Pero, y por qué no él, con su inteligencia, su humor, su encanto y su bondad? Una mujer tiene que tener un hombre, un buen hombre. Era terrible estar sola, enfrentar sola los largos años de camino en descenso.

Tendría que decidirse y pronto. Pues esa misma mañana, por teléfono, él había aceptado su invitación a quedarse a almorzar después de la venida de Robert:

—Sí, me quedaré. Hace tiempo que quiero hablar contigo.

El día era diáfano. Lynn había pensado con esmero lo que se pondría, rojo oscuro si llovía o, si había sol, el azul más claro que tuviera. Cuando terminó de vestirse, se estudió desde la punta de los zapatos azules de taco bajo hasta el pelo rubio bien peinado y se declaró satisfecha como no lo había estado en mucho tiempo. La sencillez podía resultar atractiva, sin necesidad de alhajas.

Eudora le dirigió una mirada penetrante cuando bajó.

—Está preciosa, señora Ferguson. —Y asintió, como si hubiera complicidad entre ellas.

Eudora creía que el vestido era en honor a Tom, cosa que era cierta, pero de un modo extraño, también lo había elegido para beneficio de Robert; que viera, sobre todo con Tom en la casa, que Lynn seguía siendo atractiva y deseada.

Los libros estaban embalados y las cajas, en el vestíbulo. Tom ya estaba allí cuando el coche se detuvo en la entrada.

—Trae al conductor para que lo ayude a cargarlos —le informó a Lynn que estaba semioculta en la sala—. ¿Tienes miedo? ¿Por qué no vuelves al escritorio?

—No. No sabía por qué quería ver a Robert; tal vez fuera solamente curiosidad morbosa.

Tenía puesto un impecable traje azul. Lynn no supo si sorprenderse o no por el hecho de que estuviera tan perfecto y digno como siempre.

Robert y Tom no se saludaron. Cargar los libros significó varias idas y venidas y todas se hicieron en silencio. Lynn había pensado y temido que tal vez él intentara hablarle y suplicar, pero Robert no pareció notar su presencia.

En el último viaje, Eudora salió de la cocina para dedicarle una sonrisa vengativa al pasar.

Ay, no, Eudora, no lo haga. Es tan triste. Tan triste. Usted no comprende. ¿Cómo puede comprender, como puede entenderlo alguien que no seamos Robert y yo?

En la puerta, Juliet apareció, moviendo la cola al ver al hombre que había sido su preferido en la familia. Al verlo inclinarse para acariciar a la perra, Lynn corrió hacia la puerta. Algo la impulsaba y la mano de Tom no pudo detenerla.

—Robert —dijo—. Lamento tanto, tanto que nuestra vida taya terminado así.

El levantó la mirada. Los ojos azules, su mayor belleza, se habían vuelto de hielo; sin responder, le dirigió una mirada de furia tan helada, de fuerza tan implacable y carente de perdón, que involuntariamente, Lynn dio un paso atrás, para quedar fuera de su alcance.

Tom cerró la puerta. Ella fue a la ventana para ver a Robert bajar por el sendero; era como si quisiera asegurarse de que se había ido realmente.

Cuando Tom le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro, ella estaba susurrando:

—Y pensar que era toda mi vida, mi mundo. No lo puedo creer.

Con la otra mano, él la obligó a volverse.

—Escúchame bien; se terminó todo —dijo en voz baja—. Basta, deja que se termine. Bueno, creo que me prometiste un almuerzo.

Sobre una mesita, delante del ventanal, ella había puesto la mesa para dos con un centro de mesa de diminutos crisantemos rosados.

—Si no se puede comer afuera cuando llega el frío, al menos se puede mirar hacia afuera —dijo, para empezar la conversación.

Y siguió la mirada de él hacia el jardín, que seguía de un color verde esmeralda, a pesar de que los árboles que extendían sus ramas oscuras hacia el cielo, estaban completamente desnudos.

Hablaron y Lynn se dio cuenta de que eran trivialidades, que a pesar de la confianza que había entre ellos, por debajo corría un cierto nerviosismo. El momento se acercaba. Antes de que fueran a abandonar esa habitación, estaba segura de que se habría hecho una pregunta de suma importancia. Era increíble que todavía no supiera qué respuesta daría, aunque con el correr de los minutos, le parecía que tenía que ser afirmativa.

Con aire pensativo, Tom peló una pera, comió un bocado, la hizo a un lado y comenzó:

Hemos hecho crecer una relación especial entre los dos, ¿no es así? —Y se detuvo, buscando confirmación. Lynn se la dio.

—Es cierto.

—Hay cosas que quiero decir, cosas en las que he estado pensando desde hace tiempo. Lo que trajo todo a este punto culminante es que has llegado a un hito en tu camino. Kane me dijo el otro día que estás por quedar libre. —Tomó la pera, pero volvió a dejarla en el plato. —No estoy diciendo nada con claridad, me parece...

—Eso no es habitual en ti —respondió Lynn con ligereza.

—No, es cierto. Por lo general, soy muy seguro de mí mismo. Y no doy vueltas, voy directo al grano.

—Uy, sí —replicó ella, todavía con ligereza—. Lo descubrí un día en la piscina del club.

Tom rio y ella pensó: se comporta como un chico, un muchacho que tiene miedo de que lo rechacen.

—Bueno —continuó Tom—, es mejor que reordene mis pensamientos, que empiece desde el principio. Recuerdas que te conté que aquella noche en casa, mientras bailábamos, tenía la intención de llevarte bailando directamente a la cama, eras tan fresca, tan ingenua, tan dulce... y yo siempre he tenido éxito con las mujeres. No se puede decir una cosa así en 1990, así que perdóname por decirlo, ¿eh? Y no te ofendas.

—No; bueno, sigue.

—Aparte de eso, me equivoqué al estar tan seguro de ti aquella noche. Lo comprendí más tarde y sentí vergüenza, sobre todo a la mañana siguiente, cuando vi en el problema que te habías metido. Por nada del mundo iba a agregarle complicaciones a tu vida. Debes de estar preguntándote a qué viene toda esta palabrería...

—Que quieres ser sincero acerca de tus sentimientos, ¿no?

—Exacto. Sincero y franco, lo que me trae al presente.

Se detuvo para beber un trago de agua que, sin duda, no necesitaba; era solo una forma de estirar el momento. Tenía tres profundas líneas de preocupación en la frente.

—Bueno, lo que quiero decir es... ay, caramba, qué difícil es... creo que hemos llegado al punto en que deberíamos dejar de vernos.

—¿Dejar de vernos? —repitió ella.

—¡Ay, Lynn, si supieras cómo he sufrido por esto! Lo pensé y repensé mil veces. Creo que tendría que haberle puesto fin hace meses, pero no podía hacerlo porque no quería hacerlo. Pero ahora sé que es necesario. No sería justo para ti ni para mí que siguiéramos engañándonos.

Tom tomó otro sorbo de agua y para disimular su agitación, se acomodó la correa del reloj. Lynn estaba ardiendo de vergüenza, la sangre le latía en el cuello.

—No me has engañado para nada —exclamó—. ¡No sé de dónde sacaste esa idea!

Él le tomó ambas manos. Lynn trató de soltarse, pero Tom se lo impidió.

—Tú no te conformarías con una aventura, Lynn, y yo sí. Pero yo no quiero volver a casarme. No soy hombre para empezar otra vida criando a una adolescente y a un niño. Jugar con Bobby una hora es algo muy distinto. No seríamos felices ninguno de los dos.

Qué ironía increíble, pensaba Lynn. Qué tonta fui al haberme sentido tan segura, al haberme equivocado así...

Tom le apretaba las manos con fuerza, mientras hablaba en tono vehemente y triste.

—Lynn, si empezara mi vida otra vez, sin todas las experiencias que tuve, buscaría una esposa como tú. No he conocido a ninguna otra mujer con quien me hubiera gustado tanto pasar el resto de mi vida. Si te hubiera conocido en un principio, hubiera descubierto cosas de mí mismo... Me he divorciado dos veces, como sabes, y he tenido muchas relaciones pasajeras. Ahora vivo a mi modo, sin obligaciones. Es una larga historia. No, no saques las manos, por favor. Sé que no me pediste que me psicoanalice aquí, pero tengo que decírtelo... no te haría feliz, Lynn, a largo plazo no te haría feliz. En la clase de vida que llevo, con las personas que conozco, somos muy cautelosos los unos con los otros. No creemos en las cosas perdurables.

—Yo tampoco pretendo nada. Ya no. Y no tienes por qué decirme todo esto.

—Pero quería decírtelo. Necesitaba hacerlo, porque algún día, espero que encuentres a alguien estable y permanente, no como yo. Yo hubiera podido

ser así, de eso me he dado cuenta. Pero ahora... bueno, ahora ya es demasiado tarde para convertirme en un tipo fiel, y eso también lo sé.

—Robert era fiel —comentó ella sin lógica alguna, e hizo una mueca.

—Sí. ¿Qué raro, no?

Lynn se soltó de las manos de Tom. Él no opuso resistencia.

—Te he herido. Herí tu orgullo y no era lo que quería hacer.

—¡Orgullo! —ironizó ella.

—Sí, ¿por qué no? Tienes motivos para eso. ¡Ay, sabía que con mi torpeza no iba a poder explicártelo bien! Pero no podía sencillamente dejar de llamarte y de verte, ¿no? ¿Sin darte explicaciones? Hubiera sido peor dejarte pensando qué había pasado. Lo que quiero es que sigas adelante, Lynn, y no puedes hacerlo conmigo o con otro hombre dando vueltas a tu alrededor.

Ella seguía sin decir nada, mientras pensaba. He sido rechazada. La idea le dolió. Una mujer despreciada.

Sin embargo, no la había despreciado.

—¿Lynn? Escúchame. Yo no quería engañarte, aun a pesar de que dices que no esperabas nada.

—Y es así —declaró, con la frente alta.

—Entonces, me alegro. Bastante has sido engañada, ya.

Cuando se levantó de la mesa, ella también lo hizo y le preguntó con dignidad si ya se iba.

—No. Sentémonos en alguna otra parte, si me lo permites. Tengo más cosas que decir.

Se sentó en un sillón junto al fuego y suspiró. Lynn nunca lo había visto tan preocupado.

—¿Te conté, una vez, recuerdas, que solía tomar casos de divorcio? Dejé porque me hacía mal. Demasiadas lágrimas, demasiado rencor y sufrimiento. El precio era muy alto. Pero lo que me dejó como enseñanza fue que ahora veo a las personas —y me incluyo— con mucha más claridad que antes.

—Bien; me dices entonces que me case con un hombre fiel y permanente, un hombre que esté dispuesto a manejar a mis hijos. Pero eso no es lo que deseo. Por ahora, no quiero volver a depender de un hombre.

—¡Exacto! —La palabra retumbó en la habitación. —¡Exacto! Lo que iba a decirte es que no te busques ningún hombre. Por ahora, no. Búscate a ti misma, nada más. Ponte en orden. No necesitas a nadie. Ese ha sido tu problema, Lynn.

—¿Qué haces, ahora, me retas? —El día había sido horrible, primero ver a Robert y ahora soportar esa humillación, porque al fin y al cabo, era una

humillación. —Si me estás retando, eres inhumano.

—Lo siento. No quise que sonara así. Sucede que sé lo que eres y lo que puedes ser. Quiero que des tu máximo, Lynn. —Terminó en voz baja. —Robert no lo quería así. Quería que dependieras de él.

La mano derecha de ella buscó la izquierda, para hacer girar los anillos que ya no estaban allí. Lo recordó y apoyó las manos sobre los apoyabrazos del sillón. Vio la mirada consternada de Tom y admitió:

—Hasta el día en que se fue, nunca había hecho el balance de un resumen de cuenta. Y pocas veces había firmado un cheque.

—Pero ahora haces ambas cosas.

—Claro que sí. Tuve que hacerlo.

—Dime, ¿qué pasó con Platos Deliciosos?

—Ya sabes lo que pasó. Tuve a Bobby, en cambio.

—¿Por qué no puedes tener las dos cosas? —preguntó Tom con suavidad. Lynn sacudió la cabeza.

—La sola idea me aturde. Manejar dinero y un niño, un lugar... el tiempo... no sé por dónde empezar.

—Ahora no lo sabes, pero puedes aprender. Hay personas que te pueden aconsejar sobre cómo iniciar una empresa, dónde conseguir a alguien que te cuide el bebé, todo lo que necesitas saber. Sal al mundo, Lynn. No es tan hostil como muchas veces parece.

Por un instante, sus ojos chispearon, pero la expresión preocupada le volvió en seguida y le pidió, como quien pide un favor:

—¿No podrías intentar mirar de frente la realidad de las cosas?

Lynn sonrió apenas.

—Sí, es lo que siempre decía Josie.

—Y tenía razón.

El gato entró desde la cocina, meneó la cola y se echó a los pies de Tom.

—¿Está a sus anchas aquí, no? ¿Qué sabes de Bruce?

El cambio de tema la alivió.

—Envía postales con paisajes pintorescos. Nos escribe a Annie y a mí, nos cuenta del trabajo, que parece estar yendo bien, pero aparte de eso, no dice demasiado.

—Yo también recibí una postal, unas pocas líneas, algo melancólicas, me parecieron.

—Nunca se sobrepondrá a la pérdida de Josie.

—Creo que jamás sentí algo de esa intensidad —dijo Tom, pensativo—. Me parece que me he perdido algo.

—No. Diría que tienes suerte.

—No lo dices en serio.

—Bueno, tal vez no.

—¿Pensarás en lo que te dije? ¿Sí, Lynn?

Fue su mirada, afectuosa y preocupada, lo que finalmente la atravesó y mitigó su pesar. Viendo que él se disponía a irse, se puso de pie y se acercó a tomarle la mano.

—Eres el mejor amigo que una persona podría desear. Y sí, pensaré seriamente en lo que me has dicho.

Así terminó, y por segunda vez ese día, se quedó junto a la ventana viendo a un hombre alejarse de su vida.

Le había dicho unas cuantas verdades duras: Ponte en orden. Sé lo mejor que puedas ser.

En cierto modo, esas recomendaciones la asustaban. En realidad, podía, quería y tendría que comenzar a ganarse la vida de nuevo. Ya había estado pensando en refrescar sus habilidades secretariales, alquilar un departamento y ahorrar las inevitables emergencias lo que pudiera quedarle después de que se pagara la hipoteca.

Sería un magro ingreso para una mujer con familia, pero resultaría manejable: un horario siempre igual, lo que facilitaría la búsqueda de una guardería para Bobby. Pero eso no era lo que Tom había querido decir cuando le pidió que «fuera lo mejor que pudiese ser».

Entró en la cocina y se quedó allí, mirando a su alrededor. Todo relucía, todo estaba lustrado, desde las ollas hasta los mosaicos, desde las hojas húmedas de las violetas africanas a las elegantes tapas de los libros de cocina en los estantes. Sobre la mesada, unos duraznos ostentaban sus mejillas cremosas dentro de un recipiente de vidrio y la lechuga morada recién lavada goteaba desde el colador a la pileta. Tomó conciencia de que esta habitación era el único lugar de la casa que había sido completamente suyo; aquí había trabajado hora tras hora, cantando, feliz.

Sin saber por qué, tomó un libro de recetas de un estante; abrió en la tarta de almendras que había hecho para aquella fatídica cena en lo de Tom Lawrence. Y se quedó allí con el libro en la mano, pensando, pensando...

Le Cirque, habían dicho, felicitándola. Los mejores restaurantes de París... Bueno, eso era algo exagerado, absurdo... ¿O no?

Volvió a la sala en la que había estado con Tom. «Ponte en orden», le había dicho. Así que, posibilidades había. Uno empezaba lentamente, tomaba

cursos, estudiaba, aprendía. Todo el mundo lo hacía, ¿no? Uno aceptaba lo que podía llamarse un riesgo cauteloso...

Después de un rato, supo lo que tenía que hacer. Lo importante era actuar rápido. La vacilación solo daría lugar a motivos para no mudarse. Fue al teléfono y llamó a su herma Helen.

—Tengo una sorpresa para ti —anunció.

La voz de Helen tenía una nota de curiosidad.

—Creo que sé de qué se trata.

—Apuesto a que no.

—Se trata de un hombre llamado Tom. Emily y Annie me han estado contando cosas. ¿No es el que te regaló la silla tapizada para Bobby?

—Tienes una memoria de elefante. No, no se trata de él ni de ningún otro hombre. Se trata de mí y de lo que voy a hacer con mi vida. Voy a ponerme a trabajar por mi cuenta.

El entusiasmo le burbujeaba en la garganta. Era asombroso cómo una idea, al ponerla en palabras, se volvía tan factible, tan inevitable, tan llena de vida.

Casi pudo sentir la reacción de Helen, como si el teléfono pudiera transmitir la respiración contenida, la boca abierta, los ojos enormes.

—¡Trabajar por tu cuenta! ¿En qué, por Dios?

—Servicios de comidas, por supuesto. Al fin y al cabo, lo que mejor hago es cocinar. He estado haciendo tortas por pedido, pero de eso no podemos vivir.

—¿Cuándo lo decidiste?

—Hace un par de horas.

—¿Así nomás? ¿De un momento a otro?

—Bueno, no. Hace años que tengo esa idea, que juego con ella. Y ahora se me ha dado todo. Tengo la oportunidad y la necesidad de hacerlo.

—Y el coraje —dijo Helen con voz seria—. Pero se necesita dinero para abrir un negocio. ¿Tu abogado te consiguió algo más de Robert?

—Nada nuevo.

—No es mucho, Lynn.

—No aceptaría más dinero de él ni aun si lo tuviera.

—Pues yo, sí. Eres el colmo, te lo aseguro. ¿Y dónde pondrás esta empresa, se puede saber?

—En alguna parte de Connecticut. Pero aquí, no. Quiero mudarme.

Hubo un silencio.

—¿Helen, me oyes?

—Sí. Estoy pensando. ¿Ya que quieres mudarte de donde estás, por qué no mudarte a lo grande e irte bien lejos?

—¿Adónde, por ejemplo?

—Aquí, por ejemplo. Has estado lejos solamente cuatro años y todo el mundo te conoce. La gente te dará una oportunidad, aquí. ¿No te parece razonable?

Lynn se quedó pensando un buen rato. Tenía sentido, sí. No se le había ocurrido volver a «casa» porque era como buscar refugio en la familia y en un lugar conocido. ¿Pero qué tenía eso de malo?

—¿No te parece razonable? —repitió Helen.

—Sí. Sí, creo que sí.

—¡Será estupendo tenerte aquí de nuevo! ¡Darwin —la oyó gritar Lynn —, ven a escuchar las noticias! ¡Lynn vuelve a casa!

La casa, con todo el mobiliario, se vendió de un día para otro. Una pareja formal, impresionada por la elegancia de las habitaciones formales de Robert, la recorrió una sola vez e hizo una oferta razonable al día siguiente.

Con excepción del contenido de la cocina y los libros familiares, había poco que llevar. Estaba el escritorio de Emily y la bicicleta de diez velocidades de Annie; ante la sorpresa de Lynn, ella también pidió conservar el piano, aunque no lo había tocado desde aquella noche. Con cuidado, en una caja forrada con papel de seda, Lynn embolsó cuadros y fotografías, recuerdos atesorados de sus padres el día de su boda, de sus abuelos y de sus hijos, desde el nacimiento hasta la graduación. Una vez que terminó, se quedó vacilando, con el retrato de Robert enmarcado en plata entre las manos. Como si tuvieran vida, sus ojos la observaban. Sintió un impulso de arrojarlo a la basura, con marco y todo, mientras que por otra parte, pensó que otra generación, tal vez en el siglo XXI, sintiera curiosidad por ver cómo era un bisabuelo. Para entonces, ya nadie sabría cómo había sido Robert Ferguson realmente y sus descendientes podrían elogiar su estampa distinguida y complacerse ante ella. Así que la dejaría envuelta en el desván hasta ese momento.

Dos acontecimientos inesperados sucedieron justo antes del día de la mudanza. El primero fue una visita de domingo a la tarde hecha por el teniente Weber y su esposa.

—No sabíamos si nos recibiría —dijo el teniente, cuando Lynn abrió la puerta—. Pero Harris nos lo aseguró. Quería viniéramos a despedirnos.

—Me alegro de que lo hayan hecho —respondió Lynn con sinceridad. Era bueno irse de un lugar sin dejar atrás rencores de ninguna clase.

Cuando se sentaron, la señora Weber explicó:

—Harris pensó que... bueno, puesto que se van, teníamos que conocernos y no terminar como desconocidos —concluyó, acentuando la palabra desconocidos. Supongo que lo dijo por si él y Emily... —se interrumpió de nuevo.

Lynn acudió a su rescate.

—Por si se casan, quiere que seamos amigos. Pero claro que sí. ¿Por qué no íbamos a serlo? Nunca nos hemos hecho nada malo.

—Doy gracias de que lo sienta así —acotó Weber—. Traté de hacer lo mejor, pero lamentablemente, no salió bien.

—Todo aquello ya parece perdido en el pasado —sonrió Lynn—. ¿Pueden creer que ya están a mitad del segundo año?

—Y con tan buenas calificaciones —asintió Weber—. Parecen competir entre ellos, ¿no? En el último examen, Emily lo superó, pero a Harris no le molesta. Hoy en día, es diferente. Cuando yo era chico, no me hubiese gustado que a mi novia le fuera mejor que a mí.

—Sí, es cierto, las cosas son diferentes —respondió Lynn.

Fue fácil hablar con ellos, una vez que la mujer perdió su timidez inicial. Muy pronto, Lynn se descubrió contándoles sus planes, el local que había alquilado y la casa que Darwin les había encontrado.

—Los tíos de mi cuñado se mudaron a Florida, pero no quieren vender la casa de St. Louis porque el mercado está tan mal. Así que me permitirán vivir ahí por un alquiler mínimo, nada más que para que la cuide. Seremos niños de la casa.

La señora Weber echó una mirada a la sala, que estaba tan elegante como siempre, salvo por la funda que cubría el sofá manchado de sangre. Lynn comprendió la mirada y respondió:

—No echaré nada de esto de menos, ni siquiera la cocina.

—Sí, Emily nos habló de su cocina.

—Se la mostraré antes de que se vayan. Es espectacular, sí. Con mi último dinero, mi único dinero, me pondré una igual en el local. Es una lotería y estoy dispuesta a apostar.

La conversación siguió su curso: hablaron de Emily y Harris, con orgullo y preocupación. Admiraron la cocina y se fueron.

—Nada afectados —se dijo Lynn, una vez que se hubieron marchado—. Si lo de Emily y Harris llega a algo, estará en buena compañía. Son gente

excelente.

El segundo acontecimiento inesperado lo originó Eudora. Se echó a llorar.

—Nunca creí que se iría de aquí. Estaba segura de que usted y el señor Lawrence...

—Pues se equivocó. Todos se equivocaron.

—Extrañaré a mi muchachito. Y a Annie. Y a usted también, señora Ferguson. Pensaré en usted cada vez que prepare los crêpes que me enseñó a hacer. Me enseñó tantas cosas. La voy a extrañar mucho.

—Y nosotros a usted, Eudora, lo sabe, ¿no? Pero no puedo seguir pagándole. Y la casa no es nada parecida a esta. Es chiquita, cualquier mujer podría tenerla impecable con una mano atada en la espalda.

Eudora se quedó pensando en eso. Luego su rostro se iluminó con una idea.

—Va a necesitar alguien en el local, ¿no es así? ¿Cómo va a cocinar, hornear y servir usted sola?

—No voy a poder, por supuesto. Tendré que buscarme una ayudante, tal vez dos, si tengo suerte y el negocio marcha bien.

—No tendrían que ser expertas como usted, ¿no? Es decir, serían personas que harían lo más fácil y a las que usted les iría enseñando.

Hubo un silencio. Y de pronto, el rostro de Lynn también se iluminó. ¿Por qué no? Eudora aprendía rápido y se la veía tan esperanzada, mirándola con anhelo y súplica en los ojos.

—¿Eudora, me está diciendo que usted se...?

—Le estoy diciendo que me gustaría que me llevara con usted.

Llegó el día en que el camión que trasladaría el piano y las demás cosas subió por el camino de entrada. Era un día gris, bajo un cielo inmóvil. El grupito, casi tan desamparado como el aire gris, se paró en la puerta de entrada a ver cómo sus pocas pertenencias iban a parar dentro del camión.

—¡Espere! —dijo Lynn al conductor—. Hay algo en el jardín atrás de la casa. Es una bañera para pájaros, un fuentón enorme. ¿Cree que habrá lugar?

El hombre sonrió, divertido.

—¿Una bañera para pájaros, señora?

—Sí, es muy valiosa, es de mármol, con palomas en el borde y no quiero que se raye ni se quiebre.

—Muy bien. Le haremos lugar.

—¿Mami, para qué la llevas? —preguntó Annie.

—No lo sé. Porque la quiero tener, nada más.

—¿Por qué te la regaló tío Bruce?

Esta chiquilla perspicaz trataba de leerle la mente.

—Sí, tal vez. Trae a Barney dentro de la jaula y ponle la correa a Juliet. No olvides la comida y un recipiente para agua. El viaje es largo.

Y el momento llegó. El camión se alejó, dejando la camioneta familiar sola, en la entrada. Por un momento, todos se volvieron hacia la casa para mirarla por última vez. Serena como siempre, se erguía entre los jardines y la colina, aguardando a los nuevos ocupantes como una vez los había esperado a ellos.

—Esta casa no nos va a extrañar —declaró Lynn— y nosotros tampoco la extrañaremos a ella. Vamos, todo el mundo al coche.

La camioneta iba llena. Annie viajaba adelante, Eudora y Bobby iban en la segunda fila y en la tercera, junto a Barney en la jaula, iba Juliet, orgullosamente erguida, con la cabeza casi rozando el techo.

—¡Partimos! —exclamó Lynn. Y sin poder aprehender realmente el tumulto de incertidumbre, esperanza y coraje que le corría por las venas, solo atinó a repetir la palabra, lanzándola con valor al aire silencioso: —¡Partimos!

La camioneta bajó por el camino de entrada, giró al llegar a la calle y tomó hacia el oeste.

QUINTA PARTE

Invierno 1992-1993

Capítulo 08

Emily, que había vuelto a casa por el receso de primavera, apoyó el mentón en las manos y se recostó contra la mesa de la cocina mientras observaba a Lynn colocar otro capullo de azúcar rosada sobre una larga torta rectangular.

—Es tan raro que todavía haga frío en marzo —comentó—. En este momento, en Nueva Orleans, los turistas están sentados en el Mercado Francés, desayunando con beignets y café negro. ¿Sabes hacer beignets, mamá?

—Nunca los hice, pero puedo averiguar cómo se preparan.

—Esta torta está espectacular. ¿Dónde y cuándo aprendiste tanto profesionalismo?

—En el curso de repostería de tres semanas que tomé el año pasado.

—Estoy tan impresionada por lo que has logrado en solo dos años.

—Dos años y cinco meses. ¡Pero hablando de estar impresionada! ¡La Facultad de Medicina de Harvard! Estoy tan orgullosa, Emily, que quiero salir a la calle con un cartel en la espalda.

—Espera a septiembre, cuando esté allí realmente.

Con cautela, Lynn preguntó:

—¿Cómo lo está tomando Harris?

—¿Qué cosa? ¿Mi ida a Harvard? No pudo ingresar allí, así que irá a P & S que también es de lo mejor. No me hace feliz, pero de ningún modo iba a desaprovechar una oportunidad como esta.

Renunciaste a Yale, pensó Lynn, pero en cambio, dijo:

—No esperaré otra cosa de ti. Y si siguen queriéndose, la separación no cambiará las cosas.

—Exacto —asintió Emily.

—Había recorrido un largo camino. Sin embargo, seguía pareciendo una chiquilina de secundaria con sus vaqueros, zapatillas y el moño rojo que le sujetaba el cabello de esa cara radiante. De su padre había recibido talentos intelectuales y la distinguida estructura ósea, pero, gracias a Dios, nada más. Se las arreglaría bien con Harris, sin él o con cualquier otra persona.

Nunca le digas a tu hija, pensó Lynn, que encontrará un hombre maravilloso que la amará y la cuidará para siempre. Es lo que me dijo mi madre, pero claro, eran otros tiempos, otras épocas.

Con la última rosa firme en su lugar, dio un paso atrás para evaluar el trabajo.

—Listo, ya está. Me gusta hacer trabajos como este en mi propia cocina. En el negocio hay demasiado bullicio para poder concentrarme en cosas delicadas.

La cocina olía a azúcar tibia y tranquilidad matinal. Era una hora serena, en que Annie estaba en la escuela y Bobby en el jardín de infantes; hora de tomar una segunda taza de café. Y se sentó a disfrutar de ella.

En una gran canasta, cinco cachorros chillaban y se revolcaban hurgando contra su madre, en busca de leche.

—Son divinos —dijo Emily—. ¿Se los van a guardar a todos?

—No, por Dios. Es lo que quiere Annie, como te imaginarás, pero tendremos que buscarles un hogar a cuatro de ellos. Accedí a que se quede con uno. Después haremos esterilizar a Juliet.

—¿Cómo pudo pasarle algo así a nuestra aristocrática princesa de Bergamasco? —preguntó Emily, divertida.

—Se escapó por algún lado, tal vez antes de que hiciera cercar el jardín. O tal vez algún perro entró. Sospecho de un poodle que vive aquí cerca, porque un par de cachorros tienen nariz alargada. Van a ser enormes.

Uno de los perritos cayó fuera de la canasta e hizo un charquito en el suelo. Lynn se puso de pie de un salto, lo volvió a poner adentro y limpió el charco, mientras Emily reía a carcajadas.

—Mamá, estaba pensando. ¿No se enfurecería papá si supiera que Juliet tuvo cachorros de clase baja?

—No estaría de acuerdo, de eso no hay dudas. Tampoco estaría de acuerdo con esta casa, te lo aseguro.

Miró hacia el vestíbulo, donde estaba estacionado el triciclo de Bobby y una hilera de impermeables colgaba de un antiguo perchero. Qué agradable era no tener que lucir a la perfección a toda hora, tener la casa impecable, ser puntual hasta el último segundo...

Emily comentó:

—Me gustan las viejas casas de estilo Victoriano, llenas de rincones. Eso sí, los muebles son un horror.

—Si compro la casa, no voy a comprar los muebles, de eso puedes estar segura. Y tal vez la compre. Se han decidido a vender y, como son parientes de tío Darwin, me han ofrecido facilidades. No sé si debería hacerlo, pero el barrio es lindo, el jardín es ideal para Bobby y por fin estoy llegando a cubrir los gastos con algo que sobra todos los meses. Así que quizá lo haga. —Lynn

sonrió. —¡Vivir con el agua al cuello! ¿Te conté que le di a Eudora un diez por ciento de participación en el negocio, además de un sueldo? Ahora es mi socia, y está fascinada. Aprende enseguida todo lo que le enseño. Y, por supuesto, prepara sus platos jamaquinos que a la gente le encantan, arroz con arvejas, tartas de banana, cosas deliciosas. Se encarga del negocio mientras yo cocino en casa o si estoy ocupada allá, viene a casa a encargarse de Annie y Bobby. Así que nos ha estado yendo bien a todos.

Emily, absorta en el relato, se maravilló ante la forma en que el negocio había «despegado» y «levantado vuelo».

—Hay mucha demanda —respondió Lynn—. Con tantas mujeres que trabajan, ya no es solo cuestión de cenas y fiestas, es también toda la comida que congelamos y preparamos diariamente para vender en el mostrador. Además, fue una buena idea volver aquí donde mucha gente me recordaba.

—¿Tío Bruce escribe seguido? —preguntó Emily.

—Bueno, seguido no, pero escribe.

Cartas amistosas, sobre el trabajo y los viajes. Y nada más.

—Las últimas novedades son que quieren que abra una oficina nueva en Moscú. Ha estado tomando lecciones de ruso.

Emily abrió la boca, emitió un sonido y la volvió a cerrar.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres decir?

—Quería preguntar... si supiste algo de papá.

—El único contacto que tengo o que tendré es con el Banco, cuando envían el dinero para ustedes. Aparentemente, tiene un muy buen empleo. —Lynn vaciló, pensando si debía decir algo más y luego siguió: —¿Tuviste tú noticias de él?

—Un regalo de cumpleaños, un cheque y un libro de poesía contemporánea. No contaba mucho de sí, solo esperaba que me sintiera feliz.

—Sus chicas, su Emily, pensó Lynn y en un instante de dolorosa empatía, sintió la pérdida de Robert. Pero ya estaba hecho y no se podía deshacer...

Se puso de pie, se quitó el delantal y dijo con energía:

—Tengo que irme al negocio. Ah, va a venir la tía Helen a buscar la torta.

—¡Veinticinco años de casados!

—Sí, y felices, además.

—A papá siempre le pareció que tío Darwin era un idiota, ¿no?

—Opinaba eso de muchas personas y se equivocaba.

No le gustaba recordar el desprecio de Robert, la curva burlona de sus labios, el humor sarcástico a expensas de otras personas, los sutiles dardos

acerca de que los Lehman eran judíos, y Monacco italiano, también. Era evidente que a Emily la había puesto incómoda preguntar.

Siguiendo un impulso repentino, Lynn se inclinó a acariciar la frente de su hija.

—¿Qué vas a hacer mientras no estoy, tesoro?

—Nada. Haraganear. Estoy de vacaciones.

—Bien hecho. Necesitas haraganear. Que lo disfrutes.

Que la vida fuera dulce, que fuera tranquila, pensó Lynn mientras conducía por las tranquilas calles suburbanas. Hasta donde podamos, debemos blanquear la suciedad y las manchas. Bobby no recordaría esa noche; Annie sí, para siempre. Pero su inteligencia, que Robert había subestimado tanto, la ayudaría a salir adelante. Ya la había ayudado. Y la terapia también, pero en gran parte, había mejorado porque Robert no estaba. Era así de simple. Tenía casi diez kilos menos y su cara, ya sin almohadones de grasa, había adquirido un atractivo picaresco. Se había hecho alisar el pelo y ahora, por primera vez, estaba conforme consigo misma. ¡Hasta había vuelto al piano, sin que nadie se lo dijera!

Habían recorrido mucho camino desde el día en que la camioneta cruzó el río Misisipí y pasaron la primera noche en una casa desconocida. Era más de medianoche cuando llegaron, llovía y hacía mucho frío. Darwin había encendido la caldera y Helen había tendido las camas, sobre las que se dejaron caer, exhaustos.

La lluvia golpeaba la ventana del dormitorio desconocido que ocupaba Lynn. De tanto en tanto, ella levantaba la cabeza para ver la hora en el despertador. Las tres... El corazón le dio un vuelco de pánico. Aquí estaba, a cargo de todas esas personas, de sus hijos y hasta de Eudora, tan esperanzada, tan fiel y tan lejos de casa. El pánico habló: no puedes hacerlo sola. Es demasiado y además, difícil. No sabes nada. De acuerdo, sabes cocinar, pero tampoco eres un genio de cinco estrellas. ¿Qué te hace pensar que puedes salir adelante con este proyecto loco? ¿Cómo se te ocurre pensar que puedes? Tonta, tonta, no puedes. Y la lluvia seguía cayendo, demostrando su hostilidad. Llegó la madrugada, una madrugada sucia y gris y derramó su luz aburrida sobre los feos muebles de la habitación.

¿En qué estás pensando? No puedes hacerlo sola.

Pero lo había hecho, sermoneándose sin cesar: primero la cabeza, luego el corazón. No lograrás nada tendida aquí, en la cama, temblando de miedo. Así que se levantó, y en esa misma madrugada aburrida, tomó papel y lápiz e hizo una lista.

Primero hubo que conseguir escuela y psicoterapia para Annie. Después, visitar el local con que haría su fortuna, pensó con ironía, para ver qué arreglos necesitaba. Luego, una visita a uno de esos grupos voluntarios de gente de negocios que asesoran sobre cómo montar una empresa; había leído que estos grupos daban mucha ayuda.

«El mundo no es tan hostil como parece», le había asegurado Tom. Tal vez, pensó en esa sombría madrugada, tal vez sea cierto. Muy pronto lo averiguaré.

Y ahora, Lynn tuvo que sonreír, al recordar lo amistoso que resultó ser. Puesto que el hombre que más la había ayudado, un hombre relativamente joven, de cuarenta y cinco años, retirado, se entusiasmó tanto con lo que llamaba la «empresa» de ella que había ido más allá de lo comercial y le propuso matrimonio.

—Me agradas —le dijo Lynn— y te lo agradezco. Me agradas mucho, pero no tengo interés en casarme.

Una cosa era añorar el gozo de un hombre en la cama; una cosa era aceptar la confianza y el compromiso de un hombre como amigo, pero ser poseída en matrimonio, ser devorada en matrimonio, como ella, sin pensar siquiera en la violencia de Robert, era otra muy distinta. Él la había devorado. Y a eso le temía Lynn. Tal vez llegara el día en que la igualdad en el matrimonio le pareciera posible y hubiera perdido el temor, pero todavía no. Al menos, no con los hombres que conocía.

Helen y sus antiguos amigos le habían presentado hombres, hombres buenos, inteligentes y aceptables. Algunos hasta eran divertidos. Pero eso era todo. No estaba preparada.

Le gustaba decir, riendo ante la excusa, ¡que no tenía tiempo! Cuando le preguntaban, las mujeres sobre todo. «¿Por qué no aceptas? George o Fred o Fulano es realmente tan bueno contigo», objetaba que entre Annie y un niño energético y el negocio, no le quedaba un minuto. ¿Acaso no se daban cuenta?

A veces —con bastante frecuencia— pensaba en Bruce. Revivía la vez — la única vez — que hicieron el amor. El tiempo había borrado la culpa y la había dejado con el recuerdo de un gozo singular. Pensaba mucho en eso, queriendo revivirlo y comprenderlo. Y terminó por entender la sutil diferencia entre el sexo que daba y el sexo que tomaba, el sexo que poseía. Robert la había poseído en el verdadero sentido de la palabra, mientras que Bruce, no. Y sabía muy bien que Bruce jamás desearía poseer a una mujer, ser dueño de ella; querría verla libre e igual a él.

Pero era inútil pensar en él. Con excepción de esas breves cartas y postales con castillos de Dinamarca o Grecia, había desaparecido de su vida, había salido para siempre del escenario donde se desarrollaba la vida de Lynn.

En una ocasión, hacía un mes, se sorprendió al ver aparecer a Tom Lawrence. Estaba en St. Louis por un asunto legal y había llamado al negocio.

—Aposté todo a «Platos Deliciosos» y lo busqué en la guía telefónica —le dijo—. ¿Quieres salir a cenar conmigo?

Y Lynn fue, sintiéndose agradecida y orgullosa por poder mostrarle qué bien había seguido sus consejos. Agradecida y orgullosa, pero nada más.

Y fue completamente franca con él.

—Me hubiera casado contigo si me lo hubieses pedido aquel día. Estaba preparada para hacerlo —le confesó—. Ahora te agradezco por decirme que hubiera sido un error.

El respondió con seriedad.

—Como te dije entonces, hubiese sido muy distinto si te hubiera conocido cuando tenía veinte años y varias amarguras menos.

Lynn rio.

—Me habrías salvado de una tonelada de problemas, si hubiese sucedido eso.

—¿Por qué? ¿Me hubieses aceptado en lugar de Robert, en aquel entonces?

Lynn lo pensó con seriedad y negó con la cabeza.

—No, en aquellos días, ni el Príncipe de Gales hubiera podido separarme de él.

—¡Lynn, qué bueno es verte! Y estás tan bonita, tan joven; toda la tensión se te ha borrado.

—¿Qué crees? ¿Qué llevar adelante un negocio no implica tensión? —bromeó ella.

—Sí, pero de otra clase. —Tom le sonrió con su antigua alegría, no pícara, ahora, sino afectuosa. —Me gusta tu traje. Y las perlas. ¿No era que habías devuelto todas las joyas?

—Sí, estas me las compré yo.

—Son elegantes. Blancas, en el estilo europeo. Las norteamericanas las prefieren color crema. ¿Viste cómo sé?

Lynn había pasado delante de una joyería el día que terminó de pagar el préstamo al Banco, obtenido gracias a que Darwin había salido de garante. Hacía tiempo ya que obtenía ganancias. Se quedó contemplando las maravillosas perlas de un blanco azulado, debatiéndose con su otro yo. No las

necesitaba. Pero le encantaban. Las quería. Así que entró y salió con las perlas en la mano, sus perlas. No tenía que agradecerse las a nadie, salvo a sí misma.

—¿Qué has oído de Bruce? —preguntó Tom.

Al parecer, todos los que habían conocido a Bruce le preguntaban lo mismo, así que respondió, como siempre:

—No mucho. Parece que está ocupadísimo.

—Así es. La última vez que hablé con Monacco lo mencioné y me contó que estaba con muchísimo trabajo, que era un «tipo brillante». Palabras textuales. Callado, sin ostentación.

—Me alegro por él. Calculo que no volveremos a verlo, como están las cosas.

Tom la miró con atención.

—¿Por qué lo dices?

—Por los caminos que toma la vida. Te encuentras, te quedas un tiempo, y te separas.

—El te quería mucho.

—Y yo lo quería a él.

—Tengo entendido que se conocieron hace mucho tiempo.

—Es cierto.

Mucho tiempo. Desde los últimos rincones de la mente y la memoria. Días jóvenes al sol, con la confianza afectuosa de un par de hermanos. Pantallazos que volvían como accionados por un interruptor. La mañana que Robert le compró la pulsera y Bruce dijo: «Acéptala. Te la mereces». En aquel entonces, no entendió lo que había querido decir. El día que llamó del hospital donde había llevado a Emily. El día que buscó a Annie y la trajo de vuelta. El día que hicieron el amor en la casa de Josie; a pesar de haber sido algo muy mal hecho, el acto había sido reconfortante, voluptuoso, feliz. Y había estado bien. Y después, la noche cuando, al recuperar el conocimiento, lo sintió limpiándole la cara lastimada. Los recuerdos, llegando desde el pasado, desde muy atrás.

Pero no quiso hablar de esas cosas con Tom; la inquietaban, pues no llegaba a comprender su verdadero significado y además, no servían de nada.

El automóvil se detuvo en una calle agradable, con negocios prósperos y árboles que, en pocos meses, brindarían sombra durante todo el verano. Entre una florería y una librería colgaba un brillante letrero azul que decía, con letra antigua: PLATOS DELICIOSOS. Debajo del letrero, en una ventana saliente, había una mesa tendida con mantel amarillo, porcelana negra y blanca y un

florero con los primeros narcisos de la temporada. Los clientes entraban y salían por la puerta azul.

Dos jovencitas de blanco almidonado estaban ocupadas en el mostrador cuando entró Lynn. En la parte trasera, detrás de puertas vaivén, se trabajaba enérgicamente, una mujer lavaba vegetales y Eudora decoraba una fuente de pescado para un almuerzo de mujeres.

—Bueno, terminé la torta —anunció Lynn. Miró el reloj. Tengo tiempo de sobra para preparar la ensalada y los palitos de maíz. Le dije que quedaría mejor con pan francés, pero quería los palitos. ¿Mi delantal está en la percha?

Una hora más tarde, estaba sacando los palitos de maíz del horno cuando una de las vendedoras abrió la puerta vaivén.

—Afuera hay un hombre que insiste en verla. Le dije que estaba ocupada, pero...

—Hola —dijo Bruce.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Lynn y dejó caer la asadera sobre la mesa.

—Sí, soy el que crees que soy. —Y abrió los brazos.

Riendo y llorando, Lynn lo abrazó ante la mirada atónita de los presentes.

—¡Creía que estabas en Rusia! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía que ir para Rusia, estaba todo listo, tenía los boletos, pero cambié de idea, cambié de aerolínea y llegué al aeropuerto Kennedy esta mañana. Hice la conexión y aquí estoy. Todavía no tuve tiempo de afeitarme. Lo siento.

—¿Qué importa? No lo puedo creer. Sin avisar, sin decir nada —Lynn hablaba a borbotones. —Emily está aquí, pasando las vacaciones de primavera. ¡A que no adivinas! ¡Entró en la facultad de Medicina de Harvard! ¡Cómo se alegrará al verte! Se va a caer de espaldas. Y Annie siempre se pregunta si vendrás alguna vez a ver lo bien que cuida a Barney. Ay —repitió —, no lo puedo creer. Se separó del abrazo y exclamó: —¡Y mira quién está aquí! ¡Eudora!

—¿Eudora? ¿Pero qué está haciendo aquí, en el Medio Oeste?

—Es mi socia —respondió Lynn, antes de que Eudora pudiera hablar—. Tiene participación en el negocio.

Bruce miró a su alrededor.

—Cuando me escribiste, no me contaste que era así. No tenía idea...

Vio los estantes, la enorme y reluciente cocina, el freezer, las bandejas de masitas, la gente junto al mostrador, esperando atención.

—Pero es sensacional, Lynn. Esperaba encontrarte haciendo... no sé. Esperaba...

—¿Verme cocinando sola? Bueno, así empecé. Al principio, solo estábamos Eudora y yo, pero el negocio creció. Simplemente creció.

Bruce, en su emoción, se había levantado los anteojos y Lynn, al verlo, rio.

—Nunca los tienes puestos delante de los ojos.

—¿Qué cosa? ¿Los anteojos? Ay, no sé por qué lo hago. Dime, ¿podemos almorzar juntos? ¿Puedo alejarte de aquí un rato?

Lynn se volvió hacia Eudora.

—¿Puede arreglárselas sin mí? No quiero dejarla plantada, pero...

—No, no, está bien. Solo tengo que preparar la ensalada y una sopa de arvejas. Vaya nomás. —Eudora estaba disfrutando de la sorpresa. —Pero sáquese el delantal antes de salir, mejor.

—Usaré mi auto —dijo Bruce—. Alquilé uno en el aeropuerto. Ya llevé las cosas al hotel. Tengo una *suite*. Tenía demasiado equipaje para una sola habitación. Vayamos a almorzar allí. Estoy muerto de hambre. Esta mañana tomé solo café.

—¿Trajiste todas tus cosas a St. Louis? No entiendo.

—Es una larga historia. Bueno, no tan larga. Te la contaré cuando nos hayamos sentado.

Estaba cargado de energía; no era nada característico de él hablar tan rápido.

—Bueno —comenzó, cuando se sentaron en el comedor alfombrado y con cortinas pesadas—, bueno, aquí estoy. Me parece que pasó un siglo desde que estuve en este lugar por última vez. ¿Recuerdas la fiesta de despedida aquí, antes de ir a Nueva York? Estás diferente —dijo de pronto—. No sé bien qué es, pero me gusta. Pareces más alta.

Lynn sintió una repentina turbación.

—¿Cómo voy a parecer más alta?

—Es algo sutil, tal vez la forma en que te paras, la forma en que caminas. Se te ve enérgica y segura. No es que no me gustara cómo caminabas antes, ni el aspecto que tenías.

Ella no dijo nada. Tom, también, la había llenado de elogios y ella ya no daba importancia a los cumplidos.

—Se te ve en paz —dijo Bruce, mirándola con atención—. Sí, de eso también me doy cuenta.

—Bueno, he hecho las paces con muchas cosas. Creo que te alegrarás de enterarte de una de ellas. Hace un tiempo fui con algunas mujeres a un té en la casa donde Caroline cayó al estanque. Me obligué a ir a mirar el estanque y,

por primera vez, pude recordar lo sucedido sin culparme. Lo acepté y me sentí libre. —Terminó en voz baja: —Eso fue obra tuya, Bruce, aquella tarde en tu casa. —Sonrió. —Ahora cuéntame qué ha estado sucediendo.

—Como sabrás —comenzó él—, acepté el puesto porque quería irme. Y me lancé de lleno al trabajo. Fue una bendición. Trabajamos como bestias, todos, y creo que logramos muchos avances. La empresa estaba complacida. Hasta recibí una carta de Monacco, ofreciéndome el puesto de Moscú. Bueno, estuve a punto de aceptarlo, pero después decidí volver a casa.

—¿Qué te hizo tomar esa decisión? Ibas camino de grandes cosas, como ocupar el lugar de Monacco, algún día —dijo Lynn, pensando en cómo Robert había codiciado ese lugar.

—Es lo último que querría hacer, estar al mando de una corporación internacional, con toda la política que eso implica. Es bueno que haya gente que desee hacerlo, de la misma forma en que hay personas que ambicionan ser presidente de los Estados Unidos, pero yo no quiero ninguna de las dos cosas. Les dije que quería volver a mi viejo puesto de St. Louis, pero con la diferencia, de que ahora el jefe de la filial sería yo. Esa clase de autoridad me gustaría.

—¿Y por qué no Nueva York, al menos?

—Nueva York nunca me gustó. Como te dije, es un lugar fantástico para algunas personas, para los millones que viven allí y les encanta y los millones a los que les gustaría vivir allí. Pero a otros millones, entre los que me incluyo, no les gustaría —terminó con firmeza.

La curiosidad la empujó a averiguar más.

—¿Entonces por qué fuiste allí, en primer lugar? No tenías necesidad de hacerlo.

Esta vez él respondió con menos firmeza, casi con vergüenza:

—Supongo que quería demostrar que era tan bueno como Robert. Fue orgullo, pero pienso que quería demostrar que podía hacer lo que hiciera él y tan bien como él. Sabía que no apreciaba y que tenía una opinión muy pobre de mí.

Atónita, Lynn preguntó:

—¿Pero por qué iba a importarte la opinión de Robert?

—Ya te dije. Por orgullo. Los seres humanos somos criaturas necias. Así que ahora que demostré lo que puedo hacer, ya no me importa.

Esta extraña confesión la conmovió de modo inesperado. Se sintió dolida por él.

Bruce bajó la mirada hacia el plato y luego, alzando los ojos hacia Lynn, dijo con algo de timidez:

—Recibí una carta de Tom Lawrence, después que vino a verte, hace un par de meses.

—Sí, estuvo aquí.

Y todavía con timidez. Bruce dijo, no en tono de pregunta, sino de aseveración:

—Entonces entre tú y Tom hay algo serio.

—No sé de dónde sacas esa idea. No vino a verme. Tenía asuntos de trabajo que resolver aquí y de paso, vino, nada más. Es un hombre excelente y tiene su encanto. —Sonrió. —Pero no es para mí y yo tampoco soy para él.

—¿De veras? —Los ojos oscuros estaban grandes, brillantes. —Creí que había venido nada más que para verte. No es que haya dado a entender nada definitivo, pero bueno, yo tenía mis sospechas. —Bruce se enredó. —Desde el principio me pareció que tú y él...

Lynn confesó con valentía:

—Durante un tiempo tuve ideas pasajeras, también, pero no venían del corazón, sino de una especie de desesperación, creo, pues todavía pensaba que una mujer no puede sobrevivir sin un hombre. Ya me sobrepuse a eso. Sabe Dios que me costó bastante tiempo.

—No vas a decirme que has borrado a los hombres de tu vida por lo que te pasó.

—No, no dije eso.

Estaban esquivándose. Si hubieran estado practicando esgrima, simplemente hubieran cruzado las armas y retrocedido, vuelto a cruzar y a retroceder. Lynn tomó conciencia de que el corazón le latía muy rápido.

—Me alegro de que no sea Tom —dijo Bruce de pronto.

—¿Sí?

—¿Hay... hay algún otro hombre?

—No. Podría haberlos habido y más de uno, pero no los quise.

Desvió la mirada hacia las mesas donde la gente hablaba sobre vaya uno a saber qué, la película que habían visto la noche anterior o quizá lo que harían con el resto de sus vidas. Y sentada allí, con las manos sobre la mesa, deseó que Bruce no hubiera vuelto a vivir aquí, donde se toparía con él y tendría que tratarlo como a un primo o un viejo amigo. Hasta ese momento, a pesar de sus anhelos intermitentes, no había tomado conciencia de la intensidad de esos deseos y anhelos; siempre los había reprimido. Aquí estaba ella y allí, a unos

centímetros, estaban sus brazos fuertes y sus labios tibios. Almorzarían, sonreirían y se despedirían hasta la próxima vez. Nada más.

Deseaba levantarse y huir. Pero las personas no hacen esa clase de cosas. Ocultan sus sentimientos y sufren educadamente.

—Hace unas semanas, revisé ese lote de fotografías que me diste —dijo él—. Las desparramé, para poder viajar a través de los años. Y tuve... creo que tuve una revelación.

Sorprendida por la palabra, Lynn levantó la mirada y se encontró con los ojos serios de Bruce.

—Pude ver todo, te vi a ti y me vi a mí mismo con claridad. Me espanté al tomar repentina conciencia de lo que tenía que hacer. —Inclinándose por encima de la mesa, puso su mano sobre la de Lynn. —Siempre te quise mucho, no sé si te diste cuenta o no. Pero no me interpretes mal; no necesito decirte cómo amaba a Josie. Así que ¿cómo podía admitir que también había lugar para ti? ¿Cómo?

Los ojos de Lynn se llenaron de lágrimas y no respondió.

—Dime, ¿es demasiado tarde? ¿O tal vez demasiado pronto? Dímelo.

En un susurro, ella respondió:

—No. Ni demasiado pronto ni demasiado tarde.

La sonrisa de él se extendió de su boca hacia sus ojos; irradiaban una luz color ámbar. La sonrisa era contagiosa. Lynn rio, mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

—¡Cómo te amo, Lynn! Debo de haberte amado durante años sin darme cuenta.

—Y yo... yo recuerdo el día que te fuiste. Tomé la curva y te vi saludándome...

—No. No llores. Ya está todo bien, ahora. —Hizo a un lado la taza de café. —Vamos arriba. Es hora.

Y pensar que solamente esa mañana, mientras se dirigía al trabajo, había estado pensando en él, con tanto deseo y tanta tristeza ante la idea de un «nunca más».

«Amor en la tarde», susurró. Esta vez no hubo dolor, ni búsqueda de consuelo, ni culpa, solo un placer franco, confiado. Abrazándose con fuerza, se apoyaron contra las almohadas.

—Me siento tan feliz —suspiró Bruce—. No volvamos a tu casa todavía. Hablemos.

—Muy bien. ¿De qué?

—Estoy dejando vagar la mente. Tal vez algún día, cuando nos cansemos de hacer lo que hacemos, podríamos abrir una hostería. ¿Qué te parece?

—Mi amor, todas las opciones están abiertas.

—Podríamos decorarla con antigüedades. Compré algunas cosas en Europa, Biedermeier, sobre todo; las envié por barco. Te sorprenderás al ver lo bien que queda con otras cosas. Antes no me gustaba, pero... —Lanzó su característica carcajada contagiosa.

—¿Qué es lo gracioso?

—Estaba pensando en las veces que me han de haber estafado. Esas viejas piezas que yo restauraba con tanto cariño... Un tipo me contó que hay un lugar en Alemania donde las fabrican y las mandan hacia aquí, golpeadas y con cinco capas de pintura descascarada. Solía pasar horas removiéndolas para llegar a la madera original. ¿Recuerdas cuando Annie me ayudaba? ¡Ay, Dios! —Se sacudía de risa. —Lynn, estoy tan feliz. No sé qué hacer conmigo mismo.

—Te propongo algo. Vistámonos y volvamos a casa. Quiero que los veas a todos y quiero que te vean.

—De acuerdo. —Bruce no paraba de hablar. —Sabes, creo que otro motivo por el que acepté el puesto en Budapest fue que siempre había envidiado a Robert por tenerte sin merecerte. Me alegró verlo castigado cuando me vio ocupar su lugar. Muy mezquino, lo reconozco.

—Y muy humano.

Y preguntó, mientras se peinaba delante del espejo:

—¿Crees que Robert se convirtió en lo que se convirtió por culpa de su padre? —El nombre de Robert le sonaba extraño en los labios. Ya no tenía ocasión de pronunciarlo. —Por supuesto, podría haber hecho lo opuesto para demostrarse que era diferente, ¿no?

—Podría, sí, pero no lo hizo y eso es lo que importa.

Bruce se acercó por detrás, y las dos caras se reflejaron en el espejo.

—Bruce y Lynn. Es curioso cómo nunca hubo otra persona para ninguno de los dos. En mi caso, si no hubiese sido Josie, podrías haber sido tú.

Ella pensó: Tom dijo algo parecido, también.

—Pero Josie y yo somos tan distintas —objetó.

—A eso me refería. Dime, si no hubiese sido Robert, ¿podría haber sido yo?

Ella respondió con franqueza.

—No sé qué hubiera hecho en ese caso. Alguien más me hizo esa pregunta y le contesté que ni siquiera el Príncipe de Gales podría haberme apartado de Robert. Estaba embrujada... en aquel entonces. No era la persona que soy ahora.

—¿Pero si lo hubieses sido? ¿O es una pregunta tonta, absurda?

—Tonta, sí. Porque no te das cuenta que si hubiera tenido la cabeza que tengo hoy sobre los hombros... —Se volvió y tomó el rostro de él entre sus manos. —Ay, mi querido, queridísimo mío, sabes que sí. Mil veces sí.

En la sala, Annie estaba practicando escalas. Abajo, en el cuarto de juegos que habría que reformar, Bobby y dos amiguitos de cuatro años jugaban ruidosamente.

—Espero —dijo Lynn—, que creas poder acostumbrarte a una casa muy bulliciosa.

—Viví en una casa silenciosa durante mucho mucho tiempo. Me acostumbraré con gratitud.

Estaban parados en la salita que daba al jardín. Lynn le había mostrado la casa, la familia le había dado la bienvenida y, luego, intuyendo tal vez lo que sucedía, los habían dejado allí a solas.

—Mira hacia allá —dijo Lynn—. ¿Qué ves?

—No me digas que te trajiste la bañera para pájaros.

—A último momento, no pude dejarla.

Un montículo de nieve semiderretida cubría la base de mármol; el resto del jardín estaba desnudo, listo para la primavera.

—En invierno caliente el agua. Los pájaros necesitan agua en invierno, también.

—Solo a ti se te ocurriría eso. A nueve de diez personas, no.

—¡Mira, mira esa preciosura! Es el primer petirrojo, el primero de la temporada. Míralo beber. Debe de estar cansada y sediento luego del largo vuelo desde el sur.

El pajarito saltó dentro del agua, se sacudió y voló hacia los árboles.

—Me pregunto qué pensará. Que tiene todo el verano por delante, tal vez.

—No tengo idea, pero sí sé lo que estoy pensando yo.

Lynn levantó la vista hacia ese rostro tan querido. Los anteojos estaban otra vez contra el pelo castaño y ondulado y los ojos brillaban.

—Estoy pensando en nuestro propio y maravilloso verano y en todos los años que nos esperan.

FIN



BELVA PLAIN (Belva Offenbergs) (Nueva York, EEUU, 1915, Millburn, EEUU, 2010) creció en el Upper East Side de Manhattan. Era hija de un promotor inmobiliario de éxito. Los abuelos de su padre eran inmigrantes judíos procedentes de Alemania. Los antepasados de su madre eran católicos irlandeses. Fue hija única. Escribió poesía en su adolescencia y pasaba los veranos en una casa que tenía la familia en New Canaan, Connecticut. Allí aprendió a ordeñar vacas y jugueteaba con su perro.

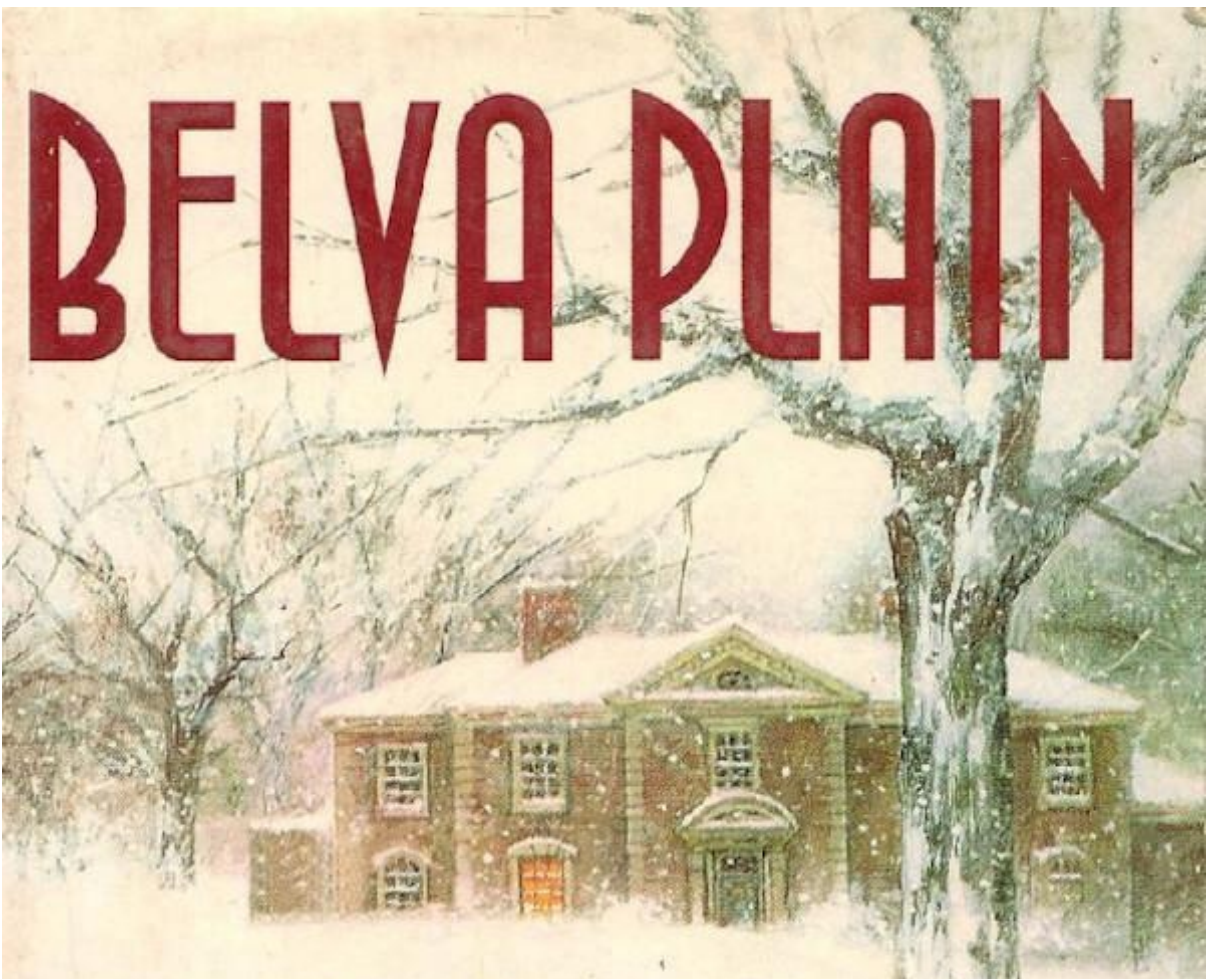
Después de graduarse en Historia, conoció a un aspirante a médico de Newark llamado Irving Plain. Se casó y se mudó a Filadelfia, donde él estudió oftalmología y ella pagaba las cuentas escribiendo historias cortas de romance para revistas como *McCall's* y *Ladies Home Journal*. Una vez que Irving finalizó sus carrera, la pareja se mudó a South Orange.

No fue hasta muchos años más tarde, cuando los tres hijos de Belva ya fueron mayores y criaban a sus propios hijos, que volvió a escribir. Comenzó su primera novela *Siempre verde* (*Evergreen*) que fue publicada en 1978, epopeya romántica que se convirtió en un *best-seller*. Estuvo 41 semanas en las listas de éxitos de *The New York Times* y fue adaptada como serie de televisión para la *NBC*.

La carrera literaria de Belva abarcó tres décadas (70, 80, 90). De esta autora se ha dicho que nadie explora el corazón humano como Belva Plain lo hacía.

Sus novelas han cautivado a los lectores y tiene legiones de devotos admiradores.

BELVA PLAIN



VERDADES OCULTAS



Lectulandia